









ESTUDIOS  
DE  
ESTRATEGIA Y ORGANIZACIÓN

DEL  
Ejército y Armada

POR EL CAPITÁN DE CABALLERÍA

D. FRANCISCO DE FRANCISCO Y GÍAZ,

DOCTOR EN DERECHO Y EN CIENCIAS;

Académico Honorario y de la Sociedad Geográfica.

---

OBRA DE INTERÉS MILITAR Y POLÍTICO.

---

VALLADOLID:

*Establecimiento Tipográfico del Colegio de Santiago.*

1899.



**Es propiedad del Autor.**

## RAZÓN DE SER DE ESTA OBRA

---

A medida que crece el progreso en todas las manifestaciones de la actividad del hombre, se conocen nuevas doctrinas ó doctrinas que, sin ser nuevas, toman forma y reciben su bautizo dentro del arte ó de la ciencia, al modificar la clasificación en que aquéllas están comprendidas; se crea la necesidad dentro de la instrucción, en los vastos horizontes del saber, de explicar aquellas ideas que surgen como nuevos rayos de luz, á veces no desconocidos, pero empleados sin denominación expresa, cierta, propia y exclusiva.

Otras veces, ese mismo progreso á que no podemos ni debemos substraernos, nos impone un conocimiento más técnico, más determinado y más extenso en aquellos ramos de la instrucción que necesitan completarse para vivir la vida presente con las ventajas de nuestros días sobre aquellos pasados de más lento y deficiente estudio.

Tal sucede con la Estrategia que tratamos en nuestra obra; tal sucede con otras materias de que nos ocuparemos más adelante, como son la Geografía Estratégica, y la Geología Militar.

La joven Estrategia, como dice acertadamente, con la gentileza de su palabra, la gallardía de su estilo y la donosura de su dicción, un ilustre escritor militar, *es de suyo altanera y pretenciosa*: no se contenta así como se quiera con ocupar lugar, sino con ocupar el primero; hay que proclamar que es la voz técnica por excelencia del Arte de la Guerra. Y, sin embargo, esa ciencia moderna por su clasificación, arte en alguna de sus fases,

usada por los grandes capitanes y empleada por los grandes políticos, flotante en las luchas titánicas de los pueblos guerreros, ha vivido y vive en las páginas de la Historia, sin que aquellos genios pronunciaran su nombre, dejándola así ignorada en las portentosas concepciones de su cerebro privilegiado, velada siempre para los extraños á su propio pensamiento, en las nebulosidades que defienden á la par que rodean lo desconocido, sumiéndolo en infinito impenetrable.

Así se encontraba la Estrategia casi en las postrimerías del pasado siglo, cuando el archiduque Carlos la sacó de pila. Y allí, en Alemania, el país por excelencia de la filosofía y del análisis; allí, donde lo abstracto se somete al más minucioso examen, y donde en el campo de la ciencia se ha llegado al más alto progreso, allí se aclimató y tomó carta de naturaleza la naciente Estrategia, y de ese país privilegiado para el saber se difundieron los rayos de luz que han invadido el mundo; que han llevado en las encendidas moléculas del éter la nota clásica que Europa entera aceptó, dando un paso gigantesco en la serie de conocimientos que comprende el Arte de la Guerra.

No es nuestro ánimo suscitar discusión manteniendo la duda acerca de lo que es preciso atender por necesidad y se impone por derecho propio: tal sucede con la Estrategia. Dejemos, pues, vagar unas veces la fantasía y otras el amor propio, soberbio siempre, fundadamente pretencioso en algunos casos, y cáustico y encendido en otros á la vista de opinión contraria, y concretémonos á tratar de Estrategia, limitándonos á decir que, si siempre se utilizaron las sabias reglas que la forman, no se tuvo conciencia nunca de señalarla con un ramo exclusivo y único dentro del Arte de la Guerra, y que, si bien participa de la grandiosidad que constituye el Arte, contiene principios fundamentales que la caracterizan como ciencia.

Villamartín, Almirante, Banús y todos los escritores militares españoles la acatan, y los extranjeros, en número considerable, la respetan, adoptan y defienden como materia importante, de carácter superior dentro de los conocimientos militares, é imprescindible hoy, después de designada, como lo era ayer antes de darla nombre.

Es preciso, pues, cultivar su estudio, así como el de la Geografía Estratégica, complemento necesario, y hasta pudiera decirse parte integrante de *aquella*.

En cuanto á la *Geología*, es ciencia que ha hecho notables progresos en el transcurso de este siglo y, aplicada á los estudios militares, supera

con ventaja á la *Geografía Física*, que es de un aprovechamiento casi ridículo para la altura de nuestra educación militar y el respeto de lo que va significando hoy la instrucción en el Ejército.

Las consideraciones que preceden las contábamos hechas en el ánimo del ilustrado oficial español de nuestros días, como lo es el extranjero de los ejércitos contemporáneos; pero como cuestión de orden necesitábamos anteponer á nuestro tratado esta explicación de nuestras ideas, á manera de fundamento de nuestros principios.

Ahora demos comienzo á esas páginas que siguen, pidiendo á Dios inspiración y fe, y á nuestros compañeros de armas la indulgencia que es menester para con todo aquello que se lee; tan difícil de escribir, tan fácil de criticar; aquello que á la pereza ú holganza proporciona ocupación tan distraída en censurar, como á la actividad y meditación es tan laborioso y meritorio producir.

---



# TÍTULO I

---

## CAPÍTULO PRIMERO

---

**Nociones de Estrategia.**—CONCEPTO DE ESTA CIENCIA, SU DEFINICIÓN, OBJETO Y FIN.—DIFERENCIA ESENCIAL CON LA TÁCTICA.—ANTIGÜEDAD DE LA ESTRATEGIA.—TEATRO DE LA GUERRA Y TEATRO DE OPERACIONES.—OPERACIÓN.—PUNTOS ESTRATÉGICOS.—EJE ESTRATÉGICO.—MANIOBRA.—LÍNEAS ESTRATÉGICAS.—TOPE Ó TRIÁNGULO ESTRATÉGICO.—TABLERO ESTRATÉGICO.—MOVIMIENTO.—RESERVA.—CONCENTRACIÓN.—FRENTE ESTRATÉGICO.—DIRECCIÓN.—ORDEN DE BATALLA ESTRATÉGICO.—EXPEDICIÓN.—FORMACIÓN.—COLUMNA.—EVOLUCIÓN.—DISLOCACIÓN Ó DESPLIEGUE ESTRATÉGICO.

La Estrategia es la ciencia de la guerra: bosqueja los planes, abraza y determina las empresas. Es, propiamente hablando, la ciencia del general en jefe (1).

La Estrategia tiene por objeto trazar un plan de campaña y dirigir un ejército, algunas veces á grandes distancias, sobre los puntos decisivos del teatro de la guerra (2).

La Estrategia es la ciencia de la guerra (3).

Estrategia, según el Diccionario, *ciencia que trata de los movimientos de un ejército.*

No dudamos en llamar ciencia á la Estrategia. Pudiera añadirse que esos movimientos han de tener lugar en el campo de operaciones, pero no en el campo de batalla; los ejecutados en este caso pertenecen al dominio de la Táctica.

«La ciencia del general en jefe; concibe y forma el plan de las operaciones de la guerra, abarca el conjunto de las mismas y determina su desarrollo y marcha» (4).

«El arte de hacer la guerra sobre el mapa ó en el gabinete; de *dirigirla en grande*, abrazando y determinando los movimientos y combinaciones en conjunto» (5).

---

(1) Archiduque Carlos.

(2) Jacquinet de Presle.

(3) Jomini.

(4) H. G. Fix, *Manual de Estrategia.*

(5) Almirante, *Guía del oficial en campaña.*

«El fin de las *operaciones estratégicas* es reunir en el punto más importante del teatro de operaciones, y para un momento dado, fuerzas superiores, por su número ó por su posición, á las del enemigo» (1).

«La Estrategia indica el mejor camino para llegar á la batalla, y dice dónde y cuándo deben desempeñarse; la Táctica enseña el modo de servirse de las diferentes armas durante la acción, y la manera de batirse» (1).

«Se llama *Estrategia* á los movimientos efectuados por las fuerzas de un ejército sobre el teatro de operaciones, cerca, pero no á la vista del enemigo, con el objeto de obtener ventajas sobre él en el momento de la lucha; de suerte que todo lo que se relaciona con el teatro de operaciones pertenece á la *Estrategia*, y con el campo de batalla á la *Táctica*» (2).

«Estrategia es la dirección material impresa á los *movimientos* de un ejército fuera del combate ó del círculo visual y del alcance del cañón» (3).

«El arte de bosquejar, trazar y decidir los *proyectos y planes generales* de una guerra ó campaña. (4).

«La Estrategia, que, hablando con propiedad, es la ciencia del general en jefe, concibe y forma el plan de las operaciones de la guerra; abarca el conjunto de las mismas y determina su desarrollo y marcha» (5).

De lo expuesto se deduce que Estrategia es la ciencia que trata de los movimientos de los ejércitos lejos de la acción de los enemigos.

Los límites que separan á la Estrategia de la Táctica, son los que median entre la ciencia y el arte; entre el teatro de la guerra y el campo de batalla; entre el plan general de operaciones y las disposiciones del combate (6).

En la táctica el objeto es la victoria; en Estrategia el objeto es la paz ó las circunstancias que más pronto la puedan producir: la victoria, es decir, el éxito no es aquí más que el medio (7).

Estrategia, ciencia de las operaciones; Táctica, pura ciencia de las posiciones, de las maniobras y del empleo de las diferentes armas (8).

Un ilustre compatriota nuestro y profundo tratadista militar, señala, con la precisión de su frase y la pureza de su brillante estilo, la analogía que existe entre la Estrategia y la Táctica; entre el plan de campaña y el de batalla; entre el sentimiento y la ejecución, doble aspecto del artista, y por tanto, del artista bélico.

Así se expresa: Hacer débiles los puntos estratégicos del teatro de la

---

(1) Almirante, *Guía del oficial en campaña*.

(2) H. G. Fix, *Manual de Estrategia*.

(3) G. Sironi, general italiano, *Ensayo de Geografía Estratégica*.

(4) General Moltke.

(5) Varela Montes, *Historia militar y estudios de Estrategia*.

(6) Ramonet.

(7) Clausewitz.

(8) Heller.

guerra, y presentarse allí con más fuerza que el enemigo, eso es la *Estrategia*; hacer débiles los puntos tácticos de la línea de batalla, y lanzarse en seguida sobre ellos, es la *Táctica* (1).

Como la acción de dos ejércitos enemigos puede dividirse en dos períodos distintos, uno que se desarrolla en el campo de operaciones y otro en el campo de batalla, diremos con el general Sironi que pertenecen á la *Estrategia* «todos los principios reguladores en que se funden las operaciones que se suceden en el primer período», determinando siempre la llave de las posiciones y las líneas que ofrecen mayor ventaja y seguridad para llegar á dichas posiciones y separarse de ellas dejando aseguradas las comunicaciones.

La guerra del Peloponeso, tan larga y fecunda en sucesos, es pobre en estrategia.

Jenofonte fué el primero que imprimió alguna movilidad á los ejércitos griegos; fué el que trazó, primero á Agesilao y más tarde á Alejandro, el camino de la Grande Asia, y el que dió la idea de éxito posible á las largas marchas y expediciones excéntricas.

Siguió el progreso comenzado para esta ciencia Epaminondas, que imitó y combinó las instituciones militares de España y Atenas.

Filippo, antes de ser rey de Macedonia, estuvo de rehén mucho tiempo en Tebas, estudió á Epaminondas y, con su despotismo monárquico, más tarde perfeccionó los métodos y mejoró, en favor de la ciencia, el sistema de su maestro republicano. Su heredero, el gran Alejandro, más fuerte y ambicioso que su padre, estableció la estrategia sobre dimensiones gigantescas; echó, podemos decir, sus sólidos cimientos; desarrolló las amplias bases sobre las que más tarde había de modelarse esta ciencia de la guerra que emplearon César y Aníbal y Escipión; y en la edad de oro de nuestra milicia española, grandes capitanes como Gonzalo de Córdoba, de Pedro Navarro, de Alba, de Farnesio, de Fuentes, de Spinola y el Cardenal Infante como la empleó Gustavo, Adolfo, el príncipe Eugenio, Federico y Napoleón, sin darla su verdadero nombre, á manera de lo que ocurre hoy en los estudios patológicos con ciertas enfermedades que siempre existieron y ha sido necesario el progreso de la ciencia para hacer su clasificación.

#### TEATRO DE LA GUERRA

El *teatro de la guerra* le compone la reunión de naciones ó pueblos donde puede tener lugar alguna batalla.

Teatro de operaciones es la parte del teatro de la guerra en que operan dos ó más ejércitos enemigos.

Dice el general Jomini, distinguiendo entre sí estas denominaciones:

---

(1) Villamartín.



«El *teatro de una guerra* abraza todas las comarcas en que dos potencias pueden atacarse, sea en su propio territorio, sea en el de sus aliadas, ó de potencias secundarias que arrastren en su torrente por temor ó por interés. Cuando una guerra se complica con operaciones marítimas, entonces no se limita el *teatro* á las fronteras de un Estado, sino que puede extenderse á ambos hemisferios, como sucedió en la lucha entre la Francia y la Inglaterra desde Luis XIV hasta nuestros días.

»Así, el *teatro de una guerra* es una cosa tan vaga y tan sujeta á incidentes, que no se debe confundir con el *de operaciones*, que cada ejército puede abrazar con independencia de toda complicación.

.....  
»El *teatro de operaciones* de un ejército comprende todo el territorio que trata de invadir y todo el que puede tener que defender: si debe obrar aisladamente, este *teatro* forma todo su *campo*, fuera del cual podría bien buscar una salida si se encontrase atacado por tres lados; pero en distinto caso, sería imprudente combinar ninguna maniobra, pues que nada estaría provisto para una acción común con el ejército que opera sobre el otro campo».

Si, por el contrario, las *operaciones* están concertadas, el *teatro* de las de cada ejército tomado aisladamente, no viene á ser, en cierto modo, más que una de las *zonas del campo general*, que las masas beligerantes deben abrazar con el mismo fin.

#### OPERACIÓN

Operación, dice el general Almirante, es voz de conjunto y exclusivamente de *guerra*, que comprende las *marchas, maniobras y expediciones, campamentos, sitios y combates*, dirigidos á conseguir el fin de una *campana*, el *objeto de un plan estratégico* preexistente.

Se llama *base de operaciones* á una parte del teatro de la guerra en un Estado que se mantiene en constante comunicación para poder obtener refuerzos y abastecimientos.

*Política de la guerra* es el arte que enseña á disponer los ejércitos sobre el teatro de la guerra. Es del dominio del Gobierno supremo de la nación.

El coronel Vial, al tratar esta parte de la Estrategia, se expresa de la siguiente manera:

«Cuando la guerra amenaza estallar entre dos pueblos, la política de la guerra es la que negocia las alianzas, aprecia los elementos y medio de lucha del adversario, determina la fuerza de los ejércitos que contra él se deben emplear, preside á la distribución de dichos ejércitos sobre los diversos teatros, marca á cada uno su especial cometido, y precisa, en fin, el momento para entrar en campaña. Tal es el papel de la política de la guerra antes de dar comienzo á las operaciones.

»Durante éstas combina y enlaza entre sí las maniobras de los distintos ejércitos y concede ó rehusa los armisticios, y, por último, á la terminación de la guerra ella es quien ajusta la paz en condiciones más ó menos favorables, según que las operaciones de los ejércitos han sido más ó menos felices.

»En 1866 hace Prusia política de la guerra cuando se alía con Italia, y lanza tres ejércitos para obrar en los tres teatros que antes indicamos».

La *operación*, en su acepción propia, como objeto de un *plan* estratégico, como *fin de una campaña*, está presidida siempre por la *política de la guerra*.

#### PUNTOS ESTRATÉGICOS

Hay *puntos y líneas estratégicas* de diferente naturaleza.

*Geográficos permanentes* que revisten la mayor importancia en el *teatro de operaciones*.

De *maniobras*: éstos adquieren toda su importancia de su situación con respecto á los enemigos.

*Estratégicos decisivos* son los de importancia más capital.

*Secundarios*: puntos y líneas estratégicas desempeñan la acción que indica su nombre.

Esta es la nomenclatura de Jomini; de su texto, traducido por Almirante, tomamos los siguientes párrafos:

«Procuraré explicar estas relaciones con toda la claridad que las concibo, lo que no siempre es tan fácil como se cree en semejante materia.

»Todo punto del *teatro de la guerra* que tenga una importancia militar por su situación en el centro de las comunicaciones, ó por establecimientos militares y obras de fortificación de cualquiera clase, que influyan directa ó indirectamente sobre el *terreno estratégico*, lo será de hecho, *estratégico territorial ó geográfico*.

»Creo que se puede dar el nombre de *punto estratégico decisivo* á todo el que es capaz de influir notablemente en el resultado de la campaña ó en el de alguna de sus particulares empresas. Todos los puntos cuya situación geográfica y ventajas artificiales favorezcan el ataque ó defensa de un *frente de operaciones* ó de una línea de defensa, son de esta clase, entre los que ocupan el primer lugar las *plazas de armas* bien situadas.

»Los *puntos decisivos* en el *teatro de la guerra* son de muchas especies: el nudo de los valles, el centro de las principales comunicaciones, los desfiladeros.

»Otra especie de *puntos decisivos* es la de los eventuales de maniobras, que son consiguientes á la colocación de las tropas de los partidos.

»El *punto decisivo* de un *campo de batalla* se determina: 1.º, por la configuración del terreno; 2.º, por la localidad, con el fin estratégico que se proponga un ejército; 3.º, por la colocación de las fuerzas respectivas.

«Se podría decir de los *puntos objetivos* como de los que preceden, que los hay de *maniobra* y asimismo *geográficos*, como una fortaleza importante, la línea de un río, un *frente de operaciones* que ofrezca buenas líneas de defensa ó buenos apoyos para empresas ulteriores.

»Sin embargo, como la elección misma de un *objeto geográfico* es combinación que puede colocarse en la clase de *maniobras*, sería más exacto decir que los unos sólo se refieren á puntos territoriales, y los otros exclusivamente á las fuerzas que los ocupan. En *Estrategia*, el «objeto» de una campaña determina el punto objetivo.»

En efecto: en la defensiva, el *objetivo* definitivo es la capital del Estado invadido; esta clase de *objetivos* son los que entrañan el fin de guerra.

Los *objetivos decisivos* son más limitados en su acción, pues tan sólo sirven para dominar una parte del territorio.

Los *secundarios* se concretan á ofrecer un apoyo eficaz mientras se verifica alguna maniobra; al empezar la campaña, los *objetivos* de un ejército son *puntos de apoyo* del contrario, puntos que se convierten en ejes de operaciones á medida que caen en su poder.

Dice Jomini, según el texto de Almirante:

«En cuanto á los *puntos objetivos de maniobras*, esto es, á los que se dirigen, sobre todo, á la destrucción ó desconcierto de los ejércitos enemigos, se calculará toda su importancia por lo que dejamos dicho respecto á los puntos decisivos de la misma especie. En la acertada elección de estos puntos se prueba de cierto modo el talento de un general como prenda segura de grandes triunfos. Es indudable que éste fué el tino en que más indisputablemente se distinguió Napoleón.»

Todavía hay una clase de *puntos objetivos* que no se deben pasar en silencio; y son los que, teniendo por término un punto militar cualquiera, se ligan, sin embargo, á las combinaciones políticas mucho más que á las *estratégicas*; en las *coaliciones*, sobre todo, es raro que no hagan un gran papel, influyendo en las operaciones y combinaciones de los Gabinetes, por lo que se les podría nombrar *puntos objetivos políticos*.

Estos *puntos* son necesarios é imprescindibles para todo ejército: ellos aseguran su retirada y cubren sus almacenes, guardan su repuesto de víveres y municiones y abrigan sus hospitales, pudiendo conservar, cuando se dispone de fuerzas numerosas, tropas de refresco.

#### EJE ESTRATÉGICO

Nuestro Diccionario militar lo define:

«En estrategia, eje, quicio (verdadero equivalente del francés *pivot*), es casi lo mismo que *base* ó *centro de operaciones*; y puede ser, proporcionalmente, al vuelo ó magnitud de éstas, una *plaza*, un *obstáculo geográfico*, una provincia entera ó región física del globo.»

No hay que confundir los *ejes de operaciones* con los de *maniobras*.

Los primeros sirven de apoyo para toda la campaña, ó al menos para un largo período de ella reunen á la importancia *estratégica* la *táctica*, y son puntos *geográficos*.

Los de *maniobras* desaparecen cuando termina el *movimiento estratégico*. Son *fuerzas*, partes del ejército que se *distraen* del grueso total para ese determinado objeto.

#### MANIOBRA

La combinación, la dirección, la acción general de todos los elementos militares para concurrir á un mismo fin *táctico*.

El conjunto de medios para pasar de una formación á otra ó de un modo de combatir á otro distinto.

Hay que distinguir la voz *manioobra* de *movimiento*. Estoy de acuerdo con el ilustrado parecer del general Almirante: la primera es peculiar y exclusiva de la *táctica*; la segunda de la *estrategia*.

#### LÍNEAS ESTRATÉGICAS

Las *líneas estratégicas* son las que se encuentran en el *teatro de operaciones*, y las dividiremos en dos clases:

*Líneas estratégicas territoriales.*

*Líneas estratégicas de maniobras.*

Las primeras las constituyen los accidentes naturales del terreno; las ofrece la Naturaleza en las líneas del sistema orográfico ó hidrográfico de un territorio; así serán, pues, cadenas de montañas ó líneas fluviales.

Las segundas son las formadas por las vías de comunicación.

#### TOPE Ó TRIÁNGULO ESTRATÉGICO

Es el *campo* comprendido entre la *base de operaciones* y dos rectas que, partiendo de sus extremos, tienen su punto de intersección en el *objetivo*.

#### TABLERO ESTRATÉGICO

Recibe este nombre esa gran red, especie de triángulo, que forman los *puntos* y *líneas* estratégicas en el *teatro de las operaciones*.

#### MOVIMIENTO

Para definir el *movimiento* recurriremos al reglamento táctico, instrucción de batallón, que dice: «Movimiento es la acción que ejecuta un batallón, ó sus fracciones, ó un solo individuo para cambiar su modo de estar».

No falta quien llame marchas á los movimientos *estratégicos*, y maniobras á los *tácticos*, y en virtud de que la táctica y la estrategia constituyen *el arte de la guerra*, se da el nombre genérico de movimientos á la acción combinada de las dos partes del arte de la guerra.

Pueden ser los *movimientos* en la guerra, *envolventes*, *retrógrados*, *concéntricos*, *excéntricos*, *simulados* y *decisivos*.

Los *movimientos* abrazan, «en teoría y en conjunto», los campos y combates, marchas y maniobras.

Los *movimientos*, que deben siempre fundarse en cálculos de distancia, tiempo y velocidad, son del dominio de la *estrategia*.

Dice el general Almirante: «Una *combinación* de *movimientos estratégicos* constituye una *operación*.»

La voz *movimiento* comprende lo mismo los individuales que los colectivos; lo mismo los practicados por el recluta en la instrucción elemental, que por una compañía ó un ejército.

#### RESERVA

Una buena reserva es un auxiliar poderoso.

La *reserva* constituye la mayor defensa de un ejército en la derrota, y conquista los más grandes laureles para el ejército de que forma parte, en caso de victoria.

Esta doble aplicación de las reservas «prescribe en su *composición* tro-

pas de *preferencia*»; deben ser, por consiguiente, «tropas sólidas, consistentes, probadas, con jefes serenos y un general experto, reflexivo y audaz á la vez».

Jomini habla de este modo acerca de la reservas:

Desde el Gobierno, que prepara las *reservas nacionales*, hasta el jefe de una partida de tiradores, todos quieren tener en el día su *reserva*.

Además de las reservas nacionales que corresponden al capítulo de la *política militar*, y que no se forman sino en los casos urgentes, cuida un Gobierno previsor de asegurar buenas reservas para completar los *ejércitos activos*, y al general incumbe después el saber disponerlas cuando están en el radio de su mando. Un *Estado* tendrá sus *reservas*; el *ejército* también las suyas, y cada *cuerpo de ejército*, y aun cada *división* ó *destacamento*, no se descuidarán en asegurar la que les corresponda.

Las reservas *de un ejército* son de dos especies: las que están en la línea de batalla dispuestas al combate, y las destinadas á tener ese mismo ejército al completo; estas últimas, mientras se organizan, pueden ocupar un punto importante del *teatro de la guerra*, y aun servir de *reservas estratégicas*.

Desde que se resuelve la invasión de un país, es natural que se piense en la posibilidad de verse reducido á la defensiva; así, pues, el establecimiento de una *reserva intermedia* entre la *base* y el *frente de operaciones*, ofrece la misma ventaja que la *reserva del ejército activo* en un día de batalla, porque puede volar á los puntos importantes que el enemigo amenaza, sin debilitar por esto al ejército que opera. A la verdad, la formación de una *reserva* semejante exige cierto número de regimientos, que es necesario separar del ejército activo; no se puede, sin embargo, dejar de convenir en que uno que sea algo considerable tiene siempre que esperar refuerzos del interior, reclutas que instruir, milicias movilizadas que ejecutar y depósitos de regimientos y de convalecientes de que sacar utilidad: organizando un sistema de depósitos centrales para la fabricación de municiones y de equipo, haciendo reunir á estos depósitos todos los destacamentos que salen y entran pertenecientes al ejército, y agregando á ellos solamente algunos batallones de buenas tropas para darles alguna consistencia, es como se formará una reserva que preste buenos servicios.

Estas reservas serán particularmente útiles en los países que presentan un *doble frente de operaciones*, porque desempeñarán los encargos de

observar el segundo frente y concurrir, en caso necesario, á las operaciones del ejército principal si el enemigo amenazase sus flancos ó si un revés le obligara á replegarse sobre el de reserva. Inútil es añadir que se debe procurar no caer en desmembraciones peligrosas.

Napoleón sobresalió en el acierto de emplear las *reservas tácticas* y de ver á la primera ojeada el *nudo*, el *punto-llave* y decisivo de una batalla. Tenía por principio que el que guarda tropas frescas para el día siguiente al del combate casi siempre es batido, y que se debe dar hasta el último hombre cuando sea conveniente, pues al otro día de una victoria decisiva ya no hay obstáculos, la opinión sola basta para asegurar nuevos triunfos al vencedor.

#### CONCENTRACIÓN

Es el movimiento estratégico efectuado por las *columnas* de un ejército de operaciones.

La «alternativa de los movimientos *espaciosos* y de los *concéntricos* es el verdadero distintivo de un gran capitán.»

En efecto: toda concentración llevada á cabo con feliz éxito exige poner en práctica profundos conocimientos de *Logística* y aplicar con superior inteligencia los preceptos más superiores del arte de la guerra.

#### FRENTE ESTRATÉGICO

Se entiende por *frente estratégico* la extensión de terreno que comprende el ejército distribuído delante de la *base de operaciones*.

Esto se entiende siempre que no varíen de lugar antes de entrar en acción; es decir, podrá llamarse así inmediatamente antes de *romperse* el fuego.

Podemos añadir algunas ideas del general Jominí:

Hay ciertos puntos de la ciencia militar con tal semejanza entre sí, que con frecuencia se suelen tomar por una sola y única cosa, aunque difieran mucho en la esencia.

De este número son los *frentes de operaciones*, los *frentes estratégicos*, las *líneas de defensa* y las *posiciones estratégicas*. Por las observaciones si-

güentes se podrá venir en conocimiento de las íntimas relaciones y de las diferencias que entre sí tienen.

Luego que un ejército se encuentra colocado en la *zona del teatro* que ha de abrazar para atacar ó defenderse, ocupa en él, por lo común, *posiciones estratégicas*.

La extensión del frente que abrazan y mira á la parte del enemigo se llamará *frente estratégico*. La posición de *terreno*, desde donde el enemigo podrá probablemente llegar sobre este frente en una ó dos marchas, será *el de operaciones*.

Entre estos dos *frentes* existe tanta analogía, que muchos militares los confunden bajo una cualquiera de estas dos denominaciones. Tomando, sin embargo, las cosas en rigor, es incontestable que el nombre de *frente estratégico* conviene mejor para designar el de las *posiciones* realmente *cubiertas* por el ejército; mientras que el frente de *operaciones* designaría más bien el *espacio geográfico* que separa los dos ejércitos, extendiéndose á una ó muchas marchas más allá de cada extremidad de su *frente estratégico*, y donde es probable lleguen á chocar.

Un ejército no tiene siempre *línea de defensa*, sobre todo cuando invade un país; tampoco tiene *frente estratégico* cuando se encuentra reunido en un solo *campo*, mientras que siempre lo tiene *de operaciones*.

Siendo el *frente de operaciones* el espacio geográfico que separa el estratégico de los dos ejércitos, y sobre el cual pueden chocar, se halla, por tanto, casi siempre establecido, con corta diferencia, paralelamente á su *base*. El verdadero *frente estratégico*, al paso que abraza un espacio algo menos externo que el de *operaciones eventuales ó presumibles*, se hallará en la misma dirección, debiendo establecerse por lo común de modo que corte transversalmente la *línea principal de operaciones*, y se prolongue aún más que los flancos de aquélla hasta que le cubra cuanto sea posible.

El *cambio de frente estratégico* es, en realidad, una de las grandes maniobras más importantes, porque, formando así el ejército una perpendicular con su propia *base*, se hace dueño de dos de los lados del *teatro*, y se coloca de este modo en una situación casi tan favorable como si tuviera una base con *dos frentes*.

Las dos expresiones, *frente estratégico* y *frente de operaciones*, tienen bien distinta significación; aquélla por demasiado concreta.

Refiérese la primera á la posición geográfica militar, y la segunda pue-

de determinarse «uniendo las cabezas ó las colas de las diferentes columnas de un ejército, según que éste avance ó se retire».

#### DIVERSIÓN

Diversión es, en rigor, «hacer un *destacamento*», distraer una fracción de tropas más ó menos considerable con un fin determinado para el resultado de una *operación*.

Cuando la diversión no se hace «sobre el teatro de la guerra», no podrá recibir el nombre de *estratégica*, y sí el de táctica. Napoleón se distinguió notablemente en el empleo táctico de las reservas, que «es en el fondo un caso de *diversión* especial».

#### ORDEN DE BATALLA ESTRATÉGICO

Se da este nombre á la situación del ejército convenientemente distribuido en los distintos puntos de la frontera, ocupando sus diferentes *cuervos* las posiciones de antemano designadas y esperando las órdenes en virtud de las cuales ha de darse comienzo á las operaciones, ya sean aquéllas ofensivas ó defensivas indistintamente, pues esta «voz» no ha de aplicarse á las «fuerzas» en movimiento, sino en la situación descripta.

Tendremos esto presente para cuando tratemos de la *dislocación* ó *despliegue estratégico*.

#### EXPEDICIÓN

La voz militar *expedición* tiene diferentes acepciones: «depende de las épocas y circunstancias históricas», y se emplea para designar *operaciones* militares de variada forma.

Ejemplos:

César nos habla de *expeditis legionibus*.

Los romanos decían *remontis impedimentis, hoc est expeditus*.

Ejemplos:

La marcha de Aníbal, que terminó en Capua después de las jornadas de Cannas, Trasimeno, Trevia y Tesino.

La *intervención* de los franceses en España en 1823.

La guerra de Morea.

El comienzo de la de Argel, 1830.

Las guerras de Italia y de Africa, 1849 y 1860.

Las guerras civiles sostenidas por el Pretendiente á la corona de España.

Se deduce, pues, y fácilmente se comprende, que las *expediciones* han tenido y tienen un sentido más lato que el de rigor en concreto para la voz técnica.

César expresa la idea de tropas libres de impedimenta, cuerpos de tropas «ligeros» pudiéramos decir.

En cambio vemos que las *expediciones* otras muchas veces, las más, han sido verdaderas guerras, comprendiendo una ó varias campañas.

#### FORMACIÓN

Se entiende por formación la figura que adopta la *unidad táctica* colocándose los *hombres*, los unos con respecto á los otros sobre el terreno, en la posición que los reglamentos prescriben.

Se dice que en la *unidad táctica*, porque es propia la aplicación de aquella «voz» á la formación de un batallón ó de una compañía; pero en una división podría confundirse con *organización*, y á la disposición que presenta en el terreno se denomina *orden*.

#### COLUMNA

La disposición de los *elementos* ordenados unos detrás de otros. Los *elementos* son fracciones que dan el nombre á la *columna*; así se dice: *columna de batallón* ó de *medio batallón*; expresa la disposición de esas unidades ó fracciones unas detrás de otras y colocadas «paralelamente entre sí sobre un mismo eje ó línea directriz».

La *columna volante* es la «reunión de tropas» que *opera* con un fin quizá demasiado modesto para considerarlo en *estrategia*.

EVOLUCIÓN

Esta voz tiene significación concreta y determinada, y que no se debe, ni aun puede confundirse con ninguna otra, aunque ocurre de una manera lastimosa para el tecnicismo militar.

Cuando una *unidad táctica* efectúa un cambio de formación cualquiera, se dice que ha practicado una evolución.

La voz que confunden con ésta muchos escritores es la de *maniobra*, cuya explicación ha ocupado nuestra atención anteriormente.

DISLOCACIÓN Ó DESPLIEGUE ESTRATÉGICO

Es el frente adoptado con grandes intervalos, y que encierra la sutileza de engañar al enemigo á fin de hacerle figurar otro completamente opuesto al objeto del «movimiento estratégico».

Es peligroso en alto grado efectuar uno de estos movimientos ante la inmediata aproximación del enemigo, porque, aun llevado á cabo con la mayor precisión, se expone el ejército á un descalabro si una buena combinación de los adversarios puede responderle.

El coronel Vial, al tratar de estos *movimientos*, según vemos en la obra del jefe del ejército belga Mr. H. C. Fix, traducida por el ilustrado escritor D. A. Hernández Pérez, refiere lo siguiente:

«En 1870, en los comienzos de la campaña, hacia fines de julio ocupan los cuerpos del ejército francés un frente estratégico de unas 80 leguas, desde Thionville á Belfort, por Wisemburgo.

»Pero esta dispersión no tiene inconveniente á causa de la distancia del ejército alemán (de Mezt á Maguncia hay unos 200 kilómetros en línea recta). Sin embargo, algunos días después, el 3 de agosto, las posiciones y las circunstancias han cambiado; porque, en efecto, en dicha fecha el primer ejército alemán se encuentra cerca del Sarre, detrás de Saarlouis; el segundo tiene una vanguardia en Sarrebrück, dos cuerpos á la altura de Kaiserslantern, y los otros tres entre Kerutznach y Worms; y el tercero se halla entero delante de Landan, á espaldas de Bienwald, formando cuatro columnas sobre un frente de 16 kilómetros, y amenazando de muy cerca la frontera francesa.

»En el mismo momento, los cuerpos de la izquierda francesa se encuentran bien agrupados en Forbach, San Arold, Baulay y Courcelles-Chanssy; pero el quinto cuerpo ocupa á la vez á Sarreguemines y Bitcher, formando una extensa línea entre la Lorena y la Alsacia; el primer cuerpo tiene una división en Wisemburgo, otra en Woerth, una tercera en Hagenan y una cuarta en Strasburgo; el séptimo cuerpo tiene una división en Colmar, una en Belfort, y la última se halla aún en Lión. Por esta parte las divisiones francesas están, pues, separadas por intervalos de 24 kilómetros, por término medio, en el momento que hay cinco cuerpos alemanes concentrados sobre un frente de menos de cuatro leguas.»

Hé aquí, pues, el inminente peligro en que, se puede afirmar sin temor á yerro, han de encontrarse casi siempre las fuerzas de un ejército en el momento de practicar una *dislocación* ó *despliegue estratégico*.

Sin embargo, este peligro hay que afrontarle, y entiéndase bien que no ponderamos los peligros con el fin de hacer prescindir de esos complicados y maravillosos *movimientos* y desterrarlos de las páginas de la *estrategia*, no; lo que pretendemos es advertir, y todo lo que se insista en este punto es poco, que se rodoblen las precauciones y se prepare el *movimiento* con perfecta seguridad de la distancia y situación del enemigo, teniendo en cuenta las simpatías que aquél se promete en el país, y fijándose detallada y especialmente en las líneas de comunicaciones, pues si éstas ofrecen facilidad de transporte y el territorio es amigo del ejército contrario, ó éste sostiene buen sistema de *espionaje* y *confidencias*, es aún más comprometida la situación aunque el enemigo no esté próximo, porque esto puede inspirar mayor confianza y provocar más fácilmente una sorpresa.

Durante uno de estos *despliegues* puede ocurrir:

- 1.º *La intercalación de tropas enemigas entre cuerpos de ejército ó divisiones bastante distantes para batirlos en detall.*
- 2.º *Cortar las comunicaciones.*
- 3.º *Apoderarse de víveres, municiones, abastecimientos en general, destinados al ejército que verifica la «dislocación».*

Hemos de significar que las *dislocaciones* revisten un carácter importantísimo, y podremos juzgar de su «valor» al considerar que uno de estos *movimientos* puede asegurar las subsistencias, es decir, proteger la distribución de éstas al ejército, pudiendo conservar sus posiciones, y apoyándose, además, en las que faciliten la *operación*.

El éxito de una campaña depende á veces de circunstancias como las

indicadas; fácilmente se relaja la *disciplina*, y sin disciplina no hay ejército.

Las *dislocaciones* ó *despliegues estratégicos* se emplean como medio también para apoderarse prontamente, y sin gran advertencia para el enemigo, de posiciones ventajosas que ofrecerían grandes dificultades en conquista, cuando un ejército ostensiblemente avanzara con el fin de apoderarse de ellas. Aunque el ejército guarde reserva y pretenda desorientar al enemigo, siempre está la sospecha, y se acierta con el objeto que se oculta cuando se ve practicar un movimiento por una fuerza aislada.

Ahora, si la posición es una sola, es claro que no pretendemos que todo el ejército se ponga en acción; pero como las bases son siempre bastante extensas, son varias las posiciones que conviene adquirir, en cuyo caso nada se puede emplear que vele más la causa de la «acción» que el *despliegue estratégico*.



## CAPITULO II

---

### Bases de operaciones.

Base de operaciones es el lugar, ó sea la comarca, la frontera, la plaza ó campo, etc., según sea de considerable el ejército, donde se reúnen, afluyen y se concentran todas las fuerzas designadas al empezar una guerra; allí está, pues, el núcleo de recursos y refuerzos de aquel ejército, y de allí han de partir unos y otros.

Jomini, hablando de las circunstancias que han de reunir estas posiciones, dice: «Una base apoyada en un río ancho y caudaloso, cuyas orillas se ocupasen con buenas fortalezas situadas á caballo sobre él, sería sin contradicción la más favorable que se pudiera desear. Cuanto más ancha sea la base, tanto más difícil es de cubrir; pero también dificultará más que el ejército sea cortado».

Toda *base*, para ser perfecta, debe ofrecer dos ó tres plazas de suficiente capacidad para establecer en ellas almacenes, depósitos, etc., y tener á lo menos una cabeza de puente atrincherada sobre cada uno de los ríos no vadeables que haya.

Esta base ha de ser entrante, cóncava ó también de martillo, según el parecer de Jomini.

Hay que tener presente si las *bases* pertenecen al ejército ofensivo ó defensivo: en el primer caso, la frontera constituye la línea de base; en el segundo, suele elegirse la capital de la nación invadida; una plaza fuerte de importancia y que reúna condiciones para el caso, y cuando ésta cae en poder del enemigo, una región defendida por obstáculos naturales, acumulando en sus límites multitud de defensas y combinándolas con las accidentales del terreno.

Ejemplo de una buena *base de operaciones* defendida por lo accidentado y escabroso del terreno, la que sirvió al ejército de Pelayo para emprender la Reconquista.

Las *bases de operaciones* convienen, en general, sean de pequeña extensión, que se presten á fácil defensa y no distraigan un número considerable de fuerzas muy repartidas, con lo que se le ofrece ocasión al enemigo de romper las *bases* y cortar las *comunicaciones*. Doscientos cuarenta kilómetros presentaba la base de los alemanes desde Coldewra á Maxan, en la última guerra.

Los ejércitos invasores necesitan ir apoyándose sucesivamente en nuevas *bases de operaciones* á medida que avanzan sobre las bases enemigas.

El coronel Vial las explica así: «Las bases secundarias se establecen siempre á retaguardia de las líneas de defensa, se levantan en ellas, usando de la fortificación pasajera, plazas de momento destinadas á desempeñar el mismo papel de las plazas fuertes de la base primera; tiene por objeto guardar los depósitos, almacenes y acopios de cualquier clase, que así se ponen al abrigo de los puestos enemigos y de cualquier tentativa por parte del país que se conquista.

Es preciso tener también en cuenta la actitud del ejército ó de la nación que sostiene la guerra, para clasificar las bases de operaciones.

En el caso de invasión ó de tomar la iniciativa dirigiéndose, estratégicamente hablando, sobre el enemigo, las bases de operaciones serán *ofensivas*. En el caso de rechazar una invasión ó de esperar la iniciativa del enemigo, las bases de operaciones se denominarán *defensivas*.

Pueden ocurrir algunos casos en que una base de operaciones participe de los dos caracteres; pero esto no será probablemente simultáneo, será sucesivo. En tales casos, la base de operaciones cambia de carácter en virtud de los movimientos del ejército, que son los que pueden convertirla en ofensiva y defensiva, y entonces participará siempre por excelencia de las condiciones primeras para que fué creada, y únicamente la previsión del general en jefe, la rapidez que se emplee en secundar sus órdenes y la oportuna situación de las tropas podrá soportar esa alteración *la base*, punto de partida ó de refugio, segura garantía del ataque ó de la defensa, á la vez lugar de impulso y de refugio de las tropas que lanza ó recoge, que impulsa ó ampara, que siempre protege y alienta; lugar de donde se parte para la victoria y donde se guarecen los restos de la derrota.

No han de tener las *bases de operaciones* un carácter excluyente, pues

un revés sufrido por el que ataca puede obligarle á defenderse, y la acción defensiva no es eficaz si no participa de la ofensiva en momentos oportunos (1).

La *base de operaciones* es de moderna aplicación; Jomini es el primero que ha comprendido su capital importancia, y el primero que la describe ó expone con toda claridad.

Las *bases de operaciones* que llama el coronel Vial *secundarias*, son las llamadas también *eventuales*. No son otra cosa que estribaciones de la *base de operaciones principal*.

Bulow es el primer tratadista militar que habla de las *bases de operaciones*; pero sus consideraciones respecto á esa cuestión dejan mucho que desear, si no en cuanto á doctrina, mucho, sí, en cuanto á sus principales usos y alta significación en el campo de la estrategia.

Aparte de las consideraciones expuestas, la base de operaciones cumple el deber de unir, estratégicamente hablando, de enlazar, digámoslo así, el país con el ejército.

La *base de operaciones* de un ejército invasor debe establecerse cerca de la frontera; la *base* de un ejército que está á la defensiva, debe estar, por el contrario, alejada de la frontera, para evitar que un avance rápido del enemigo haga caer en sus manos los recursos acumulados en situación muy avanzada.

La facilidad en las comunicaciones evita hoy acumular simultáneamente todos los recursos de que ha de servirse el ejército; tales recursos se organizan en el interior del país, y se disponen sus reservas según vayan precisando. Esto obliga á decir al general Berthaut que «desde el punto de vista del entretenimiento de los ejércitos, hoy día el país entero constituye la *base de operaciones*»; y el Príncipe de Seshenlohe (2), en sus *Cartas sobre Estrategia*, dice «que la base de un ejército es todo el país de donde saca sus vituallas, sus refuerzos, etc.; al principio de una guerra, la patria entera constituye generalmente la *base*».

Dice el general De Preval:

Una parte de nuestros desastres en las guerras anteriores se debe imputar á la ausencia de toda organización regular y permanente en los depósitos.

---

(1) Frases del general Sironi aplicadas á los planes de campaña.

(2) Notas de la obra de Banús.

Según el general Sironi, son cinco las principales condiciones que una buena *base* debe cumplir:

1.<sup>a</sup> Tener su frente cubierto por defensas considerables, y sus flancos protegidos por obstáculos naturales ó Estados neutrales.

2.<sup>a</sup> Que sea su extensión proporcionada á la fuerza que se apoya en ella; si es corta, si se reduce á un punto, por importante que sea, es peligroso para sus defensores por la facilidad con que el enemigo puede repasar los de ella, y tanto más cuanto menor sea su extensión. Entre los dos defectos, es preferible que sea extensa á que sea reducida.

3.<sup>a</sup> Que abrace una extensión de territorio capaz de contener las tropas, el material, las provisiones, etc., necesarias para organizar una buena defensa.

4.<sup>a</sup> Estar unida por buenas comunicaciones, especialmente por ferrocarriles, al resto del propio país.

5.<sup>a</sup> Contener algunos puntos fortificados, y fáciles y seguras salidas á su frente para la ofensiva.

Antes de terminar este capítulo sobre las *bases de operaciones* en general, insertaremos las observaciones que con respecto á las bases secundarias hace el coronel Vial, quien, analizando sus principales cualidades, dice:

Se reúnen en esta base los víveres y demás efectos obtenidos por requisición ó compras; se acopian municiones procedentes de la base primitiva, ó transformadas las que se toman al enemigo; por último, se organiza su defensa con cuerpos de tropas que reciben el nombre de *reserva estratégica*.

Esta reserva está destinada á cubrir la retaguardia del ejército de operaciones, á reforzarle para prolongar la lucha cuando las fatigas y las privaciones hayan mermado el primer ejército; y en ocasiones, dado un desastre, á recoger sus restos.

Una reserva estratégica se compone ordinariamente de una ó dos buenas divisiones que le dan consistencia; de tropas fatigadas, como, por ejemplo, las que han sufrido más durante las primeras operaciones de la campaña; luego de batallones de marcha que se trasladan al ejército activo; de milicias ó de reservas que se llaman del interior, y, por último, de los convalecientes, de los depósitos y de los obreros de todas clases.

El conjunto de estos diversos cuerpos, escalonados unos detrás de

otros desde la frontera hasta el ejército activo, constituye á retaguardia este otro ejército de reserva, con el que se mezclan frecuentemente cuerpos aliados.

Después de haber considerado las bases de operaciones en la ofensiva —continúa el coronel Vial,—debemos considerarlas igualmente en la defensiva, y ver al mismo tiempo cómo se combinan entonces con las líneas de defensa.

Al empezar las hostilidades, y mientras el ejército ofensivo se establece detrás de su base principal, el defensivo se sitúa á retaguardia de una primera línea de defensa, apoyándose en los diversos puntos estratégicos que hemos estudiado anteriormente (ciudades populosas y ricas, plazas fuertes, pasos sobre los ríos y montañas), y, por último, nudos de las principales comunicaciones del país.

Organiza su línea de defensa y su base de operaciones con arreglo á los principios que anteriormente indicamos; es decir, que sobre su línea de defensa fortifica los puntos principales, y especialmente los de paso; prepara la destrucción de los puentes, carreteras y caminos, y dispone todas sus tropas para oponer una resistencia enérgica, y efectuar reacciones ofensivas, si há lugar á ello, sobre su base; reúne sus hospitales, depósitos de víveres, municiones y efectos; concentra una reserva destinada á asegurar su retaguardia, á proporcionarle refuerzos y á recogerla en caso de revés.

A retaguardia de la primera línea de defensa del ejército defensivo y de su primera base de operaciones, se preparan las otras líneas estratégicas del tablero; de manera que, después del primer período de campaña, puede retirarse el ejército defensivo á retaguardia de su base de operaciones, convertida en su línea de defensa, y apoyarse en una nueva base situada á seis ú ocho jornadas á la espalda.

El *teatro de operaciones* se encuentra de esta suerte dividido en zonas sucesivas de defensa, que corresponden á los diversos períodos de la campaña, habiéndose erigido en principio que en la guerra defensiva debe, á retaguardia de dichas líneas, fortificarse la capital del Estado, ó crearse hacia límites del territorio un reducto, gran plaza ó vasto campo atrincherado, que será el teatro de los últimos esfuerzos de la defensa.

Hemos de hacer constar la misma observación, con respecto á estas bases secundarias, que hicimos al tratar de las *bases de operaciones* en general, en desacuerdo con el general Sironi, que no sean demasiado extensas.

Insistimos en punto tan importante, porque conviene distraer el menor número de fuerzas, que harían siempre falta para mantener libres las comunicaciones. Advertiremos de paso que conviene tener el ejército distribuido en el territorio por unidades estratégicas, prontas siempre á ponerse en movimiento.

Refiriéndose á esta cuestión transcendental, y de vida ó muerte para un pueblo, dice el general Morand:

«Ofrecería inmensa ventaja organizar el ejército en brigadas, divisiones y cuerpos de ejército permanentes, que, situados cada uno sobre una posición de nuestras fronteras, ocuparan las plazas fuertes de las mismas, y contarán con un *depósito general* en el centro y en la base de sus operaciones. El comandante de cada cuerpo de ejército tendría bajo sus órdenes y vigilancia, no sólo las plazas fuertes y los combatientes, sino también el depósito de los recursos destinados á sus diversas necesidades. El ejército conservaría mucho mejor sobre este pie de guerra la tradición y el sentimiento de los deberes que le imponen la gloria y la salud de la patria.»

.....

«En Francia se acostumbra dispersar y aislar los regimientos en el momento de la paz; disolver los cuerpos de ejército, las divisiones y las brigadas. Esta costumbre perjudica notablemente á la facilidad de la movilización; es muy deplorable, y puede ser considerada como un resto del régimen feudal.»

El Conde de París, en su *Historia civil de la guerra en América*, se expresa de esta manera:

«La intervención del poder central y de la administración provisional tuvo, en los comienzos de la lucha americana, muchas más ventajas que inconvenientes. Los conflictos entre ellos fueron raros é insignificantes; y compartiendo la tarea, favoreciendo una saludable emulación entre los diversos Estados, permitió este sistema constituir el ejército con mayor prontitud que si por sí solo hubiese tenido que emprender su formación completa el Gobierno federal, en estos instantes supremos en que no depende la existencia de una nación de la perfección de los medios empleados para organizar su ejército.»

DIVISIÓN DE LAS BASES DE OPERACIONES

La *base de operaciones*, atendiendo á su dirección con respecto al enemigo, se considera según su forma:

1.º *Recta y angular.*

Las primeras pueden ser *paralelas y oblicuas*, y las segundas *de rediente y de tenaza*.

De las que adoptan la dirección de una recta, la de mejores condiciones estratégicas es la oblicua, porque se presta notablemente tal configuración de base, con respecto al enemigo, para poder envolverle, cortar sus comunicaciones, amenazar su flanco ó atacarle con inmensa ventaja.

Las bases angulares ofrecen ventajas en distinto concepto. Examinemos, aunque ligeramente, las condiciones de unas y otras.

Las bases de rediente ó ángulo avanzado serán más altamente ventajosas cuanto más penetre el ángulo en el territorio que se extiende al frente; pero, en cambio, será más débil cuanto más agudo.

La base de tenaza ofrece grandes ventajas para poder cortar la línea de retirada al enemigo é interceptarle las comunicaciones con sus bases.

Un ejemplo de *base de tenaza* es la frontera Suiza del Norte, la línea del Alto Rhin para atacar á Alemania; así como lo es de *base de rediente* una parte de la frontera de la Polonia rusa al Oeste contra Prusia.

La *base de tenaza* ofrece más breves distancias para acudir de una á otra de sus ramas cuanto más agudo sea el ángulo; pero si tal configuración se extrema sobre el frente del enemigo, aumenta los defectos que acompañan á las *bases* rectas y oblicuas; ofrecer los flancos al ataque ó dejarse cortar las comunicaciones por un movimiento envolvente del enemigo.

Las bases marítimas son muy peligrosas cuando están constituidas por los buques, y en tal caso habrá que procurar establecer prontamente alguno en las costas, y entonces ella ofrecerá seguridad á los ejércitos que avancen hacia el interior, y los buques servirán muy bien para guardar las comunicaciones.

Antes de ceñirse á las infinitas circunstancias que hay que considerar para establecer una base de operaciones, habremos de fijarnos en las con-

diciones geográficas de los puntos de unión de las bases y lo más ó menos accidentado del terreno.

No por esto se crea que las condiciones geográficas sirven en absoluto para formar una buena *base de operaciones*.

El archiduque Carlos, acerca de estas consideraciones, se expresa así: «Las operaciones militares dependen de la configuración del suelo, toda vez que la situación de las cordilleras y el curso de los ríos determinan invariablemente las líneas y los puntos que los ejércitos deben recorrer y ocupar; esta es la causa de que las batallas decisivas se hayan dado, generalmente, en los mismos campos, por más que hayan variado las circunstancias y los ejércitos.»

Como las *bases de operaciones* se establecen siempre sobre territorios de bastante extensión, donde desaparece la consideración de los detalles, daremos alguna noción muy elemental de lo que hay que tener presente al tratar de los *accidentes geográficos*.

---

## CAPÍTULO III

---

### Ideas generales de Geografía estratégica.

En páginas precedentes queda establecida la base para una clasificación de los *accidentes geográficos*.

Este es el lugar de exponer la clasificación que adoptamos.

- 1.º Sistema orográfico.
- 2.º Sistema hidrográfico.
- 3.º Valles.
- 4.º Fronteras.
- 5.º Grandes accidentes.
- 6.º Vías de comunicación.
- 7.º Plazas fuertes.

#### SISTEMA OROGRÁFICO

La Naturaleza, en ciertas regiones, presenta altas cordilleras de elevadas cúspides, algunas de las cuales ofrecen mesetas inexpugnables y de valor militar indiscutible para establecer una posición estratégica.

En general, las grandes cadenas de montañas son siempre un auxiliar poderosísimo en favor del ejército que logra ocuparlas y multiplicar considerablemente las condiciones de defensa, sirviendo de puntos seguros de refugio y retirada cuando el ejército toma la ofensiva y tiene que apoyar en ellos sus operaciones de ataque, desempeñando un papel importantísimo en los planes de invasión.

Son perjudiciales, sin embargo, para la defensiva, porque no se pueden fácilmente combatir las maniobras envolventes, que son dirigidas siempre á obligar al enemigo á evacuar sus posiciones.

Además, sea para la ofensiva ó para la defensiva, en estas regiones abundan las dificultades para el movimiento de tropas numerosas.

Hay que tener en cuenta acerca de este punto que las regiones de montañas no constituyen por sí solas el *teatro de una guerra*, excepto en algunos casos, sino que sirven tan sólo para apoyar una de las alas del ejército, ó las dos en casos más favorables.

Cuando la cadena de montañas es paralela á la línea de operaciones, sirve de apoyo á una de las alas, y su posesión será más difícil y reñida cuanto más domine sobre las faldas y el valle.

Cuando la cordillera es perpendicular á la línea de operaciones, sirve de *base secundaria* y tiene perfecta aplicación como *línea de defensa*.

En el caso de hallarse en el interior del *teatro de operaciones*, pueden perfectamente utilizarse, bien como *líneas de defensa secundarias*, bien como *bases secundarias de defensa*.

En general, una gran cordillera es de mucha utilidad para la defensiva, porque el ejército invasor se ve siempre amenazado en sus flancos y retaguardia; lo escabroso del terreno puede ofrecer frecuentes ocasiones de cortarle sus comunicaciones y líneas de retirada, y se encuentra en un peligro constante por los *puertos* y difíciles pasos que tanto menudean en esos accidentados territorios.

El estudio en esta clase de terrenos, desde el punto de vista de la estrategia, merece un estudio especial conocido con el nombre de guerras de montañas, donde se hace perfecta aplicación y se emplea toda la utilidad que ofrecen los caminos escabrosos.

Réstanos sólo indicar que en las cordilleras pueden establecerse buenas bases de operaciones y cumplidas líneas de defensa; además, esas cadenas de montañas determinan frentes estratégicos, y pueden servir de apoyo á las alas del ejército invasor ó defensor.

SISTEMA HIDROGRÁFICO

Un río, *estratégicamente considerado*, es de mayor utilidad y aprovechamiento según su cauce, profundidad central, velocidad de la corriente, altura de sus márgenes, vados y puentes que permiten cruzarle, estructura del terreno por donde pasa y dirección con respecto á la *línea de operaciones*.

La línea determinada por el río es invariable, mientras que la línea de operaciones cambia con los diversos planes supuestos; de aquí resulta que las relaciones entre ambas líneas son variables; pueden, sin embargo, reducirse sus posiciones mutuas á dos principales: paralelas ó perpendiculares.

(1) Un río paralelo á la línea de operaciones flanquea las tropas que marchan por ella, sirve de apoyo á una de las alas, constituye una línea de defensa respecto de las operaciones y, si es navegable, proporciona importantes ventajas como línea de transporte. Después de la toma de Ulma, en 1805, el Danubio cubría el flanco izquierdo del gran ejército; por él se transportaba gran cantidad de víveres y municiones, y podía favorecer, según las circunstancias, las operaciones sobre su orilla izquierda.

Si el río divide la *zona de operaciones* en vez de limitarla, el ejército que sea dueño de él se halla en las mejores condiciones para la ofensiva, pues, según los casos, pueden operar dominando ambas orillas, en una ó en otra de las vertientes, desembocar sobre el flanco ó la retaguardia del enemigo, ó concentrarse detrás del río que le servía entonces de línea de defensa. Las dobles cabezas de puente son en este caso muy propios y poderosos elementos artificiales para aumentar el valor del accidente de que tratamos.

Un río perpendicular á la línea de operaciones puede servir de línea de defensa, de base de operaciones y de protección para efectuar un despliegue estratégico.

Si el río se halla en la frontera y sirve de límite á las dos naciones beligerantes, las condiciones militares de estos Estados no difieren esencialmente; pues si bien tendrá ventajas aquel que posea la orilla dominante por la mayor facilidad para intentar el paso, no es probable que esta cir-

---

(1) General Sironi, traducción del teniente coronel Monteverde.

cunstancia se verifique en una gran longitud, siendo lo más frecuente que la dominación pase de un lado á otro. Si uno de los dos ejércitos poseyera las dos orillas, aunque sólo fuera en una porción más ó menos extensa, tendría en ello marcada ventaja hasta el principio de las hostilidades; pues si su plan es defensivo, las tropas colocadas en la orilla del lado del enemigo enfilan el resto del río, amenazando el flanco del contrario, siempre que las condiciones tácticas de aquella parte no neutralicen las estratégicas; por el contrario, si ha de tomar la ofensiva, tiene en el río una base de operaciones que ha podido preparar tranquilamente de antemano en toda aquella parte en que ejerce absoluto dominio.

Los ríos perpendiculares á las *líneas de operaciones* pueden servir tanto de *bases* como de *líneas de defensa secundarias*, siendo de advertir con este motivo que frecuentemente la situación militar ó política de un ejército le obliga á abandonar su primitiva dirección y á cubrirse ó apoyarse en los obstáculos que tiene sobre sus flancos. También pueden servir de *bases* y *líneas de defensa secundarias*, los ríos que crucen el *teatro de operaciones*, aunque no tengan la dirección que estudiamos.

Entre los casos particulares que debemos considerar en la dirección de los ríos, merece especial atención el de que forme un gran saliente ó recodo, como el Po en Cremona; este accidente constituye una posición que flanquea estratégicamente una parte del río en una extensión que depende de la importancia del saliente y de sus condiciones particulares, de ser ó no punto de paso, cruce de caminos, estar ó no fortificado, etc.; si los lados del saliente, como sucede al Rhin en Basilea, son de considerable longitud, tenemos uno paralelo y otro perpendicular á la línea de operaciones; el defensor, colocado en la parte cóncava, ocupa una posición central, desde la cual, con la ventaja del tiempo y de la distancia, puede acudir prontamente por los radios ó las cuerdas á cualquier punto de la línea defensiva, maniobrando por líneas interiores; el ofensor, que se enumera libremente en el exterior, tiene la ventaja de combinar bien sus operaciones para llevar el grueso de sus fuerzas á un extremo y caer sobre una de las alas, ó á la retaguardia del enemigo. Las líneas formadas por un río y su agente dan lugar á consideraciones análogas á las que acabamos de exponer; la indicación más ó menos grande del uno con relación al otro, es una circunstancia geográfica que ha de tenerse muy presente en el estudio estratégico de un teatro de operaciones.

El punto de confluencia de dos ó más ríos es del mayor interés en la

estrategia; su posesión permite maniobrar por líneas interiores entre los valles seguidos por el contrario, ó por líneas exteriores fuera de los ríos extremos, amenazando el flanco de aquellas columnas. De este modo pudo Napoleón llevar á cabo su notable campaña defensiva de 1814, siendo dueño del territorio en que convergen el Yonne, el Armançon, el Sena, el Manse y el Oise.

Si hiciéramos un estudio comparativo entre los dos sistemas orográfico é hidrográfico á fin de determinar cuál convendría más para frontera de un Estado, á pesar de ofrecer ambos ventajas é inconvenientes que mutuamente se compensan, no dudaríamos en significar, como línea divisoria de dos Estados más oportuna, la determinada por una línea de montañas.

Veamos en qué se funda nuestra opinión: considerando las ventajas que ofrece la línea hidrográfica, habremos de convenir en que «las operaciones» á lo largo de esas líneas «entre dos puntos de paso son muy fáciles por la naturaleza del terreno»; en cambio, estos puntos de paso ofrecen «fácil acceso» y dan á conocer «la marcha obligada de las tropas».

Respecto al sistema orográfico, las líneas de montañas presentan infinitos obstáculos que entorpecen los «movimientos» del ejército; pero sus pasos difíciles para el invasor, y su situación dominante para el ejército que los ocupa, les concede superioridad sobre las líneas fluviales desde el punto de vista estratégico.

#### VALLES

De la obra del general Sironi tomamos los siguientes párrafos:

Una cadena de montañas se compone de una sucesión de alturas y de valles cuyo valor estratégico depende menos del obstáculo formado por las primeras que de la naturaleza, dimensiones y dirección de los segundos. Los valles son las comunicaciones naturales entre las vertientes opuestas, y como grandes arterias por las cuales llegan los ejércitos á las vastas llanuras en que se decide su suerte; así vemos que los caminos ordinarios, lo mismo que los ferrocarriles, siguen su dirección, ya por el fondo, ya por las laderas que los forman, para llegar á su parte más ancha ó á su nacimiento.

Las primeras defensas provisionales se establecen en las alturas próximas al punto más alto de los valles, ó en los contrafuertes que los dominan,

y las permanentes en su salida, que es donde se encuentran las tropas destinadas á combatir la invasión. En una región montañosa, las alturas alcanzan su mayor valor táctico cuando son tales que su situación ó sus defensas artificiales obligan al invasor á apoderarse de ellas para poder dominar los valles; antiguamente se daba gran importancia á la posesión de los nudos orográficos, lo que ocasionaba la formación de un frente estratégico defensivo, débil por su extensión, constituyendo lo que se llamaba *cordón*, que Maquiavelo fué el primero en censurar.

El valor de los valles es especialmente estratégico por lo que hemos dicho, y merecen detenido estudio, sobre todo en los países como el nuestro cuyo territorio en mucha parte es montañoso; los dividiremos en las cuatro clases siguientes.

1.<sup>a</sup> *Valles de primero, segundo..... orden*, según tengan su origen en la cordillera principal ó en los contrafuertes de los órdenes correspondientes.

2.<sup>a</sup> *Valles perpendiculares ó transversales y longitudinales*, según sea su dirección general próximamente normal ó paralela á la cadena en que nacen.

3.<sup>a</sup> *Valles convergentes, divergentes y paralelos*, según que se dirijan á un punto común, ó partan de un mismo nudo, ó contengan entre sí distancias poco variables.

4.<sup>a</sup> *Valles largos ó cortos, anchos ó estrechos*.

La importancia estratégica de los valles de primer orden está reconocida con observar que determinan las comunicaciones inmediatas entre las vertientes opuestas, encontrándose en ellos los principales caminos de todas clases que se desarrollan en su fondo y en sus vertientes. Los valles de órdenes secundarios tienen un valor relativo en armonía con la importancia de las regiones que ponen en comunicación á través de los contrafuertes en que tienen origen.

Los valles perpendiculares ó transversales marcan el camino más corto de la divisoria á la llanura; son los elegidos por los invasores como línea de operaciones para salir lo más pronto posible de los países montañosos, y á esta elección se ven también obligados en cierto modo, por dirigirse la red de caminos vecinales por la línea más corta á buscar el paso de la sierra. Los valles en los cuales está trazado el camino del monte Cenís, perpendiculares á los Alpes, son por esta sola condición de capital importancia estratégica, pues marcan la línea de operaciones más corta para pasar de la cuenca del Po á la del Ródano.

Los valles longitudinales ejercen más variada influencia estratégica: formados por la cordillera principal y una cadena de montañas paralela á aquélla, son los más largos de cada sistema orográfico y los más favorables para la defensiva si se precisa al enemigo á seguirlos en toda su longitud, pues sus flancos quedan entonces amenazados por los valles secundarios que parten de aquella cadena paralela y proporcionan la facilidad de molestar las comunicaciones del invasor, detenerlo, impedir sus movimientos y obligarlo á que dirija sus esfuerzos, antes de pasar adelante, á posesionarse de los nacimientos de estos valles secundarios. Todas estas circunstancias hacen que los valles longitudinales sean favorables á la defensiva estratégica; un invasor, sin embargo, que por un movimiento rápido baje aquellos valles, inutiliza al mismo tiempo todas las defensas y disposiciones que se apoyen en los que le son perpendiculares.

Si se consideran las relaciones que existen entre un valle longitudinal y los de la vertiente opuesta, se ve fácilmente que, á consecuencia de extenderse paralelamente y á corta distancia de la cresta principal, se prestan á la ofensiva, que puede ejercer su acción sobre aquella vertiente, amenazando al mismo tiempo el nacimiento de los valles que la surcan. La cuenca del Durance se halla al Oeste de los Alpes Grées; es un poco oblicua á la divisoria principal en un corto espacio, y se comunica con los diferentes valles perpendiculares á la misma divisoria en la vertiente oriental de los Alpes; por esta disposición, Francia puede elegir para la ofensiva, entre los pasos de los Alpes, desde el monte Genève hasta el paso de la Argentièrre, los que más le convengan para llevar las operaciones á Italia.

Cuando dos valles longitudinales se corresponden en dos vertientes opuestas, como sucede respecto del Adda y del Inn, las condiciones geográfico-estratégicas se equilibran y ejercen uno sobre otro análoga influencia; las ventajas que alguno de ellos pueda tener, dependen de otras particularidades del terreno.

Un valle es tanto más favorable á la defensiva cuanto mayor longitud tiene: primero, porque el invasor se ve obligado á recorrer un camino largo y estrecho, teniendo que hacer la marcha en escalones á distancias considerables para evitar la excesiva profundidad de sus columnas; segundo, porque los contrafuertes, los valles secundarios y las angosturas del mismo valle presentan al defensor múltiples y sucesivas posiciones en que apoyar la resistencia; y tercero, porque estos accidentes ofrecen grandes facilidades para molestar al enemigo en sus comunicaciones, carácter prin-

eipal de una defensa bien dirigida en países de montañas. En contraposición, los valles cortos que carecen de las condiciones que acabamos de señalar, son, en general, más útiles á la invasión que á la defensa.

Los valles anchos dan aquí á la palabra su significación corriente (y no de cuencas, como las del Rhin, Danubio, etc., que constituyen por sí solas teatros de operaciones), ofrecen á la ofensiva la facilidad para el despliegue del ejército y la posibilidad de combinar las operaciones; el defensor encuentra también en ellos las mismas ventajas, contando con puntos interiores que le sirvan de apoyo.

Parece, pues, que estos valles son igualmente á propósito para las dos situaciones estratégicas en que pueden hallarse los ejércitos combatientes; debe observarse, sin embargo, que para la ofensiva estratégica son preferibles los valles espaciosos á los estrechos, pues en éstos todos los movimientos quedan limitados á la acción de frente, sin tener medio de eludir los obstáculos que en ellos encuentra fácilmente, para sus fines, el ejército defensor.

*Valles convergentes, divergentes y paralelos.*—Consideramos dos casos en los valles convergentes:

1.º El de los grandes valles que convergen hacia el interior de una región despejada.

2.º El de los valles secundarios que concurren en un punto común, ó en puntos muy próximos de un valle de primer orden.

En el primer caso, el invasor puede disponer de las líneas de operaciones convergentes que le ofrecen los valles que conducen á la llanura, encontrándose en condiciones de reunir, en cualquier punto de un frente estratégico cóncavo, fuerzas bastantes para batir ó envolver al defensor que cometiese la imprudencia de extenderse demasiado con objeto de observar todos los valles. La invasión de Bohemia en 1856 tuvo como apoyo la configuración geográfica de aquella provincia y de la Moravia, análoga á la de que tratamos.

Las ventajas que en estos valles se obtienen por la ofensiva están compensadas con las que tiene la acción defensiva. En efecto: desde el punto de convergencia de los diferentes valles, en el cual se reunirán la mayor parte de las fuerzas, pueden éstas moverse fácil y rápidamente en dirección de los pasos elegidos por el invasor, cuyas columnas, avanzando separadamente por las diversas líneas, se encuentran en situación comprometida para seguir su marcha, por el apoyo que prestan al defensor los fuertes y

posiciones que habían preparado de antemano, y por el poderoso auxilio que obtiene de los ferrocarriles, que se desarrollan, generalmente, en arcos concéntricos con la divisoria de aguas.

La cuenca superior del Po presenta un ejemplo muy marcado del sistema de valles de que tratamos, pero carece para la defensiva de un buen sistema de fortificaciones.

En el segundo caso, las condiciones estratégicas vienen á ser idénticas para la ofensiva y para la defensiva; ésta, sin embargo, si bien observa y protege el valle principal desde la confluencia de los secundarios, no tiene facilidad para moverse en el interior del sector que posee y sobre los flancos del invasor por los obstáculos que á ello le oponen los contrafuertes que forman aquellos valles, y que le sirven principalmente de apoyo.

Los valles divergentes parten de un nudo de montañas ó de una región de origen común; el invasor se ve precisado en estos territorios á adoptar líneas de operaciones divergentes también, dando á la defensa todas las ventajas de poder operar por líneas interiores y céntricas; aquél, sin embargo, si es dueño del nacimiento común de los valles, tiene en su favor la libertad de elección entre las diferentes líneas por que puede operar, toda vez que su contrario ha de ocupar un frente extenso; y si fuere el defensor el que posea aquel origen común, tiene un centro desde el cual hace frente al enemigo con todas sus fuerzas por cualquier lado que se presente. Las condiciones estratégicas de un sistema de valles divergentes vemos, pues, que son análogas á las de los convergentes, tanto para la ofensiva como para la defensiva.

Los puntos y pasos de las cadenas de montañas de segundo orden son puntos de origen de dos ó más valles divergentes, y se les aplica una parte de las consideraciones que hemos hecho respecto del nudo común á varios valles; el que los posee domina estratégicamente los valles que en ellos concurren y envuelve los secundarios que entre ellos se interponen.

Los valles paralelos, cuando son perpendiculares al frente estratégico, subdividen en diversas regiones la zona defensiva que forman, impidiendo los movimientos dentro de ellas los contrafuertes que las cruzan; esta circunstancia obliga á la división de fuerzas para proteger y ocupar aquellas secciones, cuya comunicación eficaz sólo ha de hacerse por el llano á menos que alguna vía de buenas condiciones atraviese los contrafuertes. La desventaja de que hablamos se hace sentir tanto más, cuanto que es muy raro que en dos vertientes opuestas se correspondan dos valles para-

lelos; y en el caso de que esto tuviera lugar, quedarían equilibradas las condiciones de ambas partes. Si los valles paralelos lo son á la vez al frente de operaciones, ó lo que es lo mismo, perpendiculares á la línea de operaciones, alguna parte, por lo menos, de la cordillera en que tienen su origen presentará obstáculos sucesivos, que la defensa estratégica contará entre sus medios de resistencia; el agresor tendrá que atacarlos de frente, pues en tales condiciones los movimientos envolventes exigen el recorrer largas distancias, y son siempre, en semejante clase de terreno, maniobras difíciles.

Falta, por último, tomar en cuenta, en el estudio estratégico de los valles, una disposición particular. En las regiones montañosas, y de ello tenemos numerosos y notables ejemplos en nuestros Pirineos, se encuentran valles que entran unos en otros por sus nacimientos, ó que, por decirlo así, se engranan; en este caso, la posesión del valle central, sobre todo si es bastante capaz para contener fuerzas numerosas, es tan útil para la ofensiva como para la defensiva, puesto que fácilmente se dirigen desde él las operaciones á los contiguos; pero esta ventaja desaparece cuando es estrecho, y aumenta la probabilidad de tomar al flanco ó de revés desde los valles laterales las tropas en él situadas. Esta disposición de los valles se presta especialmente al sistema de defensa ya indicado antes de hacer la guerra á las comunicaciones del invasor.

#### FRONTERAS

Se entiende por frontera de un Estado la línea que le separa material ó idealmente del Estado vecino, y determina el común límite de ambos por aquella parte.

En el primer caso, puede estar determinada esta línea por piedras ó postes (*mojones*) colocados de trecho en trecho con el expresado fin, ó bien por un río ó una cordillera.

En el segundo caso, cuando la línea de división es ideal, sólo consta en tratados y documentos diplomáticos.

En unas y otras circunstancias las proximidades de la frontera están sembradas por plazas fuertes, obras de fortificación que son necesarias á pesar de que la amistad más profunda estreche á las naciones, porque aquellas defensas constituyen la garantía más práctica de seguridad para

sus respectivos intereses y mutua confianza; así como el ejército más considerable, mejor educado y más aguerrido es la mejor garantía para la prosperidad de los pueblos; en una palabra: *La nación más dispuesta para la guerra es la que puede disfrutar más de la paz.*

En las fronteras, pues, el ingeniero militar llena su misión científica, y bajo su dirección se construyen esos monumentos del arte de la guerra que son mudos testimonios del poderío militar del Estado.

Aunque la frontera ofrezca multitud de accidentes naturales ó geográficos, es preciso el auxilio de los artificiales que ocuparán los puntos dominantes; es decir, los más estratégicos. De esto se deduce que, cuando los accidentes naturales escasean, es preciso de todo punto aumentar los artificiales.

Nuestro propósito nos concreta al examen de los accidentes geográficos de las fronteras en sus relaciones con la estrategia.

Las consideraciones hechas al tratar de las bases de operaciones convienen en un todo á las fronteras.

Estas pueden ser *rectas*.

De *rediente* ó *convexas*.

De *tenaza* ó *cóncavas*.

En el primer caso, como guarda la misma forma para ambas naciones, su línea divisoria no ofrece ventajas á la una ni á la otra, no influyendo, por consiguiente, para nada en la suerte de aquellos dos pueblos.

La frontera *convexa* ó *de rediente* es de precisa aplicación para la ofensiva, pero es necesario que reúna ciertas condiciones extrañas á su figura, pero no á sus inmediaciones.

Tales son los obstáculos naturales que han de proteger los flancos; fáciles comunicaciones en su saliente, y bien fortificado este ángulo ó la curvatura que presente más avanzada ó más próxima al enemigo. Los inconvenientes, no poco grandes, que presentan, consisten en que el enemigo puede operar á la vez sobre los dos flancos y amenazar la línea de operaciones, los cuales se evitan multiplicando los accidentes naturales donde falten.

Las fronteras de forma cóncava (*de tenaza*) son las más ventajosas para la defensiva por su disposición de línea envolvente, y presentan dos bases de operaciones muy adecuadas para tomar la ofensiva.

Ejemplo de frontera cóncava: la de Alemania por el lado de Francia.

GRANDES ACCIDENTES

Como grandes accidentes pueden contarse las llanuras, los lagos y pantanos, los bosques y los mares.

*Las llanuras* constituyen los accidentes geográficos de mayor importancia desde el punto de vista de la estrategia.

Las vastas llanuras son los terrenos más oportunos para librarse grandes combates decisivos que determinan la suerte de un pueblo, la victoria ó la derrota de una causa, y siempre la completa y verdadera derrota de uno de los dos ejércitos.

Este *gran accidente* ofrece extensión suficiente para efectuar toda clase de movimientos y evoluciones, libertad á las maniobras; permite toda clase de *órdenes* y fortificaciones, desde la *columna* profunda, de mucho fondo, hasta la extensa red de tiradores que en la guerra moderna rodea á los ejércitos, red que viene á ser su velo protector, y al mismo tiempo espía constante de los movimientos del enemigo.

Una extensa llanura permite cargas de caballería; formación de cuadros; en una palabra, cuantos recursos de ofensiva y defensiva se emplean en la lucha franca y abierta donde los enemigos se ven frente á frente; es decir, la verdadera guerra noble y leal, que tan notablemente se diferencia de la guerra de partidas, donde los héroes mueren sin defensa.

Las llanuras hacen valer su importancia estratégica según las comunicaciones que las cruzan y las unen á los pueblos comarcanos, según los recursos que ofrecen la riqueza de los territorios lindantes, la elevación del terreno y otras muchas circunstancias que impiden juzgar este gran accidente en lo absoluto, y siempre en relación con todo cuanto le rodea.

*Lagos y terrenos pantanosos.*—Estos grandes accidentes geográficos también revisten superior importancia para la estrategia, y aquí hemos de hacer constar una observación acerca de esta clase de terrenos.

Los grandes lagos y los grandes pantanos son obstáculos graves, porque impiden el paso á las tropas, siendo á veces de más importancia que ríos caudalosos, pues su gran extensión, su fondo cenagoso y sus peligrosas orillas dificultan lanzar un puente ó aventurarse á nado entre juncos y hierbas que ofrecen una muerte segura; pero no tan sólo los grandes accidentes de esta clase forman insuperable obstáculo al paso de los ejér-

citos. Un campo sembrado de pequeñísimos accidentes de esta clase es tanto ó más peligroso, porque si el enemigo pretende atravesarle, únicamente puede hacerlo por desfiladeros entre las aguas, tanto ó más peligrosos que las gargantas y puertos de los montes.

Constituyen siempre grandes *líneas de defensa*, bien solos estos obstáculos ó en combinación con otros.

Ejemplo:

El Niemen, la plaza de Koenisberg y una red de pequeños lagos y pantanos forman el frente estratégico de la Prusia oriental respecto de la Rusia.

*Bosques.*—Los grandes bosques sirven eficazmente para efectuar despliegues ó concentraciones, organizar tropas, preparar el ataque, prepararse para la defensa ó rehacerse después de la batalla; todo esto á cubierto del enemigo. Sirven también para asegurar una brillante retirada sostenida por buenos y experimentados tiradores, que de árbol en árbol van sosteniendo á fuerzas considerables y diezmando sus filas presentadas al descubierto, mientras ellos guardan su cuerpo de las miradas del contrario con el espeso follaje, y de su balas con los numerosos troncos que pueblan la selva.

Detienen la acción de la caballería anulando el principio donde estriba su principal prestigio en la guerra, que es la velocidad.

*Mares.*—Los mares desempeñan un gran papel en sus funciones estratégicas y admiten diversas aplicaciones en la guerra. En la de Crimea, por ejemplo, al mar Negro fué apoyo del ala derecha del ejército aliado, en su marcha de Eupatoria á Sebastopol; de línea, para aprovisionar al ejército mientras dure el sitio; de base y de línea de operaciones.

Es condición necesaria para que este gran accidente geográfico pueda utilizarle eficazmente la estrategia, que esté defendida la costa y domine una gran extensión de ese mar una escuadra ó buque de la misma nación ó de naciones coligadas, con la bandera del ejército que aprovecha las condiciones estratégicas del *accidente que nos ocupa*.

\*  
\*\*

Además de los obstáculos enumerados, aún podemos señalar los desiertos, que en Europa no existen. Estos accidentes no ofrecerán jamás el lugar

para un verdadero teatro de operaciones y no pasará de ser una zona que esté obligado, á veces, á atravesar el invasor, y que aumentará su importancia por sus mayores peligros que, generalmente, están fundados en su mayor extensión. Lo primero á que habrá que atender, con una preferencia exquisita, será á dejar bien guardadas las líneas de comunicaciones; y los puntos de defensa de estas líneas de etapa están determinados por los oasis; de todos modos, y aun con exceso de precauciones, el atravesar un desierto ofrece grandes dificultades no tan sólo porque el país no ofrece recursos, que es preciso llevarlo todo, incluso una enorme cantidad de agua, sino porque el clima, demasiado crudo ó en extremo caluroso, y los vientos reinantes, hacen menos posible el mejor éxito de esas operaciones.

Pueden, sin embargo, aprovecharse elementos de progreso que ayuden á esas difíciles empresas. Los rusos á fuerza de constancia llegarán á las posesiones inglesas contando con la alianza del Afghanistan.

Ellos han explotado perfectamente esos elementos, aprovechándose de los ferrocarriles, sin embargo que los sacrificios que en largo período de tiempo ha sido preciso aunar para llegar á la relativa ventaja obtenida en el caso que examinamos, da idea aproximada del valor y de la importancia de las líneas de defensa establecidas en esos especiales territorios.

El material tan ligero de líneas férreas que hoy se ha conseguido alcanzar para los ejércitos en campaña, facilita el transporte de grandes convoyes de tropas á través del desierto, teniendo en cuenta que las etapas terminen en lugar de apoyo para la defensa y de recurso para el ejército.

Los grandes oasis siempre ofrecerán una seguridad que los pequeños no pueden garantizar, porque en éstos suele ocurrir que los vientos reinantes los destruyen en parte y á veces queda completamente su frondosa vegetación envuelta por la arena del desierto y cegados los pozos que son el recurso y amparo del arriesgado peregrino.

#### VÍAS DE COMUNICACIÓN

La importancia de las vías de comunicación, en general, consiste:

- 1.º En los puntos que unen, ya sean éstos obras de fortificación, castillos, establecimientos militares, pueblos, capitales y plazas fuertes.
- 2.º En su amplitud, su disposición y la clase de terreno que las forma ó en que están trazadas.

Las sendas ó veredas que por su amplitud ocupan el orden inferior en una clasificación geográfica, desempeñan, sin embargo, un papel importantísimo para la estrategia; en efecto: las marchas de Anibal y Napoleón á través de los Alpes nos lo atestiguan.

Hemos de declarar, pues, que toda clase de comunicaciones tiene un gran valor estratégico, y éste dependerá siempre de las condiciones de la línea.

Entre todas distinguiremos las que son superiores, estudiando unas y otras.

*Caminos vecinales.*—Pueden utilizarse únicamente para el tránsito de las fuerzas poco numerosas, porque para los movimientos de los grandes ejércitos ofrecen muchos inconvenientes, y las marchas serían de difícil realización.

*Carreteras provinciales y del Estado.*—Se ofrecen á las mismas consideraciones que hemos hecho con respecto á los caminos vecinales.

*Ferrocarriles.*—Hé aquí las grandes arterias que facilitan considerablemente todos los movimientos de los ejércitos; que los conducen rápidamente á la frontera cuando la nación está anenazada; mantienen constantemente las comunicaciones; facilitan el establecimiento de reservas, hospitales de sangre, almacenes; ofrecen líneas rápidas de retirada, y permiten acumular en pocas horas tropas numerosas, contribuyendo al desarrollo de los más vastos planes estratégicos y prestando los más inestimables servicios al arte de la guerra; de ellas se sirve la Logística para cumplir su misión tan difícil y delicada; la táctica se preocupa de su estudio para poder llevar á cabo la resolución de grandes problemas; son, en fin, la providencia de los Estados para su defensa, y aparte de las utilidades que reportan al comercio y á la industria, conviene á los Gobiernos proteger su explotación y esforzarse en mantenerlas, conservarlas y aumentar su número, para que esa red que recoge y reparte sin cesar la riqueza, demuestre el grado de civilización de los pueblos, ofrezcan comodidad y sirva, en día de peligro, para acudir á tiempo donde el deber llama al defensor de la patria; porque el valor ya no es hoy el principal elemento, y si lo fuera no es suficiente; es preciso que al valor se unan los medios necesarios para que no sucumba impotente, á pesar de titánicos esfuerzos que se estrellan contra la precisión matemática que ofrecen los adelantos modernos, y en los cuales no es todo corazón: la cabeza se impone, y es preciso que, marchando

con las ideas del progreso, domine al sentimiento la idea. El valor subsistirá siempre, pero hay que rodearle, para que su esfuerzo no sea inútil, de los múltiples y poderosísimos elementos que en estos últimos tiempos han venido á enriquecer lo que antes era *Arte de la guerra* con pequeña parte de ciencia y en adelante será *Ciencia de la guerra* y tendrá como complemento *El arte de pelear*, ó mejor dicho, empleando sus verdaderos nombres: *Ciencia de la guerra* y *Arte militar*.

Las vías férreas constituyen las líneas de operaciones de los ejércitos y son indiscutiblemente necesarias para su aprovisionamiento; porque los recursos con que cuenta una comarca, por rica y abundante que sea, no bastará para sostener el considerable número de hombres y caballos de un ejército poderoso.

Mediante los ferrocarriles, puede defenderse mucho mejor una línea de operaciones que sin el concurso de ese poderoso auxiliar, pues se pueden enviar rápidamente las tropas sobre los puntos amenazados, y pasado el momento del peligro en aquellas débiles posiciones, restablecerse el orden normal y en disposición de evitar un ataque en otro lugar.

Así se combate, el notable principio de arte de la guerra: Ser el más fuerte en el punto más débil del enemigo.

Hemos apuntado que las vías férreas serán líneas de operaciones, pero en el caso de ser perpendiculares á los frentes, no sólo líneas férreas sino cualquiera vía cuyo trazado guarde una dirección análoga.

Este trazado ofrece la ventaja de poder comunicarse constantemente el frente con la base.

Cuando son paralelas mantienen las relaciones entre las líneas de defensa y facilitan la mútua comunicación de las líneas de operaciones.

Las que no tengan una ú otra de estas direcciones determinan las líneas estratégicas convergentes que ya conocemos.

Además de lo dicho respecto á las comunicaciones, se consideran como puntos estratégicos de importancia: las encrucijadas de los caminos, los puntos de aproximación de unos á otros, las bifurcaciones ó confluencias y aquellos otros puntos en que presenta cortes el terreno ó la vía sufre alguna interrupción motivada por los grandes accidentes ya estudiados ó por accidentes pequeños, como una hondonada, otro camino de distinto nivel, un barranco ó algún estrecho paso por selvas ó terrenos cenagosos.

Ya que aquí nos hemos referido á los pequeños accidentes, añadiremos que además de los apuntados, pueden considerarse como tales por el papel que frecuentemente desempeñan en la guerra, los terrenos cultivados, fuentes, jardines y granjas, las *rosas* de los montes y la roturación de terrenos aun no cultivados.

#### PLAZAS FUERTES.

La importancia de las plazas fuertes, no tan sólo depende de sus condiciones defensivas, guarnición y grandor, sino también, y esto quizá principalmente, de su posición con respecto á los accidentes geográficos que la rodean, y los que domina; de esto depende en primera línea su valor estratégico.

Haremos, por consiguiente, un estudio, aunque muy ligero, de las plazas fuertes según se hallen situadas en las montañas, á la inmediación de un río sobre las comunicaciones ó en la frontera.

Las *plazas fuertes* enclavadas en un sistema orográfico, tienen por principal objeto la dominación del valle sobre el cual elevan sus murallas, á veces enfilan los *puertos* inmediatos, y la elevación es tan considerable en ocasiones, que todas las mesetas cercanas son de más bajo nivel, haciéndose inútiles para establecerse en ellas el enemigo. Entonces alcanzan su *máximum* como puntos estratégicos.

Cuando se construyen varias obras en las alturas que dominan un sistema orográfico, se descuidan en las de más bajo nivel las leyes de *desenfilada* con respecto á la situada en el punto más culminante, para si el contrario logra apoderarse de alguna, no pueda sostenerse en ella; la defensa se hará imposible porque barrerá sus *lanquetas* y destruirá sus depósitos aquella más dominante.

Esas obras á que nos referimos, pueden enfilan al mismo tiempo las trincheras que construye el adversario, bien para tomar posiciones, bien para dirigir el ataque á una plaza importante estableciendo esas trincheras en *Zic-zac* ó por líneas de circunvalación. Aumenta la importancia de estas *plazas* en las montañas, sirven de apoyo á partidas de guerrilleros ó á fuerzas que hacen la guerra en partidas.

Las *plazas* construidas á la inmediación de los ríos, tienen gran valor estratégico, ofrecen gran libertad para maniobrar «á las tropas que se apoyan en ellas.»

Pueden estas plazas hallarse sobre el río, en su proximidad ó en la confluencia de dos. En el primero y segundo caso, tienen grande importancia; pero en el tercero, es mayor aún.

Como ejemplo de este último podemos citar las plazas de «Theresienstad y Josephstad» en Bohemia.

Las obras que tienen por objeto defender un radio y que forman una cabeza de puente, á las condiciones defensivas reúnen las ofensivas de una manera eminente y poderosa.

Las obras que hacen las veces de doble *cabeza de puente*, ofrecen la completa posesión del río, y si sobre el mismo hay más de una, la extensión entre una y otra se halla en posesión completa del ejército que puede servirse de la vía fluvial como de *línea de operaciones* ó *línea de defensa*.

Turena, en la defensa del Rhin, utilizó eficazmente este sistema en el segundo período de la campaña de 1672. Disponía de una doble cabeza de puente y se trasladaba á una y otra orilla, rechazando á los ejércitos reunidos del elector de Brandeburgo y del Emperador.

Como *plazas fuertes*, situadas en los centros de comunicaciones y de verdadera importancia estratégica, podemos citar á Coblenza, Magdebourg en Alemania, Spezzia, Plasencia y Roma en Italia; Lión, Tolón y París en Francia.

Esta clase de plazas han de ser apoyo del ejército, y á la sombra de sus defensas y estratégica posición han de reorganizarse, preparando sus batallones, que acudirán en concepto de reserva á los puntos de peligro.

Fáltanos dar algunas ideas de la influencia estratégica que ejercen las plazas fuertes situadas en la frontera.

No se crea que cumplen generalmente con la misión de proteger el país que se extiende á su retaguardia, más bien sirven de apoyo en la ofensiva, á menos que en relaciones con las que están enclavadas en las líneas de comunicaciones, pudieran plantearse vastos campos atrincherados. Entonces las plazas más avanzadas sirven de apoyo en la ofensiva y todas de importancia incalculable en la defensiva para contener un ejército invasor cuyos esfuerzos se estrellarán en aquellas redes que forman las movibles tropas, al unir en constante comunicación las altas murallas cubiertas de cañones, haciendo así más breve la distancia que los separa.

Ya dejamos indicado que las plazas fuertes no son estratégicas por ser inexpugnables; tal sucede con las de Mantua, Bitche y Kæmigstin.

«Si el sitiador no puede entrar en ellas—dice Decker—tampoco el defensor puede salir.»

Tratándose de la defensa de los Estados, las ideas modernas no conceden importancia alguna á las plazas que pueden servir de apoyo á la ofensiva y aun las creen perjudiciales por completo.

Este, en nuestro concepto, es bastante exagerado, pues las plazas que favorecen la ofensiva en las condiciones que acabamos de presentarlas, siempre serán de utilidad en la guerra como puntos verdaderamente estratégicos.

El valor estratégico de toda plaza de guerra se mide por «la acción que pueda hacer sentir en el territorio que la rodea». No hay que confundir este fin estratégico con el táctico «que está limitado por el alcance de la artillería.»

Quedan ligeramente indicadas las relaciones de las plazas fuertes con las líneas estratégicas y queda apuntado su valor conforme deben ser consideradas por la geografía estratégica ocupando el lugar que les corresponde entre los accidentes distintos que aquella considera.

Hay que añadir que las poblaciones, aunque no sean fortificadas, tienen su valor para la estrategia en los siguientes casos:

- 1.º Cuando se hallan sobre las comunicaciones.
- 2.º Cuando encierran grandes recursos militares.
- 3.º Cuando la agricultura de la comarca en que se encuentran, así como la industria y el comercio, son florecientes y les dan vida y riqueza que deben aprovechar los ejércitos.
- 4.º Cuando su clima, sus grandes establecimientos y buenos cuarteles ofrecen residencia higiénica y conveniente á las tropas.

Hemos de añadir, que aun pueden enumerarse pueblos con valor estratégico pasajero ó accidental, tales son los que ofrecen ventajas de momento; los que permiten establecer hospitales de sangre; los de etapa, etc.

Las pequeñas casitas sembradas aquí y allá en la pintoresca campiña tienen su importancia en la guerra, después de los pueblos que hemos considerado.

Esas casitas indican que el suelo es fértil y proporciona elementos de subsistencia, pudiendo encontrar los heridos hospitalidad en esas viviendas, y á veces servir éstas de alguna utilidad en la estrategia.



## CAPÍTULO IV.

### Líneas de batalla.—Líneas de defensa.

Aun queriendo usar en toda su pureza el lenguaje técnico, suele confundirse con frecuencia la significación de ciertas palabras por la semejanza en las denominaciones, y es fácil caer en error lamentable; tal sucede entre las voces *línea de batalla* ó *frente de batalla* y *orden de batalla* que es preciso distinguir. Así se expresa el docto general Almirante (1) tratando de la propiedad de estas voces:

«Por analogía, *línea de batalla*, como *línea de operaciones*, como *línea de retirada* tienen sentido abstracto, absoluto, geométrico, para el cual en nada interviene la relación ó referencia al enemigo. La *línea de batalla* está constituida en el acto de colocar un batallón sus unidades extendidas en una misma dirección ó de colocarse varios cuerpos ó masas de tropas, unos al lado de otros, poniendo aproximadamente sobre una misma «línea recta» sus centros de figura.

Una serie de batallones en masa con intervalos de despliegue constituye línea de batalla, sin que sea preciso referirse á un objeto determinado; pero lo es, y hay que suponer enfrente un «enemigo» imaginario ó real cuando se dice *orden de batalla*. En el *orden* hay siempre algo ocasional, dispositivo, distributivo, arbitrario, que no hay en la línea. Un *orden de batalla* admite en rigor varias *líneas de batalla*, en sentido de la profundidad. No se dice, ni puede decirse, *línea de batalla paralela* ú *oblicua*, como se dice *orden de batalla paralelo* ú *oblicuo*. La línea de batalla es inicial, fija, casi siempre «perpendicular á la línea preexistente de marcha»: el orden de batalla, como resultado de maniobras preparatorias en general, no cumple esa condición.

---

(1) Al citar al ilustrado ingeniero, tan repetidas veces, no nos mueve la lisonja, precisanos acudir constantemente al tratadista militar, verdadera autoridad en nuestra literatura.

Es preciso, pues, tener en cuenta estas justas observaciones para distinguir siempre entre sí la respectiva significación de voces que á menudo se confunden olvidando su verdadero valor técnico.

#### LÍNEAS DE DEFENSA.

Constituyen las *líneas de defensa* los obstáculos que ofrecen á las tropas medios de cubrirse, ventajas para resistir el ataque de fuerzas superiores y elementos para sostener siempre la lucha contra el adversario.

Esta *línea*, desde el punto de vista de la estrategia, une el *objetivo* con la *base*.

Cuanto queda dicho en el capítulo II es aplicable una gran parte á las *líneas de operaciones*; sin embargo, vamos á indicar algunas leyes generales que en concreto convienen á estas líneas.

Diremos, en primer lugar, que pueden ser «naturales» ó «artificiales»; determinando las primeras los accidentes del terreno, según su *valor estratégico* absoluto y el relativo que adquieren por el territorio que les rodea.

Pueden considerarse formadas las *líneas de defensa naturales*:

- 1.º Por un sistema orográfico.
- 2.º Por un sistema hidrográfico.
- 3.º Por desiertos.
- 4.º Por selvas ó espesos bosques.

*Por un sistema orográfico*: Las ventajas que ofrecen las cordilleras ó cadenas de montañas, se funda en las múltiples dificultades que han de vencerse para atravesarlas, puesto que los puntos accesibles que facilitan el paso, son muy escasos y, por consiguiente, susceptibles de buena defensa y vigilados constantemente.

Es difícil defender líneas muy extensas, porque habiendo varios pasos practicables, el adversario avanza atacando varios de ellos con el objeto de distraer las tropas y el grueso de las fuerzas concentradas, mientras tanto se lanza sobre el punto que previamente se señaló como objetivo, y arrolla las defensas que se le oponen, forzando el paso y la resistencia débil é impotente ante la superioridad del adversario, ante lo abrumador.

De este medio se valió el rey José para forzar el paso de la Sierra Morena, al efectuar la invasión de Andalucía después de la batalla de Ocaña.

Á menos que los naturales del país ó tropas auxiliadas por ellos no defiendan los puertos y desfiladeros, podrá siempre el invasor atravesar cualquiera línea de montañas por senderos desconocidos para los defensores.

Hé aquí lo que dice el defensor de la Valtelina, duque de Rhoad:

«En el caso actual—habla de su ejército—se creía que los flancos del ejército estaban perfectamente protegidos por las montañas, como por otras tantas fortalezas; y era precisamente lo contrario: se les halló expuestos por todos lados; no bien se cerraba un paso, se descubrían dos; por lo cual, en vez de un ejército para la defensa del país, se necesitaban varios.»

Napoleón decía: que por donde pasa un hombre, pasa un ejército.

2.º *Por un sistema hidrográfico:* Indudablemente es más difícil la defensa de una línea fluvial que la de una línea de montañas, porque aquella ofrece mayor número de pasos, es más franqueable en toda su extensión y nunca serán suficientes las tropas que la cubran.

Dice Jomini, tratando de las *líneas de defensa:*

«Todo río, un tanto ancho, toda cadena de montañas y todo gran desfiladero en cuyos puntos accesibles haya algunos atrincheramientos pasajeros, pueden ser considerados como líneas de defensa, á la vez *estratégicas* y *tácticas*; puesto que sirven para determinar durante alguno; días el avance del enemigo, obligándole á menudo á desviarse de su marcha directa para buscar un paso más fácil; en cuyo caso, procuran tales accidentes del terreno una ventaja estratégica evidente, y si el adversario les ataca de frente y á viva fuerza, es indudable que entonces tienen también una ventaja táctica, por ser siempre más difícil forzar á un ejército detrás de un río ó de un puerto fuerte por la naturaleza ó por el arte, que atacarlo en campo abierto.»

«Sin embargo, conviene no exagerarse esta ventaja táctica, porque se iría á caer en el sistema de las posiciones (*starke positionen*), que ha causado la ruina de tantos ejércitos, y sean las que fueren las dificultades de acceso de un campo defensivo, es seguro que las tropas que se limiten á esperar en él los golpes del adversario, acabarán por sucumbir.»

«Por otra parte, siendo de acceso difícil toda posición muy fuerte

por la naturaleza, es igualmente tan difícil la salida de ella como la entrada; el enemigo podrá guardar las avenidas, y bloquear, por decirlo así, al ejército en su posición, con fuerzas inferiores á las de los defensores, que es precisamente lo que sucedió á los sajones en el campo de Pirna, y á Wurmser en Mantua.»

«En mi opinión, la cualidad más deseable es que la línea de defensa sea lo menos extensa posible, porque cuanto más reducida, con mayor facilidad la cubrirá el ejército si se vé obligado á la defensiva.»

«También es ventajoso que la línea de defensa tenga sobre sus flancos lo propio que sobre su frente, grandes obstáculos naturales ó artificiales susceptibles de servir de puntos de apoyo.»

«Es igualmente incontestable, que debe contar con un punto particular, que sirva de concentración para la defensa táctica cuando se trate de combatir seriamente al enemigo que haya logrado franquear el frente de la posición estratégica. Por ejemplo, todo ejército que guarda una posición considerable del curso de un río, como no podrá ocuparse toda con grandes fuerzas, deberá disponer, algo á retaguardia del centro, de un campo de batalla bien escogido de antemano, para recoger en él sus divisiones de observación y oponer, de este modo, todas sus fuerzas rendidas al adversario.»

«Una sola indicación que nos queda por hacer sobre las líneas de defensa estratégicas, es: que un ejército ofensivo, al penetrar en un país con el designio de someterlo ó de ocuparlo temporalmente, obrará siempre con prudencia—por grandes que hayan sido sus triunfos anteriores—preparándose una buena línea de defensa, para que le sirva de refugio en el caso de que un revés de la fortuna llegue á cambiar el aspecto de los asuntos.»

Dice el Coronel Vial hablando de los ríos como línea de defensa:

«El ejército completa la guarnición y el armamento de las plazas fuertes; y á falta de éstas, crea plazas del momento; destruye los pasos, puentes ó vados que no quiere conservar y pudieran servir al enemigo.»

«Cubre con cabezas de puente aquellos que de éstos pueden serle útiles; y para mayor seguridad, se cortan dichos puentes hacia el medio, construyéndose otro levadizo sobre la cortadura; y en ocasiones, se derriban también los parapetos ó pretilas, á fin de que sea fácil batir toda la longitud del tablero con baterías.»

«Sereconcentran en la orilla que se ocupa, todas las barcas y lanchas,

destruyendo ó echando á pique las que pudieran ser útiles al enemigo; pero se conservan algunos botes ligeros, de cuatro ó seis remos, con los que surcar el río durante la noche é ir á reconocer, los movimientos y las posiciones del contrario.»

«Se establecen baterías de posición en los puntos por donde el enemigo pudiera intentar el paso, cuyos puntos están generalmente indicados por las mismas condiciones favorables en que se hallan. Esto es, precisamente, lo que hizo Marmont, quien estableció una batería frente á frente de la desembocadura del Nec-ker, con objeto de impedir que el adversario intentase el paso del Rhin por dicho punto.»

«Las tropas se disponen en tres líneas:

En la primera, sobre la misma margen del río, se distribuyen los puestos de vigilancia, que se sitúan en los bosquecillos y arboledas, detrás de las ondulaciones del terreno y en todos los parajes desde donde puedan ver sin ser vistos.»

«En segunda línea se establecen las reservas: que se colocan en los nudos de las principales comunicaciones, dispuestas de modo que puedan llegar á tiempo para impedir al enemigo echar sus puentes. La distancia entre otras reservas está determinada por el tiempo necesario para la construcción de los puentes; y dividiendo la longitud total de la línea defensiva por dicha distancia, se obtiene el número de reservas que se necesitan. Esta distancia puede ser, por término medio, de tres ó cuatro leguas; de suerte que tres reservas vigilan una docena de leguas, sin que cada una haya de andar más de dos leguas para trasladarse á los puntos de paso del enemigo. En general, es suficiente esa distancia, porque en circunstancias medias exige dos horas la operación de echar un puente.»

«En tercera línea y más á retaguardia, constituye la masa de las tropas una ó dos reservas centrales; y se enlaza todo el sistema por medio de señales, telégrafos aéreos ó eléctricos, y aun hogueras durante la noche.»

«De esta manera es como se organiza la defensa de un río; pero hay que añadir que no siempre habrá que limitarse á permanecer detrás del obstáculo y á rechazar los ataques del contrario, pues con frecuencia se debe tomar la ofensiva, y desembocar de las cabezas del puente para aprovecharse de las faltas de aquél ó caer sobre el flanco de sus columnas.»

3.º *Por desiertos*: Son los desiertos ventajosísimas líneas de defensa, puesto que el mayor enemigo para el invasor es la naturaleza, allí la falta de víveres, de agua, de elementos de vida, de recursos de toda clase, el sol abrasador, los vientos tormentosos, las inmensas nubes de arena, todo contribuye á la resistencia, todo á la defensa del territorio contra el que se esfuerza en avanzar el agresor perdiendo gente, caballos, mulos, bagajes, municiones, trenes completos que sus soldados no pueden arrastrar rendidos sus cuerpos por la fatiga y por el desaliento su espíritu.

Á este ejército, que llega desmembrado al límite de las áridas regiones que acaba de atravesar, con escasa fuerza moral y sin ninguna física, poco esfuerzo en verdad hay que oponer para detener aquellos restos agonizantes, poco queda entonces que hacer á las tropas encargadas de la defensa.

Además, así como en las montañas y como en los ríos, en los desiertos tiene un ejército que seguir de la misma manera líneas determinadas, que son á estas regiones lo que los vados á los ríos y los desfiladeros á las cordilleras. En estos caminos se encuentran los pozos y no se puede prescindir de ellos, porque sabido es que la constante evaporación deja secos los odres; pudiendo conservarse á costa de infinitas precauciones, agua para los hombres, ordenando una muy escasa ración, pero nunca en cantidad suficiente para camellos, mulos y caballos.

La impedimenta será muy grande y muy enojosa, quitando gran libertad al ejército para efectuar cualquier operación ó maniobra.

4.º *Las selvas y espesos bosques*: Son esta clase de obstáculos, para las líneas de defensa, quizá de los que mejor pueden utilizarse; de los que ofrecen más seguros resultados y dan mayor ventaja al defensor. En efecto, conocidos con más exactitud los senderos, veredas, callejuelas y demás estrechas y prolongadas aberturas practicadas en el interior de su espesa vegetación, nada tienen que temer los defensores, pues no se presta este obstáculo, como un ancho río, á improvisar un puente ó atravesarle á nado; ni como un complicado sistema de montañas, á buscar el flanco del defensor aunque sea con infinitos peligros, orillando el borde de una sima, desgarrando sus carnes en las grietas de las piedras, para trepar por ignorados lugares ó buscando peligrosa senda, determinada por aguda y cortante cresta que se levanta para dividir la profundidad espantosa que asombra y produce el vértigo.

Ninguno de estos sacrificios, ninguno de estos prodigios de valor, esfuerzos del espíritu, que pueden provocar la fe, la disciplina y el carácter de un entendido general, y que luego causan la admiración del mundo entero é inmortalizan al ejército que atrevidamente los llevó á cabo, ninguno de éstos, repetimos, sirve para franquear una selva; obstáculo que se levanta entre los dos ejércitos como mar sin barcos que pueden comunicar sus alejadas márgenes.

Sin embargo, el progreso de estos últimos años, las ventajas que la dinamita, la nitroglicerina y todas las substancias explosivas ofrecen para la destrucción de obstáculos, puede, bajo acertada dirección, abrirse camino á través de la complicada red, del enmarañado laberinto que forman las infinitas tortuosas columnas de aquella bóveda inmensa de la naturaleza, con las mil y mil ramas que cruzan y se retuercen y se abrazan unas á otras estrechamente, tegiendo caprichoso encaje que proyecta la perpetua sombra sobre el suelo que le da la vida.

Es más imponente este obstáculo para el ejército que se aventura en sus ruinosos y lúgubres senderos, porque en él no se descubre campo, y la fuerza moral fácilmente abandona al soldado ante la perspectiva de una retirada.

Allí, donde el frente de una columna será por lo regular de un hombre, una sorpresa causaría un pánico terrible en las tropas invasoras. El progreso de la ciencia de la guerra, sin embargo, decimos, ofreció medios de hacer penetrar la luz y el fuego de los cañones hasta ese suelo que jamás bañan los rayos del sol. Los medios no nos incumbe detallarlos porque no son del dominio de la estrategia.

Habremos de advertir antes de terminar con las líneas de defensas naturales, que los obstáculos del terreno las constituyen tan sólo en caso de seguir una dirección perpendicular ó aproximadamente perpendicular á la marcha del ejército invasor.

*Las líneas de defensa artificiales*, de obras de fortificación que tienden á substituir los obstáculos naturales.

Mr. H. C. Fix, según traducción del Sr. Hernández Pérez, dice hablando de estas líneas:

«La frontera septentrional de Francia, por ejemplo, que no está cerrada por ningún obstáculo natural, se halla protegida por una triple línea de plazas fuertes, las que si bien es cierto que no pueden impedir al enemigo pase por entre ellas, proporciona en cambio á un ejército

defensivo un punto de apoyo por extremo fuerte para oponerse á los progresos del invasor. Dan también á los defensores tiempo para aumentar sus fuerzas, porque el enemigo se ve precisado á detenerse para sitiar aquellas de dichas plazas bastante cercanas á él para amenazar sus condiciones; y si á pesar de todo pasa adelante sin apoderarse de ellas, siempre le debilitan, por cuanto le es forzoso dejar tropas detrás de sí para que las bloqueen, á fin de impedir sus guarniciones cortar sus abastecimientos.»

«Por último, permiten á un general adelantarse con poca gente á las columnas de un ejército invasor, recoger las guarniciones de las diversas fortalezas, y formar así un respetable ejército á retaguardia del adversario.»

Las líneas de defensa, á la vez naturales y artificiales, más célebres de los tiempos modernos, son las de *Torres-Vedras*, que fueron construidas por Wellington para cubrir á Lisboa. Consistían en dos líneas de obras destacadas, que se extendían desde el Tajo, por la derecha, hasta el mar por la izquierda. Las partes de las líneas distaban entre sí unas tres leguas, hacia el centro, pero en el flanco derecho se aproximaban mucho. La extensión de la línea interior—la más fuerte—era de 38 kilómetros, desde Alhandra sobre el Tajo, á seis leguas de Lisboa hasta el río San Lorenzo, á unas diez leguas de la misma ciudad. La línea exterior se extendía igualmente desde el mar hasta el Tajo, pasando cerca del pueblo de *Torres-Vedras*, y cubría cerca de doce leguas.

La ocupación de una línea de tal desarrollo por el ejército de Wellington, que sólo constaba de 50.000 hombres, habría sido muy peligrosa y contraria á las reglas de la guerra, si las comunicaciones entre ambas líneas y entre todas las partes de cada una de ellas no hubieran estado perfectamente establecidas. Además, gracias á la naturaleza del terreno que se extendía por su frente, estaba de parte del general inglés la ventaja de las líneas interiores, lo que le permitía concentrarse en un punto dado, en mucho menos tiempo del que para ello necesitaba el adversario.

Una serie de telégrafos ópticos, daba noticias ó transmitía órdenes de un extremo á otro de las líneas, en el intervalo de siete minutos.

Las obras de que se componen las líneas de defensa pueden ser de fortificación pasajera ó permanente, según la línea se improvise ó ya estuviera trazada. Esto último ocurre en las fronteras y aun en las cor-

dilleras y grandes ríos que cruzan una nación; en las fronteras, porque la seguridad prescribe según ya anteriormente se indicó, la necesidad de construir en tiempo de paz grandes obras con la solidez necesaria para que resistan siempre, en lo posible, á la acción destructora de los tiempos, como á la acción destructora del fuego enemigo. Algunas veces ocurre agregar alguna obra á las ya construidas, bien intercalándola en la línea, bien adosándola á los flancos; en estas obras se emplea la fortificación pasajera ó de campaña.

Del mismo modo se emplea la fortificación provisional en las obras que forman las líneas de defensa improvisadas, construidas con la mayor premura, y donde el objeto que las hace brotar del suelo sin obstáculos, es oponer éstos al enemigo sin que precise buscar en ellas la solidez que requieren las permanentes, puesto que pasado el momento oportuno de ser empleadas, pierden toda su importancia y son generalmente de todo punto inútiles.

---



## CAPÍTULO V.

### **Líneas de operaciones.—Interiores.—Exteriores.— Principales.—Eventuales.—Líneas territoriales y de maniobras.—Líneas y puntos de etapa.**

Las líneas de defensa y las posiciones estratégicas, los frentes estratégicos y de operaciones, han sido confundidos por algunos tratadistas, tergiversando su significado ó haciendo convenir á todos una misma definición y un solo concepto.

Hay, sin embargo, una diferencia esencial entre esas *voces*.

Llámanse *frente estratégico* la extensión del frente que mira á la parte del enemigo y se extiende ante las posiciones estratégicas de un ejército.

*Frente de operaciones* es el espacio geográfico comprendido entre los dos ejércitos adversarios, y se extiende á una ó muchas marchas más allá del frente estratégico, y donde es posible tenga lugar el choque.

La especial configuración del teatro de la guerra da lugar á que un ejército tenga doble frente estratégico, y esto en algunos casos obedece á que la *línea de operaciones* ofensiva, prolongada, exige tener bien asegurados sus flancos.

Jomini Comp, T. I., cap. III, art. 20, cita como ejemplos la frontera de Turquía y la de España. Así, los ejércitos que tratasen de pasar el Balkán ó el Ebro, se verían obligados á tener un doble frente: el primero para dar su frente al valle del Danubio, y el segundo para atender á las fuerzas que pudiesen destacarse de Zaragoza ó de León.

Hay quien define el *frente de operaciones*: «la línea que une las cabezas de las columnas que marchan por las diferentes líneas de operaciones.»

Esta definición es impropia; porque, además de no dar á ese *frente* la debida significación, incurre en el error de estimar como frente una *línea* cuyo concepto es apropiable á la colocación ordenada en táctica para expresar la extensión que ocupa el ejército en una gran parada.

Mr. H. C. Fis explica así en su *Manual de Estrategia* los frentes de operaciones:

«Una vez iniciadas las operaciones, el frente se torna móvil, y toma direcciones ó inclinaciones diversas, sea con relación á la frontera, sea con respecto al frente del enemigo.»

«Estas distintas direcciones varían según las vicisitudes de la guerra, y referidas á un ejército en acción, constituyen los frentes de operaciones diversos y sucesivos del mismo.»

«Puede, pues, decirse que debe entenderse por *frente de operaciones* la línea que une las cabezas ó las colas de las diferentes columnas de un ejército, según que éste avance ó se retire. El frente de operaciones se indica por la designación de sus puntos principales.»

«Las expresiones *frente estratégico* y *frente de operaciones*, son, por decirlo así, equivalentes; pero la primera tiene una significación más abstracta, que la hace más propia de la geografía militar; la segunda implica la idea de un ejército en acción, efectiva ó supuesta, y se substituye á la primera desde el momento que se pase de las simples consideraciones geográficas á las aplicaciones reales ó hipotéticas de las masas en acción.»

«En 1870, la línea fronteriza entre la Alsacia y la Lorena por una parte y el Palatinado por otra, era uno de los frentes estratégicos comunes á Francia y Alemania; y en cuanto ambos ejércitos beligerantes tomaron sus disposiciones para dar principio á las hostilidades, dicho frente estratégico se tornó en frente de operaciones.»

«Durante la misma campaña, los frentes de operaciones de los primero y segundo ejército alemanes se trasladan sucesivamente desde el Sarre al Nied, hacia Courcelles y Fanquemont; después al Mosela, hacia Noveaut y Pon-á-Mou-sson, y por último, se establecen á caballo sobre la carretera de Metz á Verdún, con la derecha cerca de Ars y la izquierda en dirección á Santa María-aux-Chénes.»

«Los frentes estratégicos y los de operaciones de un ejército deben llenar las condiciones siguientes:

«1.º La extensión debe ser proporcionada á las fuerzas que la ocupen; es decir, ser tal que estas fuerzas puedan apoyarse recíprocamente, ó—para hablar en lenguaje técnico—hallarse en *buenas relaciones estratégicas* unas con respecto á otras.»

«2.º Deben cubrir bien las líneas de retirada, enlazarse con las

bases secundarias más inmediatas, y tener detrás de sí, ó cuando menos á distancia proporcionada, buenas posiciones militares, sobre las que sea fácil concentrar las tropas, en caso de ataque súbito, y recibir el choque del enemigo.»

«3.º Los flancos deben apoyarse, en cuanto sea posible, en obstáculos naturales, ó hallarse dispuestos de modo que impidan al adversario rebasarlos.»

«En un gran ejército, y en condiciones medias, los diferentes cuerpos están esparcidos de 10 á 20 kilómetros unos de otros, con el fin de que les sea dable sostenerse mutuamente en el mismo día; las divisiones de un mismo cuerpo se hallan de 5 á 6 kilómetros para que puedan auxiliarse recíprocamente en algunas horas.»

«Estos datos, sin embargo, no tienen nada de absoluto; la extensión del frente varía, no sólo con la fuerza del ejército, sino también con las circunstancias y la naturaleza del terreno.»

#### LÍNEAS DE OPERACIONES.

El conjunto de vías de comunicación que unen la base con el teatro de la guerra constituyen las *líneas de operaciones*.

Pueden ser éstas de diferentes clases, y los nombres que reciben dependen de su *trazado, situación, dirección, importancia, posición con respecto al enemigo, magnitud y relaciones con el territorio donde están trazadas, con respecto, bien á un pueblo ó ya á toda una provincia.*

Procederemos con orden, tratando, aunque de una manera muy sucinta y breve, de las distintas denominaciones consignadas en esta incompleta clasificación.

Aunque sea muy corto lo que hemos de exponer acerca de las *líneas de operaciones*, trataremos separadamente de cada grupo, puesto que aún es necesario subdividirlos en distintas clases, en honor de la precisión y claridad, así en el tecnicismo como en las ideas.

Hé aquí nuestra clasificación:

1. Posición con respecto al enemigo.

Dos clases:

Interiores.

Exteriores.

2. Por el trazado y dirección:

Divergentes ó excéntricas.

Concéntricas ó convergentes.

3. Por su importancia:

Principales.

Accidentales.

*Reglas que deben presidir al establecimiento de una línea de operaciones:* Antes de tratar separadamente de cada una de las clases de líneas que, partiendo de la base, reciben el nombre que sirve de epígrafe á estos párrafos, daremos algunas reglas que es preciso tener presentes al establecer líneas de la referida denominación.

En primer lugar, habrá de inspirar confianza á las tropas el terreno á inmediación de la línea. Este punto, que parece de escasa importancia, la tiene en primera línea, porque se refiere á la moral del soldado, y todo cuanto se dedique á sostenerla ó aumentarla ofrece supremo interés para el gobierno y buena dirección de las tropas. El oficial, colocado ante la misión indiscutible del cumplimiento del deber, misión sagrada ante la que no se duda ni se ocurren argumentos, ni se piensa en nada para evitarla, porque el ánimo, embargado con la idea del sacrificio sublime que el amor á la bandera inspira, entregado á la defensa heroica de la honra inmaculada de la patria y celoso de la propia honra, no tiene ante sí más que el sacrificio de su vida; no puede prevenir que el terreno donde le ha llevado su noble y sagrada misión inspire confianza y *afiance*, por consiguiente, más ó menos la moral de las tropas; pero el general, que puede ensayar en el mapa y en el plan los movimientos que han de tener lugar; que allí puede combinarlos con matemática precisión, y que ha de elegir el terreno y prevenir las circunstancias que rodeen á su ejército, en éste—en el general—será imperdonable que, por su ignorancia, por su falta de previsión, por su escasa habilidad é incompetencia en la ciencia de la guerra, en una palabra, por su falta de aptitud para dirigir tropas y de sus condiciones para el mando, no prevenga los nuevos sucesos, dando un lugar importantísimo á la moral del soldado con respecto á cuanto le rodee; porque seguramente él será el responsable de las vidas sacrificadas en el momento indiscutible del deber, cuando su ignorancia y su falta de doctrina le impidieron rodear de circunstancias favorables á las víctimas de su incompetencia.

Es, pues, de suprema importancia que el terreno inspire confianza á las tropas, y no sólo la inspire, sino que realmente las proteja; esta circunstancia fundamental, entra como primera condición en los establecimientos de las líneas de operaciones.

Vemos por su definición que las líneas de operaciones son los *grandes nervios* que comunican la base con el teatro de la guerra; de estos grandes nervios se sirve el general en jefe para enviar sus tropas desde el gran núcleo, que es la base, á los lugares donde las necesidades prescriben su presencia.

De la misma manera prestan estas líneas camino seguro para el completo aprovisionamiento de las fuerzas que partieron del núcleo ó base, abasteciéndolas de víveres, municiones; y, por último, sirven como la mejor ó la única línea de retirada del teatro hacia la base de operaciones—línea que ha de ofrecer las seguridades que necesitan tropas que buscan el oportuno y natural refugio allí donde pueden ser más fuertes.

El párrafo que transcribimos nos dá una idea exacta de las diferentes principales condiciones que han de acompañar á las líneas de que nos ocupamos:

«Los flancos deben estar apoyados en obstáculos naturales que les pongan á cubierto de todo golpe de mano, como ríos ó cadenas de montañas, ó también la frontera de un país neutral bastante fuerte para hacer respetar su neutralidad.»

«Cuando uno de los flancos está descubierto, se estrecha entonces la línea de operaciones del otro costado y se establecen cuerpos de ejército ó divisiones sobre el flanco expuesto, dando frente al enemigo con el fin de contenerle (1).»

Estos párrafos nos indican, pues, algunas de las condiciones que ha de reunir el territorio elegido para establecer líneas de comunicaciones. Estas circunstancias apuntadas han de garantir, hasta cierto punto, la seguridad de las tropas y les ha de inspirar la confianza que sostiene la fuerza moral, elemento el más potente y eficaz de un ejército cualquiera.

Pero no es esto sólo. Si el terreno que esas líneas atraviesan no ofrece los recursos necesarios para la subsistencia, tampoco es oportuno aunque reúna las condiciones que anteriormente se imponen.

Á veces, el talento del general y la influencia que por su valor y prestigio infunde en las tropas, contribuyen á levantar la moral del soldado, sacando el posible partido de sus preocupaciones ó fanatismo, de sus esperanzas, temores, pasiones ó intereses, y aquí entra por mucho el conocimiento del corazón humano.

(1) H. C. Fix.

Napoleón I, esa gran figura de la guerra, inaudita expresión del talento y vivo ejemplo de la caprichosa fortuna, poseía en alto grado ese talismán que domina á los hombres y con rapidez los transforma y los hace juguete de la voluntad de uno solo.

Recodaremos aquella ocasión en que los franceses se encontraban en las faldas de los Apeninos, desde Génova al Var, agotados los recursos del país y sin comunicaciones con el valle de Po; la miseria y las enfermedades empeoran la situación triste de aquel ejército sin pan, y las deserciones ocurren con alarmante proporción; entonces, cuerpos enteros repasan el Var, abandonando su puesto de honor y cometiendo así el delito más grave que puede cometer el soldado en la guerra.

Napoleón, en la orden del día dice al ejército de Italia:

«¡Soldados! Las circunstancias que me retienen á la cabeza del gobierno, me impiden hallarme en medio de vosotros. Vuestras necesidades son grandes, pero están tomadas todas las medidas para proveer á ellas. La primera cualidad del soldado es la constancia en soportar las fatigas y las privaciones; el valor ocupa el segundo lugar. Varios cuerpos han abandonado sus posiciones, desoyendo la voz de sus oficiales y jefes: ¡el 17.º de ligeros es de ese número! ¿Han muerto, pues, los valientes de Castiglione, de Rivoli y de Newmarcht? ¿Antes hubiesen perecido que abandonar sus banderas, y habrían reducido á sus jóvenes compañeros al deber y al honor!»

¡Soldados! Decís que no os entregan regularmente lo que os corresponde..... ¿Qué habiéseis hecho si, como el 4.º y el 22.º ligero, el 18.º y el 32.º de línea, os habiéseis hallado en medio del desierto, sin pan, sin agua, comiendo carne de caballo y de camello? *¡La victoria nos dará pan!* decían; ¡y vosotros desertáis de vuestras banderas!

¡Soldados de Italia! Un nuevo general os manda, que siempre fué á la vanguardia en los más bellos momentos de vuestra gloria; rodeadle de vuestra confianza, él volverá á traer la victoria á vuestras filas. Haré que se me dé noticia diariamente de la conducta de todos los cuerpos, y especialmente del 17.º de ligeros y 63.º de línea, *los que se acordarán de la confianza que en ellos tenía.»*

«Estas mágicas palabras—dice un reputado escritor militar, ya citado—contienen el mal como por encanto; se reorganiza el ejército; las subsistencias quedan aseguradas, y los desertores vuelven á las banderas.»

Pero ya hemos consignado que deben prevenirse las situaciones peligrosas, como la del ejército de Italia en la citada fecha, porque, á menos de contar con el prestigio, facultades y talento de Napoleón, no se puede tan fácilmente dominar y hacerse obedecer en tan críticas circunstancias; y con igual talento, facultades y prestigio se puede fracasar.

Otra de las condiciones que deben concurrir en una línea de las que tratamos es un buen sistema de vías de comunicación tan frecuentes como bien sostenidas y organizadas. Las tropas transitan á veces en número considerable por esas líneas, lo cual exige necesariamente que las *vías* sean muchas y bien entretenidas. Además, esto es preciso y muy interesante para los casos extraordinarios; por ejemplo, en los momentos de una retirada. Por lo que dejamos expresado, se deja comprender que las líneas de operaciones no están formadas por un camino único. Conviene que los distintos caminos se comuniquen fácilmente y ofrezcan, mutuamente, auxilio á las fuerzas que los recorren.

Apuntaremos en este lugar lo que se entiende, en el tecnicismo de la estrategia, por *profundidad de la línea de operaciones*: es la altura del *triángulo estratégico*, tomando como base la de operaciones. En términos más vulgares, diremos que es la distancia que media de la *base* al *objetivo*.

Continuando en nuestro propósito de significar las condiciones de estas líneas, aún hemos de añadir otra á las expresadas, y ésta prescribe que no sea demasiado profunda, á fin de evitar la necesidad de establecer una base secundaria.

Hé aquí todavía algunas máximas que deben tenerse presentes para la elección de las líneas de operaciones:

«1.<sup>a</sup> La dirección de una línea de operaciones debe ser tal que sus comunicaciones con la base no se vean comprometidas, y que pueda fácilmente ser abandonada sin peligro para volver á la base por otra nueva línea. La configuración de la base, las condiciones del interior del teatro de operaciones y la disposición de la red de ferrocarriles, deben necesariamente tener principal influencia en la dirección de la línea de operaciones.»

«2.<sup>a</sup> Procurar la separación de fuerzas en el ejército enemigo, que ha de ser siempre la causa determinante de la elección de una línea de operaciones; para esto debe dirigirse contra el centro ó contra una de las alas: lo primero, si el enemigo ha extendido demasiado su frente; sobre una de las alas en los demás casos; operar al mismo tiempo contra

las dos partes sería un error capital, si no se cuenta con una marcada superioridad moral y material.»

«3.<sup>a</sup> Se debe evitar la formación de dos ejércitos independientes, y conviene operar, siempre que se pueda, por una línea sencilla, sobre todo cuando las fuerzas combatientes pueden equilibrarse.»

«4.<sup>a</sup> Si la configuración del terreno ó la adopción de líneas dobles, por parte del contrario, obliga á operar en dos líneas, ha de procurarse que éstas sean interiores, evitando que se separen mucho unas de otras ó, por el contrario, que el ejército quede encerrado en un corto espacio como sucedió á Napoleón en Leipsick en 1813.»

«5.<sup>a</sup> Las líneas dobles deben ser convergentes, y ser elegidas de modo que el enemigo no pueda reunir todas sus fuerzas para batir con ellas una sola de las partes que las siguen.»

«6.<sup>a</sup> Las condiciones económicas y políticas ejercen también poderosa influencia sobre la elección de las líneas de operaciones, pues es evidente que operar en un territorio rico ó pobre, en su propio país ó en el del enemigo, entre poblaciones hostiles, indiferentes ó favorables, son circunstancias decisivas.»

«7.<sup>a</sup> Finalmente, el cambio de la línea de operaciones en el curso de una campaña es una operación extraordinariamente arriesgada y difícil, pero de fecundos resultados cuando se hace en tiempo oportuno y con meditadas precauciones. Napoleón en 1805 tenía preparada su línea de retirada por Bohemia para el caso de haber sido derrotado en Austerlitz, volviendo al Danubio por Passau y Ratisbona, á través de un país abundante en recursos y que no había sido aún cruzado por grandes ejércitos (1).

Este mismo general define las *líneas territoriales* y de *maniobras* diciendo:

«La distinción de los puntos estratégicos en geográficos ó territoriales y de maniobras, se aplica también á las líneas de operaciones. Las *territoriales* están señaladas por la geografía; las de *maniobras* son designadas en consecuencia de la elección del objetivo de maniobra, puesto que son las que á él conducen; esta designación, entre los varios sistemas de líneas que puede seguir un ejército para llegar á un punto dado, constituye uno de los problemas más difíciles de la estrategia, cuya acertada solución es uno de los méritos principales en un plan de operaciones.»

(1) General Sironi.

El camino seguido por la columna principal en una línea de operaciones constituye la directriz de la marcha.

El coronel Vial, al tratar de *la elección de una línea de operaciones*, se expresa de la siguiente manera:

»La elección entre estas diversas líneas depende sobre todo de la combinación que se trata de realizar, pero también de algunas consideraciones que vamos á indicar. Es preciso tener en cuenta la mayor ó menor longitud de la línea que se quiere emplear, y la mayor ó menor seguridad que brinda; las responsabilidades más ó menos favorables que ofrece, según que sea superior en infantería, en caballería ó en artillería, la línea puede ser más ó menos abundante en recursos, y hallarse más ó menos protegida por obstáculos naturales; y, finalmente, puede convenir más ó menos á las circunstancias que se atreviesen.»

«De esta suerte es como en 1859 el emperador Napoleón III, dueño de Milán después de la batalla de Magenta, debía escoger su línea de operaciones entre la dirección del Norte y la del Sur, para continuar su marcha en avance hacia la del Miucio y el Cuadrilátero, decidiéndose por la del Norte, la de Brescia y la de Verona por las consideraciones siguientes: en primer lugar, la dirección del Sur, ó de Cremona y de Mántua, había sufrido mucho con el peso del ejército austriaco; se le había impuesto enormes contribuciones, y se hallaba en pésimas condiciones para proveer á la subsistencia de las tropas; después, el ejército francés había obtenido sus primeros triunfos maniobrando por su izquierda y en la dirección del Norte, por lo que era natural continuar en el mismo esfuerzo y operar en la misma dirección; y por último, apoyándose en los Alpes, se vigilaban mejor sus pasos, y de esta parte se disponía de la gran línea férrea que enlaza entre sí los principales centros del Norte de Italia.»

«Por estas diversas consideraciones se indicó la línea de operaciones del ejército sobre Cassano y Brescia.»

«La línea de operaciones—dice el coronel Vial—se constituye á espalda del ejército á medida que éste avanza; se desarrolla detrás de él desenvolviéndose, desplegándose, prolongándose y enlazando, primero la base principal con la primera base secundaria; luego, ésta con la segunda; la segunda con la tercera, y así sucesivamente hasta el objetivo definitivo de la campaña.»

«Los caracteres de la línea de operaciones van siendo cada vez más

determinados y la hacen cada vez más fácil de reconocer, á medida que se desarrollan las operaciones.»

«De seis en seis ó de ocho en ocho leguas se encuentra sobre la línea de operaciones un *punto de etapa ó tránsito*, formado por un puesto de campaña, con almacenes de víveres ó efectos, algún material sanitario y una pequeña guarnición, compuesta ordinariamente de una ó dos compañías de infantería, varios soldados de caballería para el transporte de la correspondencia, algunos guardias civiles para la policía y, en ocasiones, cuando el puesto es de importancia, una ó dos piezas de artillería con su correspondiente dotación. El puesto se establece en un pueblecillo ó aldea; en un antiguo castillo señorial; en una casa de labranza; grande abadía, convento ó estación de ferrocarril, cual ocurrirá á menudo en el porvenir.»

«El puesto se rodea de un recinto, y en el interior se construye un reducto; si hay algún puente, se le cubre con una *cabeza*, y, en una palabra, se efectúan todos los trabajos materiales que supone la organización de un puesto de campaña, en el que, por último, se establecen un comandante militar y un empleado de la administración que provea á las diversas necesidades de las tropas.»

«Los *puntos de etapa* se establecen sobre la avenida principal; pero, además, se ocupan también á derecha é izquierda, sobre las avenidas secundarias, los puntos que presten utilidad para cubrir los flancos de la línea de operaciones, para completar la defensa del río ó para asegurar los abastecimientos.»

«De este modo es como se constituye la línea de operaciones de un ejército á la espalda del mismo, á medida que avanzan las tropas; así asegura su retaguardia y mantiene constante comunicación con la frontera que le ha servido de punto de partida.»

«Luego se establece una corriente continua sobre la línea de operaciones, y en dos sentidos opuestos. En el uno, verse los refuerzos que marchan al ejército, y que se organizan en batallones de marcha; los convoyes de víveres y municiones; los oficiales de estado mayor que desempeñan alguna comisión especial; los oficiales que van á incorporarse á sus cuerpos, y, por último, los ordenanzas y correos. En sentido contrario pasan los heridos y los enfermos que se evacúan; los prisioneros que se envían al interior; los cuadros vacíos que van á reconstituirse; los trofeos conquistados, banderas ó cañones que se remiten á

la capital propia; y, finalmente, en casiones, el dinero de las contribuciones cobradas en el país ocupado, cuando la guerra no exige inversión inmediata.»

Todo este movimiento de hombres y material, queda prohibido con las precauciones antes indicadas: sirviendo las bases secundarias, escalonadas cada cuarenta ó cincuenta leguas, de lugares de residencia y de descanso á las tropas y á los convoyes. Los generales que ejercen el mando sobre estas bases inspeccionan unos y otros, y dan las órdenes necesarias para que continúen su marcha ó para que se detengan durante algún tiempo en la base; ciñéndose para esto á los movimientos del ejército activo.»

«Añadiremos que la línea de operaciones se descompone en secciones ó distritos, cada uno de los cuales comprende seis ú ocho etapas en dirección de una base secundaria á otra. La defensa en cada distrito se confía á un batallón ó regimiento, que provee las guarniciones de *puntos de tránsito*, y constituye, si es posible, una pequeña reserva central, y el jefe del cual ejerce el mando del distrito, con la responsabilidad consiguiente. Además, se afectan á la infantería algunas piezas de artillería y algunos pelotones de caballería y de guardia civil.»

«En cada campaña se encuentra una línea de operaciones constituida y organizada de este modo, sin más diferencia que la de que los principales son observados de una manera más ó menos completa, y las precauciones son más ó menos grandes, según las disposiciones del país atravesado. Así, es evidente que una línea de operaciones ofensiva que cruce un país enemigo se constituirá con mucho más cuidado que otra que pase por un país amigo. Si la línea de operaciones tiene por arteria principal una vía férrea, es preciso observar que las precauciones que deben adoptarse han de ser mucho mayores, á causa de la fragilidad de tales vías, pero los medios son los mismos: esto es, puestos, rondas y patrullas, que defenderán á la vez la línea y sus dos flancos.»

Evidenciando en otro lugar la aplicación de estos principios en la guerra franco-prusiana (1870), *si bien adaptándoles á las condiciones modernas*, se expresa así el ilustrado jefe á quien nos referimos:

«Anteriormente hemos indicado su base principal del Rin, su primera base secundaria del Mosela, puesta á las órdenes del gobernador de la Lorena, y su segunda base secundaria sobre la línea Reims-Chalons-Vitry, mandada por el gran duque de Mecklemburgo.»

«Las líneas de operaciones que enlazaban estas diversas bases iban del Rin al Mosela, del Mosela al Marne y del Marne á París. Cada uno de los cuatro ejércitos alemanes tenía la suya fraccionada en secciones ó distritos, llamados inspecciones de etapas, y cada inspección estaba protegida por un destacamento de las tres armas de tropas de la landwehr, de fuerza bastante respetable en razón de la actitud del país. El del primer ejército, por ejemplo, á retaguardia de Metz, constaba de cinco batallones, cuatro escuadrones y una batería. En cada etapa había un comandante de etapa con un pequeño destacamento. Además sirvieron los alemanes del ferrocarril del Este, á medida que se le reconstruía ó reparaba. Después de Wörth, utilizaron la parte comprendida entre Wisemburgo y Fronard, y más adelante, luego de haber dado un rodeo á Metz construyendo el ramal de Remilly, utilizaron el trayecto comprendido entre Forbach y Epermay, con lo que llegaron hasta el Marne. Más allá de Epermay les creó grandes dificultades la destrucción del túnel de Nantenil, pero no obstante, acabaron por alcanzar á Lagny, y el camino de hierro del Este se convirtió en su verdadera línea de operaciones ó, más bien, en el principal órgano, en la arteria principal de dicha línea, cuyas estaciones todas ocupaban y defendían. Vigilaban y cubrían la vía con puestos y patrullas, y transportaban por este medio sus abastecimientos sin refuerzos, sus heridos, sus enfermos, etc. En las etapas principales, en Chalons por ejemplo, establecían grandes refectorios, donde las tropas tomaban una comida caliente, y donde hallaban lo necesario para asearse.»

«Cuando una vía férrea llegue á ser línea de operaciones, se debe, á semejanza de los alemanes, confiar su dirección y defensa á un general de división, con oficiales de todas armas á sus órdenes, representantes de todos los servicios y tropas en número suficiente.»

«Los alemanes quieren que se emplee un batallón de landwehr de 1.200 plazas por cada trozo de 30 kilómetros de vía.»

La línea de operaciones puede estar trazada de manera que termine á retaguardia del objetivo, pudiendo en este caso utilizarse para efectuar un movimiento envolvente, movimiento generalmente de buenos resultados; puede comunicar directamente el objetivo con la base, en cuyo caso la distancia es más breve, pero hay quizás que arrostrar mayor peligro, aunque de esta manera se favorecen las maniobras del ejército ofensivo sobre el centro del defensivo; por último, siguiendo una direc-

ción lateral puede ofrecer buena disposición para un ataque de flanco, que siempre es eficaz y desconcierta al enemigo, hallándose una inmensa ventaja del lado del ofensor; pero es preciso significar que la vigilancia más escrupulosa y las mayores precauciones deben presidir con particularidad en este caso, porque el mismo peligro que amenaza al enemigo puede amenazar la línea de operaciones, comprometiendo seriamente al ejército ofensor.

Se dice que *el ejército forma punta* cuando la longitud de la línea de operaciones no está en relación con la extensión de la base.

La longitud de la línea debe guardar una relación con la base, que cumpla el objeto de impedir al enemigo cortar las comunicaciones del ejército.

*Enlace de la línea con la base.* En este enlace habremos de considerar el punto y la dirección de la línea. Esta puede ser oblicua ó perpendicular, y el punto de unión puede ser en el centro ó en los extremos.

La línea oblicua y enlazada con uno de los extremos de la base, es la menos oportuna que puede ofrecerse en nuestro concepto; en cambio si la unión es en el centro de la base y la dirección perpendicular, encontramos infinitas ventajas que nos hacen creer esta dirección la más apropiada.

De todas las ventajas que nos ofrece, consignaremos dos de alta importancia.

1.<sup>a</sup> Es la más corta.

2.<sup>a</sup> Dificulta extraordinariamente al enemigo cortar las comunicaciones con la base.

Generalizando: tanto mejor será una línea de operaciones para la ofensiva cuanto más corta; tanto mejor para la defensiva cuanto mayor extensión alcance.

Con respecto á la base, cuanto más longitud cuenta ésta mayor extensión podrá tener la línea de operaciones.

Cuando las líneas de operaciones están dispuestas contra fuerzas que concurren de diferentes direcciones y se apoyan en una sola base, reciben el nombre de *interiores*. Estas son las que convienen para la ofensiva.

Las líneas que parten de distintas bases y con diversas direcciones se llaman *exteriores*; no son convenientes, porque el enemigo se introduce entre ellas por *líneas interiores* y es preciso gran superioridad material para compensar la inmensa ventaja que su posición presta al enemigo.

Debe sobreentenderse—dice un escritor militar francés—que no es

el número de kilómetros que hay que recorrer quien decide si las líneas son interiores ó exteriores, sino *el tiempo necesario para llegar al punto designado.*

Preciso es, pues—continúa el mismo autor—tener en cuenta en este asunto la influencia de las vías férreas y de los atrincheramientos; la cantidad de las tropas; la calidad de las mismas; sus recursos; la naturaleza del terreno; la rapidez de la marcha, y otras muchas circunstancias que contribuyen á las ventajas ó á los reverses de los ejércitos.

Es preciso para esto saber calcular, con la mayor aproximación posible, la velocidad de la marcha que permite lo más ó menos accidentado del terreno, y lo más ó menos recta ó quebrada de su dirección; simulando en ese cálculo, sobre el plano, lo que el ejército ha de practicar después en el terreno; hemos de considerar la diferencia que existe en un plano topográfico, de las distancias geométricas ú horizontales que en él aparecen á las que el terreno nos ofrece.

Citaremos ejemplos que ya citan otros autores, pero que siempre son dignos de consignarse de nuevo.

Napoleón en 1796 cuenta con 40.000 franceses, de los cuales dedica 10.000 al sitio de Mántua.

El mariscal Wurmser divide su ejército en tres cuerpos y hace marchar uno por la izquierda, fuerte de 20.000 hombres, por la orilla izquierda del Adigio; el de la derecha de igual número, por el valle de Chies, á la dirección á Brescia, corta las comunicaciones francesas con Milán; y el central, de 30.000 hombres, cuyo mando se reserva el mariscal, avanza entre el Adigio y el lago de Garda.

Napoleón, á quien no se le oculta el peligro que le amenaza por las líneas interiores de los austriacos, levanta el sitio; derrota el cuerpo de la derecha, cuyos desgraciados combates terminan en Lonato, y bate completamente á Wurmser, en Castiglione, persiguiéndole hasta el Tirol.

Antes de terminar aquel año avanza el mariscal Alvine con 40.000 hombres en auxilio de Wurmser, que se halla encerrado en Mántua con 24.000. Dawidowich marcha desde Trento, con 18.000 hombres, á reunirse con Alvinzi.

Napoleón cuenta con 38.000 hombres, de los cuales 8.000 sitian á Mántua; destaca 12.000 contra Dawidowich; derrota, con los 18.000 que le quedan, á Alvinzi en Arcole, y hace después prisionero la mayor parte del ejército de Dawidowich.

Hé aquí el resultado de operar por líneas interiores.

Las líneas exteriores ya hemos dicho que no son de conveniente aplicación. Hé aquí algunos preceptos que determinan los momentos en que debe arriesgarse su aplicación:

«Se emplean, *excepcionalmente*, las líneas de operaciones *exteriores*—dice Mr. H. C. Fix—en las circunstancias siguientes:

«1.º Cuando se tiene un *gran ascendiente moral* ó cuando *gran superioridad numérica* sobre los ejércitos contrarios.»

«Sucede entonces, como ocurrió en 1815 cuando Napoleón encerró á Mac en Ulm, y en 1870 cuando los alemanes cercaron á los franceses en Metz y en Sedán, que la maniobra envolvente por dos ó más líneas produce resultados más decisivos que los que pudieran proporcionar las operaciones dirigidas por una sola línea sobre una ala, el centro ó la retaguardia del enemigo.»

«2.º Cuando la configuración del teatro de operaciones obliga á ello.»

Las *líneas de operaciones divergentes* ó *excéntricas* parten de una misma base y se separan cada vez más, en direcciones distintas, á medida que se alejan de la base común.

Se las emplea principalmente en dos casos principales:

1.º Cuando el enemigo es derrotado, y en su retirada ó huida toma distintos caminos que divergen, á partir del punto del combate, entonces, las columnas del ejército vencedor, á medida que persiguen las tropas derrotadas, consiguen avanzar su dominación en una grande extensión del país y apoderarse de los recursos que éste encierre, ocupando al propio tiempo los puntos de retirada; triple resultado es este que aconseja utilizar en estas circunstancias las líneas *divergentes* ó *excéntricas*.

2.º Cuando un ejército presenta sus fuerzas en la ofensiva, avanzando en distantes direcciones, y es preciso rechazarle en todas ellas, ó por lo menos contener su ataque.

3.º Cuando en una guerra defensiva tienen necesidad de retirarse las tropas sobre diferentes comarcas ó diferentes provincias, á fin de reorganizarse para un nuevo levantamiento local ó general, si la insurrección está preparada en distintas provincias.

Ejemplo de este último caso tenemos al empezar la guerra de la Independencia en España (1808): el ejército de Galicia, que es batido en Espinosa, se retira sobre Santander; el de Aragón, que lo fué en Tudela, sobre Zaragoza; y el del centro, que fué derrotado en Burgos, se dirige hacia Madrid. Estas retiradas tienen por objeto fomentar la insu-

rrección para lanzarse de nuevo contra el ejército que ensaya la conquista.

Las *líneas de operaciones convergentes ó excéntricas* no son de buena aplicación; porque, si bien ofrecen una buena retirada y dominan una vasta extensión de terreno, en cambio puede el enemigo intercalar sus tropas entre las *líneas* y batir en detalle al ejército que las utiliza.

Y á propósito de estas líneas, diremos con Napoleón que no debe dividirse jamás el mando sobre ejércitos que operan hacia un mismo objetivo.

Hé aquí un ejemplo en la campaña de Moreau en Alemania (1796):

Tenemos dos ejércitos que han de reunirse en Rastibona para operar contra las provincias hereditarias de Austria.

Es la *base de operaciones* de los franceses el Rhin, desde Maguncia á Basilea. Un ejército manda Moreau y el otro Jourdán. El general austriaco Wartensleben se retira ante Jourdán, que, desde Maguncia, marcha sobre Wurtzburgo y toma posición en Rednitz. Wartensleben toma posición detrás del río Naab. El archiduque Carlos se retira ante Moreau, que atraviesa las montañas Negras, el Wurtemberg y el Lech, y entra en Baviera, tomando después posiciones sobre el Brenz.

El 11 de agosto ataca el archiduque á Moreau en Neresheino, y después se retiran los austriacos detrás del Danubio.

Más tarde, el archiduque, procurando impedir la unión de los dos ejércitos franceses, deja treinta batallones detrás del río Lech, á fin de impedir que Moreau avance sobre Munich; después, con 30.000 hombres y el ejército de Wertensleben, bate las divisiones de Jourdán, á quien desaloja de sus posiciones.

El 2 de septiembre vuelve á empeñar Jourdán combate con el archiduque y es segunda vez derrotado.

Moreau, no habiendo podido comunicarse con Jourdán y viendo cortadas sus comunicaciones con Francia, determina el 20 de septiembre retirarse á Munich; pero antes de llegar al Rhin se encuentra con los austriacos que guardan los desfiladeros de la Selva Negra. Se dá la batalla de Biberach, favorable á Moreau, y consigue llegar á Friburgo y establecer las interrumpidas comunicaciones.

Finalmente, la dudosa batalla de Schliengen hace buscar á Moreau el puente de Huingue y retirarse de una manera bastante precipitada y con un desorden muy impropio de la superioridad material de su ejército sobre los austriacos.

Hé aquí el resultado funesto de operar dos ó más ejércitos sin unidad

de mando; sin que el mútuo acuerdo exista en toda operación, y no dejando de comunicarse al operar sobre un mismo objetivo y en un mismo teatro de operaciones.

Hay un momento en que los austriacos, aunque empleando doble línea de operaciones, se encuentran sobre líneas exteriores, y los dos ejércitos enemigos entre ellos; momento en el que hubieran sido batidos y completamente derrotados por los adversarios, de parte de quienes estaban todas las ventajas: superioridad numérica, posición estratégica y ascendiente moral; no habiendo aprovechado tales ventajas por descuidar la comunicación y no poder por consiguiente, en manera alguna substituir con su mútuo y recíproco acuerdo la unidad de mando según recomienda Napoleón.

Cuando hay varias líneas de operaciones, la *principal* es aquella por donde ya, según hemos indicado, se dirige la columna *directriz* de la marcha.

*Línea de operaciones accidental ó eventual* es aquella que sigue una dirección á veces igual, otras distinta, de la *principal*, y que se abandona tan luego como ha cumplido el objeto á que se dedicaba.

No hemos de terminar de tratar de las líneas de operaciones, sin hacer mención de las paralelas, que son las determinadas por distintos objetivos.

Cuando dos ejércitos operan sobre un mismo teatro y siguen líneas en distintas direcciones, partiendo de una ó diferentes bases aunque tengan los mismos objetivos y están separadas entre sí por treinta ó cuarenta leguas, á veces sin poder comunicarse estas líneas, reciben el nombre de *líneas de operaciones dobles ó múltiples*.

Un ejército *protege ó cubre una ciudad* ó una provincia entera, cuando puede trasladarse á cualquier punto de ella, en un tiempo absolutamente más corto que el que pudiera emplear el enemigo.

El siguiente ejemplo, que presenta el ilustrado jefe belga H. C. Fix, nos dará idea más exacta acerca de este punto:

«En 1796, los austriacos y los piemonteses cubren mal su territorio. Después de Millesimo, donde batió Napoleón á los ejércitos reunidos de Austria y el Piemonte, los piemonteses se retiran á Mondovi para cubrir á Turín y los austriacos á Acqui; para cubrir á Milán; fines ambos, que se habían conseguido, si los dos ejércitos se hubiesen trasladado á Acqui ó á Mondovi.»

«Reunidos en Mondovì, hubieran protegido á Turín *directamente* y á Milán *indirectamente*.»

«Napoleón no había podido llegar á Turín, sin batir antes á sus contrarios reunidos, ni se hubiera atrevido á marchar sobre Milán, dejando un ejército más fuerte que el suyo cerca de su línea de retirada; es decir, la que conducía á Savona.»

«La inversa había tenido lugar, si los ejércitos austriaco y piamontés se hubiesen reunido en Acqui.»

Napoleón, aprovechándose de la falta que cometieron, les batió uno después de otro, con un ejército muy inferior á las fuerzas reunidas de ambos.»

*Línea de operaciones secundaria*, es la que sigue un ejército subordinado á otro, siempre que ambos operen en un mismo teatro de operaciones. Del mismo modo recibe este nombre la línea seguida por un ejército que tiene á su cargo el desempeño de una operación secundaria.

Hé aquí cómo habla Jomini al tratar de los destacamentos:

«Los destacamentos que un ejército puede verse llamado á hacer en el curso de una campaña se enlazan tan íntimamente con el éxito de todas sus empresas, que debe considerárseles como una de las ramas más importantes, pero también más delicadas de la guerra.»

«En efecto, si nada es tan útil como un gran destacamento, cuando se hace á tiempo y está bien combinado, nada es tampoco más peligroso que efectuarlo de un modo inconsiderado. Entre el número de las cualidades más esenciales de un buen general, colocaba Federico el Grande la de saber inducir al adversario á hacer destacamentos, ya para acudir á coparlos, ya para atacar al ejército así debilitado.»

«Se ha abusado tanto de la manía de los destacamentos, que por un exceso contrario han creído muchas gentes en la posibilidad de pasarse sin ellos. Indudablemente, más seguro y más conveniente sería tener siempre reunido el ejército propio en una sola masa; pero como esto es cosa enteramente impracticable, preciso es resignarse á hacer destacamentos, cuando lo exige imperiosamente el éxito de las empresas que se intentan. Lo esencial es hacer los menos que sea dable.»

«Hay varias clases de destacamentos:

1.º Los grandes destacamentos enviados á larga distancia, *fuera de la zona de operaciones*, para efectuar diversiones sobre puntos más ó menos esenciales.

2.º Los grandes destacamentos hechos en la zona de operaciones para cubrir puntos importantes de la misma, sitiarse una plaza, guardar una base secundaria, ó proteger la línea de operaciones si se ve amenazada.

3.º Los grandes destacamentos hechos sobre el frente mismo de operaciones, delante del enemigo, para concurrir directamente á una empresa concertada.

4.º Los pequeños destacamentos lanzados á lo lejos para intentar golpes de mano sobre puestos cuya posesión pudiera influir favorablemente.»

«Entiendo por *diversiones*, esas empresas secundarias llevadas á cabo lejos de la zona principal de operaciones, en los confines de un teatro de guerra, y sobre el concurso de los cuales fuera locura calcular el éxito de una campaña. Semejantes diversiones no son útiles más que en dos casos: el en que el cuerpo que en ellas se emplee no se halle en disposición, á causa de su alejamiento, de ser puesto en acción en otra parte, y el en que se envíe á un punto donde encuentre gran apoyo entre la población; lo que cae bajo el dominio de las combinaciones políticas más que bajo el de las del arte militar.»

«Los grandes destacamentos movilizados y temporales, se hacen por los motivos siguientes:

1.º Forzar al enemigo á la retirada amenazando su línea de operaciones, ó cubrir la línea propia.

2.º Adelantarse á un cuerpo enemigo ó impedir su incorporación al grueso, ó bien facilitar la de un refuerzo amigo que se espere.

3.º Observar y contener una numerosa fracción del ejército contrario, mientras se proyecta un ataque contra la otra porción de dicho ejército.

4.º Apoderarse de un convoy considerable de víveres ó de municiones del que dependa la continuación del sitio de una plaza ó el éxito de una empresa estratégica; proteger la llegada de un convoy que esperamos.

5.º Efectuar una demostración, á fin de atraer al enemigo en una dirección en que se desea que marche, para facilitar una operación emprendida por otro lado.

6.º Tener en jaque y aun bloquear una ó más grandes plazas durante un tiempo dado, bien que se quiera atacarlas, bien limitarse á encerrar la guarnición dentro de sus muros.

7.º Tomar un punto importante sobre las comunicaciones de un enemigo, ya en retirada.»

Por seductor que pueda parecer obtener los diversos fines indicados

en esta nomenclatura, preciso es confesar, sin embargo, que son siempre fines más ó menos secundarios; y que siendo lo esencial - triunfar sobre los puntos decisivos, es preciso cuidar de no abandonarse á la tendencia á los destacamentos multiplicados; porque se ha visto sucumbir á muchos ejércitos por no haber sabido permanecer concentrados.

---

## CAPÍTULO VI.

**Objetivo.—Llave ó punto llave.—Punto decisivo.—  
Punto de ataque ó de empeño.—Punto objetivo.  
—Zonas de operaciones; múltiples, convergentes,  
divergentes y paralelas; interiores y exteriores.**

En toda campaña hemos de considerar el *objetivo político* y el *objetivo estratégico*. Aquél puede ser el motivo de la invasión ó de la declaración de guerra, y siempre el fin á que tienda la campaña.

El *objetivo estratégico*, es el objetivo inmediato del movimiento de las tropas.

El primero es del dominio de la política de la guerra, y en su apreciación es preciso tener en cuenta las condiciones del país donde se ejerce ó pretende ejercer la dominación ó donde se ha de combatir al adversario; teniendo presente los recursos con que éste cuenta y las simpatías del país por la causa que el adversario defiende.

No siempre se debe hacer la guerra con la guerra. No siempre es político ni práctico contestar absolutamente con la fuerza de las armas. La historia y la experiencia nos lo enseñan. A la iniciación, un movimiento político puede ser contenido en sus primeras manifestaciones y extinguido después atendiendo al espíritu general del país, teniendo en cuenta el carácter de sus habitantes y el verdadero sentido de la opinión, poderosos elementos que pueden explotarse en favor de la causa propia y lanzar al país entero el naciente adversario.

Cuando sea prudente emplear estos recursos, y lejos de cultivar un sistema de atracción, se precipitan los ánimos, tratando de resolverlo todo por la guerra, lejos de poner remedio se consigue hacer excitaciones que nutren las filas enemigas y hace el adversario fácilmente un vasto reclutamiento á costa de nuestra imprudencia.

En la política de la guerra es donde debe inspirarse la acción del poder constituido, para no cambiar el período constituyente de un país en campo de desolación y ruinas.

Todos los esfuerzos deben tender á *conservar* los lazos que unen la opinión general del país con el gobierno que asume la suprema jefatura del ejército. Castigar con rigor y sin alardes á los verdaderos jefes de todo movimiento político es indispensable; empleando las penas más severas, privándoles de la vida, pero *conservando* adictos aquellos elementos dispersos que quedan sin jefe, es altamente político. Hacer la guerra pasando por encima de la sumisión de un país, es provocar á la rebelión, y entonces ya no basta la guerra, es preciso emplear otro recurso salvaje, el exterminio.

Muy distinto es esto á encontrar una resistencia constante, viva y sistemática en el país donde se combate; entonces sí será necesaria la guerra por la guerra, por el prestigio de las armas y por el fin de la campaña, en consideración al objetivo político que es el resultado que se persigue; pero sin perder de vista que para llegar á este objetivo político no siempre es preciso la guerra, ni siempre se obtiene con la guerra; siendo de alta razón de estado, de sentido humano y de necesidad nacional, evitar la inútil efusión de sangre, la despoblación del propio territorio, el abandono de las industrias y de las fuentes de riqueza, el agotamiento de recursos, los sacrificios inauditos, que deben ser muy fundados, y en resúmen, el empobrecimiento y la ruina de la nación, causada lentamente por la falta de verdadera política de la guerra, sin prestigio ni gloria para sus titánicos esfuerzos, mejor empleados en un momento supremo en que juegue el honor nacional, pero nunca á causa de errores fundados en un amor propio mal entendido.

Es, pues, este el principio en que se funda el *objetivo político*, tan distinto del *objetivo estratégico*, á pesar de tender los dos á un mismo fin, no olvidando que, en el violento proceso de la lucha, éste será un medio de tránsito para llegar á aquél.

Con respecto al *punto objetivo* propiamente dicho, sigamos la autorizada opinión del ilustre Jomini.

«Hay puntos y líneas estratégicas de diversa naturaleza: unos toman este nombre por el solo hecho de su situación, del que resulta toda su importancia en el teatro de las operaciones y pueden ser puntos estratégicos geográficos, permanentes; otros adquieren su valor por las relaciones que tienen con la colocación de las fuerzas enemigas y con las empresas que se forman contra ellas; estos son puntos estratégicos de maniobras, y absolutamente eventuales; en fin, hay puntos y líneas estratégicas que sólo

tienen una importancia secundaria, y aun otros que la tienen inmensa y continua: á éstos se les debe llamar puntos estratégicos decisivos.»

Procuraré explicar estas relaciones con toda la claridad que las concibo, lo que no siempre es tan fácil como se cree en semejante materia.»

«Todo punto del teatro de la guerra, que tenga una importancia militar por su situación en el centro de las comunicaciones, ó por establecimientos militares y obras de fortificación de cualquier clase, que influyan directa ó indirectamente sobre el terreno estratégico, lo será de hecho estratégico, territorial ó geográfico.»

«Un ilustre general afirma, por el contrario, que aunque un punto reúna las condiciones mencionadas, no será estratégico, si no se halla en una dirección conveniente respecto á la operación que se trate de ejecutar.»

«Permítaseme que opine de distinto modo; porque un punto estratégico lo es siempre por su naturaleza, y aun el más distante del círculo de las primeras empresas, puede ser comprendido en él por el curso impuesto de los acontecimientos y adquirir de este modo toda la importancia de que sea susceptible. Á mi parecer sería más conveniente decir que todos los puntos estratégicos no son puntos decisivos.»

«Creo que se puede dar el nombre de punto estratégico decisivo á todo el que es capaz de influir notablemente en el resultado de la campaña, ó en el de alguna de sus particulares empresas. Todos los puntos cuya situación geográfica y ventajas artificiales favorezcan el ataque ó la defensa de un frente de operaciones ó de una línea de defensa son de esta clase, entre los que ocupan el primer lugar las plazas de armas bien situadas.»

«Los puntos decisivos en el teatro de la guerra son de muchas especies: el nudo de los valles, el centro de las principales comunicaciones ó los desfiladeros, etc.»

«La segunda especie de puntos decisivos es la de los eventuales de maniobras, que son consiguientes á la colocación de las tropas de los dos partidos etc.»

«El punto decisivo de un campo de batalla se determina: 1.º, por la configuración del terreno; 2.º, por la combinación de la localidad con el fin estratégico que se proponga un ejército; 3.º, por la colocación de las fuerzas respectivas.»

«Se podría decir de los puntos objetivos, como de los que preceden, que los hay de maniobra y asimismo geográficos: como una fortaleza impor-

tante, la línea de un río, un frente de operaciones que ofrezca buenas líneas de defensa ó buenos apoyos para empresas ulteriores. Sin embargo, como la elección misma de un objetivo geográfico es continuación que puede colocarse en la clase de las maniobras, sería más exacto decir que los unos sólo se refieren á puntos territoriales, y los otros exclusivamente á las fuerzas que los ocupan. En estrategia el objetivo de una campaña determina el punto objetivo, etc.»

En cuanto á los puntos objetivos de maniobra, esto es, á los que se dirigen sobre todo á la destrucción ó desconcierto de los ejércitos enemigos, se calculará toda su importancia por lo que dejamos dicho respecto á los puntos decisivos de la misma especie. En la acertada elección de estos puntos se prueba, de cierto modo, el talento de un general, como prenda segura de grandes triunfos.

Según afirma el notable tratadista, y ya lo hemos dicho en otro lugar, este fué el tino en que más indisputablemente se distinguió Napoleón.

Después considera Jomini otros puntos objetivos políticos de que ya nos ocupámos con anterioridad, anteponiéndolos á todos los demás como lógicamente parece oportuno al considerarlos como origen, causa y fundamento de todos los demás que sucesivamente van haciendo surgir los sucesos de una campaña.

\*  
\* \*

Expuestas ligeramente las anteriores consideraciones acerca del objetivo en general y puntos derivados que se revelan sobre el teatro de una campaña, nos ocuparemos de las zonas de operaciones, de las cuales dependen en gran parte la suerte de las operaciones estratégicas.

Las principales condiciones que debe reunir una zona de operaciones son las siguientes:

- 1.<sup>a</sup> Comunicaciones fáciles y numerosas, ya sea por vías fluviales ó terrestres, y de éstas, en cuanto sea posible, férreas.
- 2.<sup>a</sup> Mútua protección entre dichas líneas y, sobre todo, defensa eficaz y verdadera de las más exteriores de la zona que pueden ser más fácilmente batidas por el enemigo, apoyando los flancos en obstáculos naturales del terreno.
- 3.<sup>a</sup> Facilidad de aprovisionamiento en el territorio por donde se ex-

tiende la zona, y á ser posible, aprovechar los productos del terreno, para lo cual deben ser abundantes.

4.<sup>a</sup> El más corto frente de operaciones, para facilitar el mútuo apoyo de las columnas y su reunión.

5.<sup>a</sup> Caminos capaces para dedicar cada uno á un cuerpo de ejército.

6.<sup>a</sup> Que no existan grandes accidentes geológicos entre los caminos, que den lugar al aislamiento de las columnas ó á la mayor longitud de alguna línea, y que las líneas de una misma zona sean convergentes al objetivo. Si estas condiciones parecen difíciles de concurrir, al menos quedan señaladas como precepto científico, pudiendo, sobre el teatro de la guerra, procurar reunir el mayor número de ellas para determinar cada zona.

Es de gran transcendencia la elección de una zona de operaciones, por lo que significa con respecto al ejército y á sus líneas estratégicas, y porque no debe alterarse, evitando así el retraso en las operaciones y hasta el peligro de tales cambios. El notable tratadista Sr. Banús, señala, sin embargo, los casos en que conviene, y aduce ejemplos.

Los casos en que puede convenir el cambio de línea de operaciones son los siguientes: 1.<sup>o</sup> Cuando un ejército encuentre en la zona primitivamente elegida grandes obstáculos para vencer ó no halle suficientes recursos. 2.<sup>o</sup> Cuando á consecuencia de una alianza efectuada durante la guerra, sea necesario aproximarse al ejército aliado. 3.<sup>o</sup> Al efectuar una retirada, bien sea por hallarse agotados los recursos de la zona antes recorrida, bien sea para alejar al enemigo de un objetivo importante.

En la campaña de 1800, Napoleón, después de haber pasado el San Bernardo, se dirigió á Milán, y como la línea de etapas del San Bernardo se hallaba muy próxima á Turín, la cambió por las que pasaban por el San Gothardo y el Simplón, libres de amenaza.

Durante la guerra de los siete años, los austriacos, cuya zona de operaciones fué generalmente la Bohemia y la Sajonia, la cambiaron al fin de la campaña por la de la Silesia con el objeto de unirse á los rusos.

En 1812, Napoleón, al retirarse de Rusia, quiso cambiar de zona de operaciones por hallarse agotada la antes recorrida; pero la falta de puntos de apoyo y la activa persecución de los rusos le obligó á desistir.

En 1813, Soult, en vez de retirarse hacia Burdeos, lo hizo en dirección á Tolosa, para evitar que el ejército inglés se internara en Francia.

La defensiva tiene mayores facilidades para el cambio de línea de

operaciones si opera en su propio país, pues cuenta para ello con todas las comunicaciones rápidas. En este caso un cambio de esta naturaleza puede dar muy buenos resultados, porque desconcierta al enemigo y le obliga á cambiar su plan.

Así como existen bases accidentales, puede haber también zonas de operaciones accidentales; pero dada la dificultad de organizarlas, se usarán hoy pocas veces. En la campaña de 1805, la zona de operaciones basada en el Mein era accidental; la principal se basaba en el Rhin y fué la empleada después de la toma de Ulm.

Hasta aquí hemos supuesto que un ejército tenía sólo una zona de operaciones; pero en algunas guerras no ha sucedido así, sino que de distintas bases, ó de una sola, han partido dos fracciones de ejército con zonas de operaciones distintas. Ya en otro lugar hemos visto el inconveniente de fraccionar un ejército de operaciones, pues se quebranta el principio de la unidad de mando; aunque esto no suceda y se pongan ambas fracciones bajo la mano de un solo jefe, se falta á otro principio no menos importante, el de la concentración de fuerzas. Hay que evitar en cuanto se pueda el fraccionamiento, y de ahí el empleo de zonas diversas apoyadas en una misma base ó frontera. En algunos casos, sin embargo, no habrá más remedio que recurrir á él, y estos casos serán los siguientes: 1.º Cuando se tenga tal superioridad numérica que, sólo empleando una doble zona de operaciones, pueda usarse convenientemente. 2.º Cuando la pobreza del país en que se va á operar no permita el empleo de grandes masas. 3.º Cuando se oponga á ello la topografía del teatro de operaciones. 4.º Cuando el enemigo emplee zonas múltiples. 5.º Cuando la ventaja de una rápida concentración sea tal que equilibre los inconvenientes anexos al fraccionamiento de fuerzas. En todos estos casos se recurrirá al empleo de zonas múltiples; pero aun así, se evitará que unas fuerzas operen independientemente de otras. Á este principio sólo podrá faltarse cuando las fracciones operen á grandes distancias, y en tal caso, más bien que al empleo de zonas múltiples, se habrá llegado á operar en distintos teatros. Así y todo, las operaciones no podrán ser completamente independientes; pero como la voluntad del jefe superior no podrá transmitirse debidamente á una fracción muy lejana, hay que dar á ésta gran latitud en sus operaciones.

ZONAS DE OPERACIONES EN CUANTO Á SU RESPECTIVA DIRECCIÓN  
Y AL NÚMERO DE ELLAS.

El citado Banús dice al tratar de estas zonas: Cuando varios grupos de fuerzas parten de una misma frontera y tienen zonas de operaciones distintas, éstas pueden ser convergentes, divergentes ó paralelas. Lo primero es lo más general y ventajoso, pues que, teniendo por lo regular los distintos grupos un objetivo común, es natural que converjan hacia él; además, así se obtiene la importante ventaja de que á medida que las fuerzas se aproximan al enemigo y se alejan de la base, se concentran y, por tanto, se dan mayor apoyo.

Las zonas de operaciones seguidas por Moreau y Jourdan en 1796, eran convergentes; pues partiendo del Rin medio aquél, y del Rin bajo éste, debían reunirse en el Danubio, próximamente en Passau.

En la campaña de 1810, Soult y Massena debían seguir zonas convergentes; aquél partiendo de Andalucía, éste de Salamanca.

Las zonas divergentes se usan raras veces, porque nada hay tan ilógico como separar las fuerzas á medida que se alejan de su base. Dos casos únicamente pueden presentarse en que haya que emplear zonas divergentes: 1.º Cuando desde una posición central hay que hacer frente á varios enemigos. 2.º Cuando un ejército tiene que perseguir á otro que al retirarse se disemina.

En 1841 y 1812 Wellington operó según dos zonas divergentes que, teniendo por punto de partida Lisboa, se dirigían á Ciudad Rodrigo y Badajoz como objetivo.

Durante la guerra de los siete años, los prusianos tuvieron que adoptar casi siempre dos zonas divergentes, una hacia la Sajonia, otra hacia la Bohemia unas veces y hacia la Moravia otras.

En 1808 los franceses tuvieron que emplear en España tres zonas divergentes: una, cuyo objetivo era Madrid; otra, que tenía por objetivo Zaragoza; el objetivo de la tercera era Santander. Esto se debió á que los ejércitos españoles, derrotados en Burgos, Tudela y Espinosa de los Monteros, tomaron las indicadas direcciones.

En 1864, los daneses, derrotados en las líneas de Danewerh, tomaron

dos zonas de operaciones divergentes, retirándose hacia Düpel y la Jutlandia.

Las zonas paralelas se usarán pocas veces, pues suponen dos objetivos distintos, de los cuales sólo uno será el principal; el otro sólo será secundario y no conviene distraer fuerzas en operaciones que no constituyan el verdadero objeto de la lucha.

Las zonas de operaciones paralelas sólo son admisibles cuando se trata de dominar un país no defendido por ejércitos regulares, sino por tropas de partidarios. En este caso dominación es sinónimo de ocupación, y no hay más remedio que recurrir al empleo de numerosas columnas que marchen paralelamente, pero que deben hallarse bien ligadas y en situación de prestarse siempre mútuo apoyo. También pueden emplearse con éxito las zonas paralelas cuando, por tener gran superioridad numérica, no haya inconveniente en formar un destacamento que entretenga parte de las fuerzas enemigas. Fuera de estos casos, el empleo de las zonas paralelas no tendrá en la guerra buena aplicación y será siempre un procedimiento excepcional. Lo común será el empleo de zonas convergentes que concurren en el objetivo elegido.

Al empleo de las zonas múltiples está íntimamente ligada la debatida cuestión de las líneas interiores y exteriores. Y, en efecto, desde el momento que un ejército tiene dos ó más zonas de operaciones, puede suceder que éstas sean exteriores á la del enemigo. La razón y la historia militar están conformes en asignar la ventaja al que ocupa la zona interior, siempre y cuando opere con arreglo á los verdaderos principios del arte, y la desproporción de fuerzas no sea tal que por sí sola baste para decidir la victoria. Este interesantísimo problema estratégico merece ser estudiado detenidamente.

En la guerra, la superioridad numérica es de importancia considerable y casi siempre decisiva. A medida que el armamento se perfecciona y que las razas se confunden, desaparecen las diferencias individuales que moral y materialmente distinguían un soldado de otro. Comparando cualitativamente los ejércitos modernos individuo por individuo, las diferencias existentes son pequeñas; hay que buscar, pues, la superioridad en el número. Federico, en Leuthen, pudo vencer con 40.000 prusianos á 80.000 austriacos; Napoleón no pudo en Leipzig derrotar á 160.000 aliados con 110.000 franceses. En Hericourt, 60.000 alemanes mantienen la posición contra 93.000 franceses á costa de

grandes esfuerzos. Ahora bien, un medio seguro de obtener esta superioridad numérica, es poder batir parcialmente al enemigo, y este medio lo proporcionan las zonas interiores al que sabe usarlas convenientemente. No hay que negar, sin embargo, que estas mismas zonas mal empleadas pueden producir grandes desastres y los han producido efectivamente.

El barón von Goltz, al defender la combinación estratégica adoptada en 1866 por los prusianos, dice: «El período crítico y peligroso no dura por lo común más que algunos días, que son aquellos en que las columnas no están suficientemente próximas para socorrerse mutuamente. Si una de ellas es batida no desaparece por completo del teatro de la guerra. El alcance del armamento moderno y la manera de combatir hacen muy difícil la destrucción rápida y total de un ejército, como le sucedió al de Olsowiefen 10 de febrero de 1814. La columna que ha sufrido un revés puede todavía perseguir al enemigo cuando éste la abandona para marchar contra otra.»

El general prusiano empieza por confesar que el ejército que emplea zonas múltiples, se halla por algunos días en situación crítica, y esto es ya un inconveniente; veinticuatro horas pueden bastar á un enemigo audaz para decidir una campaña. En cuanto á que puede suceder que una de las fracciones no sea completamente batida, hay que admitirlo como una de las quiebras que puede sufrir el que emplee las líneas interiores. Así sucedió en 1815; la derrota de los prusianos en Ligny, no fué tan completa como Napoleón creyó; Blücher no quedó completamente fuera de combate, y su aparición en el campo de batalla de Waterlloo decidió la jornada. Pero adviértase que la ineptitud de Grouchy contribuyó no poco al éxito de los aliados, y que si aquél no se hubiera dejado engañar por Blücher ó hubiese marchado rápidamente hacia el campo de batalla, es posible que el desenlace hubiese sido distinto. En rigor, á consecuencia de los movimientos de Blücher, éste fué el que tomó una zona interior entre Grouchy y Napoleón, de modo que aun en este caso la eficacia de las zonas interiores no queda desmentida.

El mismo Goltz dice, á propósito de las zonas múltiples exteriores: «Verdaderamente exigen que todas las fracciones separadas estén bien dirigidas. La dirección superior se limita á indicar los principios generales y el objetivo. Para los demás tiene que fiarse á la circunspección y energía de los generales comandantes de los cuerpos de ejército. Es necesario que éstos tengan mucha independencia. No todos los ejércitos pueden emprender con éxito movimientos envolventes y operaciones convergentes.»

Y á renglón seguido añade: «El medio más eficaz contra los movimientos envolventes es en todos casos el combate; éste atrae por una y otra parte á los combatientes; hay concentración en el campo de batalla, y si allí se evita el enlace táctico, el estratégico queda casi siempre impedido.»

En suma, pues, las ideas de von Goltz que á primera vista parecen favorables al empleo de zonas múltiples, están conformes con las de los principales estratégicos.

No es esto decir que tales operaciones puedan proscribirse por completo. Cuando se tiene superioridad numérica, cuando el enemigo carece de audacia ó es poco maniobrero, no hay duda de que esta operación conviene; primero, porque cuanto más diseminado se halla el ejército puede vivir mejor; segundo, porque es más fácil reunir grandes masas por la convergencia hacia un punto que por medio del despliegue; tercero, porque se amenaza al enemigo por varios puntos, y puede envolversele en un círculo de hierro, del cual le sea difícil ó quizá imposible salir, y cuarto, porque se dispone de mayor número de comunicaciones y por tanto las marchas se hacen con más comodidad.

Así, pues, contra un enemigo débil y vacilante no hay duda que pueden dar buenos resultados, pero contra otro audaz y maniobrero es difícil que conduzca á un éxito satisfactorio.

El que adopta zonas exteriores lo primero que debe hacer es elegir convenientemente el objetivo. Cuanto más próximo se halle éste de la frontera, cuantas más comunicaciones se reúnan en él, mejor. Una vez elegido, es preciso marchar hacia él con rapidez é impedir á toda costa que el enemigo le ocupe y se lance desde él contra las fracciones del agresor.

El defensor á su vez debe situarse de tal modo que pueda con facilidad acudir contra las diferentes fracciones del agresor. Si éstas se hallan muy lejanas unas de otras, al marchar contra una de ellas abandona terreno á las demás; si muy próximas, puede verse rodeado por todos los ejércitos del enemigo. Federico, en la guerra de los siete años, tuvo siempre que obrar contra ejércitos muy distantes, y así la victoria de Rossbach le causó la pérdida de Breslau. Pero si por el temor de alejarse demasiado de una de las fracciones se deja que éstas se aproximen, puede suceder que se llegue á un resultado análogo al de Sadowa.

Si para operar por zonas exteriores se necesita audacia, no hace falta menos para sostenerse entre dos ejércitos sin dejarse imponer por ellos y

marchar resueltamente contra el uno sin dar importancia al otro. Lo que importa es saber elegir bien el adversario que primero debe sufrir el golpe, y luego obrar con rapidez. La campaña de 1814 es, bajo este concepto, un modelo insuperable. Entre el audaz Blücher y el indeciso Schwartzemberg, Napoleón no duda un momento; comprende que el desastre del primero ha de influir en el segundo lo suficiente para obligarle á emprender la retirada, y dirigiéndose sus fuerzas contra aquél destroza sus columnas, le obliga á retirarse, y, como ya había previsto, este hecho detiene el avance de los austriacos.

El barón von Goltz ya citado, á pesar de las ideas expuestas, vuelve á opinar algunas páginas más adelante que razones generales y de todos los tiempos se oponen á que las líneas interiores pueden producir buenos resultados, y que hoy por emplear ejércitos más numerosos y tener los generales subalternos mayor independencia, las operaciones citadas serán aún más difíciles. Pero, en nuestro concepto, esto último es precisamente un inconveniente, pues se sustituye la iniciativa de varios á la de uno solo, se pierde por tanto la unidad, y hay peligro de que la falta de un subordinado destruya todo el plan de campaña. Si los ejércitos son más numerosos, todo se reducirá á emplear zonas más extensas y, por tanto, más en armonía con el efectivo de aquéllos. Es más; el que opera en país propio puede emplear las vías férreas para mover las tropas, y este elemento le facilitará el poder hacer cara á las fracciones enemigas. Hoy como antes, el que opera por zonas interiores tiene á su favor: la unidad de mando, la concentración de fuerzas, la ventaja de poder batir sucesivamente las contrarias. Y entiéndase que esto se refiere al caso en que ambos contendientes no tengan sus fuerzas muy desequilibradas. Porque es evidente que si 30.000 hombres han de luchar contra 150.000, lo mismo da que adopte líneas interiores, como que éstas sean exteriores; el resultado ha de ser la derrota de los primeros.

Aun habiendo desproporción en las fuerzas, las zonas interiores serán las únicas que permitan restablecer el equilibrio; un ejército de 100.000 hombres podrá luchar con éxito contra 150.000 que adopte dos zonas de operaciones, si se interpone entre ellas; pero si en vez de esto se divide y deja que los 150.000 hombres se interpongan entre sus dos mitades cual una cuña, ¿puede esperar racionalmente la victoria?

La razón, pues, aboga por las zonas interiores; veamos lo que dice la historia militar, y ya que el barón de Goltz afirma que en todos tiempos las

operaciones por zonas exteriores han debido dar malos resultados, tomemos ejemplos de diferentes períodos.

En la edad antigua, Roma, decidida á arrebatár España á los cartagineses, envía contra ellos á Publio y Cneo Scipión. Mientras ambos operan reunidos, la victoria les favorece y derrotan á Asdrúbal. Pero cometen el error de separarse y son batidos en detall, perdiendo la vida Cneo en el salto Tugiense y Publio cerca de Catulone.

Á su vez Asdrúbal comete el error de dividirse en tres cuerpos, uno mandado por Asdrúbal pasa el Ebro, Magón manda el segundo cuerpo, y el tercero queda en la orilla derecha. Marcio se sitúa primero entre Asdrúbal y Magón, bate separadamente á cada uno de ellos y marcha luego contra el tercer cuerpo. La superioridad obtenida por los cartagineses pasa á los romanos.

En la misma guerra púnica, el cónsul Nerón hace frente á Aníbal en Italia; Asdrúbal marcha á socorrer al segundó siguiendo la vertiente oriental de los Apeninos; el general romano se percata de ello, deja una pequeña fracción para hacer frente á Aníbal, marcha rápidamente hacia el Metauro, allí derrota á Asdrúbal y vuelve de nuevo al antiguo campo, desde el cual arroja á Aníbal la cabeza de su hermano; el cartaginés, convencido de que es inútil esperar refuerzos, se retira.

En la Edad Media es, sin duda, difícil buscar ejemplos de operaciones estratégicas; ni la organización social ni la militar se prestan á ellos. Las guerras de la Edad Media más que tales guerras, son, con frecuencia, algaradas en que unos cuantos miles penetran en país enemigo, para volver luego al suyo victoriosos ó vencidos; y otras veces, después de haber conquistado alguna plaza, dejan allí una pequeña guarnición que la defiende (1).

Por ser muy numerosos los ejemplos que pudiéramos citar del empleo de estas líneas en la edad moderna, y materia muy importante, trataremos de ella en la continuación de este capítulo.

---

(1) Estas notas están tomadas de la obra de nuestro ilustrado compatriota el notable tratadista militar Sr. Banús y Comas.

## CAPITULO VII

---

### Empleo y aplicación de las zonas de operaciones.

Uno de los ejemplos que más patentizan la ventaja de poseer ó tener dispuesta una *zona interior*, es el que la historia nos ofrece en el siglo xvi en la guerra sostenida contra Francisco I. El monarca, á la cabeza del ejército francés, atraviesa los Alpes marítimos, sorprende á Próspero de Colonna, se apodera de la orilla derecha del Pó y se sitúa entre los suizos que ocupan á Milán, y los españoles, que, al mando del duque de Cardona, se hallaban en el Veronés.

El caudillo español deseaba pasar el Pó para unirse á los aliados; pero no confiando mucho en los suizos no se atrevió á efectuar ese movimiento. Los suizos atacaron á los franceses, y seguramente hubieran sido éstos derrotados á no contar con una *zona interior* que les facilitó la unión á los venecianos y junto con ellos les permitió derrotar á los suizos en Marignán, viéndose los españoles en el caso de retirarse á Nápoles.

En este hecho se evidencia, para nuestro estudio, el buen empleo de una *zona interior* y su brillante aplicación, influyendo poderosamente en el éxito de la campaña. Constituida la *zona interior* por los españoles, unidos á los suizos, hubieran obtenido, respecto á los coaligados enemigos, la situación estratégica alcanzada por éstos, pudiendo haber explotado perfectamente la indecisión que de manera muy acentuada, en su principio, tuvo la batalla de Marignán.

Lord Wellington en 1811 opera con gran éxito sobre una *zona interior* en el valle del Tajo, contra los franceses que seguían las cuencas del Duero y Guadiana.

Pudiéramos citar casos análogos en la guerra de sucesión sostenida por

Felipe V contra portugueses, austriacos é ingleses; en las campañas de Federico, contra austriacos, franceses y rusos; la del duque de Brunswick, contra el mariscal de Contades y el príncipe Soubise; la del archiduque Carlos en 1796, contra Jourdan y Moreau; las de Napoleón en el mismo año contra Beaulieu; y Colli, contra Wurmser y contra Alvinzi.

Merece particular estudio la invasión de Prusia por Napoleón I en 1806; y para comprender la elección del terreno y la situación alcanzada después por las tropas francesas, examinaremos cuáles eran los puntos decisivos para operar contra Prusia y los caminos que se podían seguir para penetrar en aquel territorio.

Dejemos la palabra al ilustre jefe de Artillería de la Armada (1), que hace veinte años describía este asunto magistralmente, inspirándose en un eminente historiador (2) y un notable tratadista (3) militar.

Dice así:

#### PUNTOS DECISIVOS PARA OPERAR CONTRA PRUSIA

«Preciso es, pues, franquear el Elba, cuando se quiera hacer la guerra á Prusia, así como es indispensable descender la corriente del Danubio para lidiar con Austria; pero desde el momento en que el invasor haya conseguido forzar el Elba, caen por sí mismas las defensas de Prusia, pues la pérdida del territorio de Sajonia deja anulado á Magdeburgo, y á Berlín privado de toda protección, quedando además dueño el vencedor de las vías mismas comerciales, lo cual es muy grave, en el caso de prolongarse la guerra. De suerte que así como es necesario al que se haya hecho dueño de las fuentes del Danubio, descender su corriente hasta Viena, hasta traspasar el Elba para obtener el objeto principal de la campaña, siéndole preciso, al que abrigue los vastos designios de Napoleón, correr hasta el Oder, con el fin de interponerse entre Prusia y Rusia é interceptar los socorros que puede prestar la segunda á la primera, y aun adelantarse hasta el Vístula con el de derrotar á Rusia en Polonia, donde existe siempre tan profundo resentimiento contra ella, siguiendo el ejemplo de

---

(1) Morquecho.

(2) Thiers.

(3) Jomini.

Anibal cuando llevó la guerra al centro de las provincias italianas, mal contenidas bajo el yugo de Roma. Tales son las etapas de la inmensa marcha hacia el Norte, que hasta aquí ha sido intentada únicamente por Napoleón ¿Volverá á serlo de nuevo? Es lo que todos ignoramos, y plegue á la Providencia, si tal intención abriga, que sea al menos en pró de la libertad y de la independendencia del Occidente.

Mas para penetrar en aquella llanura septentrional, á cuya entrada está situada Prusia, es necesario atravesar el país montañoso que constituye el centro de Alemania, ó flanquearlo con el fin de llegar á la playa unida que, bajo el nombre de Westfalia, se extiende hasta el mar del Norte, compónese de colinas bastante extensas cubiertas de espesa melaza, que por un lado se unen á Bohemia, y por el otro se prolongan al Norte hasta las llanuras de Westfalia, en medio de las cuales va á morir, después de haber formado la rica cordillera del Hartz: aquel grupo montuoso, cuya parte superior está cubierta de arbolado, separa las aguas del Rhin, en las que vierte las del Mein, el Lhan, el Sieg, el Ruhr y el Lippe, de las del Elba, á las que une el caudal del Elster, el Saale y Unstrut, y el del Ems y el Weser, directamente con el mar del Norte.

#### CAMINOS PARA PENETRAR EN PRUSIA

Diversos son los caminos que se presentan para atravesarlo: puédesse, en primer lugar, partiendo de Maguncia, dirigirse hacia la derecha y subir por el accidentado valle del Mein hasta Wurtzburgo ó hasta las fuentes mismas de aquel río, donde en las inmediaciones de Coburgo se encuentran las espesas colinas, que bajo el nombre de selva de Thuringia separan á Francia de Sajonia, y de entre las cuales corre el Mein por un lado y el Saale por otro; se las atraviesa por tres desfiladeros, uno que va de Bayreuth á Hof, otro de Kronach á Schleitz y el otro de Coburgo á Saalfeld, descendiendo luego á Sajonia por el valle del Saale. A la izquierda de la selva de Thuringia se encuentra el segundo camino, para seguir el cual, es preciso subir la corriente del Mein, desde Maguncia á Hanau, dejarlo entonces para penetrar en el valle del Werra ó país de Fulde, y dejando á la derecha la selva de Thuringia, descender por Elisenach, Gotha y Weimar á las llanuras de Thuringia y Sajonia y llegar á las orillas del

Elba: esta es la vía seguida generalmente para ir desde Francfort á Leipzig.

Finalmente, el tercer camino consiste en dar la vuelta al centro montañoso de Alemania y dirigirse al Norte á la llanura de Westfalia, lo que se consigue siguiendo la orilla del Rhin hasta Wesel, pasándolo allí y caminando luego por entre Westfalia y Hannover, dejando las montañas á la derecha y el mar á la izquierda, siendo preciso atravesar el Ems, el Weser, y, finalmente, el Elba, que en aquella extremidad de su corriente es uno de los ríos más caudalosos de Europa.

De tan diversas maneras de penetrar en la llanura del Norte, eligió Napoleón la primera, que es la que conduce desde las fuentes del Mein á las del Saale, atravesando los desfiladeros de Franconia.

#### CAMINO PREFERIDO POR NAPOLEÓN

Los motivos que guiaron su elección, demuestran cuán profundo era su saber en el difícil arte de la guerra; fundábanse ante todo en que teniendo como tenía sus tropas en la Franconia superior, si quería transportarlas al Norte para dirigirlas hacia Westfalia, se exponía á andar doble ó triple distancia y á descubrir sus designios al vérselo adoptar un tan largo trayecto, é independientemente de tal contrariedad, se veía en la necesidad de franquear el Ems, el Weser y el Elba, por la parte inferior de sus respectivas corrientes, cuando ya constituyen temibles obstáculos. Tan valiosas razones no dejaban á su elección más que dos partidos: ó tomar el camino central de Alemania, que se dirige por Francfort, Hanau, Fulda, Gotha y Weimar á Leipzig y pasa por la izquierda de la selva de Thuringia, ó subir la orilla del Mein hasta las fuentes de este río y trasladarse desde allí al valle del Saale, pasando por lo tanto por la derecha de la misma. Pero entre estos dos medios, el segundo era, con mucho, preferible al primero, por una razón relativa al plan general de Napoleón y á su sistema de hacer la guerra; era que cuanto más á la derecha se dirigiese, más probabilidades tenía de rebasar la izquierda de los prusianos, anticiparse á ellos sobre el Elba para separarlos de Sajonia y privarlos de los recursos y de los soldados de esta monarquía, franquear aquel río por la parte de su corriente que ofrece menos obstáculos para ello, hacerse dueño de Berlín, y finalmente, llegar también el primero á las orillas del Oder,

que era por donde debían llegar los rusos. Si conseguía tal objeto, lograría un resultado semejante al obtenido el año precedente al envolver al general austriaco Mack, aislarlo de las fuerzas rusas, y dejando separada á la coalición en dos partes, poder destruirlas una después de otra. Anticiparse á los prusianos en las orillas del Elba y del Oder, constituía, pues, el gran problema que era preciso resolver en aquella guerra, para conseguir cuyo objeto, formaban los desfiladeros que conducen de Franconia á Sajonia, pasando por la derecha de la selva de Thuringia, el verdadero camino, el que Napoleón debía preferir, sin contar con que sus tropas lo ocupaban y solamente tenían que ponerse en marcha desde los puntos en que respectivamente se encontraban, para emprender las operaciones.

Mas á fin de poder ejecutar sus designios, era indispensable procurar tener á los prusianos en completa incertidumbre acerca de sus verdaderos proyectos, induciéndoles á que creyesen que iba á seguir el camino central de Alemania, que por Fulda, Eisenach y Weimar se dirige á pasar por la derecha de la selva de Thuringia, y al efecto había situado una parte de su ala izquierda, compuesta de los cuerpos 5.º y 7.º á las órdenes de los mariscales Lannes y Augereau, hacia Koenigshofen é Hildburghausen, como si quisiesen dirigirse al Hesse superior, lo que podía contribuir á engañarlos; y no contentándose con tal demostración, quiso aumentar sus dudas, ordenando que se ejecutasen otras hacia Westfalia, como, por ejemplo, una marcha llevada á cabo por el rey de Holanda, precedida de falsos rumores, que, sin embargo, no pudieron engañar á los prusianos hasta el extremo de persuadirlos de que abrigase Napoleón el designio de atacar por aquel punto, pues además de la circunstancia de la presencia del ejército francés de Franconia, bastó para que no fuesen inducidos en error el detalle accesorio de que la división Dupons, que siempre operaba separada, desde los combates de Haslach y de Albeck, en la campaña de 1805, y se encontraba sobre el Rhin inferior ocupando el gran ducado de Berg, había sido dirigida sobre Maguncia y Francfort al acercarse la guerra; por consiguiente, todo aquel movimiento de tropas, dirigido de izquierda á derecha, hacía completamente inverosímil la idea de una operación ofensiva sobre Westfalia, dando á creer que el ataque se verificaría por el país de Fulda ó por Franconia, esto es, por uno ú otro lado de la selva de Thuringia; pero existía aún la duda respecto á cuál fuese preferido por Napoleón, que con profundo cálculo procuraba alimentarla en la mente de los generales prusianos, por medio de infinitas precauciones.»

En la guerra franco-germana, los ejércitos franceses marcharon siempre separados por los Vosgos, y los alemanes, siempre interpuestos entre sus contrarios, tuvieron la ventaja de operar siempre en una *zona interior*, fraccionados sí, pero reuniéndose fácilmente, lo que costó largo rodeo á los franceses y de manera incompleta.

El mismo general Almirante, á quien no convenía del todo la nueva clasificación de la ciencia denominada Estrategia, dedica su atención y crítica, bajo esa citada denominación, á la guerra de 1870; y dice, juzgando de la conducta de los ejércitos beligerantes y analizando los procedimientos empleados en la lucha (1):

«Para interponerse entre los dos grupos franceses, de los cuales el uno venía hacia Metz y el otro hacia Neufchâteau y Chaumont, los alemanes dirigieron su primer ejército á tapar el campo atrincherado de Metz; el segundo en escalones, con el ala izquierda avanzando hacia los pasos del Mosela, agua arriba de Metz, y el tercero sobre el río de Meurthe, entre su confluencia con el Mosela y Luneville. La retirada general á Châlons, ordenada por Napoleón III, no pudo verificarse á causa de la increíble confusión que en Metz reinaba, y que aumentó la batalla de Bornoy, cerrando á Bazaine el paso á Verdun. Insistió el mariscal francés, el 16 de agosto, en romper hacia el Oeste, hacia Châlons, pero de nuevo lo detuvo el enemigo, que habiendo pasado grandes fuerzas á la otra orilla del Mosela, no sólo amenazaba su flanco, sino que cortaba materialmente su línea de operaciones ó de retirada. Dos días después, el 18, en la batalla de Gravelotte-Saint-Privat, el gran ejército del Rhin (168.000 hombres, 456 cañones, 84 ametralladoras) quedó acorralado, incomunicado, perdido; arrastrando con su rendición (27 de octubre) la de la plaza, que con su guarnición ordinaria, hubiera probablemente resistido largo tiempo. Y al paso que Metz caía por hambre, inmensas provisiones cogieron los prusianos en Sarreguemines, Luneville y otras ciudades abiertas, consideradas como «bases» en los primeros sueños de ofensiva.»

Esta respetable opinión de tan competente tratadista, confirma la ventaja de las zonas interiores tan felizmente empleadas por los prusianos en esa campaña. La compacta y acertada organización de los prusianos, unido á la descuidada confianza y punible inadvertencia de los franceses, contribu-

---

(1) Estudio sobre la guerra franco-germana.—Estrategia y Táctica; página 371.—Imprenta del Memorial de Ingenieros, 1891, Madrid.

yó al rápido é inesperado desastre, que la vanidad imprudente de los generales de Napoleón III y sus planes desprovistos de toda noción de estrategia precipitó, como consecuencia natural de aquella falta constante de orden que se notaba desde las primeras marchas del ejército, encaminado directamente á Berlín en alas de la más soñadora fantasía.

\* \*

No siempre el éxito ha acompañado al empleo de las zonas interiores; también se cuenta algún caso en que no dieron resultado, y éste merece nuestro estudio detenido, porque en su examen se descubre que no fué la aplicación de tales procedimientos lo que produjo desgraciado desenlace, sino otros defectos que significan falta de habilidad y desconocimiento de los medios acertados de emplear las tropas oportunamente.

Un ejemplo de estos errores tenemos en 1866, y el general Rüstow analiza y evidencia así las faltas de los austriacos:

«Los ejércitos beligerantes eran próximamente de igual fuerza, la habilidad de las operaciones excitaría un vivísimo interés si la victoria hubiese sido debida á ella. Però desde este punto de vista, no puede atribuirse á ninguno de los beligerantes marcada superioridad. Las operaciones prusianas se basan en la reunión de los ejércitos del príncipe Federico Carlos y el príncipe real. Este objetivo se persigue con método y firmeza y se realiza con prudencia.

Però es preciso confesar que no se le opusieron obstáculos de importancia. Se reconoce aquí lo que ya otras veces se ha visto, á saber: que el que se halla seguro de la victoria en el campo de batalla, puede hacer en el teatro de operaciones cuanto le plazca. Ahora bien, los prusianos tenían gran superioridad en el campo de batalla, pronto tuvieron seguridad de batirles á igualdad de número, y aun cuando, como sucedió en Trantenau, la debilidad del general hiciera aparecer á los prusianos derrotados, los austriacos perdieron cuádruple gente que sus adversarios. La superioridad de los prusianos no fué sólo debida al fusil de aguja, pues esto no basta para explicar el gran número de prisioneros no heridos que tuvieron los austriacos, lo cual no les sucedió á los sajones. Era, pues, difícil que la

habilidad de los cálculos estratégicos del cuartel general austriaco, pudiera compensar esta superioridad en el combate.

Además, los cálculos estratégicos faltaron casi por completo en el cuartel general austriaco.

El prusiano se contentó con indicar á los jefes de los dos ejércitos el plan general: reunión hacia Gitschin; pero este punto sólo se daba como aproximado; los jefes de los ejércitos podían elegir los caminos y medios para obtener este resultado. Bénédek, por el contrario, dicta órdenes especiales á su subordinado el príncipe de Sajonia; pero no le indica el objeto principal de las operaciones. El verdadero cometido de éste consistía en detener al príncipe Federico Carlos, lo que le hubiera sido posible.

En vez de esto, se le manda primero defender el Iser á toda costa, y luego retirarse hacia el ejército principal, suprimiendo así el obstáculo opuesto á la reunión de las fuerzas prusianas.

Desde que los prusianos empezaron las operaciones, nada modificó el plan general.

En el ejército austriaco las órdenes contradictorias se suceden, y apenas se dicta una disposición, se cambia; resultando así confusión é imposibilidad de obrar con acierto.

Los prusianos aprovechan las ocasiones sin contrariar el plan general; así Federico Carlos ataca sin vacilar la línea del Iser, aprovechando las malas disposiciones del enemigo.

En cambio Bénédek, que tiene el 28 de junio grandes probabilidades de éxito si ataca al príncipe real, en vez de aprovechar su superioridad numérica, se retira y deja casi perder la ocasión propicia.

El mismo Von Goltz, que no parece á veces favorable á las zonas interiores, dice comentando estos hechos:

«Los austriacos, antes de comenzar su marcha se hallaban en Moravia. Si el punto de reunión se escogía sobre el alto Elba, necesitaban 13 días para llegar á él. Empezando la marcha el 13, no podían concentrarse hasta el 30 de junio. Desde Dresde y Neisse hasta Gitschin, los prusianos sólo tenían 8 jornadas, podían, pues, concentrarse en 8 días y hallarse también reunidos el 30. Hasta este día algunos cuerpos austriacos aislados podían oponerse al movimiento, pero nunca el ejército entero. Los ejércitos prusianos separados tenían 125.000 hombres uno y 140.000 el otro, y por tanto eran numéricamente superiores á cualquiera de las fracciones del enemigo. No se trataba, pues, de un golpe audaz emprendido

con atolondramiento. Lo que garantizaba el éxito, era que se había escogido bien el objetivo y se podía llegar á él antes que el enemigo reuniera sus fuerzas. Ciertó que no se tenía idea tan exacta como hoy de la situación de los austriacos; se creía encontrar mayor número de ellos en el Norte de Bohemia; era posible tropezar con un terreno muy quebrado; pero el que sólo quiera obrar en la guerra con completo conocimiento de causa, por lo general, obtendrá difícilmente el resultado que se desea.»

En España son tres las zonas de operaciones que puede elegir un invasor apoderado de todas las provincias, excepto Andalucía, teniendo que combatir á un ejército español situado detrás del Guadalquivir, entre Córdoba y Mengíbar, y suponiendo que Portugal no tome parte en la contienda.

Así las describe, con gran competencia, el fecundo tratadista militar Señor Banús:

Primera. La que, siguiendo la costa del Mediterráneo, penetra en Andalucía por las provincias de Jaén y Granada, amenazando el flanco derecho del defensor; la que, atravesando la provincia de Ciudad Real, se dirige hacia el centro de la línea de defensa (Andújar); y, finalmente, la que teniendo por base al Guadiana, desde Badajoz á Mérida, termina en el Guadalquivir entre Córdoba y Sevilla. La primera zona presenta varios inconvenientes: 1.º Las líneas de operaciones que comprende son escasas, malas y difíciles de ligar entre sí. 2.º El flanco derecho está muy amenazado y no puede apoyarse en ningún obstáculo natural de importancia. 3.º Los objetivos principales de Andalucía están muy lejos de esta zona.

La segunda presenta los siguientes inconvenientes: 1.º Sólo pose una buena comunicación (la carretera y ferrocarril de Andalucía). 2.º La Mancha es un país muy pobre. 3.º Los flancos de las columnas extremas se hallan muy amenazados desde las comarcas montañosas que quedan á derecha é izquierda de la carretera citada. 4.º Para llegar á Córdoba hay que atravesar dos veces el Guadalquivir.

Por último, la tercera zona parece más ventajosa por las razones siguientes: 1.ª Apoya en Portugal uno de sus flancos, y aunque es cierto que la provincia de Huelva puede amenazarle, el ejército español situado en ella no podrá ser muy numeroso, tanto por la dificultad de alimentarse, como porque fácilmente puede quedar incomunicado con el resto de la Península. 2.ª Es una comarca rica. 3.ª Contiene mejores líneas de operaciones que las anteriores. 4.ª Es la que conduce más directamente al

objetivo principal y pone en mayor peligro la retirada del defensor. 5.<sup>a</sup> En caso de un revés, presenta al agresor una línea de defensa en buenas condiciones para rehacerse. Las campañas sostenidas en esta región durante la guerra de la Independencia confirman plenamente lo dicho.

Y ya que del territorio patrio tratamos, consignaremos en este lugar algunas apreciaciones del capitán general marqués del Duero, que pueden aplicarse al estudio de una invasión, señalando especialmente los obstáculos y ventajas que ofrece el terreno á grandes masas de caballería; dice así:

«La mayor parte de nuestra Península está constituida por la vasta y elevada meseta central, por donde corren desde su nacimiento el Duero, el Tajo y el Guadiana, separados entre sí por las cordilleras Carpetana y Oretana, que arrancan de la Ibérica. Si á éstas se agregan la Pirenáica, que mira al Cantábrico, y la Mariánica, que vierte por el Sur al Guadalquivir, resulta que son cinco las cadenas de montes que forman ó sostienen la mencionada meseta, cuya altura, siendo grandísima si se la considera desde la orilla de los mares, disminuye hasta casi anularse para los moradores de las tierras centrales.

Hay en éstas, ciertamente, obstáculos para las grandes operaciones; pero superar con mucho las ventajas que proporcionan su posición general, su población, clases de cultivos y forma de la propiedad.

Todas las cuencas centrales ofrecen vastísimas llanuras donde la Caballería no encuentra apenas dificultades para maniobrar en grandes masas, y otro tanto sucede, en porciones considerables de territorio, en los valles del Ebro, por ejemplo, y del Guadalquivir.

Una invasión por la línea de Irún y Pamplona al centro de España, una vez cruzado el Pirineo, encuentra desde Vitoria, y principalmente desde Pancorbo á Logroño, una vasta y casi no interrumpida serie de llanuras en sus caminos más importantes.

Hasta León y Astorga, hasta Zamora y Ciudad Rodrigo, por un espacio de cerca de 300 kilómetros en dirección de Galicia y Portugal, y hasta Segovia y Soria por más de 200, encaminándose á Madrid y sus provincias más inmediatas, no hallará un ejército obstáculo natural alguno para las maniobras de Artillería y Caballería en sus mayores proporciones.

Los que se dirijan al Oeste, se verán detenidos por las sierras que separan á León de Galicia, pero salvadas éstas volverán á encontrar terrenos bastante abiertos.

Los que se encaminen al Sur, desde Burgos á Valladolid, tendrán que vencer la alta y áspera cordillera Carpetana, por Somosierra ó Guadarrama; pero ya en Castilla la Nueva, la cuenca del Tajo, primero, y la del Guadiana después, unidas por terrenos de diferencias de nivel en muchas partes insignificantes para las operaciones militares, ofrecen vasto campo para el uso de las tres armas.

Las provincias de Guadalajara, Madrid, Ciudad Real, Cuenca y Albacete, no presentan en la casi totalidad de su superficie, que abraza más de 60.000 kilómetros cuadrados, otras dificultades para la guerra que los ríos que las cruzan, no muy abundosos de agua, y alturas que no deben tomarse en cuenta en su mayor parte.

La misma provincia de Toledo, tan renombrada por lo intrincado de sus montes, deja á la derecha del Tajo paso libre á los ejércitos en una de las direcciones más influyentes para la guerra, que es la de Extremadura.

Para trasladarse de Castilla á Valencia, la Caballería no halla obstáculo alguno, pues no parece sino que continúa la misma llanura que constituye la meseta central, hasta la suave y pintoresca de la costa del Mediterráneo, y esto en la grande extensión del Segura al Ebro.

Para seguir á Andalucía hay que cruzar la cordillera Mariánica, generalmente conocida por Sierra Morena, que separa de la de Ciudad Real las provincias de Córdoba y Jaén; pero á los 20 ó 30 kilómetros, el terreno se despeja de nuevo, y la Artillería, como la Caballería, pueden maniobrar desembarazadamente hasta Sevilla y Cádiz, y aun hasta cerca de Granada y Málaga.

Si para ir á Extremadura se ha seguido generalmente la derecha del Tajo hasta Talavera y Almaraz, ha sido porque en el valle del Guadiana no había caminos por donde comunicaran cómodamente Ciudad Real y Badajoz; pero el terreno presenta rarísima vez dificultades para hacerlo, y la izquierda del Guadiana es por todas partes llana en Extremadura.

La marcha por los Pirineos orientales no halla un terreno tan favorable como por los occidentales, una vez alcanzadas las márgenes del Ebro. Sin embargo, en la provincia de Gerona, y con particularidad en las de Lérida y Tarragona, se encuentran espacios bastantes considerables donde maniobrar con Artillería y Caballería. Las extensas llanuras que desde Cervera se dilatan hasta la orilla del Segre, continúan, después de cruzados este río y el Cinca, hasta el mismo Zaragoza, y por toda su provincia

en el territorio que riega el Ebro, desde Tudela á Maquinenza y Caspe, así como entre las cuencas del Jiloca y el Nonaspe hasta cerca de Teruel.

Y en estas llanuras, como en casi todas las de España, la Caballería tiene además la inmesa ventaja, que no encuentra en el resto de Europa, de que el terreno está siempre libre de otra clase de obstáculos. Los pueblos distan mucho unos de otros; los caseríos en el campo son raros; las heredades no están separadas por setos ni por zanjas, y el arbolado es escasísimo.

Así, la Caballería puede maniobrar desembarazadamente sin temor de verse interrumpida en sus marchas y combates, ni de que en lo más recio de una refriega, un obstáculo cualquiera ó una emboscada paralicen los efectos de su acción.

#### *POST ESCRIPTUM*

Escritos los capítulos precedentes, vamos á entrar de lleno en la clasificación y nomenclatura estratégicas que han de presidir al plan de nuestra obra. Nos proponemos en este título y el siguiente atender al estudio de la estrategia especulativa, sin que esto excluya en absoluto apuntar cuando convenga algún ejemplo, de que no puede ni debe prescindirse para la mejor interpretación.

---

## CAPITULO VIII

---

**Clasificación y nomenclatura.—Estrategia especulativa y aplicada.—Ejecución de las operaciones.—Utilidad que prestán los ferrocarriles á la Estrategia.**

«La estrategia no puede enseñarse» «Il n'y a pas de principes infallibles pour obtenir la victoire. Nous en conviendrous volontiers, mais nous ajouterons q'uil y a des regles et des principes dont l'observation prépare le succès et dont l'oubli amène inévitablement la défaite» (1).

Este concepto exagerado de la estrategia haría imposible su estudio, pero hemos de distinguir entre ese estudio y su aplicación; hemos de considerar que el genio es independiente de los principios en que se informa, y que siendo el genio la manifestación más acabada de determinadas aptitudes, no por eso debe prescindirse de las reglas, de los conocimientos, del cultivo de la doctrina, de la conveniente preparación que, si no crea absolutamente la aptitud, la fomenta y hace más técnica, familiarizándola con los términos propios de la ciencia y robusteciendo con base firme la inspiración.

Esto en cuanto á la estrategia aplicada á la ejecución, al empleo de las tropas, á los esbozos del cuadro, al conocimiento del *tablero estratégico* para poner en movimiento los ejércitos; que, por otra parte, no puede prescindirse de tales reglas, ni de tal estudio para el de la Historia Militar, que no puede entenderse técnicamente, ni interpretarse á conciencia, ni traducirse con provecho, ni comprenderse militarmente con la única dedicación que está escrita, sin conocer los términos que en ella juegan, ni la

---

(1) General Lewal.

estructura que le sirve de base, ni deducir y obtener alguna ventaja de su lectura, examen y consulta sin saber estrategia.

No hay que creer imposible su estudio ni darle una importancia exclusiva á la parte psicológica; conviene seguir un sistema ecléctico entre el idealismo de Lewal y el excepticismo de Clausewitz.

Esta ciencia, como dice Villamartin, es el sentimiento artístico de la guerra, y por eso su secreto no está en aprenderla, sino en sentirla. Esto le hace decir á Clausewitz que todo es sencillo en estrategia; pero no todo es fácil. Es, en efecto, la parte más difícil de la ciencia de la guerra.

Clausewitz considera el ejército como una fuerza, y reduce la estrategia á dos problemas principales en que estriba la ciencia toda:

1.º Determinar el mejor punto de aplicación para dicha fuerza.

2.º Llevarla á él de modo que se pierda la menor cantidad posible en la lucha con las resistencias pasivas.

Todo consiste en llevar al punto decisivo una fuerza moral y materialmente mayor que la del enemigo (1).

El vasto campo de la estrategia comprende:

1.º La definición del teatro de la guerra y de las diversas combinaciones que ofrezca.

2.º La determinación de los puntos decisivos que resultan de estas combinaciones y de la dirección más favorable que se haya de dar á las empresas.

3.º La elección y el establecimiento de la base fija y de la zona de operaciones.

4.º La determinación del punto objetivo que ha de proponerse, sea ofensivo ó defensivo.

5.º Los frentes de operaciones, frentes estratégicos y línea de defensa.

6.º La elección de líneas de operaciones, que conducen de la base al punto objetivo, ó al frente estratégico ocupado por el ejército.

7.º La de las mejores líneas estratégicas que deben tomarse para una operación determinada, y de las diferentes maniobras para alcanzar estas líneas en sus diversas combinaciones.

8.º Las bases de operaciones eventuales y las reservas estratégicas.

9.º Las marchas del ejército, consideradas como maniobras.

---

(1) Príncipe de Hohenthal, *Ideas sobre estrategia*.

10.º La situación de los almacenes, respecto á sus relaciones con la marcha de los ejércitos.

11.º Las fortalezas, consideradas como medios estratégicos, como refugios de un ejército ó como obstáculos para su marcha, y los sitios que se hayan de poner ó apoyar.

12.º Los puntos en que importe situar campos atrincherados, cabezas de puente, etc.

13.º Los ataques falsos ó direcciones por grandes destacamentos que se crean útiles ó necesarios.

Además de estas combinaciones—dice Jomini—hay otras mixtas que participan de la estrategia, en cuanto á la dirección que se les ha de dar, y de la táctica, por la parte ejecutiva, como los pasos de ríos, retiradas, cuarteles de invierno, sorpresas, desembarcos, grandes convoyes, etc.

La enumeración de esta larga serie no es otra cosa que clasificar los muchos importantes términos que abraza la estrategia, términos que comprende esta ciencia y cuyo conjunto la forman y determinan.

Este vasto campo armoniza con la definición del erudito tratadista del siglo XVIII (1), que considera la estrategia como el arte de formar los proyectos de guerra, de hacerlos encuadrar con los medios del Estado, de ejecutar los proyectos, las marchas, los campamentos, y añade que el nombre de esta ciencia, derivado de Stratego, indica que abraza el arte de la guerra.

Asímismo, otro escritor militar, en los albores de este siglo (2), dice que la estrategia es la ciencia de las marchas, como parte importante de la dirección de los ejércitos, y por oposición, á la castrametación y á la táctica, que son las otras dos partes del arte militar.

De acuerdo con lo expuesto, tenemos la declaración de Jomini, que en expresión elocuentísima condensa en breves frases lo que significa la estrategia, el campo que abraza y la importancia que ha de reconocérsele: La estrategia—dice Jomini—es toda la guerra, antes y después del combate.

Expuesto el ancho campo de la estrategia y su varia clasificación, conviene establecer una breve nomenclatura que condense los principios de la ciencia y evite confusión en un estudio siempre provechoso, y hoy más

---

(1) Jabro.—1777.

(2) Grassi.—1817.

que nunca necesario por razón del adelantamiento que en aquellos principios obtienen los ejércitos modernos.

Si bien no hemos economizado denominaciones y términos propios en la exposición general del primer capítulo, no por eso dejaremos de concretar, en lo posible, nuestro trabajo, dejando siempre como margen accesorio, un horizonte que comprenda ampliamente cuanto en los estudios estratégicos se necesita para no restar de sus aplicaciones todo aquello que complementa su conocimiento más minucioso.

En cuanto á esa parte principalísima, que informa la primordial misión de la estrategia, diremos con uno de los tratadistas patrios ya citado (1), que llena ese fin la siguiente nomenclatura:

BASE DE OPERACIONES.

LÍNEA DE DEFENSA.

OBJETIVO.

ZONA DE OPERACIONES.

LÍNEAS DE OPERACIONES.

FRENTE DE OPERACIONES.

LÍNEAS DE ETAPA.

La ejecución de las operaciones comprende:

EXPLORACIÓN.

MARCHA.

DESCANSO.

ALIMENTACIÓN.

Contaremos, pues, para el orden de nuestro estudio, con tres distintas partes á que hemos de atender:

- 1.<sup>a</sup> PRINCIPIOS DE ESTRATEGIA, Ó ESTRATEGIA ESPECULATIVA.
- 2.<sup>a</sup> APLICACIONES DE LA ESTRATEGIA, Ó ESTRATEGIA APLICADA.
- 3.<sup>a</sup> EJECUCIÓN DE LAS OPERACIONES.

Sentados en los capítulos anteriores los principios de la estrategia, auxiliados de algún caso aclaratorio como aplicación de dichos principios, con-

---

(1) Banús.—1887.

tinuaremos en nuestro estudio, con todo aquello que se refiere á la *ejecución de las operaciones*, para lo que es preciso atender, con preferencia, á los adelantos que las ciencias han traído á los elementos del combate, porque si bien éste es del dominio de la táctica, no hay que olvidar que su preparación corresponde de lleno á la estrategia.

Los adelantos que los descubrimientos no interrumpidos de los últimos tiempos, y el provechoso y feliz cultivo de las ciencias, han traído á los elementos de la guerra, han abierto nuevos horizontes al combate, exigiendo mayores prevenciones para la práctica de la guerra, variando esencialmente el sistema de combatir, sobre todo contra las fortalezas modernas, cuya estructura en general y organización interior, ha hecho caer por tierra los sistemas de fortificación que estimábamos modernos y sobre todo de eficaz resistencia y potente acción en nuestros días.

En un trabajo recientemente publicado por una revista militar de notable competencia (1), se hace mención de estas modernas fortalezas describiéndolas con elocuencia que da idea exacta de su construcción y de su importancia.

La aplicación de la melinita y de los nuevos explosivos, la carga de los proyectiles de la artillería, ha producido, como es sabido, una verdadera revolución en la ciencia de la fortificación moderna. Ninguno de los antiguos revestimientos empleados para proteger las fortalezas son ya eficaces contra los efectos destructores de los nuevos proyectiles. Para oponer á esos efectos una resistencia proporcionada, ha sido preciso recurrir como material al *béton de cemento*, y como elementos fundamentales de la fortificación permanente á las torres acorazadas. El fuerte, no ya del porvenir, el fuerte actual, se presenta bajo la forma de un gigantesco bloque de *béton de cements*, enorme rectángulo de cuarenta ó cincuenta metros de lado, penetrando en el sentido de la profundidad bajo el nivel del suelo como otros diez ó doce y no ofreciendo sobre ese mismo nivel más que un relieve que no excede de tres ó cuatro. Exteriormente no presenta ningún saliente; todos afectan una forma más ó menos elíptica. Las torres acorazadas que encierran las piezas de grueso calibre, surgen del centro y á los extremos se establecen otras torres de las llamadas de eclipse, armadas de ametralladoras y de cañones de tiro rápido. En

---

(1) *Revista técnica de Infantería y Caballería*, 1896.—Memoria presentada al Excelentísimo Sr. Ministro de la Guerra, por el Marqués de Mendigorría, 1894.

otros puntos, cuidadosamente escogidos sobre el pavimento de la fortaleza, se establecen observatorios, también blindados, provistos de aparatos ópticos para explorar el país durante el día y de reflectores eléctricos para iluminar el campo por la noche.

Cada una de estas torres, cada uno de estos observatorios cubren un pozo que conduce á locales subterráneos protegidos con profundos revestimientos de cemento sobre sus bóvedas y paredes laterales. Estos locales se destinan á almacenes de víveres, á depósitos de municiones, á cuartelillos para la guarnición, y una gran parte, la más espaciosa, al emplazamiento de las máquinas necesarias para el servicio del fuerte; motores de vapor, baterías de ventiladores que renuevan constantemente el aire de las torres y de los locales subterráneos; aparatos hidráulicos para los movimientos de eclipse ó de rotación de las torres y de los observatorios y para los ascensores; dinamos y acumuladores eléctricos, etc., etc.

Para penetrar ó salir de estos fuertes es fuerza contruir túneles, cuyas bóvedas se encuentran á ocho ó diez metros bajo el nivel del terreno, uniendo y comunicando la entrada de los locales subterráneos con el fondo de un pozo socavado á 200 ó 300 metros del fuerte, por cuya abertura exterior se penetra en él. Estos pozos tienen su escalera metálica en espiral y se encierran por gruesas placas de acero horizontalmente colocadas. Para levantarlas y dejar abierto este único acceso del fuerte, es precisa una complicada maquinaria situada en el interior. Esta placa, que á manera de losa cierra el pozo de acceso y el terreno que la rodea, está bajo el fuego de una de las pequeñas torres á que me he referido, especialmente destinada á impedir que tropa alguna pueda aproximarse á dicha entrada. Semejantes fuertes tienen cierta analogía con los buques de guerra, sólo que son buques inmóviles y enterrados.

Comenzando por los centrales del San Gotardo y siguiendo el camino y la vía férrea que remontan el valle del Tessino, al desembocaren Airolo, encontramos el fuerte de *Fondo del Bosco*, que acaba de terminarse. Hállase situado entre dos curvas de la carretera que, partiendo de Airolo hacia el Oeste, sube al Gotardo. Está provisto de una sola aunque formidable batería.

Si se exceptúan algunas chimeneas ó ventiladores, este fuerte no se eleva sobre la superficie del suelo á más de un metro. Aparece sobre el terreno como la concha de una inmensa tortuga medio enterrada.

El ilustrado jefe de ingenieros del ejército español, Sr. Banús y

Comas, ya citado en algún otro lugar de este libro, dedica preferente atención á los adelantos modernos y analiza en la siguiente forma sus aplicaciones con respecto á los ferrocarriles en la guerra.

Una cuestión interesante nos queda que dilucidar antes de terminar el estudio de la estrategia teórica. ¿Los adelantos modernos introducen alguna modificación importante en la concepción de los planes estratégicos? Hay que empezar por fijar cuáles son los adelantos científicos que pueden influir en las operaciones estratégicas. Si se entiende á que el objeto de la estrategia es reunir en el punto decisivo, ó supuesto tal, el mayor número de tropas lo antes posible, se comprenderá que todos los medios que conducen á aumentar la rapidez de las comunicaciones han de tener gran valor estratégico. Ahora bien; estos agentes son el vapor y la electricidad.

Ya hemos visto los grandes servicios que ambos agentes pueden prestar y prestan durante la movilización y la concentración: en este período preparatorio de las operaciones, cuando se trata de grandes ejércitos que deben moverse en extensos territorios, el buen empleo de una red de ferrocarriles convenientemente dispuesta puede dar por sí sólo la ventaja de la iniciativa. Por esto, las grandes potencias miran con especial predilección el desarrollo de las comunicaciones férreas, que si en la paz favorece el comercio, la industria y la agricultura, en la guerra puede contribuir poderosamente á la victoria. Pero cuando se emprenden las verdaderas operaciones estratégicas y el enemigo se halla próximo, el empleo de los ferrocarriles debe hacerse entre ciertos límites. La marcha de tropas por vía férrea no es conveniente por lo general en este caso; en primer lugar, porque conviene que se hallen siempre en disposición de combatir, y las tropas que van en un tren nosatisfacen á esta condición; en segundo lugar, porque no pueden llevarse las fuerzas concentradas; finalmente, como tales vías de comunicación son fáciles de destruir, puede acontecer que los trenes se vean detenidos y las tropas no puedan continuar la marcha. En país enemigo, y aun en país amigo, cuando el adversario esté próximo, no hay más remedio que ejecutar las marchas á pie, con todas las prevenciones que en otro lugar exponremos. Únicamente en casos excepcionales, cuando convenga reforzar con algunas tropas un punto lejano é inopinadamente atacado, será cuando puede usarse el ferrocarril para el transporte de las tropas, pero siempre exponiéndose á hallar la línea cortada y á tener que terminar la marcha á pie.

Bajo este concepto, los ferrocarriles en nada han cambiado el aspecto de las operaciones estratégicas, que se ejecutarán como siempre. Si se creyere que los caminos de hierro pueden servir para concentrar las tropas en los campos de batalla, se caerá en gravísimo error. Su acción, como dice Rustow, es intermitente y cuando se trata de que en poco tiempo se concentre muchas tropas en una pequeña extensión de terreno, no se podrá obtener por medio de ellos, tanto más cuanto que siendo dicho terreno de escasa superficie, sólo se podrá disponer para desembocar en él de una vía férrea. Además, cuando las tropas se aproximan al enemigo, las jornadas son cortas, los movimientos, con frecuencia, indecisos y siempre cautelosos, y para andar 20 kilómetros en un día no hay necesidad de emplear el ferrocarril. Finalmente, las tropas que llegaran á un campo de batalla en vía férrea, es muy posible que fueran sorprendidas por el enemigo en el acto del desembarco, es decir, cuando se hallan en mala situación para contener el choque. Todas estas razones que, como puede verse, no son pocas ni de escaso valor, impiden el empleo de las vías férreas para el transporte de grandes masas de tropa en el teatro de operaciones.

Respecto á los pequeños destacamentos la cuestión es muy distinta, siempre y cuando éstos sean de tal fuerza que puedan ser conducidos dos ó tres trenes formando convoy. Entonces desaparece el inconveniente debido á la intermitencia y á la diseminación de fuerzas. Este empleo de los ferrocarriles puede facilitar muchísimo la ejecución de las operaciones relativas á la guerra en pequeño, como son sorpresas, emboscadas, ataques imprevistos, refuerzo de puntos lejanos, y substituirán algunas veces á las marchas rápidas ejecutadas en carros. Pero tales operaciones, fáciles de ejecutar en país propio y á retaguardia del núcleo de las fuerzas, tendrán ya mayores dificultades en país enemigo, en que á cada momento pueden las líneas ser cortadas por partidas de pequeña fuerza difíciles de batir.

Si los caminos de hierro situados en el mismo teatro de operaciones no facilitan por lo común el transporte del personal, no sucede lo mismo cuando se trata del material de guerra y aún de cierta clase de personal, enfermos y heridos. Antes, reunir en las plazas situadas en las bases de operaciones, víveres, vestuario, municiones y, en general, todo el material necesario para la marcha de los ejércitos, era problema difícil; retirarlo, poco menos que imposible, resultando que en caso de derrota era casi todo él presa del adversario. Hoy las condiciones son muy distintas: las vías férreas permiten transportar fácilmente grandes cantidades de mate-

rial de todas clases. Este material reunido en puntos convenientes y á poca distancia del grueso del ejército, facilita las operaciones, y muchas veces es el único medio de alimentarlo en países pobres. Así, pues, la gran ventaja de los caminos de hierro consiste principalmente en que constituyen un medio fácil para proveer al ejército de todo cuanto necesite, sin que sea necesario acumular previamente en unos cuantos puntos gran cantidad de material de guerra. Un ejército español que invadiese el país vecino, tan fácilmente recibiría el material depositado en Barcelona como el de Cádiz. Fuera sin embargo, grave error creer que con los caminos de hierro podrían suprimirse por completo los demás medios de transporte, y que los trenes de transporte resultaban innecesarios. Las estaciones en que se desembarca el material destinado á un ejército, no pueden estar muy próximas al enemigo, pues correría aquél grave peligro, sobre todo en caso de retirada. Por otra parte, cuanto más próximo está el adversario, menos puede contarse con el empleo de las vías férreas, porque corren más peligro de ser destruídas; finalmente, no es posible que haya una vía férrea para cada columna del ejército; de aquí la necesidad de carruajes que sigan siempre al ejército y constituyan el tren permanente de transportes, y otros, generalmente obtenidos por requisiciones, que ligen el tren permanente con las estaciones depósitos de material.

Si las vías férreas sirven para facilitar el avituallamiento de los ejércitos, también les prestan grande utilidad para desembarazarles de los elementos que les estorban, heridos, enfermos, prisioneros. Desde el punto de vista higiénico y humanitario, el empleo de las líneas férreas para transportar enfermos y heridos, es, sin duda, un progreso considerable, antes se acumulaban estos desdichados en hospitales mal preparados, en donde no era posible que se hallaran bien asistidos y en cambio se desarrollaban enfermedades que contribuían tanto ó más que las mismas heridas á las defunciones. Cuando para evitar tales inconvenientes, los heridos se transportaban á distancias, este transporte se hacía en condiciones detestables, ya por el mal estado de los caminos, ya por la mala disposición de los carruajes. El empleo de las vías férreas, al mismo tiempo que permite diseminar á los enfermos, facilita y hace más cómodo el transporte. En cuanto á los prisioneros no hay tampoco que insistir en las grandes ventajas que encuentra el ejército desembarazándose de ellos y los mismos prisioneros en efectuar la marcha en camino de hierro.

Cuando se sitia una plaza, también dan los caminos de hierro grandes facilidades, permitiendo el rápido transporte hasta cerca de ella, de los elementos que forman el tren de sitio y de la inmensa cantidad de municiones necesarias para esta operación de guerra.

En resumen, la gran ventaja que los ferrocarriles proporcionan es la fácil y rápida comunicación entre el ejército y el país; un ejército situado á 200 kilómetros de la frontera distaba antes de la madre patria ocho jornadas por lo menos; hoy sólo dista de ella doce horas á lo más. Esta circunstancia, que á primera vista parece no tener más que valor material, es desde el punto de vista moral de gran valía; porque el hombre no mide las distancias solamente por su longitud, sino por el tiempo necesario para recorrerlas; en la guerra, cuando los peligros y las privaciones son grandes, es para el militar altamente consolador tener fáciles y rápidas comunicaciones con las personas á quienes le ligan vínculos estrechos, y aun aquellos que solo dejan en la patria amigos ó parientes lejanos, se complacen en poderse comunicar con ellos fácilmente. Por esto el ánimo de los que se hallan encerrados en una plaza, padece considerablemente, y esto produce el desaliento moral que, más ó menos tarde, se apodera de las tropas sitiadas.

El movimiento expansivo que anima á las sociedades modernas, hace más necesarias que nunca las comunicaciones, y como en tiempo de paz se acostumbran los individuos á estar en relación con las personas que más distan de ellos, durante la guerra estas comunicaciones son más necesarias que en otros tiempos. Por otra parte, la constitución de los ejércitos modernos, íntimamente unidos al país de que forman parte, establece entre el militar y la patria fuertes vínculos, y si el ejército ansía á cada momento recibir noticias de la madre patria, ésta no siente por su parte menor necesidad de ello. Finalmente, las entrevistas entre los jefes del ejército y los del gobierno se facilitan por medio de las vías férreas, y en casos extraordinarios pueden tener ambas autoridades conferencias verbales, en las que los graves y delicados asuntos que la guerra origina, se tratan así en mejores condiciones que por escrito.

Son, pues, muchas las ventajas morales y materiales que el empleo de las vías férreas proporciona á los ejércitos. Pero estas ventajas no se obtienen sino á costa de algunos inconvenientes. En primer lugar, la explotación de las vías férreas, en tiempo de guerra, exige que se cuente con multitud de personal técnico cuya organización no deja de pre-

sentar dificultades; los jefes y oficiales que han de hacer uso de estas vías de comunicación necesitan conocimientos por lo menos elementales, para sacar de ellas partido. La esfera de acción de los ejércitos, ya de por sí dilatada, se extiende más y más con la entrada de este nuevo elemento, cuyo manejo, así por los elementos técnicos que en él intervienen como por su fragilidad, presenta no pequeñas dificultades.

Por otra parte, dada la utilidad que las vías férreas proporcionan, es evidente que el adversario procurará destruirlas é impedir su uso, y de aquí la necesidad de estudiar detenidamente el mejor sistema para protegerlas, y la de destinar tropas no escasas con el mismo objeto. Este problema, íntimamente ligado con la organización de las líneas de etapa, encontrará en otro lugar detenido exámen; pero desde luego puede comprenderse que la necesidad de guardar las vías férreas y explotarlas metódicamente, da lugar á no pequeñas dificultades. La necesidad de conservar en buen estado las vías férreas que atraviesan el territorio enemigo, obliga con frecuencia á tomar, con respecto á los habitantes, medidas de extraordinario rigor; y puede imprimir á la guerra un carácter feroz. Así y todo, no siempre será posible valerse de ellos, y buen ejemplo es lo que sucedió durante la última guerra civil, si bien es cierto que los carlistas, para obtener el fin deseado, cometieron incalificables atropellos.

En cuanto á los inconvenientes á que puede dar lugar el mal empleo de los caminos de hierro, claro es que no deben imputárseles; porque todos los elementos que el hombre emplea, ya en paz, ya en guerra, dan, buenos resultados cuando se les emplea convenientemente; y malos, cuando se les usa torpemente. Racionalmente nunca debe hacerse responsables á los elementos inmateriales de las faltas cometidas por el elemento racional, el hombre. El general que basado en la rapidez de marcha de los trenes la inutiliza para mover constantemente sus tropas sin sujeción á plan alguno, comete una gravísima falta, pero el que así obrara, es de suponer que también cometería errores, aun cuando las tropas marcharan á pie. En la guerra de 1866, la infantería sajona emprendió desde Teresienstadt la marcha en ferrocarril para ser conducida á Przelauz; pero cuando habían partido ya nueve trenes, el príncipe de Sajonia recibió orden de reunir sus tropas al cuerpo de ejército de Clam-Galles situado en la línea del Iser. Las tropas sajonas que aún no se habían embarcado, marcharon directamente hacia dicha línea; pero las restantes

tuvieron que efectuar en ferrocarril una marcha retrógrada, originándose de aquí pérdida de tiempo, debida á la indecisión que reinaba en el Cuartel general austriaco. Los elementos que en la guerra se emplean exigen tanta más atención cuanto más complicados son en sí; y á la manera que el hombre puede ser más perjudicial á sus semejantes cuanto más talento pone, si lo emplea en el mal, así también, cuanto más perfeccionado es un medio de acción, puede producir mayores trastornos si se emplea indiscretamente.

El vapor tiene todavía en la guerra otra aplicación importante, y es la que se hace á los transportes marítimos. Cuando las escuadras necesitaban al concurso del viento para moverse, toda combinación entre ellas y el ejército era difícil y expuesta á un fracaso. No podía calcularse de antemano, ni aun con aproximación, el momento de la partida ni la duración del viaje. De aquí que fuera difícil ejecutar desembarcos en países enemigos; abastecer los ejércitos próximos á las costas y burlar la vigilancia de las escuadras contrarias.

En resúmen, los ferrocarriles constituyen un elemento poderoso á la acción de los ejércitos; son un auxiliar eficazísimo de las operaciones estratégicas en general y especialmente de la preparación del combate.

Mr. C. H. Fix, teniente coronel del ejército belga, señala algunas de las importantes aplicaciones que pueden ofrecer los ferrocarriles para ayudar al desarrollo de los planes estratégicos.

Son las siguientes:

1.º Movilizar rápidamente un ejército en puntos muy lejanos, y por consiguiente mantener, hasta el último momento, la incertidumbre acerca del verdadero despliegue estratégico.

2.º Acumular en corto tiempo en el teatro de operaciones todos los recursos de que se dispone: hombres, caballos, material, municiones, víveres y dinero; por consiguiente, todas las fuerzas y todo el poder del país podrán entrar en juego inmediatamente, lo que acorta notablemente la duración de las guerras.

3.º Dar mayor longitud á las líneas de operaciones, de comunicación y de abastecimientos, y enlazar con fruto los diferentes puntos de una base de operaciones.

4.º Reavituallar á gran distancia del punto donde se esté, y por lo tanto, ejecutar ciertas operaciones consideradas como imposibles en otro tiempo.

Sin los ferrocarriles no hubiera sido posible el bloqueo de París en 1870-71.

5.º Hacer combatir el mismo cuerpo de ejército en dos puntos distintos, en espacios de tiempo muy próximos unos á otros.

En la batalla de San Quintín, el 19 de Enero de 1871, un cuerpo del ejército alemán de los que sitiaban á París desembarcó sobre el campo de batalla; y después de la victoria, volvió á establecerse en su antiguo emplazamiento ante los fuertes de dicha capital.

6.º Defender una línea mucho más fácilmente que en el pasado, puesto que pueden enviarse rápidamente refuerzos sobre los puntos amenazados.

7.º La pronta expedición de medicamentos y material de ambulancias, la evacuación de los heridos, de los enfermos y de los trofeos, de suerte que se desembaracen prontamente de todo ello las líneas de operaciones.

Para sacar de los caminos de hierro todas las ventajas que son susceptibles de procurar en tiempo de guerra es necesario preparar con el mayor cuidado, durante la paz, todo lo que tiene relación con su empleo.... Por débil que sea un ejército y por completa que sea la red de ferrocarriles, ese trabajo debe estar perfectamente coordinado de largo tiempo atrás.

Igualmente se preparará un proyecto que abrace todos los preparativos para la destrucción de los puentes y viaductos y para otros medios de interceptar las líneas, con el fin de impedir al enemigo servirse de ellas.

\*  
\* \*

La electricidad abrevia las distancias, economizando el tiempo y multiplica las órdenes cuando no las entorpece y confunde; si cuenta este elemento moderno con material abundante, personal instruido y dirección competente, es ventaja grande para el ejército que tenga bien establecido el servicio, y proporciona un ascendiente considerable al que cuenta con tales medios de comunicación sobre el que no haya tenido la previsión de organizar su correspondencia y mantener enlazadas sus tropas por ese poderoso fluido que transmite las noticias á grandes distancias.

Hoy puede ser aún más eficaz y provechosa la acción de la electricidad; pues aplicando el principio según el cual las vibraciones se transmiten en el espacio en línea recta, primero Hertz obtuvo efectos mecá-

nicos sobre reforzadores del sonido, á una distancia de 50 metros por medio de las ondas eléctricas, y actualmente, un electricista italiano (1) ha logrado aumentar esta distancia hasta 3.500 metros, consiguiendo, tras numerosos experimentos, que las ondas vibrantes atraviesen placas metálicas y macizos de montañas, con la misma facilidad que el aire, si bien valiéndose de una pila intermedia que, por inducción, pone en marcha el aparato en la estación receptora.

Este notable progreso vendrá á salvar los graves inconvenientes y peligros que ofrecen los medios de comunicación óptica y telegráfica que actualmente se emplean.

El heliógrafo presta hoy un servicio de verdadera importancia, y su uso se estudia sin descanso para obtener el mayor partido de sus alcances. En el ejército de los Estados Unidos se emplea para toda clase de comunicaciones. En el estado del Colorado se emplea en grandes distancias, aprovechando las vértices de las montañas Roquizas. Las estaciones se sitúan en Portland y sobre los montes Hood, Adams, Rainier Yefferson y el tejado del edificio de la Equitativa en Deurez; distan estas estaciones 60 á 70 millas. Las que unen la parte meridional de California con la Colombia británica están situadas en las montañas de las Cascadas, Sierra Nevada, Witney y el monte Baker (2).

La aerostación militar ha prosperado en los últimos años, construyéndose globos de 600 á 800 metros cúbicos de capacidad, sostenidos por cables de dimensiones aproximadas á 1.000 metros, de seda ó alambre, el cual se desarrolla por medio de un torno de vapor que permite su desarrollo con una velocidad de dos metros por segundo.

Se completan sus accesorios con un generador de gas hidrógeno, sistema «Yon», un gasómetro, una máquina de vapor de 20 á 25 caballos, un aparato para comprimir el hidrógeno y 220 á 250 cilindros de acero, cuyo presupuesto total no excede de 150.000 francos.

Los cohetes de guerra constituyen poderoso auxiliar para preparar el combate y favorecer la acción estratégica, haciendo eficaz la exploración que precede como heraldo á dos ejércitos combatientes.

A continuación consignamos algunas opiniones acerca de este elemento de guerra:

*Opinión del general ruso Krijanousky.*—«De cuanto he visto durante

(1) Marconi.

(2) *Deutsche-Heeres-Zeitung*, 1897.

la última guerra del Cáucaso, he llegado á formar el siguiente juicio respecto á los cohetes de guerra de todas clases: los de campaña pueden emplearse con ventaja contra masas indisciplinadas y también quizá en la guerra de montaña, pero no en una batalla formal contra tropas europeas. Por lo tanto, será inútil en un ejército europeo todo lo que exceda de dos baterías de cohetes, organizadas precisamente y, sobre todo, con otros bastes que los usados entre nosotros. Estas baterías pueden agregarse á las tropas irregulares y utilizarlas convenientemente con las montañas.....»

*Opinión del mariscal francés Marmont (1).*—«Los cohetes á la Congréve, que han recibido sucesivamente gran perfección, y que en el día se disparan con mucha precisión, constituyen una artillería que puede llegar á ser un arma principal por el desarrollo de que su aplicación es capaz. En efecto, cuando el arma se compone únicamente del proyectil que se emplea; cuando no se necesita máquina para arrojarle; cuando no se presenta al enemigo ninguna superficie para la dirección de tiros; cuando, en fin, por disposiciones muy sencillas se puede dar momentáneamente á este fuego un desarrollo tal, que el frente de un sólo regimiento esté cubierto por una lluvia de balas equivalente al fuego de una batería de cien piezas, entonces los medios de destrucción son tales que, siguiendo las reglas y los principios que el arte actual de la guerra ha consagrado, no hay guerra posible.»

«.....Esta nueva artillería toma una importancia grande en mil circunstancias en que las piezas no hacen ningún papel. En las montañas se transporta en el día con gran trabajo, un corto número de piezas que hacen poco efecto.

»Con los cohetes se tiene un arma de grande alcance que puede establecerse con profusión por todas partes, tanto sobre la cima de las rocas como sobre planicies inferiores. En los campos rasos cada edificio se transforma en fortaleza, y el techo de una iglesia de aldea se transforma cuando se quiera en explanada de una formidable batería. En una palabra, esta invención, á la altura en que se halla y con la que aún puede lograr, se presta á todo, se adapta á todas las circunstancias,

(1) El mariscal Marmont, duque de Ragusa, empezó su carrera militar como artillero en Tolón, y se encontró después con el mismo carácter en el bloqueo de Maguncia; posteriormente mandó la artillería en el paso del monte San Bernardo, y en la misma posición contribuyó mucho al buen éxito de la batalla de Marengo.

á todas las combinaciones, y debe tomar un inmenso ascendente sobre los destinos del mundo.

»Lentamente se reflexiona sobre la naturaleza de las cosas. Se obra mucho tiempo por rutina, sin que nadie se ocupe de las modificaciones y mejoras que son posibles, y así es que sólo á fuerza de tiempo se sabrán apreciar las ventajas de los cohetes de guerra á la Congrève. Después del buen resultado que con ellos se obtenga en una campaña, es evidente que serán adoptados en todos los ejércitos, entonces se restablecerá el equilibrio, y no habrá ventaja exclusiva para nadie; mas el arte de la guerra será grandemente modificado. Actos más vivos y de un efecto moral mayor, producirán batallas más cortas, disminuirá la efusión de sangre, porque la victoria no se logra por el número de hombres que se mata, sino por el de que se espanta.

»Los cohetes á la Congrève, repito, deben operar una revolución en el arte de la guerra, revolución que, desde luego, producirá el triunfo y la gloria del genio que, antes que todos, comprenda la importancia y desarrolle todas las ventajas que de aquéllos pueden esperarse.»

*Opinión del príncipe Vorontzoff.*—«Habiendo observado en Woolwich el tiro de cohetes de 3 á 4 libras, me ha parecido que podrían ser una de las armas más útiles para la guerra, sobre todo en las montañas. Á la verdad, los cañones de pequeño calibre tienen más certeza; pero todo cañón exige una cureña y un cierto número de carruajes; aun para nuestros obuses de montaña se necesitan avantrenes, ruedas y caballos de carga. No hay necesidad de nada de esto con los cohetes de pequeño calibre; por donde pasa la caballería se puede hacer pasar con ella cuantos cohetes de pequeño calibre se quieran. Cada jinete puede llevar un cohete á guisa de pica, los caballetes para el disparo son muy pequeños y en caso de necesidad se puede prescindir de ellos. En una palabra, los cohetes pequeños forman una artillería que ciertamente no es de las mejores, pero que se puede poseer siempre y en la cantidad que se desee, en parajes donde sería difícil, peligroso y aún absolutamente imposible tener ninguna otra artillería. La cantidad puede suplir ampliamente á una cierta inferioridad de calidad.»

*Opinión del mariscal teniente Gaustab, jefe de toda la artillería austriaca en la campaña de Hungría.*—«Los cohetes, dice, no deben ni pueden reemplazar á las piezas de artillería. Los cañones tienen sobre los cohetes una superioridad incontestable con respecto á la exactitud del

tiro y á la fuerza del choque de los proyectiles, pero los obuses en el tiro por elevación tienen menos exactitud que los cohetes. Además, éstos, en campaña rasa, presentan la ventaja de que la caballería no puede resistirlos. En la campaña de Hungría, siempre que los cohetes se empleaban contra aquella arma no podía mantenerse y huía. En su consecuencia, los cohetes, no solo pueden reemplazar con buen resultado á los cañones y servirlos de arma complementaria, sino que, además, son muy eficaces contra la caballería y empleados también con utilidad en otros casos.»

*Opinión del teniente general Brummer.*—«Reconozco como útil la creación en el Cáucaso de baterías á caballo permanentes de cohetes, y adjunto presento un proyecto de Manual para la organización y servicio de estas baterías, comprendiendo un resúmen de reglas admitidas por experiencia para la formación y el servicio de las baterías temporeras del Cáucaso.»

*Opiniones de algunos jefes de cosacos.*—«En testimonio de la utilidad de los coheteros en campo raso, se puede recordar el deseo expresado por los comandantes de regimientos de cosacos, de tener cohetes; deseo á que el ayudante de campo general Homontoff, procuró satisfacer reclamando el envío de dichos proyectiles. Algunos jefes de tales regimientos han pedido que á sus cuerpos fuesen secciones de coheteros, formando parte de ellos y á su costa, y de este modo es como el jefe del regimiento de cosacos del Don, núm. 1, Coronel Sozonoff, obtuvo la autorización de formar, bajo esta condición, una sección de coheteros de dos caballetes, y se decidió se le entregasen cohetes procedentes de los depósitos de la guerra.»

El general francés Renault, en carta escrita el 1.º de octubre de 1857 al general Susane, dice: «..... Los cohetes me han prestado excelentes servicios en el ataque de las posiciones que tuve que asaltar y de los pueblos que me ví obligado á tomar. La movilidad de los trípodes-tubos me ha permitido colocar constantemente á los coheteros en la línea de los tiradores, á los que han podido seguir en todos sus movimientos.»

*Opinión del general de artillería Konstantinoff.*—«Por esto y muchas circunstancias, como en la guerra de montaña, en la de trincheras, etcétera, los cohetes empleados en lanzar proyectiles de artillería tienen, en cuanto al transporte, ya sea en carruaje, ya á lomo ó por hombres, una superioridad marcada sobre la artillería, pudiendo, por lo tanto, ser de gran utilidad, y tanto más cuanto que confeccionados con perfección,

su tiro á largas distancias no es menos certero que el de las piezas de la artillería de campaña.»

«.....Se usan con utilidad para arrojar proyectiles sobre edificios no militares, y también sobre tropas que no estén resguardadas. Bajo este último punto de vista, son los cohetes un excelente medio para batir las trincheras, tanto por la facilidad de su transporte cuanto por que en caso de poco éxito el gasto es menor, pues, en efecto, el precio de los caballetes para el tiro por elevación de los cohetes de 2 pulgadas, cuesta unos 12 francos próximamente, siendo también digno de tomar en consideración que no se aventura nunca en dejar al enemigo un trofeo de tanto valor como los morteros.»

«....Debemos hacer observar particularmente, que la celeridad del tiro de un caballete de cohetes, es, cuando menos, doble de la de un cañón; que los caballetes, por sus menores dimensiones y carencia de retroceso, exigen infinitamente menor emplazamiento que las piezas y, además, se colocan más fácilmente que éstas en batería sobre toda clase de terrenos, resultando de estas condiciones inherentes á los cohetes muchas mayores facilidades para acumular los fuegos sobre un mismo punto y para realizar así, en un momento dado, el empleo de la artillería en masa, esto es, el secreto de Napoleón I para ganar las batallas.

»También debe notarse que las nuevas armas de precisión de la infantería son menos peligrosas para las baterías de cohetes que para la artillería. Las baterías de cohetes tienen, desde luego, sobre la artillería de campaña la ventaja de presentar un objeto de menores dimensiones, de exponer menor número de hombres y caballos al fuego enemigo, y, en fin, no teniendo necesidad para maniobrar bajo el peligro de éste, ni de cureñas, arzones ni caballos, los coheteros pueden resguardarse más fácilmente sobre el terreno de los proyectiles enemigos de toda clase y particularmente de los lanzados por las armas portátiles.»

«.....Primero, según la opinión del Príncipe Worontzoff, para la guerra del Cáucaso se necesitarán 10,000 cohetes por año; segundo, en Siberia, sin dar un número exacto, creemos que la proporción, con relación á la totalidad de la fuerza, será la misma que en el Cáucaso. Además, debe notarse que el Asia será probablemente el principal teatro de acción donde nuestros cohetes serán empleados; y que con el tiempo tendremos que hacer allí aplicaciones de cohetes de toda especie, es decir, de campaña, de sitio de plaza y de largo alcance. Este proyectiles, por exce-

lencia, el arma de los desiertos, y la artillería de cohetes conducida por camellos, será sin duda, más eficaz que la artillería persa, que consiste en cañones de pequeño calibre sobre la espalda de dichos animales, desde los que se dispara; tercero, en cada uno de los cuerpos de ejército será necesario tener baterías de cohetes de campaña, para operar en país llano contra la caballería, y á fin de reemplazar á la artillería ordinaria en las montañas, como también en los países cortados y en las circunstancias en que detuviera mucho los movimientos; sea, por ejemplo, en los destacamentos de partidarios, sea en los reconocimientos, ó, en fin, cuando la artillería propiamente dicha esté expuesta á ser tomada por el enemigo....»

*Extracto de un informe particular sobre los cohetes, del general Renault, comandante de la 1.ª división en la expedición de la Kabília.*—«El 24 de mayo (1857) salieron destacados dos caballetes, con columnas volantes, que debían recorrer terrenos accidentados y cubiertos de maleza. El coronel Rose y el comandante Briacourt, jefes de las dos columnas, han elegido el servicio de los cohetes. Muchos de éstos, que llevaban botes de metralla, fueron lanzados con grande éxito, marchando rasantes al terreno de alto á bajo, terreno cubierto de matorrales y donde se ocultaban los tiradores enemigos.»

«El 25 de junio, la división de Mac-Mahon, debiendo apoyar el flanco izquierdo de las divisiones Renault y Yusuf, encargadas de subir á la altura aislada de Beni-Jeni, arrojó cohetes por encima del barranco, de una montaña á otra, á 2.060 metros de distancia: *se concibe cuán útil es el tener un proyectil que puede marchar por todas partes, y que es susceptible de un grande alcance.....* En resumen, los cohetes ligeros han hecho muy buen servicio durante la expedición de la Kabília, y se han preparado un honroso lugar entre las armas que emplea la artillería, sobre todo en la guerra de montaña.»

*Extracto de los partes generales dirigidos por el general Deraux, comandante de la artillería en la campaña de la Kabília en 1857, sobre el servicio de la artillería en esta expedición.*—«Las jornadas del 24, 25 y 30 de junio y 2 de julio, durante las que se efectuó la subida del Beni-Jeni por las divisiones Renault y Yusuf, y la del Beni-Menquillet, por las divisiones Renault y Mac-Mahon, pusieron á duras pruebas la constancia y la energía de la artillería, que se vió obligada á subir y bajar alturas de 800 metros, sin caminos, por pendientes ásperas, llegando, sin embargo, pronto á los puntos de ataque, despejando el terreno y preparando la toma

de las aldeas. *El principal papel fué hecho por los cohetes, que operaban como batería ligera de la artillería de montaña.....*» «El 11 de julio fueron atacadas las montañas de los Hletinos y Hlouts.....» «Su resistencia fué breve á causa de la acción de la artillería.....» «Pero lo que fué notable es que en un terreno donde el general de división mismo se vió obligado á atacar á pie, 32 cohetes acompañaban la infantería, conducidos al hombro por artilleros, y llegaron con el batallón á que iban afectos. Esta sobrecarga no detuvo el paso de los vigorosos soldados que la llevaban, y los cohetes pudieron hacer muy buenos servicios sobre un punto inaccesible aun á los mulos.....» «El hecho capital de esta campaña pertenece á la artillería, esto es, la prueba de los obuses rayados y la de los cohetes de guerra de á 6, construídos por los nuevos procedimientos y aplicados á la guerra de montaña. Cada nuevo combate hizo aumentar la buena idea de esta arma en la opinión del ejército.»

«En cuanto á los cohetes, de los que se dispararon unos 540 durante la expedición, no dieron lugar á ningún accidente grave, y á pesar de algunas desviaciones anormales, su tiro fué generalmente bueno, sobre todo disparando bajo grandes ángulos. Dichos cohetes tienden á tomar en la artillería de montaña, *al lado de los obuses rayados, el empleo de la artillería ligera, acompañando por todas partes á la infantería, y aumentando mucho sus medios de acción.*»

«Tendré el honor de dar cuenta á S. E. de los informes técnicos peculiares á estas dos máquinas de guerra, á las cuales parece pertenecer el porvenir de la artillería de montaña.

Estrechamente enlazado con el servicio de exploración se encuentra el de las baterías de cohetes á caballo, que puede perfectamente manejar el soldado de caballería ligera dedicado al oficio de *descubierta* en el servicio avanzado.

No hemos de descender á detalles; pero no hemos tampoco de prescindir, al hablar del *grueso de la exploración*, de exponer el concepto del ilustrado y distinguido compañero (1), que en uno de los capítulos de su obra (2) se expresa así:

«....entre tanto el infatigable explorador sondea las regiones y sitios ocultos á la vista de su comandante previsor; mientras los grupos escudri-

(1) Agustín de Quinto.

(2) *Caballería en exploración*, 1893.

ñan, reconocen y palpan y transmiten sus impresiones á la fuerza central, ésta avanza lentamente por las soledades de las campiñas sin precaucionarse demasiado, pues descansa en la confianza que sus destacamentos la inspiran.

Doble es la función ejercida por el cuerpo ó núcleo de la exploración. Nutrir el frente y los flancos de patrullas, procurando á éstas relevos periódicos que eviten el cansancio y la ruina de hombres y ganado; ofrecer un contingente de ginetes capaz de dar cara y combatir victoriosamente al presunto enemigo que pretenda cerrarle el paso en la acción investigadora que le esté encomendada.

Por lo mismo nos habemos con una función de dos variables, cuyos valores debemos determinar. Pero sucede que varía la importancia de una exploración según lo que se distancien sus tropas de las columnas de combate, conforme á la extensión del país que se ha de reconocer y, sobre todo, con arreglo á la fuerza de los efectivos adversos que se conjetura ocupan el teatro de operaciones, circunstancias, que, en general, se encuentran las tres íntimamente enlazadas entre sí. Pues bien, asimismo se altera el número de unidades tácticas afectas á este servicio.

Una caballería que sólo cubre á una división ó á una brigada, no se alejará tanto de estas tropas como la aneja á un cuerpo de ejército, y ésta se apartará menos que la caballería independiente, la cual reconoce por jefe exclusivo al generalísimo de un ejército. La razón es clara: la extensión del teatro de operaciones se dilata á medida que se consideran más cuerpos en el conjunto de ellas. Una fuerza exploradora lanzada en el teatro de operaciones de un ejército, cubre á éste y no alcanzará su fin (á riesgo de aumentar el total de la caballería que, por reparto proporcional, se atribuye en cada nación á los contingentes armados) si aquél ha desplegado ya sus líneas; si desparrama ya sus divisiones; si ha pasado ya del período de concentración. Análogamente sucede en los cuerpos de ejército y las divisiones.

En vista de lo expuesto, hácese fluctuar el efectivo de exploración entre el escuadrón y la división, correspondiendo uno de aquéllos á las brigadas; un regimiento á las divisiones; una brigada al cuerpo de ejército, y una división á cada ejército.

Se desprende de tales reflexiones que el escuadrón y regimiento exploran á cortas distancias, y la brigada y división se separan de las tropas amigas dos ó tres jornadas; pero los primeros, así como las se-

gundas, obran con entera independencia, no se ven sujetos á los movimientos de las columnas. De otro modo, quedan esterilizados los esfuerzos de nuestra arma. Si no se basta á sí sola para esta misión y necesita la cooperación de las otras dos, se pierde la eficacia de la exploración. ¡Tanto valdría exigir al cazador que tuviera atada á una cadena la trailla que lleva para levantar la caza!

Cualquiera que sea la entidad numérica que se dedique á explorar, distribuirá siempre su fuerza en dos partes desiguales. Una de éstas la constituirán las patrullas, que se destacarán á distancias convenientes para efectuar la descubierta, y la otra se subdivirá á su vez en tropas de seguridad y tropas de descanso; las primeras encargadas de la vigilancia en torno del grueso, y las otras dispuestas á combatir si llega la ocasión, á transmitir noticias á retaguardia y á relevar las fatigadas fracciones que prestan los dos expresados servicios.

La acción de las patrullas nos es ya familiar. Ocupémonos, por tanto, del grueso.

Generalmente, nuestro Reglamento asigna á la vanguardia del grueso un efectivo que, como tipo normal, se nos hace considerable por los motivos que vamos á indicar.

La red de patrullas, diseminadas inteligentemente, pone á salvo al núcleo contra todo ataque inesperado. Aquéllas exploran con diferentes objetos, uno de los cuales consiste en señalar á tiempo la presencia del adversario. Natural es, sin embargo, que el cuerpo de la exploración no se halle desprevenido. Una contingencia imprevista; la irrupción repentina de tropas enemigas que arrollen ó aprisionen á nuestras patrullas ó se deslicen entre ellas; una medida del jefe mal interpretada, ó la insuficiencia de alguna carta; la pérdida de un despacho ó el extravío de un correo; uno de esos mil contratiempos inevitables que surgen en el curso de las operaciones, pueden ser funestísimos para la conservación del grueso si no marcha éste guardado de cerca. De ahí la necesidad de una doble red: la primera de gruesa malla; la segunda de aberturas más estrechas, más próxima al cuerpo que protege, que lo ponga doblemente á cubierto de toda asechanza. De ahí el servicio de seguridad que, como vemos, si bien se diferencia del de exploración, se compenetra con ésta, es función inherente á ella.

Pero ¿por qué semejante número de jinetes á vanguardia del núcleo? Por qué ese fraccionamiento que debilita el conjunto? ¿Qué razón hay

para destinar al frente, á un kilómetro y acaso más, tal porción de hombres?

La vanguardia (se objetará) tiene por misión contener la primera acometida y dar tiempo al jefe para tomar acertadas medidas. Lográndolo por este medio, queda éste dispuesto para caer oportuna é impetuosamente sobre el enemigo y derrotarlo. Por esto la fuerza numerosa asignada á la vanguardia.

Juzgamos que se padece, pensando así, un error de apreciación, y apoyamos nuestro juicio en la valiosa opinión de un general francés, el general Boine, que resulta acaso el primero entre las ilustraciones que mejor conocen, y con mayor elevación de miras tratan y consideran á la caballería.

Dos hipótesis presenta la solución de esta interesantísima cuestión:

*Primera.*—El cuerpo explorador se ve atacado por fuerzas de infantería.

a) Marcha á vanguardia una brigada, y la punta de esta unidad se encuentra á 2.500 metros ó más de la cabeza del grueso de la división.

b) Constituyen la vanguardia dos escuadrones, y queda la punta de éstos á igual distancia del grueso de la brigada.

c) Forma la vanguardia un escuadrón cuya punta está á dos kilómetros de la cabeza del regimiento.

d) Se encuentra á vanguardia una sección, y tiene su punta á 1.000 metros del escuadrón.

En resúmen, la distancia entre la extrema vanguardia y el grueso fluctúa entre uno y tres kilómetros, y es invariable aquélla entre la punta y el grueso de vanguardia.

Tirando con dos alzas, la infantería diezma en un minuto ó dos ambas fuerzas; es decir, queda inmediatamente fuera de combate un cuarto del cuerpo de exploración. Esto sucederá siempre que el adversario se halle en posición y, por tanto, convenientemente parapetado contra las cargas de los jinetes. Dicho está que, en tal caso, ha perdido la caballería toda oportunidad de atacar, porque, por pronto que quiera hacerlo, la infantería, incólume, ha podido prevenirse y reforzar su primera línea para nutrir la más de fusiles.

Si el enemigo se halla desprevenido, carga la punta sobre las parejas de exploradores mientras un ordenanza galopa al encuentro del grueso de vanguardia para avisar á su jefe. En los tres minutos que invierte aquél

y los cuatro en que éste con sus jinetes recorre el kilómetro que le separaba del lugar donde comenzó su carga la punta, ésta habrá llegado á paraje donde haya establecido la infantería una línea de defensa demasiado nutrida de fuegos para que 30 caballos logren desbaratarla. Serán, pues, éstos recibidos en orden de combate, sufrirán descargas cada vez más poderosas, y pronto nos encontraremos en el caso anterior, esto es, con la cuarta parte de jinetes expuesta á los disparos de una tropa que de minuto en minuto refuerza la línea de sus tiradores; total, cuando á los veinte minutos del primer choque se presente el grueso de la caballería, su antagonista ha desplegado toda la eficacia de su defensiva y es inútil todo intento de victoria por parte de aquélla si los adversarios se suponen en iguales condiciones de número y prevención; máxime si tenemos en cuenta el estorbo de los primeros escuadrones que, desordenados y rotos, se precipitarán al encuentro de los suyos para rehacerse á retaguardia de éstos.

Esta es la realidad, y muy pronto daremos las razones que para creerlo así tenemos.

Si, por lo contrario, una patrulla marchase desplegada, sostenida á 400 metros por una fuerza que sumase con aquélla la octava parte del cuerpo en exploración, y éste distase de la vanguardia 600 metros, poco más ó menos, cuando la infantería quisiese retirarse ó presentar el combate, habrían caído ya sobre ella los escuadrones en orden de ataque y no la darían tiempo (en los ocho ó diez minutos que tardarían éstos en tomar la formación y el aire de carga) para disponerse á recibirlos ventajosamente ni para cederles el terreno en buen orden.

Podrá oponerse que si la infantería está á cubierto y prevenida, sufrirá todo el cuerpo explorador los efectos de los disparos de ésta, pero no por esta razón resulta peor nuestro sistema; pues concederemos que en tal caso las pérdidas serán considerables, pero nunca mayores que las experimentadas en iguales circunstancias con la vanguardia que actualmente se asigna á nuestras columnas.

*Segunda hipótesis.*—Se las há nuestra caballería con su rival, y ésta marcha conforme al sistema que ofrecemos, es decir, á mil metros de la octava parte de su tropa, desplegando con semejante fracción su servicio de seguridad.

El éxito no será dudoso si los efectivos son próximamente iguales, y aun podríamos añadir, si el enemigo resulta no muy inferior en número; porque reconocida nuestra vanguardia, antes de que se logre

valer tiene sobre sí la avalancha de escuadrones contrarios que la precipitarán sobre el grueso, sorprendido, y acuchillarán sin piedad á una y otro, desbaratados, aquélla por la persecución, éste por sus propios jinetes. Veamos si nó.

Las patrullas se han avistado á un kilómetro. Mientras llega la noticia al jefe de la exploración, que tiene su núcleo á doble ó triple distancia, ha tenido lugar el comandante del opuesto bando para tomar una formación preparatoria de ataque, para lanzar dobles fuerzas contra la vanguardia adversa: para seguir las huellas de ésta aumentando progresivamente la velocidad *del trote*; para arrollar, dispersar y echar descompuestos y ciegos, sobre las filas del contrario los batidos escuadrones de la vanguardia de éste, en una palabra, para obtener la más fácil de todas las victorias.

Si es incontrastable la verdad del principio táctico de «procurar ser el más fuerte en un punto dado», nunca puede aplicarse mejor que al arma de caballería. Vencerá, no hay duda, en el ataque, aquella que, á igualdad de instrucción y disciplina, resulte más numerosa y compacta.

En el combate moderno de dos caballerías, conoce el atacado la importancia de las primeras tropas que la táctica de su rival le antepone, y sabrá volver contra ésta los propios elementos que se le arrojan para cebo ó destrucción. El jefe que lance gran golpe de jinetes para quebrantar las fuerzas del enemigo, ofrece á éste los medios de desbaratar los escuadrones de retaguardia con la derrota y dispersión de esos mismos jinetes.

Para la carga, pocas veces las líneas rígidas; pocas los escuadrones sucesivos; fuerzas en reserva, las indispensables para completar la victoria con una audaz persecución ó amenguar los efectos de una derrota con el heróico y supremo sacrificio de la vida.

El deseo de buscar semejanzas en las tácticas de las diferentes armas, tendiendo así á una unidad inconcebible, ha llevado á los innovadores hasta el extremo de precisar iguales disposiciones para nuestra arma y la infantería.

A este defecto, objeta muy atinadamente el mencionado general Boine:

«Estas dos armas, evidentemente, deben aplicar para batirse muy diferentes principios. Mientras la mayor potencia de la infantería estriba en la tenacidad con que se resiste á ceder el terreno; con que se empeña en defenderlo ó conquistarlo palmo á palmo; con que se dispone á obrar en espacios limitados, aprovechando todos los obstáculos; con que empieza la lucha, valiéndose de pequeñas fracciones, que paulati-

namente se refuerzan; con que sostiene los combates, rompiendo un fuego lánguido, lento en un principio, para ir aumentando su intensidad progresivamente y hasta su máximo, la caballería, por lo contrario, no recaba la amplitud de su pujanza sino en los grandes espacios. Debe moverse con la mayor velocidad, tratando sin cesar de intervenir por medio de irrupciones súbitas é imprevistas, manteniendo siempre concentradas sus unidades para arrojarse como una tromba, rompiendo y derribando todo obstáculo.

«Por consecuencia de tal semejanza en la acción de estas dos armas, una deducción única se impone, y es que la disposición que resulta favorable para el desarrollo del poder de la infantería, no puede ser la misma ni servir para la caballería, á menos de anular brillantes cualidades. Y, sin embargo, el estudio de los reglamentos demuestra que el servicio de seguridad en estación, así como el mismo en marcha, encierran idénticas prescripciones.»

Hemos dedicado los párrafos precedentes á las armas que por excelencia constituyen los principales elementos de la exploración, tales como la artillería y la caballería, y á las aplicaciones de una y otra en tan señalado servicio.

Los ejércitos modernos no pueden prescindir de esa red inmensa que rodea el grueso de las tropas; así, aquellas divisiones desparramadas por los inmediatos horizontes de los ejércitos, hacen las veces de enormes antenas de un gigantesco coleóptero, ó los tentáculos de un mónstruo que extiende sus miembros en inmenso territorio por donde su cuerpo se arrastra.

Siguiendo el orden impuesto á nuestra labor, hemos de tratar á continuación de las marchas.

Opinamos con el ilustrado jefe del ejército belga á que otras veces nos hemos referido (1), que el acierto de un buen general en jefe consiste en *coordinar las marchas de las columnas para concentrarlas en un punto y en momento dados, antes que el enemigo haya podido llevar á dicho punto una fuerza numérica igual.*

En efecto, en este caso nuestras masas *concentradas* ocupan ordinariamente una posición *interior* con relación á las columnas más ó menos dispersas del enemigo.

---

(1) H. C. Fix.

El arte de coordinar bien las marchas de un ejército se llama *logística*, y es del especial cometido de los diversos estados mayores de un ejército en campaña.

«La logística—dice el coronel Vial—preside á la elección de los caminos tácticos; determina la composición de las columnas y el orden de colocación de las tropas en las mismas; acuerda el momento en que debe emprender la marcha cada columna, el itinerario que ha de seguir y los puntos de etapa y de acantonamiento; prevé las medidas de precaución militares y administrativas; indica los medios de comunicación entre los diversos cuerpos de un mismo ejército y, por último, asegura la llegada de cada columna en día fijo y al punto señalado.»

Los principios generales que deben regir las marchas de las columnas pueden resumirse como sigue:

Combinar el momento de partida de las columnas y sus instrucciones, teniendo en cuenta:

- 1.º Las distancias que respectivamente han de recorrer.
- 2.º El material más ó menos considerable que cada una de ellas lleva consigo.
- 3.º La naturaleza más ó menos difícil del país que se haya de atravesar.
- 4.º Los datos que se poseen acerca de los obstáculos que el enemigo puede oponerles.
- 5.º Finalmente, el grado de importancia que habrá que conceder á que la marcha sea secreta ó completamente franca.

«Napoleón—dice Jomini,—poseía en sumo grado el arte de hacer afluir, con precisión admirable sobre el punto decisivo de la zona de operaciones, las columnas salidas de los puntos más divergentes.

«Provisto de un compás abierto en una escala de siete ú ocho leguas en línea recta (lo que siempre supone nueve á diez á causa de las sinuosidades de los caminos), apoyado y á veces tendido sobre el mapa, en el que las posiciones de sus cuerpos de ejército y las presumidas del enemigo estaban señaladas con alfileres de distintos colores, ordenaba sus movimientos con una seguridad de que apenas es posible formarse idea exacta. Paseando con vivacidad el compás por el mapa, juzgaba en una ojeada del número de jornadas necesarias á cada uno de sus cuerpos para llegar en día fijo al punto donde quería tenerle, y en seguida, clavando sus alfileres en estos nuevos puntos y combinando la velocidad de la marcha que sería necesario asignar á cada columna, con

la fecha posible de su salida, dictaba aquellas instrucciones que, por sí solas, serían un título de gloria.»

«De esta suerte fué como en 1815, cuando Blücher se acantonaba entre el Sambre y el Mosa, y lord Wellington daba ó recibía fiestas en Bruselas, esperando ambos la señal para invadir la Francia, Napoleón, á quien se creía en París completamente ocupado en aparatosas ceremonias políticas, acompañado por su guardia que apenas acababa de reorganizarse en la capital, cayó como el rayo sobre Charleroi, con columnas que convergían de todos los puntos del horizonte, para llegar, con sorprendente puntualidad, el 14 de junio, á las llanuras de Beaumont, sobre las márgenes del Sambre.»

«El emperador no salió hasta el 12 de París...»

*El día de la batalla, dirigid igualmente, por medio de maniobras tácticas, el grueso de vuestras fuerzas sobre la parte de la línea enemiga que convenga aniquilar.»*

*Haced de modo que estas masas no sólo se presenten sobre el punto decisivo, sino que también sean puestas en él en acción con energía y unidad de conjunto, de suerte que produzcan un efecto simultáneo.»*

Una consecuencia de este principio, es: que es preciso cuidar de elegir el punto decisivo, de modo que sea factible desplegar en él tácticamente las tropas.

Ante todo, hagamos una ligera clasificación de las marchas que sirva como guía y plan á nuestro estudio.

Un ilustrado jefe (1) dice al tratar de las marchas, que éstas se dividen en dos clases; las que ejecutan los diferentes cuerpos de un ejército para reunirse, se llaman *marchas de concentración*, y las que tienen lugar al alcance del enemigo, reciben el nombre de *marchas de maniobra*. Las jornadas ordinarias de la tropa son de cinco á seis leguas, si se ha de tener en cuenta el tiempo que necesita el soldado para descansar, cuidar las armas y preparar su rancho. Sin esforzar la marcha puede la infantería andar de dos mil quinientos á tres mil trescientos metros por hora, y la caballería de cuatro mil quinientos á cinco mil ochocientos. Cuando lo exijan las circunstancias, pueden prolongarse las marchas hasta siete ú ocho leguas, pero usando de ellas con discernimiento. Ya se comprenderá que estos datos sobre la longitud y duración de las marchas, están

---

(1) Montesinos.

sujetos á una multitud de variaciones, dependientes de la fuerza y composición de las columnas, de la estación y de la clase y estado de los caminos.

Muchas veces es necesario anticiparse al enemigo en alguna operación, apoderarse rápidamente de un punto ventajoso, socorrer un sitio amenazado, etc. En estos casos lo que importa es llegar cuanto antes al término de la marcha con el mayor número posible de tropas, y todas las demás consideraciones han de ceder ante la ley imperiosa de la necesidad. Se multiplican cuanto sea posible las columnas, forzando las marchas hasta hacerlas de diez leguas: es verdad que si duran varios días quedarán algunos millares de rezagados, pero poco importa si con las tropas que resten se consigue el objeto deseado, pues después de un violento movimiento de esta especie, se hace alto para rehacerse el ejército. También se hacen marchas, artificialmente, aceleradas, valiéndose de carruajes ó caballos, de lo que presenta muchos ejemplos la historia. Los vapores y caminos de hierro son también un poderoso medio de conducción en las guerras modernas.

Cada marcha larga se divide, si es posible, en dos partes por medio de un gran alto, con el objeto de que al fin de la primera el soldado pueda comer y dar pienso á los caballos, al paso que se incorporan los rezagados, adquiriendo así la fuerza necesaria para emprender fácilmente la segunda, en que podrá encontrarse al enemigo. En las demás se dan comunmente dos altos de media hora, uno al llegar á la cuarta parte de la jornada, otro á los tres cuartos, y un alto de hora ú hora y media á la mitad. Se tendrá presente, por lo demás, cuanto previene la Ordenanza sobre marchas en el art. 1.º, tít. XVII, tratado II.

*Marchas de camino.*—Los objetos principales á que hay que atender en una marcha simplemente de camino, son el orden, las necesidades de las tropas y los medios conducentes á disminuir cuanto sea posible sus privaciones y fatigas. El primero de estos objetos mantiene la disciplina, tan necesaria en un ejército, y que todo movimiento altera más ó menos. Con los otros dos se conserva la salud de las tropas, se atrae la confianza y aprecio del soldado, se asegura la subordinación y se hace agradable la obediencia.

En esta clase de marchas, fuera del alcance del enemigo se adoptan las órdenes más cómodas y se hacen tantas columnas como permite el terreno ó como caminos se encuentren, componiéndolas de más ó menos fuerza, según las localidades que deban encontrar en su marcha, pero con

la posibilidad de reunirse si fuera necesario. Para esto, con la debida anticipación se adquirirán noticias sobre el número y estado de los caminos que pueden seguirse, y, si fuere necesario, se destacarán algunos oficiales de ingenieros que, con un número conveniente de trabajadores, se ocupen en hacerlos transitables para todas las tropas de sus respectivas columnas.

La división de un ejército en diferentes columnas facilita las subsistencias, las marchas y los despliegues: las subsistencias, porque abrazando una mayor extensión de terreno hacia los flancos, pueden extenderse más las exacciones de víveres; las marchas y despliegues, porque es indudable que cuanto menor sea una columna, su movimiento es más desahogado y sus maniobras más prontas.

La marcha por un sólo camino de un ejército ó de un cuerpo numeroso de tropas, además de ser muy lenta y penosa, es por lo común peligrosa, porque prolongándose en una larga columna, necesita mucho tiempo para desplegar, en términos que si el enemigo atacase la cabeza, tiene sobrado tiempo de batirla antes que puedan llegar á su socorro las tropas de la cola. Por esto, cuando un ejército se pone en marcha se divide en diferentes columnas, que se dirigen paralelamente por distintos caminos en el mismo sentido.

Cuando se han de encontrar largos desfiladeros, que hacen la marcha lenta, es mejor no hacer marchar más que la mitad del ejército mientras la otra descansa en las poblaciones ó campos hasta el día siguiente, ó al menos el tiempo que se juzgue necesario para que al llegar al desfiladero lo encuentre franco: se adelanta así más y no se fatiga inútilmente al soldado.

Cada columna llevará su itinerario, y al general en jefe acompañarán uno ó dos oficiales de la plana mayor de ella para llevar las órdenes que ocurran. Las columnas pondrán asimismo en conocimiento del general en jefe, todas las tardes, la llegada á su destino y novedades que hubiere. Marcharán con el mayor frente posible, y después de pasar un desfiladero se hará alto hasta que se incorporen todas las divisiones y tomen las distancias.

En las marchas de noche se multiplicarán los altos, se acortará el paso, se guardará silencio y se establecerán señales, para conocer inmediatamente los accidentes que puedan detener la marcha de una columna.

En las marchas de que tratamos, se procura componer cada columna de tropas de la misma arma, á fin de que puedan marchar libremente á

sus aires naturales y encuentren más fácilmente los medios de subsistencia. Así se logra además la ventaja de no tener que arreglar más que un solo camino para la artillería y carruajes.

*Marchas de maniobra.*—Las marchas de maniobra, que forman una de las partes más delicadas del arte de la guerra, ofrecen muchas más dificultades que las de concentración. También se hacen, como éstas, en muchas columnas; pero su composición, distancias y precauciones se sujetan, por la proximidad del enemigo, á condiciones difíciles de conciliar en muchos casos.

La distancia más conveniente entre las columnas sería la de despliegue, pero ha de ser muy raro que el país proporcione caminos á propósito, y más raro todavía que haya tiempo ni posibilidad para abrirlos. Por otra parte, importa alguna vez abrazar más espacio para poder proporcionarse los víveres necesarios; así se admite aún como buena distancia entre las columnas un espacio igual á vez y media del que ocuparían en batalla.

La composición de cada una de las columnas, partiendo del principio de que ha de poder sostenerse por sí sola hasta recibir auxilio de las demás, depende principalmente de la clase de terrenos que debe atravesar, de la situación y fuerza del enemigo y de los proyectos del general.

Cuando las columnas van muy unidas, el enemigo está muy cerca ó se retira en una sola dirección, el ejército va precedido de una vanguardia general, sin perjuicio de que cada columna lleve la suya particular. Respecto al objeto de la vanguardia, distancia, composición y conducta que debe observar, nos referimos á lo que hemos dicho tratando de los destacamentos.

También cada columna lleva su retaguardia particular, que en las marchas avanzando, y cuando no se han dejado enemigos á los flancos ó la espalda, sólo tienen por objeto mantener la disciplina y recoger los rezagados. Pero en otro caso, ó cuando se marcha en retirada, el ejército ó cada una de sus columnas deben tener una fuerte retaguardia para contener al enemigo, compuesta de las mejores tropas.

El general en jefe marchará con aquella de las columnas de donde le sea más fácil transmitir las órdenes y recibir los partes, sin perjuicio de trasladarse á la vanguardia en el momento que se aviste al enemigo para tomar sus disposiciones.

Las columnas marchan, no solamente por el camino, sino por los costados, siempre que el terreno lo permita; pues lo que importa es que

tengan el menor fondo posible. Algunos oficiales de estado mayor deben ir reconociendo sobre la marcha el terreno intermedio entre cada dos columnas, con el objeto de indicar, en caso necesario, los caminos transversales por donde pueden marchar las tropas á socorrerse mutuamente.

Cuando un ejército ó fracción suya se prolonga paralelamente al enemigo, el movimiento por cuyo medio lo ejecuta se llama *marcha de flanco*, porque efectivamente las subdivisiones de la columna presentan el flanco al adversario. Esta marcha se ejecuta comunmente en dos columnas, una compuesta de la primera línea, y otra de la segunda, y cuando llegan al punto conveniente, forman en batalla por medio de simples cuartos de conversión. Este movimiento, cuyo objeto es envolver el flanco enemigo, es menester que sea cubierto al frente por un cuerpo capaz de contenerlo: Federico II se valió de él en muchas ocasiones.

\*  
\* \*

No tan real como aparente se presenta la dificultad que pueda ofrecer el cruzar un río, pues el que ha de defender el paso se vé precisado á vigilar todos los puntos donde tal tentativa puede tener lugar. De aquí se sigue, si la línea amenazada tiene mucha extensión, que en fuerza de querer estar preparado en todas partes, no será fuerte en ninguna, ni opondrá á las masas del enemigo más que tropas diseminadas. Por otra parte, el mismo río que cubre al defensor, le impide adelantar sus reconocimientos, y le oculta los movimientos del enemigo, el que tiene la facilidad de concentrar sus fuerzas sobre un punto dado y verificar el paso antes de que pueda oponérsele suficiente número de tropas. Una tentativa desgraciada puede renovarse en el mismo sitio ó á muchas leguas de distancia, según convenga al atacante, mientras el defensor, obligado á seguir su iniciativa, se vé precisado á desgarnecer un punto para reforzar otro, concluyendo siempre por ser débil en todos.

El paso de un río avanzado puede ser por astucia, sorpresa ó á viva fuerza. Se emplea el primer medio para apoderarse de los puentes fijos establecidos sobre los ríos, engañando al contrario y amortiguando su vigilancia por cualquier medio. Ya se comprende que nada es posible decir de estas estratagemas, que no sea referir los que se han empleado en diferentes casos, y que dependen de su novedad, de la oportunidad del momento y de la fortuna.

Para verificar el paso por sorpresa se empieza llamando la atención del enemigo por medio de demostraciones simultáneas sobre diversos puntos, como, por ejemplo, reuniendo ostensiblemente barcos, maderas ú otros materiales en las cercanías de algunos sitios por donde el enemigo pueda creer que se intenta pasar, esforzándose al mismo tiempo en figurar que se disimulan los tales preparativos, y se reúnen rápidamente las tropas en el punto elegido, donde se dirige un equipaje de puentes. Por medio de barcas ó de algunas pequeñas balsas se trasladan á la orilla enemiga algunas compañías de cazadores, que, rechazando cualquier destacamento que encuentren, se avanzan á buscar una posición conveniente á contener los primeros esfuerzos, regularmente débiles, que el enemigo intentará contra los agresores. Las balsas, mientras tanto, siguen transportando tropas de refuerzo, y se apresura la construcción del puente por donde ha de pasar el ejército. El poco tiempo que se emplea en su establecimiento, lo deja rara vez al adversario para llegar con fuerzas, antes que una buena parte de las tropas haya pasado ya.

El paso á viva fuerza tiene lugar cuando se persigue en una dirección determinada al enemigo batido, y cuando la poca anchura del río ó la superioridad de fuerzas permiten despreciar sus esfuerzos. Se eligen con preferencia para esta operación aquellos sitios en que la dirección de la corriente presenta su convexidad á la orilla amiga, á fin de que las baterías que se colocan en los flancos para proteger la construcción del puente, puedan barrer con sus fuegos cruzados un espacio considerable ante la desembocadura. Se ocupa de esta manera sobre el contrario una posición envolvente, que permite emplear en su daño gran cantidad de fuegos de fusil y de cañón. Cuando por estos medios se ha conseguido alejar al enemigo, pasan el río algunas compañías de preferencia por medio de barcas, balsas ó á nado. Estas compañías se esfuerzan en alejar más los tiradores y masas del adversario, á fin de que las tropas de ingenieros puedan trabajar con seguridad en la construcción del puente, que empezarán por ambas orillas, á fin de terminar más pronto.

Se procurará también que la orilla amiga domine la opuesta, como asimismo aprovechar los sitios en que haya una isla, que, además de cubrir la operación, ofrezca mejor defensa, más medios de alejar al enemigo, y divida en dos partes más pequeñas la longitud del puente que por este medio facilita.

Cuando un ejército en retirada ha tenido la desgracia de dejarse pre-

venir por el enemigo que le disputa el paso de un río, rara vez tendrá lugar de intentar estratagemas, ni aun de buscar sitio por donde pueda pasar con menos pérdida. En esta situación desesperada, es necesario á todo trance batir al enemigo que se tiene delante por evitar el que llega á retaguardia. Un jefe prudente evitará todas las probabilidades de caer en posición tan crítica, ocupando anticipadamente, con fuerzas ó buenos atrincheramientos, los puentes por los cuales deba efectuar su retirada en caso de desgracia, porque nadie puede prever los resultados de un combate ó batalla que se empeña. Un ayudante, á quien la muerte impide comunicar una orden, una columna que se extravía, otra que encuentra en su camino inesperados obstáculos, la cobardía de un cuerpo, el valor irreflexivo de otro y mil circunstancias al parecer pequeñas, pueden ser muy suficientes á deshacer las más bellas combinaciones.

Lo que hemos dicho en cuanto á la facilidad de verificar el paso de un río, indica las medidas que se han de tomar para oponerse á él; y pues que no es posible conseguirlo, será perjudicial intentarlo dispersando las tropas con un objeto que no se ha de alcanzar. Así, es infinitamente preferible contentarse con observar la orilla y tener las fuerzas reunidas en una posición central, para caer impetuosamente sobre el adversario, luego que ha decidido su movimiento; y si no puede impedirse su paso, al menos circunscribir sus progresos.

\*  
\*  
\*

Para el paso de desfiladeros, si éstos los constituyen caminos que ofrecen algunos trechos en línea recta, deben situarse baterías que los barran, tirando á bala rasa ó metralla sobre la columna enemiga. Si la batería se halla protegida por una cortadura, hará excelentes servicios; es muy posible que caiga en poder del enemigo, pero la adquisición le habrá costado cara, sin contar con que muchas veces le obligará á retirarse. El temor de perder las piezas es causa de que frecuentemente no saque de ellas el gran partido que se pudiera.

En todo caso, cuando el enemigo vacila con las dificultades que encuentra y pérdidas que experimenta, se le carga con decisión, puesto que no ha de oponer más fuerzas de las que permite el ancho del desfiladero, que las que marchan detrás no pueden hacer uso de sus armas, y que batiendo la cabeza, al retirarse, comunica su desorden á toda la columna.

A la salida del desfiladero, se tomará posición colocando á ochocientos ó novecientos pasos baterías de cañones que lo enfilen y hagan un fuego terrible sobre las columnas que vayan desembocando. Más á retaguardia, á mil ó mil doscientos pasos, obuses que inunden de granadas todo lo largo del desfiladero, á medida que vaya estando cubierto de tropas enemigas. Si la configuración del terreno presenta posición á la infantería, á tiro corto de la desembocadura, sin impedir el fuego de la artillería, contribuirá muy eficazmente con los suyos.

La caballería dará repetidas cargas contra el flanco de las tropas que desembocan, y contribuirá con todo su poder á impedir, ó al menos retardar, la formación de ellas.

Cuando el enemigo alcanza la retaguardia antes de comenzar el paso, no hay más remedio que, aprovechando todo cuanto el terreno pueda presentar de favorable, ir tomando posiciones sucesivas que apoyen sus flancos en los mismos obstáculos que forman el desfiladero; porque si el enemigo llega á ganarlos, se compromete la suerte de cuanto haya todavía fuera de él.

Si el desfiladero es un puente, se pasa la artillería gruesa al otro lado y establecen baterías: éstas, con sus largos alcances, impedirán que el enemigo se acerque á la orilla, que inutilice el puente con sus balas rasas, lo incendie con sus granadas, ó destruya con su metralla las tropas durante el paso.

Tomadas estas precauciones, la infantería se cierra en masas y empieza su retirada por los cuerpos más lejanos de la cabeza del desfiladero, mientras la caballería, sostenida por la artillería ligera, procura debilitar la persecución y conservar el terreno libre por medio de algunas cargas vigorosas. Las tropas, á medida que vayan pasando, toman posición al otro lado, como hemos dicho, para favorecer la retirada del cuerpo todavía empeñado, y para recibir al enemigo al salir del desfiladero.

Si los obstáculos que forman el desfiladero fuesen bosques, se defenderán tenazmente del modo que hemos dicho al tratar de ellos; pues mientras el enemigo no los ocupe, encontrarán una excelente protección de fuegos cruzados las tropas que maniobren frente al desfiladero, y cuando lo hayan pasado, el enemigo no se empeñará en él. La posición que se tome al abandonarlos, será fuera del alcance eficaz de la fusilería, por no exponerse á experimentar grandes pérdidas por el fuego de los tiradores enemigos, que, á cubierto, podrán apoyar sus fusiles.

Una calzada entre dos lagunas, ó el camino sobre un dique, son los peores desfiladeros; pues en ellos las tropas de retaguardia no pueden esperar protección ninguna de las que las preceden, ni de la artillería, en general. No queda en este caso otro recurso que el de poner á retaguardia las mejores tropas; pues si ellas se desordenan, no hay medio de contener al vencedor, atendida la facilidad con que cunde el terror en las tropas que se retiran.

Cuando se trata de un paso entre montañas accesibles, se deben ocupar y defender, como hemos dicho, las de ambos costados del desfiladero, colocando las baterías en los puntos convenientes, á fin de que crucen sus fuegos sobre las avenidas del enemigo y defiendan el terreno que se extiende delante del desfiladero.

En todos los casos, es menester reconocer escrupulosamente el terreno para asegurarse de que la posición no puede ser rodeada, ni el enemigo encontrar otro paso sino á muy larga distancia; pues en otro caso, ó será necesario defender todos los que hubiere, ó apresurarse á pasar por ellos y tomar posición en el punto conveniente á observar ó defender sus salidas.

El menor descuido en esta parte podría ser fatal, pues un enemigo activo y emprendedor se aprovechará de él sin duda alguna. Citaremos dos ejemplos: uno de Alejandro y otro de Napoleón.

Detenido el primero en el paso de Susa por Ariobarzano, que con cuatro mil hombres lo defendía desde lo alto de las rocas, busca, halla y trepa por un sendero que, por entre nieves y precipicios, lo conduce sobre las cabezas de los enemigos, que se rinden á discreción.

El segundo, después de haber pasado el Tagliamento, marchaba sobre Viena á través de la garganta de Lisonzo; al pasar el Chiusa halló que el fondo de la garganta era un abismo, y que estaba defendida por un fuerte pegado á la montaña, guarnecido por trescientos granaderos con veinte piezas de artillería. Se dieron una porción de infructuosos asaltos, y entretanto el menor retardo en la marcha comprometía la izquierda del ejército, que llegaba en aquel momento á Tarbis, sobre la cresta de los Alpes Julianos. En tan crítica situación se exploró el terreno, y un sendero de cabras, ignorado del enemigo, condujo los franceses á lo alto de una roca que lo dominaba, desde donde habrían destruido á los trescientos granaderos si, en medio de su desesperación, no hubieran recurrido á la generosidad del vencedor.

Cuando el enemigo ha tomado posición frente al desfiladero, no se tra-

ta más que de batirlo y arrojarlo á su interior, cosa que podrá conseguirse sin gran dificultad por una fuerza superior.

Si los obstáculos que forman el desfiladero fuesen bosques, ó alturas accesibles ocupadas por el enemigo, es preciso á todo trance desalojarlo de estos puntos, que haciéndonos dueños del desfiladero y sus costados, protegerán también el despliegue de las tropas al otro lado.

En cualquiera de estos casos, es permitido esperar que no costará grandes pérdidas el paso del desfiladero; pues penetrando en él mezclados con el enemigo, ó al menos acosándole con energía, no se le dejará lugar de disputarlo seriamente; sólo á la salida podrá experimentarse una formal resistencia, si el enemigo ha quedado en estado de poder hacerla.

Mas cuando ha verificado su paso antes de la llegada del ejército, ó que de antemano estuviese situado para defenderlo, hay que resolverse á enormes sacrificios, que no siempre bastarán á conseguir el objeto deseado. El desfiladero del *Bruch de Dall*, fué por dos veces las Termópilas de los catalanes en 1808. Las tropas francesas de Duchesne, que conducidas por los generales Schwatz y Chabrau, no omitiendo medio alguno para salir con gloria de una operación en que estaba ya interesado su amor propio, experimentaron una gran pérdida, sin forzar el desfiladero: y eran soldados de Napoleón, guiados por generales experimentados; al paso que los intrépidos defensores, paisanos armados con escopetas, trabucos y palos, sin dirección, organización ni disciplina militar. Así no deben emprenderse tales operaciones, cuando á ello no obliga una imperiosa necesidad; y en este caso, reconocer minuciosamente el terreno, á fin de asegurarse si proporciona ó no otros pasos inmediatos, ó el medio de colocarse sobre el flanco enemigo, aun cuando para ello sea necesario ejecutar algunos trabajos. Sólo con la seguridad que no hay otro medio, debe hacerse el ataque á viva fuerza, pero entonces con energía, resolución y propósito firme de no retroceder por ningún obstáculo.

La artillería se encargará de barrer el paso, en caso que pudiese enfilarlo, y si no preparará el ataque con sus fuegos curvos. Y no habiendo más medio que batir al enemigo con un frente igual al suyo, lo que neutraliza la ventaja de la superioridad de fuerzas, será al menos necesario que las que marchen á la cabeza sean tropas escogidas del arma que más convenga emplear, según el terreno y las defensas que el enemigo presente. El socorro de algunas piezas de artillería será muchas veces necesario á estas tropas, y de todos modos deben acompañar á la vanguardia algunas ba-

terías ligeras, para despejar el campo y proteger á la salida el despliegue de las tropas.

Al tratar de las *líneas de operaciones* en general, significamos en páginas anteriores la importancia de los *puntos de etapa ó de tránsito*, relacionándolos con aquellas líneas, y al propio tiempo señalamos el papel que desempeñan los destacamentos dentro del campo de la estrategia.

Antes de entrar de lleno en el orden de prevenciones que ha de regular el descanso de un ejército, es oportuno insistir en aquella parte de nuestro trabajo que precisa la forma y manera de guardar en las marchas las comunicaciones, punto tan preciso de ser observado, como merecido, por su peligroso cumplimiento, de ser tratado con detenida pausa y muy digno privilegio.

A más de los verdaderos destacamentos, los pequeños puntos de enlace requieren una ó dos baterías; que harán un buen servicio, tanto por lo que en sí significan, como por la idea equivocada que pueden ofrecer al enemigo de ser mayor el contingente que los constituya; dando, en ocasión, lugar á suponer distinta la situación del ejército, y por lo tanto fracasados los planes del enemigo y quizá funestos para sus armas.

Estos puestos tienen una íntima analogía con los fines que cumple la disposición de un ejército ordenado en distintas columnas para verificar las marchas; pues sobre el principal objeto de facilitar su tránsito, contribuyen á desorientar al enemigo, sin perjuicio de establecer el encadenamiento necesario cuando la proximidad de aquél se haga necesaria.

Esos puntos favorecen también la concentración y retirada, manteniendo siempre vivas las comunicaciones.

La frecuencia de estos puestos contribuye al alejamiento del enemigo, á evitar, hasta cierto punto, que prosperen sus exploraciones; hace más difícil su aproximación á nuestras líneas y sostiene, en cambio, el encadenamiento necesario entre nuestras tropas.

Si bien dichos puestos cumplen un fin estratégico, llenan también una misión esencialmente táctica para las operaciones que ha de desarrollar un ejército en el teatro de la guerra.

Siendo conocido el fin estratégico de aquellos puestos, el táctico tiene su explicación en mantener ese contacto entre las tropas, dándose la mano sin obligar á una funesta acumulación; funesta, porque si bien en estrategia conviene la simultánea acción de las tropas, es preciso en táctica evitar esa acción acumulada, empleando de una manera sucesiva los ele-

mentos del combate, para su mayor orden, más eficaz acción, más acertado empleo, aplicación más exacta, aprovechamiento más útil, ventaja más cierta, resultado más seguro é inversión más técnica de los ejércitos. Y no se crea exagerada esta apreciación ni fuera de verdad estos conceptos unánimes en cuanto al objeto, y no separados del prudente consejo que deben presidir los dos órdenes técnicos: estratégico y táctico.

Como dice el ilustrado jefe ya citado (1), difiere esencialmente desde este punto de vista la estrategia por completo de la táctica. En el combate no debe nunca emplearse de una vez todas las fuerzas, es preciso que éstas se escalonen y vayan entrando sucesivamente en fuego. Si todos los individuos que se encuentran en un campo de batalla entraran á la vez en fuego, la acción de los jefes, y en particular la del general, quedaría anulada; el cansancio de los combatientes pondría fin al combate; toda combinación sería imposible, y el vencedor no podría sacar fruto alguno de la victoria. Por otra parte, en el combate, acumular grandes masas sólo conduce á tener muchas bajas; de aquí las necesidades de no emplear á cada momento más que las fuerzas necesarias y no exponer á la acción desmoralizadora y aniquilante del fuego enemigo todos los elementos de que se dispone. La simultaneidad absoluta de las fuerzas en táctica es, pues, perjudicial, por aumentar el número de bajas y substituir la fuerza bruta á la dirección intelectual.

En estrategia sucede lo contrario. Cuantas más fuerzas se emplean para lograr un objeto, más descansadas se hallan; primero, porque pres-tándose mútuo apoyo, marchan con más seguridad y, luego, porque el servicio de exploración y vigilancia repartido entre mayor número de individuos es menos penoso.

Finalmente, como uno de los principales medios de adquirir superioridad sobre el contrario, es engañarle, ó por lo menos despistarle, cuantas más sean las operaciones ó movimientos que simultáneamente se ejecuten, mayor será la incertidumbre que reine en el cuartel general enemigo. Así, pues, la concentración de fuerzas en el tiempo y en el espacio es uno de los primeros elementos con que debe contarse. Si Napoleón en vez de penetrar en Rusia con 600.000 hombres lo hubiese hecho sólo con 300.000, probablemente no hubiera llegado á Moscou. Súmense las tropas empleadas por los franceses en España desde 1808 á 1813, y no cabe duda de

---

(1) Banús.

que con la mitad de ellas, empleadas simultáneamente, Napoleón hubiera logrado su objeto. Lo mismo podemos decir de nuestras guerras civiles. En diciembre de 1872, cincuenta mil hombres, concentrados en el país vasco-navarro, hubiesen ahogado la insurrección en su germen. Súmense los empleados desde dicha época hasta febrero de 1876 y se verá el número enorme de tropas á que dió lugar la falta de simultaneidad de esfuerzos.

Esto mismo ha ocurrido en casi todas nuestras guerras coloniales: la falta de oportunidad en el empleo de fuerzas bastante numerosas para sofocar en un principio las rebeliones nacientes, dieron lugar á verdaderos movimientos insurreccionales, tanto más difíciles de combatir, cuanto mayor tiempo transcurrió desde su iniciación, cuanto mayor incremento dejó tomar á aquellas sediciones la extremada confianza ó inadvertencia, unida á las miserables y necesarias economías de un reducido presupuesto.

Esto es comparable á lo que sucede en mecánica: una fuerza viva desarrollada en 1" produce efectos mucho más destructores que la misma desarrollada en 1'. Así, por ejemplo, mientras la dinamita y, en general, las pólvoras vivas trituran los medios resistentes que rodean las capacidades en que hacen explosión, las pólvoras lentas no producen el mismo efecto. Resúmen: para obtener efectos destructores en estrategia como en mecánica, hay que concentrar las fuerzas en el tiempo y en el espacio. Todo el mundo sabe que el filo de un cuchillo penetra en un medio resistente con más facilidad que el canto; la razón no es otra que ser en el primer caso menos numerosos los puntos de aplicación de las presiones ejercidas, y por tanto ser mayor la presión en cada punto.

Otro principio que en estrategia no debe olvidarse es el que se refiere á la economía de las fuerzas. Economizar no quiere decir escatimar fuerzas, sino emplearlas convenientemente. Economía no es avaricia, y lo que ha de procurarse no es gastar poco, sino gastar bien. Emplear fuerzas en donde no hacen falta, es prodigalidad. Dejar de usar las que tengan á mano por el temor de perderlas, es avaricia. La economía de fuerzas se logra cuando á cada momento todas las fuerzas están desempeñando un cometido provechoso para el fin que se persigue. Cuando el teatro de la guerra es extenso y se dispone de grandes fuerzas, es difícil lograrlo; pero ya que no se puede obtener este resultado en absoluto, hay que aproximarse á él en lo posible. En la campaña de 1800, Bonaparte faltó al

principio de economizar las fuerzas, destacando á Desaix; la división que conducía resultó inútil durante la primera parte de Marengo, y sin la oportunidad de aquel general acudiendo al sitio del combate, esta falta hubiese producido la retirada del ejército francés. En 1806, Bernadotte, permaneciendo inactivo, pudo ocasionar el desastre del cuerpo de Davous; aunque esto no sucedió, dicho cuerpo gastó casi toda su fuerza por no haberle apoyado aquél.

Los alemanes supieron cumplir perfectamente el principio que nos ocupa cuando marcharon á socorrer á la división Kameke en Forbach y al 5.º cuerpo prusiano en Wöerth; si en vez de ello hubiesen permanecido inactivos, como lo hicieron los franceses, la campaña no hubiera comenzado para aquéllos bajo tan brillantes auspicios.

Nada hay tan perjudicial en la guerra como la falta de actividad; pero debe huirse también de todos aquellos movimientos que á nada conducen. Las marchas y contramarchas sin objeto determinado fatigan á los ejércitos y gastan sus fuerzas en pura pérdida.

Estas consideraciones nos llevan naturalmente á decir algo acerca de la debatida cuestión con la claridad que el asunto requiere; estudiaremos los diferentes casos que pueden presentarse: 1.º Destacamento ejecutado en un teatro distinto del de operaciones. 2.º Destacamento ejecutado en el mismo teatro de operaciones por fuerzas regulares de consideración. 3.º Destacamento en que solo interviene un número escaso de tropas regulares. 4.º Destacamentos ejecutados por fuerzas irregulares.

El primer caso ocurrirá cuando se quiera tener entretenidas parte de las fuerzas del enemigo, y lo que importa examinar es si las propias, empleadas en el destacamento, darían mejor resultado en el teatro de operaciones principal, y si las fuerzas que el enemigo necesita para contenerlas son más ó menos numerosas que aquéllas. Por lo general, todo destacamento es contrario al principio de la concentración de fuerzas y de la unidad de mando; por tanto, presenta por esto mismo inconvenientes. Pero cuando el destacamento puede hacerse sin debilitar el ejército principal, y obligando al enemigo á que retire del teatro de operaciones parte de las fuerzas, no hay duda que puede ser muy útil. Más claro, cuando en el teatro principal de operaciones hay exuberancia de fuerzas, puede ser útil emplear las sobrantes en otro teatro distinto.

En 1870, los franceses habían proyectado mandar una escuadra á las costas del Báltico, tanto con el objeto de amenazar las provincias prusia-

nas (Pomeriana y Brandemburgo), como para producir cierta inquietud en Berlín. Por poco que se medite al examinar las circunstancias de aquella guerra, se comprenderá que esta demostración de los franceses no estaba bien meditada. Las costas del Báltico difícilmente se prestan á un desembarco, pues paralelamente á ellas, hay un cordón litoral formado por lenguas de tierra (Nherungen), que dejan entre sí y la costa estrechos pasos fáciles de defender y hacen á ésta inabordable para las grandes embarcaciones. Un desembarco era, pues, operación difícil, tanto más cuanto poseyendo una vía paralela al litoral, los alemanes podían concentrar fácilmente las tropas en el punto elegido para desembarcar. Por otra parte, para que el cuerpo de desembarco hubiera podido causar verdadera emoción en la parte septentrional de Prusia, debía ser bastante numeroso, sin cuya circunstancia se hallaba expuesto á ser completamente destruído. Pero las fuerzas de ambos beligerantes estaban tan equilibradas (suponiendo verdaderas las ilusiones de los franceses), que no era prudente que éstos se desprendieran de grandes masas. Así, pues, este destacamento, suponiendo que se hubiese realizado, hubiera sido quizás más perjudicial que útil.

Las expediciones francesas á Egipto y Portugal en 1798 y 1807, pueden considerarse como destacamentos de esa naturaleza, pues al fin y al cabo no tuvieron más objeto que llamar la atención de los enemigos de Francia hacia teatros secundarios. Estos destacamentos que, apoyados por una buena escuadra, habrían dado buenos resultados, terminaron de una manera fatal por no contar con la cooperación de aquélla, é inutilizaron por mucho tiempo fuerzas que hubieran sido mejor empleadas en los teatros principales de operaciones.

En cambio, los destacamentos que pueden encontrar apoyo en la comarca á que se destinan, serán muy oportunos. Los aliados, en 1794 dejaron perder una ocasión propicia para llegar á París. Teniendo superioridad numérica, pudieran haber destacado á la Vendée un cuerpo de 50.000 hombres que, apoyando á los vendeanos, hubiesen sido una amenaza grave para el gobierno francés.

Estas expediciones lejanas en países enemigos, entran en el número de lo que se llama operaciones combinadas, y presentan serias dificultades que hemos de estudiar más detenidamente en otro lugar.

Sólo cuando la extensión de fronteras es grande, puede recurrirse á un destacamento lejano del teatro de operaciones, sin necesidad de efec-

tuar una operación combinada. Tal sucedería, por ejemplo, en el caso de una guerra entre Francia y Alemania: ésta emprendería las operaciones tomando por base la zona comprendida entre el Mosela y el Saar, pero además podría hacer que varios cuerpos de ejército penetraran por el boquete de Belfort. Claro es que tal destacamento no podría dar nunca resultado decisivo; lo más que podría esperarse de él, sería la toma de Belfort, y después amenazar el valle del Saona y aun el del Ródano, ó bien el alto Sena y el alto Marne. Pero si el ejército basado en el Mosela sufriera un desastre, todas estas ventajas quedarían anuladas. La entrada en Francia por Belfort, sólo tendría por objeto aprovechar una gran superioridad numérica; ni siquiera se conseguiría que los franceses distrajeran, para impedirlo, mayores fuerzas que sus enemigos, dada la constitución de la frontera por aquel punto. Si los alemanes y franceses tuvieran sus fuerzas equilibradas, fuera un error en aquéllos distraer fuerzas para marchar sobre Belfort, en vez de emplearlas todas hacia la parte septentrional de la frontera.

Finalmente, cuando las operaciones que, fuera del teatro principal, tienen carácter de destacamentos, se ejecutan con fuerzas poco numerosas, no puede nunca esperarse de ellas grandes resultados. Veinte mil hombres en un campo de batalla pueden proporcionar una victoria: estos mismos, operando á grandes distancias del grueso del ejército, raras veces obtendrán resultados de algún valor, y nunca podrán decidir el éxito de la campaña.

Veamos ahora si los destacamentos efectuados en el mismo teatro de operaciones pueden ser más fructuosos. Desde luego la teoría se opone; éstos, lo mismo que aquéllos, producen la diseminación de fuerzas y contrarían la unidad del mando; pero en la guerra no siempre puede hacerse lo mejor, y hay que atenerse á lo menos malo ó á las exigencias del momento. Estas requieren con frecuencia el empleo de destacamentos en multitud de casos. Difícil es enumerarlos todos; pero procuraremos citar los más frecuentes.

1.º La expugnación de una plaza fuerte. Hoy, las comunicaciones férreas son de importancia capital, y las plazas sitiadas sobre ellas son necesarias al invasor si quiere emplear dichas vías. De aquí se sigue la necesidad de los sitios y, por tanto, de destacar tropas que los efectúen. Los alemanes no pudieron en 1870 explotar en buenas condiciones las líneas francesas hasta ser dueños de Toul (Wisemburg á Paris), Thionville,

Montmédy y Mézières (Metz á Charleville); si la resistencia de las plazas francesas hubiese sido más duradera, hubiera sido difícil la explotación de dichas líneas. Los alemanes tuvieron que poner sitio á dichas plazas, empleando en ello multitud de destacamentos que debilitaron la fuerza del ejército.

En las guerras del porvenir tales luchas se repetirán con frecuencia, y por tanto, los destacamentos á que den lugar serán indispensables. Entiéndase que nos referimos á plazas que contengan poca guarnición; pues tratándose del sitio de grandes campos atrincherados, en que haya ejército numeroso (París y Metz en 1870), constituyen ya un objetivo principal, y en manera alguna puede reputarse como destacamento la fuerza que las cerque.

2.º Contener ó perseguir una fracción del enemigo para arrojarse sobre el grueso de sus fuerzas con el núcleo de las propias. Esta combinación se presenta cuando se opera por líneas interiores. En 1796, mientras Napoleón batía las fuerzas de Collí, dejó frente á los austriacos la división La Harpe; en 1809, después de haber batido á Hiller, dejó para perseguirle á Bessières con 16.000 hombres; en 1415, después de Ligny dejó á Gruchy con 35.000 hombres para perseguir á Blücher. Estos destacamentos, necesarios cuando la fracción del ejército enemigo no ha sido del todo batido, deben reducirse á la menor fuerza posible; así y todo, no dejan de ser muy expuestos, pues si el adversario aún conserva bríos, puede destrozarlos. Así sucedió en Kulm, Wandamme encargado de completar la derrota de los aliados fué batido por ellos; y si bien es cierto que tal desastre se debió á que dicho general no estuvo apoyado por Napoleón, no lo es menos que en tal caso dicho destacamento fué más perjudicial que útil.

3.º Cuando se quiere llamar la atención del enemigo hacia un punto distinto de aquel en que se va á dar el golpe decisivo. Los rusos, en la campaña de 1877 llamaron la atención de los turcos en la Dobruschda, con objeto de efectuar más fácilmente el paso por Sistowa. Tales destacamentos no son siempre convenientes, y únicamente pueden emplearse cuando se tiene superioridad numérica; sin este requisito, el grueso del ejército queda muy debilitado y se sacrifica lo principal á lo secundario. En el caso citado, la superioridad numérica de rusos, debida á la gran diseminación de los turcos, les permitió ejecutar, sin peligro, el paso del Bajo Danubio.

4.º Atacar un convoy que tenga para el enemigo importancia extra-

ordinaria. Este caso se presentará con frecuencia en las guerras de sitio, sobre todo cuando el sitiador no puede vivir sobre el país; en tal caso, todo destacamento efectuado á retaguardia de aquél, puede producir resultados decisivos. En 1758, la destrucción del convoy que marchaba á unirse al ejército de Federico, obligó á éste á levantar el sitio de Olmütz y abandonar la Moravia. En tales casos, puede decirse que el destacamento constituye la operación principal, pues en el citado, sin la destrucción de aquél el sitio hubiera continuado. Claro es que en semejantes ocasiones un destacamento destinado á la protección del convoy ó refuerzos que el ejército va á recibir, está muy justificado y hasta puede suceder que la lucha entre los dos destacamentos decida el éxito de la campaña, si son socorridos á tiempo por el grueso del ejército.

En el ejemplo citado, si Federico hubiese tratado de dar la mano al convoy, es posible que el cuerpo austriaco de Laudón hubiese quedado destruido, y si Daun hubiese marchado al socorro de su subordinado, la batalla se hubiera hecho general. Entonces, la derrota de Daun hubiese dado por resultado la rendición de Olmütz, y la de Federico la retirada de éste; es decir, el mismo que dió la destrucción del convoy.

5.º Un destacamento puede dar muy buenos resultados cuando se apodera de un punto de paso necesario para un enemigo en retirada. Tal sucedió en Bailén; al destacamento que á las órdenes de Reding y Coupigny se situó entre Dupont y Despeñaperros, fué debida la capitulación de los franceses; sin dicho destacamento, éstos, aun cuando hubieran sido derrotados, no hubiesen capitulado. Pero cuando se hacen destacamentos con este objeto, es preciso apoyarlos bien. Un ejército perseguido encuentra á veces, en el momento del peligro, una energía moral capaz de vencer grandes obstáculos. Esta energía le conduce á practicar actos verdaderamente heroicos y á abrirse paso á viva fuerza antes que caer en manos del contrario.

Las batallas libradas por los franceses en 1812, cuantas veces los rusos intentaron detenerles, son prueba evidente de lo que puede hacer un ejército poseído de la desesperación. La derrota ya citada de Vandamme en Kulm demuestra el peligro á que se exponen estos destacamentos. En cambio, cuando están bien apoyados y dirigidos, pueden dar resultados asombrosos. Ejemplo de ello es el ya citado de Bailén, y el resultado obtenido por Davautsen Awertad á pesar de su inferioridad numérica.

6.º Cuando uno de los flancos de las zonas de operaciones se halla muy

amenazado. Así, Napoleón, en sus campañas contra el Austria, ocupó el Tirol, desde el cual se podía bajar á la llanura bávara y amenazar las comunicaciones del ejército francés. En este caso, el terreno situado en el flanco amenazado constituye un teatro secundario, y el ejército que en él opera no puede ser numeroso, y por tanto, debe obrar con precaución, buscando la fuerza que no le da el número en la buena elección de posiciones y en la habilidad de las maniobras.

Hoy día, para cubrir las comunicaciones de los ejércitos no hacen falta destacamentos. Las tropas de segunda línea que hoy poseen todos los Estados son las que se encargan de este cometido, del cual trataremos extensamente al ocuparnos en la organización de las líneas de etapas.

Fuera de los casos citados, los destacamentos de que tratamos no son indispensables, y más bien pueden reputarse perjudiciales. Los 5.000 hombres que Melo destinó en 1648 al sitio de Chateau-Regnault, le hubieran dado probablemente la victoria en el campo de Rocroy.

Que el enemigo fraccione sus tropas no es razón para hacer lo mismo; antes bien, debe aprovecharse esta circunstancia para batirlas en detall. En 1502, Nemours, con el grueso de su ejército, se situó frente Barletta y destacó á D'Aubigny en Calabria contra Hugo de Cardona. Esta diseminación de fuerzas fué fatal á los franceses, que, unidos, hubiesen quizá obligado á Gonzalo á abandonar el campo, y entonces Cardona, que mandaba fuerzas escasas, no hubiera podido mantenerse por sí solo. En cambio, la derrota de Cardona no representaba mucho, porque no constituía el nervio del ejército; y así es que, á pesar de haber sido batido en Cosenza, la campaña no cambió de aspecto y terminó de un modo favorable para los españoles.

Otras veces, el afán de inducir al enemigo á cometer maniobras falsas y dividir sus fuerzas, conduce á la diseminación de las propias; tal modo de proceder es arma de doble filo cuando no se tiene superioridad numérica muy marcada. Estos destacamentos sólo pueden hacerse impunemente cuando se tiene la seguridad de reunirlos en el momento decisivo. En 1805, Napoleón supo situar perfectamente los destacamentos que desde Igláu y Presburgo amenazaban la Bohemia y la Hungría; gracias á ellos, los austriacos temieron por estas provincias, y después de haber prestado el importante servicio de contener al archiduque Fernando y á los húngaros, pudieron tomar parte en la batalla de Austerlitz.

Otras veces, el afán de encontrar al enemigo y batirlo conduce á for-

mar varios destacamentos. Este hecho se produjo en la campaña de 1800, en la que Napoleón faltó á los principios que tantas veces había proclamado. En dicha campaña, Napoleón, que reunía un total de 50.000 hombres, no llegó á disponer de 20.000 en Marengo. El destacamento de Desaix no está, en nuestro concepto, justificado. Dos caminos podían seguir los austriacos para retirarse: la orilla derecha ó la izquierda del Pó. Si lo hacían por el primero, hubiesen seguido la misma orilla de dicho río por Plasencia y Stradella; si por el segundo, hubieran atravesado el contrafuerte que separa el Trebbia del Scrivia. Napoleón, creyendo esto último, hizo marchar á Desaix hacia Novi con objeto de evitarlo; si éste hubiese encontrado el grueso de los austriacos, podía ser batido por ellos antes de llegar Napoleón, pues no disponía de más de 10.000 hombres, y Melas de 30.000. Si, como sucedió, Melas marchaba por el primer camino, Napoleón se encontraba ante él con inferioridad marcada y se hallaba expuesto á una derrota. La pérdida de la batalla de Marengo fué la consecuencia del destacamento de Desaix, y esto se hubiera evitado, marchando todo el ejército reunido al encuentro de Melas; si éste hubiese tomado la dirección de Novi, siempre cabía el recurso de perseguirle y convertir su retirada en fuga. Pero lo más acertado era situarse hacia Plasencia, desde donde podía marcharse contra Melas en cuanto éste apareciera en el Trebbia, ó contra cuya posición se hubiera estrellado si hubiese seguido la derecha del Pó. Es verdad que de este modo no se hubiera obtenido la capitulación de Marengo; pero se habría evitado la exposición de una derrota, y al fin y al cabo se hubiese conseguido lo mismo que por medio de la capitulación se obtuvo; es decir, la evacuación del Piamonte.

La campaña de Carlos XII de Suecia en 1708 y 1709, es otra prueba de los perjudiciales resultados que producen los destacamentos. El rey de Suecia partió de Polonia con 45.000 hombres; Lewenhope desembarcó en Riga con 20.000, y 15.000 se hallaban en Finlandia. Podía, pues, reunir cerca de 80.000 hombres, con los cuales es probable que hubiera llegado á Moscu. Pedro *el Grande* se situó entre Carlos y Lewenhope, atacó á éste, que conducía un convoy; le derrotó, y sólo 5.000 hombres pudieron reunirse al rey de Suecia. Éste sitió á Pultawa con 30.000 hombres, y allí fué batido por el Czar de Rusia, cuyas fuerzas eran dobles. Perdidas sus comunicaciones con Suecia, se vió obligado á dirigirse á Turquía, en donde entró con poco más de 1.000 hombres.

La necesidad de conocer la situación del enemigo no justifica los destacamentos; para este objeto sirve el servicio de exploración.

Si los grandes destacamentos no son en general convenientes, los pequeños pueden dar con frecuencia muy buenos resultados, porque como en este caso lo que se compromete es poco, aun cuando se pierda no se sigue grave daño. Por lo general, estos destacamentos tienen por objeto sorprender al enemigo, pues como á consecuencia de la escasez de fuerzas con que cuenta, son débiles, al efecto producido por la sorpresa han de deber el éxito. Apoderarse de un punto mal guardado, de un convoy mal defendido, de una fuerza que atraviere un terreno cubierto y quebrado; inquietar constantemente al enemigo; impedirle que descanse, produciendo continuas alarmas; interceptar las comunicaciones, impedir las requisiciones de víveres, etc., tales son los objetos á que dichos destacamentos se destinan. El destacamento que al mando de Mendoza, salió de Barletta con objeto de emboscarse en un punto preciso de paso para los franceses que debían salir de Ruvo, dió por resultado hacer prisionero á la Motte con 70 caballos que le acompañaban; el éxito hubiera sido aún mayor si la Palise no hubiese salido de dicho punto con 500 hombres.

Poco después los habitantes de Castellaneta avisaron á Pedro Navarro y Luis Herrera, que si se presentaban de noche en aquella plaza, en donde los franceses tenían armas y vituallas, podrían opoderarse de ella. Gonzalo dispuso que dichos jefes marcharan allí, y aprovechando el sueño de la guarnición se apoderaron de aquel punto.

En la campaña de 1524, los españoles tuvieron noticia de que un destacamento francés, de 3.000 infantes y 500 caballos á las órdenes de Bayardo, ocupaba á Rebecca y se hallaba separado del grueso de los suyos. El marqués de Pescara decidió sorprenderle por medio de una marcha de noche, recurriendo al procedimiento de las encamisadas, con objeto de que, puestas las camisas sobre las armaduras, los expedicionarios se reconocieran; á fin de asegurar el éxito, Juan de Molinas debía observar el grueso del enemigo, y en caso necesario proteger la retirada. Los franceses, mal guardados, fueron sorprendidos, y sólo un centinela dió la voz de alarma, que más que para beneficio de los franceses, sirvió para introducir entre ellos la confusión. La mayor parte se fugó, y entre éstos Bayardo; otros fueron muertos, y muchos al huir cayeron en poder de Médicis. Este hecho animó tanto á los españoles que, unido al recibo de refuerzos de venecianos y alemanes, les decidió á tomar la ofensiva.

Los ejemplos que pudiéramos citar análogos á los anteriores son infinitos; pero creemos que éstos bastan para demostrar el buen efecto que puede obtenerse de pequeños destacamentos oportunamente empleados:

Cuando se opera en país propio ó amigo, los partidarios, guerrillas, cuerpos francos ó fuerzas irregulares que se formen, serán los que mejor efectúen estos cometidos, pues el conocimiento del país y el apoyo de los habitantes les permitirá sorprender fácilmente al contrario. En tal caso, puede dejarse que estas fuerzas irregulares efectúen por sí solas los destacamentos, y agregar tropas del ejército regular cuando la expedición sea de alguna importancia. La utilidad que de tales destacamentos puede sacarse, la demuestra claramente la historia de la guerra. En la de los siete años, según las *Memorias* de Federico II, cuando era necesario forrajear había que proteger esta operación por destacamentos de 2.000 hombres de caballería y 7.000 ú 8.000 de infantería. Cada haz de paja costaba sangre.

En nuestro país no hay guerra en que estos destacamentos no hayan desempeñado un papel importante. Entre ellos, podemos citar la sorpresa del Manso del Prat, por Cayetano Ventalló; las operaciones del general Manso en Cataluña durante la guerra de la Independencia; y las de la multitud de guerrilleros que en aquella época aparecieron, y entre los cuales Mina, Palarea, el Empecinado y Merino ocupan distinguidos lugares.

En suma, los destacamentos grandes deben, por lo común, proscribirse; los pequeños son, por el contrario, casi siempre convenientes.

Esta cuestión de destacamentos es muy importante, porque de su buen ó mal uso depende que se satisfaga ó no el principio relativo á la economía de las fuerzas. Este es el único que permite compensar la inferioridad numérica. En un teatro de operaciones, 100.000 hombres pueden obtener la victoria sobre 150.000, si el que dirige los primeros sabe llevar 80.000 en donde el adversario sólo cuenta con 50.000. En Leuthen, Federico obtuvo la victoria por haber sabido acumular todas sus fuerzas contra el ala derecha de los austriacos, que á pesar de tener doble número de soldados, se hallaron en aquel punto con fuerzas inferiores. Esta bella maniobra que es aplicable también á las operaciones estratégicas, puede dar al más débil, numéricamente, la victoria. Napoleón en 1814 la empleó como maestro consumado en el arte de la guerra.

\*  
\* \*

Insistiendo en ideas expuestas, repetimos la importancia que tiene dejar asegurada una constante y segura comunicación y una fácil línea

de retirada, y añadimos ahora que es preciso tener en cuenta que en los destacamentos no deben reservarse iniciativas por el general que los manda, á menos de exponer el resto del ejército á algún desastre.

Algo de eso ocurrió en Waterloo:

Muy lejos estaba Napoleón de creer—dice el teniente coronel Vandevelde,—cuando al comenzar la batalla censuraba á Wellington por haber tomado posición delante de un bosque con un desfiladero á la espalda, que tal crítica era más aplicable á la posición que él mismo ocupaba que á la de su adversario.

La calzada de Charleroi, principal línea de retirada de los franceses, es bastante ancha; pero en el paraje donde atraviesa el Dyla presenta un estrechamiento, que pronto quedó obstruido. Ni el cuerpo de ingenieros ni el estado mayor habían pensado en adoptar medidas de prudencia: establecer puentes, abrir caminos á derecha é izquierda del pueblo para facilitar la evacuación de las tropas en caso de retirada. Sin embargo, con una poca previsión y el auxilio de algunos trabajos, Genappe y el Dyla, en vez de completar la confusión y causar la pérdida de casi todo el material del ejército, hubieran podido servir de barrera para contener, á lo menos por unas cuantas horas, la persecución de los prusianos, y dar lugar á Napoleón ó á sus tenientes para formar una retaguardia con que cubrir la retirada.

Si en vez de tomar el mariscal Grouchy la orilla derecha del Dyla hubiese seguido la margen izquierda de este río, operando por Mont-Saint-Gibert, las dos partes del ejército francés se habrían hallado en líneas interiores con respecto á los ejércitos aliados, y entonces habría podido Napoleón, como más conveniente lo hubiera juzgado, llamar á Grouchy á su lado para tomar parte en la batalla de Waterloo ó dejar en parte el cuerpo del mariscal sobre el Dyla para contener á Blücher.

Por más que el itinerario seguido estuviese conforme con las instrucciones que, según el mismo Grouchy le había dado el Emperador, de *seguir á los prusianos pisándoles los talones*, era esto cometer una falta en que no debía incurrir un mariscal. El general que manda 40.000 hombres destacados del ejército, debe arriesgarse á tomar sobre sí la responsabilidad de modificar las instrucciones, cuando se ve claramente que, de seguirlas á la letra, va á extraviarse y á ocasionar la pérdida del ejército.

Desde el momento que supo Grouchy que dos de los cuatro cuerpos prusianos (55.000 hombres) habían tomado la dirección del Dyla, era evi-

dente de todo punto que había resuelto Blücher reunirse con Wellington, con la mira de caer sobre Napoleón con los dos ejércitos unidos. (Precepto núm. 1). Desde entonces debió renunciar inmediatamente el mariscal á perseguir á los prusianos, y procurar, por el contrario, impedir la unión de éstos con el ejército de Wellington.

Una rápida ojeada sobre el mapa le habría indicado el partido que debía tomar. Wellington se había replegado por la carretera de Bruselas, pasando por Mont-Saint-Jean, y Blücher había tomado la dirección de Wavre; de lo que podía deducir fácilmente el mariscal, que la reunión de ambos ejércitos debía efectuarse entre Mont-Saint-Jean, situado á la entrada del bosque y Wavre.

Para tratar de impedir dicha reunión, ya que era demasiado tarde para anticiparse á ella, habría debido Grouchy salir de Gembloux lo antes posible, pasar el alto Dyla hacia Court-Sain-Etienne, y marchar por el camino más directo hacia el centro del espacio que separa á Mont-Saint-Jean de Wavre; es decir, hacia Lasne, salvo modificar ulteriormente estas disposiciones, según lo que el cañón ó los partes de sus exploradores le hubiesen hecho saber acerca de la marcha de los sucesos.

De operar de esta suerte, es probable que las cabezas de columna de Grouchy habrían encontrado al cuerpo de Pirch ó al de Bülow sobre el Dyla ó sobre el Lasne, y que uno de estos cuerpos habría podido contener al mariscal francés bastante tiempo, para dar el necesario á los otros cuerpos á fin de reunirse con Wellington para anonadar á Napoleón.

Según todas las probabilidades, esta maniobra no hubiese cambiado en nada la faz de las cosas; pero obrando así, habría al menos el mariscal dado prueba de talento militar, demostrando que poseía los conocimientos que exigía la alta misión que le confiara el Emperador, y prevenido gran parte de las acusaciones con que no se ha cesado de abrumarle.

De carácter indolente y poco activo, salió Grouchy muy tarde de Gembloux: á las doce del día solo había llegado á la altura de Sart-lez-Walhain, á mitad del camino, poco más ó menos, de Gembloux á Wavre; en cuyo punto fué donde le propuso Gerard marchar hacia donde sonaba el cañón.

Aunque el consejo era cuerdo, se daba demasiado tarde, y su realización no permitía esperar de él la menor ventaja. Admitiendo que el mariscal hubiera dado inmediatamente la orden de variar de dirección á la izquierda, no podía llegar á Mousty, sobre el Dyla, aun por el camino

más córto, sino á la hora en que llegó á Wavre, es decir, á las cuatro de la tarde. Además, habría tenido que forzar el paso del río en Mousty, en las mismas condiciones que debió hacerlo en Wavre, como en breve veremos; y aun suponiendo que no hubiese hallado en aquel punto más que una débil resistencia, no llegaría sobre el Lasne, donde habría encontrado las retaguardias de Piroh y de Bülow, sino á las ocho de la noche, cuando Napoleón estaba ya en plena retirada sobre Genappe; lo que prueba hasta la evidencia, que en ningún caso podía el mariscal llegar á tiempo para impedir la unión de Blücher y Wellington, ni aun para tomar parte en la batalla.

Continuando su marcha Grouchy, en vez de seguir el consejo de Gerard, llegó, como ya hemos dicho, delante de Wavre á cosa de las cuatro, en cuyo punto se vió obligado á forzar el paso del Dyla, defendido por los 25.000 hombres de Thielman.

## CAPÍTULO IX.

(CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR.)

Alternando, para neutralizar la aridez de este trabajo, entre las marchas de concentración y las de maniobras, puesto que todas caen bajo el dominio de nuestro tratado, vamos á continuar en el estudio de las primeras, que tan bien entendido está en los siguientes párrafos de un notable escritor ya citado (1):

Ya en tiempo de paz los comandantes de los cuerpos de ejército han de saber el punto á que han de dirigirse cada uno de los regimientos que le constituyen, en las diferentes hipótesis de concentración. Al decretarse la movilización se dará á conocer á cada jefe de cuerpo cuál es el punto á que debe dirigirse después de movilizad el suyo, y sin necesidad de nueva orden emprenderá la marcha una vez efectuada la movilización. Al mismo tiempo que reciba el jefe de cada cuerpo la noticia del punto hacia el cual deba marchar, recibirá también el itinerario que haya de seguir; pero como no todas las contingencias pueden de antemano preverse, deberá dejarse al jefe de cada columna libertad para modificar algo dicho itinerario, con tal de que la marcha no dure mayor número de días que los prescritos. Así, por ejemplo, si en un pueblo de poco vecindario se reunieran para pernoctar varias columnas, resultando dificultades para el alojamiento y alimentación, no habrá inconveniente en llevar alguna de ellas á otro punto cercano, ya anterior, ya posterior al designado, y aun á alguna población situada fuera del camino, siempre y cuando no se halle á tal distancia que haga la jornada excesiva. Al mismo tiempo que se expidan los itinerarios á los diferentes cuerpos, debe darse noticia de ellos á los alcaldes de los pueblos de tránsito, ó á las autoridades militares en donde las haya, á fin de que á la llegada de las tropas esté todo preparado, y no suceda que después de

(1) Banús, 1836.

una larga marcha hayan de permacer formadas mucho tiempo, esperando que se las aloje. Con el fin de evitar todas las dificultades que en tal momento pudieran presentarse, á cada cuerpo le precederá, con una jornada de anticipación, su itinerario, compuesto de un oficial, un sargento y algunos soldados; itinerario que cuidará de tenerlo todo dispuesto para la llegada de las tropas. De este modo, si en un mismo punto se encontraran en el mismo día varios itinerarios, se podrá saber con anticipación si es posible ó no alojar en dicho punto á todas las fuerzas, y en caso de que no lo sea, dirigir inmediatamente al pueblo elegido las que no tengan cabida.

Tampoco debe marcarse al jefe de la columna ni las horas de salida ni mucho menos las de llegada: circunstancias son éstas que dependen de la estación, del estado de los caminos, del de las tropas y de multitud de fenómenos que de antemano no pueden preverse. Á todo coronel de regimiento se le debe suponer aptitud suficiente para conducir del modo debido á sus tropas; y, por otra parte, el reglamentar hasta los últimos detalles de las operaciones militares, no produce más que el infructuoso y aun perjudicial resultado de matar la iniciativa, ó impedir que los jefes dotados de cualidades excepcionales den pruebas de ello.

En toda marcha hay que fijar la duración, la hora de salida, la velocidad y los descansos.

Ya hemos dicho que, por lo común, las marchas que nos ocupan se harán por regimientos de infantería, caballería ó artillería, y á lo más por brigadas de la primera de dichas armas. Esto da lugar á que estas marchas puedan ser de mayor longitud que las de guerra, en que es preciso mover mayores masas con mayores precauciones. Un regimiento de infantería podrá ejecutar sin dificultad marchas de 30 kilómetros, y si el tiempo es favorable aún mayores. Para fijar la longitud de una marcha hay que atender á su duración, y ésta se fija generalmente de modo que las tropas no salgan demasiado temprano y lleguen al fin de la etapa por lo menos una hora antes de anochecer. Está, pues, relacionado el trayecto recorrido con todos los demás elementos que vamos sucesivamente á examinar.

*Hora de salida.* Desde el mes de septiembre al de abril, ambos inclusive, no conviene que las tropas salgan hasta después de haberlo hecho el sol. En invierno las madrugadas son muy frías; en primavera y otoño á la salida del sol hay mucha evaporación y, por tanto, humedad muy perjudicial para la salud. Así, pues, en los meses de octubre, marzo y abril,

se procurará no emprender la marcha antes de las siete de la mañana, ni antes de las ocho en los de invierno. En los meses de mayo, junio, julio y agosto la salida puede verificarse más temprano, y particularmente en julio y agosto, época de grandes calores y en que la mañana es la parte más agradable del día, pues aún el sol no ha caldeado la tierra. En dichos meses puede emprenderse la marcha á las cinco de la madrugada y aún antes.

La velocidad de la marcha depende también de la época del año en que se verifique; pues mientras un tiempo frío y seco la acelera, los grandes calores y las lluvias que enlodan las carreteras y hacen penosa la marcha la retrasan; ejerciendo igual influjo las tormentas en cualquier forma que se presenten.

Por lo general, ya hemos dicho que las tropas debieran llegar al término de la jornada antes de anochecer, pues de lo contrario los alcámientos se hacen difícilmente; y como, la mayor parte de las veces, el soldado necesitará salir de ellos para proveerse de alimentos, y no conviene que se retire más tarde de las ocho ó nueve de la noche, teniendo en cuenta que para adquirir y condimentar dichos alimentos son necesarias dos ó tres horas, queda justificada dicha prevención, que solamente podrá eludirse durante los fuertes calores.

De aquí resulta que, prescindiendo de esta época, que por lo general corresponde á los meses de julio y agosto, el máximo número de horas utilizable para la marcha será de catorce en mayo y el mínimo de siete en diciembre. El máximo de catorce horas está, además, fijado por otra consideración, á saber: que el soldado necesita por lo menos siete horas diarias de descanso, y añadiendo tres para preparar las comidas y limpiar su equipo y armamento, resultan las veinticuatro del día. Durante la época de los grandes calores, las marchas pueden dividirse en dos partes: la primera, desde el amanecer hasta las nueve ó diez de la mañana; la segunda, desde las cuatro de la tarde hasta anochecer, y aun, en caso necesario, hasta las nueve de la noche, resultando así disponibles diez horas diarias.

Debe tenerse entendido que durante las marchas debe haber sus respectivos descansos, conviniendo dar uno de cinco á diez minutos cada hora, y otro de una ó dos horas á la mitad de la jornada. De este modo las catorce, diez, y siete horas de marcha, resultan reducidas á once, siete y cinco y media próximamente. Ahora bien: aun cuando un peatón pueda

recorrer hasta 5 kilómetros por hora, un regimiento de infantería andará lo más cuatro, de donde se deduce que el trayecto recorrido en las circunstancias más favorables, será de 44 kilómetros, y en las menos favorables de 22,5 kilómetros, pudiendo adoptar 25 á 30 kilómetros como término medio.

*Precauciones durante la marcha.* Lo primero que debe hacerse es no obligar á las tropas á estar mucho tiempo formadas antes de marchar, pues esto trae consigo multitud de inconvenientes: en primer lugar, se les quita, sin necesidad, parte del sueño de la madrugada, que es muy reparador; en segundo lugar, el soldado, esperando se cansa moral y físicamente, y como las madrugadas son frías en la mayor parte de los días del año, se destempla, y mucho más si á causa de la lluvia ó del rocío el suelo está húmedo; de aquí pueden provenir multitud de enfermedades que irán aclarando las filas del ejército. Toda tropa bien disciplinada debe formar con rapidez, y se castigará con rigor al soldado que se muestre remiso en acudir al sitio destinado para formar. De este modo no habrá necesidad de que transcurran más de cinco minutos desde que el regimiento se halle formado hasta que emprenda la marcha. Ya hemos indicado en otro lugar la necesidad de descansos: en ellos el soldado toma aliento, satisface algunas necesidades y, sobre todo, se da tiempo á la cola para que se incorpore, pues de lo contrario la columna se iría alargando desmesuradamente y los soldados que marcharan á retaguardia tendrían que andar á paso acelerado y se fatigarían excesivamente. La duración de los descansos debe ser tal que la cola tenga tiempo de cerrar bien los intervalos y además descansar un momento. Aunque en teoría, la profundidad de la marcha de una tropa debe ser igual á su frente de batalla, no sucede así en la práctica, sino que las distancias entre las filas van aumentando insensiblemente y la columna se alarga. Este alargamiento varía con las circunstancias atmosféricas y estado de los caminos y de las tropas entre un cuarto y dos tercios de la longitud total de la columna.

Sobre este asunto no insistimos más porque nos ocuparemos en él con toda la detención que merece al tratar de las marchas estratégicas.

Durante las que ahora nos ocupan debe sostenerse la más severa disciplina; pues si las tropas no se acostumbran á ello desde el principio, cuando lleguen al teatro de operaciones cualquier infracción puede costarles muy cara. Para que la tropa descanse deben elegirse aquellos sitios menos expuestos al calor en verano y al frío en invierno,

La temperatura influye mucho en la manera de efectuar las marchas. Durante los grandes fríos conviene hacer las menos paradas posibles, y avivar el paso, cosa que instintivamente hacen los soldados. Cuando se marcha por la nieve debe proveérseles de buen calzado, por que de lo contrario los pies se humedecen y enfrían, y de aquí pueden provenir muchas enfermedades; igual precaución debe tomarse en tiempo de lluvia. Durante los grandes calores, los descansos han de ser más frecuentes: se evitará á toda costa marchar durante el mediodía, y también se prohibirá que los soldados beban agua de charcas. En cambio, si se encuentra agua potable, podrá detenerse algo la columna, para dar tiempo á que la tropa beba, y también podrá tomarse la precaución de hacer que algún sargento se adelante, al llegar cerca de algún pueblo, á fin de prevenir á los habitantes que saquen agua á la puerta, para que los soldados la tomen al pasar, lo que siempre es preferible á que se desbanden para beber. Las marchas durante los grandes calores, sobre todo en tiempo seco, cuando los caminos están llenos de polvo, son muy peligrosas para la salud del soldado, y con frecuencia perecen algunos en mitad del camino, ya por insolación, ya por asfixia. Por esto, tales marchas exigen mayor número de precauciones que otra alguna.

La alimentación del soldado merece, durante las marchas, particular atención; es vicioso dejar que emprenda la marcha en ayunas y aun permitir la generalizada costumbre de *matar el gusanillo*. Durante la marcha, se proporcionará á los soldados café, en forma de conserva, con su azúcar correspondiente, de modo que baste echar un trozo de dicha conserva en agua hirviendo, para que resulte una bebida agradable é higiénica. Cier- to que no será nunca de primera calidad el café que al soldado se proporcione; pero como podrá acompañarlo con galleta, se evitará que empiece la marcha con el estómago vacío, lo que en tiempo húmedo ó frío predis- pone á adquirir enfermedades palúdicas. El dicho tan conocido de *tripas llevan piernas* no debe olvidarse. En estas marchas las conservas serán de utilidad para confeccionar la comida durante el descanso que se da á mitad de la jornada; pues cuando aquéllas están bien preparadas no exigen para ello más de quince minutos. También podrán emplearse cuando las poblaciones en que se pernocte no ofrezcan recursos para alimentar á la tropa. Debe procurarse, siempre que sea posible, que, además del café, la tropa tome diariamente una comida caliente, compuesta de víveres frescos; las conservas cansan pronto y dañan al estómago.

Las marchas ordinarias no excederán de 30 kilómetros; pero algunas veces conviene que sean de mayor longitud, bien porque sea necesario acelerar la concentración para adelantar al enemigo y frustrar sus planes, bien para ganar el tiempo que algún cuerpo haya perdido en la movilización. En estos casos se recurre á las marchas aceleradas. La infantería, y muy particularmente la española, cuya fama de infatigable nunca ha desmentido, puede llegar á la ejecución de marchas verdaderamente prodigiosas; pero para lograr este resultado sin que los cuerpos dejen en los hospitales multitud de individuos, es preciso ir aumentando poco á poco la longitud de las marchas. En este caso puede llegar la infantería á recorrer 50 kilómetros en un día; pero hay que confesar que tales marchas serán excepcionales durante la concentración, por lo menos en todo Estado medianamente provisto de vías férreas. Pueden, pues, reputarse las marchas forzadas más bien como estratégicas que como de concentración. En ellas debe cuidarse, más que en las ordinarias, de la alimentación de las tropas. El tiempo en que no marchen necesitarán destinarlo por completo al descanso, razón por la cual conviene que al llegar al fin de la jornada encuentren ya el rancho hecho, pues de lo contrario, ó no lo comerían por no hacerlo, ó, si lo hacían, aumentaría la fatiga y disminuiría el tiempo destinado para el descanso. Para este caso es cuando las conservas pueden tener más ventajosa aplicación, á causa de la rapidez con que permiten preparar una comida.

Para acelerar las marchas puede recurrirse al empleo de los carros ó carretas del país; así lo efectuó en 1793 el ejército de Maguncia para ir á la Vendée, y en 1806 la guardia imperial para pasar de Meudón al Rhin. Este procedimiento será hoy día excepcional durante la concentración, y sólo aplicable á pequeñas fracciones y en comarcas desprovistas de vías férreas. Hay que tener en cuenta que la mayor parte de los carruajes no permitirá transportar más de 10 hombres; lo que para un regimiento de 3.000 exige 300, que no siempre se encontrarán con facilidad. Puede, sin embargo, efectuarse el transporte en la mitad de ellos, dividiendo la jornada en dos partes: la mitad de la tropa ejecutará en carro la primera parte, se apeará y continuará la marcha á pie; el resto ejecutará á pie la primera mitad de la jornada; al llegar al término de esta mitad hallará descansadas las caballerías y efectuará el resto de la jornada en carros. De este modo pueden recorrerse en un día de 70 á 80 kilómetros. Este sistema de marchas encuentra mayores aplicaciones durante la

campaña, y es sólo aplicable á fuerzas que no excedan de un batallón.

Las precauciones que acabamos de indicar son comunes á todas las armas; pero en algunos institutos montados hay que tener en cuenta las atenciones que el ganado exige y las mayores velocidades de que son susceptibles; de donde se deduce que los trayectos recorridos diariamente podrán ser más largos.

Para calcular la longitud que diariamente podrá andar una fuerza de caballería, formada á lo más por dos brigadas, hay que tener en cuenta varios datos. Un regimiento de caballería puede recorrer al paso 10 kilómetros en una hora si el camino se halla en buen estado; pero cuando el camino es peligroso, ó está enfangado, se necesitan dos horas para el mismo trayecto. Al trote recorrerá el regimiento 10 kilómetros en 41 minutos en el primer caso, y en el segundo en 82 minutos. Finalmente: al trote y galope, alternados, una hora, estando el camino en malas condiciones. Pero cuando la jornada es larga las velocidades disminuyen algún tanto si no se quiere fatigar al caballo.

Según el coronel Guichard, una jornada de 24 kilómetros exige, en circunstancias favorables, de cuatro y media á cinco horas, y en las más desfavorables de nueve á nueve y media, teniendo en cuenta el tiempo necesario para formar el regimiento antes de la marcha y las paradas. Para jornadas mayores y que pueden llegar á 60 kilómetros, el coronel Bomé dice que en buenos caminos y durante el primer día podrá una fracción no muy numerosa recorrer:

12	kilómetros	durante	la	primera	hora
22	»	»	»	dos	horas
32	»	»	»	tres	»
40	»	»	»	cuatro	»
50	»	»	»	cinco	»
60	»	»	»	seis	»

En los días siguientes no se podrá contar con una velocidad media mayor de 8 kilómetros por hora. Esta velocidad es, en nuestro concepto, lo que podría adoptarse para las marchas de concentración, exceptuando el caso de verificarse en malas condiciones atmosféricas. Veamos ahora el número de horas de que la caballería puede disponer durante una jornada. Para esta arma, el salir muy temprano es aún más inconveniente que para la infantería; tanto porque los hombres tienen que madrugar mucho para dar pienso y cuidar de los caballos, como también porque el ganado tendría que tomar el pienso á hora desusada.

También conviene que la caballería llegue más temprano que la infantería al punto en que debe pernoctar, pues de noche se dificulta el alojamiento del ganado; y, por otra parte, debe procurarse que tome el pienso antes de anoecer. Exceptuando la época de los grandes calores, en que puede adoptarse para la caballería el mismo procedimiento que para la infantería, es decir, dividir la jornada en dos partes, durante los días más largos no podrá disponer de más de diez horas de marcha y de siete durante los más cortos. Descontando los descansos, quedan reducidas aquéllas á ocho y cinco respectivamente, lo que da como máximo 60 kilómetros, y como mínimo 24; el término medio será, por tanto, de 40 kilómetros, que creemos puede ser la etapa normal de un regimiento de caballería en buen tiempo y marchando por buenos caminos. Estas jornadas podrán efectuarse sin inconveniente, atendiendo á que las marchas de concentración no durarán más de cinco ó seis días, pues las tropas situadas á más de 250 kilómetros se transportarán en ferrocarril.

Siempre que la infantería y la caballería hayan de marchar por un mismo camino, aquélla partirá delante: 1.º, porque después de haber pasado la caballería encontraría el camino en peor estado; 2.º, porque ya hemos visto que no convenía que la caballería emprendiera la marcha muy temprano; 3.º, porque como lleva mayor velocidad, puede llegar á tiempo debido, aunque salga más tarde. Conviene, además, que entre la caballería y la infantería haya distancia suficiente para que aquélla no haya de sujetar su paso al de ésta, lo que fatiga mucho á los caballos.

En cuanto á la artillería, su velocidad es, por lo general, menor que la de la caballería, y aun puede ser menor que la de la infantería si los caminos se hallan en mal estado. Sin embargo, en condiciones atmosféricas favorables y en caminos bien conservados, puede reputarse la velocidad de la artillería á caballo igual á la de la caballería durante las marchas de concentración. En la marcha de la artillería tienen también influencia, además de las circunstancias indicadas, las pendientes, que á veces obligan á emplear las zapatas ó rastras de los carruajes. Por otra parte, el alargamiento de las columnas de artillería es bastante grande por la necesidad de conservar distancias apreciables entre dos carruajes consecutivos; y, finalmente, como la instalación es más difícil, porque hay que aparcar el material, y esto se hace de noche en malas condiciones, de aquí que las jornadas de la artillería á caballo no pueden ser

tan largas como las de la caballería. Por término medio, en buen camino y teniendo en cuenta los descansos, la artillería á caballo puede recorrer 5 kilómetros por hora, lo que da trayectos de 30 á 50 kilómetros, según las estaciones. Teniendo en cuenta las condiciones en que se verifican las marchas de concentración, no habrá inconveniente en suponer que por término medio puedan ser, para la artillería de á caballo, de 40 kilómetros, es decir, iguales á las de la caballería; y por tanto, aunque estas armas marchen juntas, no habrá necesidad de que la última disminuya la velocidad. Después de grandes temporales será cuando la artillería encuentre grandes dificultades para la marcha, y á veces tendrá que contentarse con recorrer diariamente un trayecto de 20 kilómetros.

La artillería montada marcha con una velocidad bastante menor que la de á caballo, y en general puede compararse, bajo este concepto, á la infantería; pues como no conviene fatigar al ganado, la marcha debe efectuarse yendo á pie los sirvientes, y, por tanto, al paso. Sin embargo, atendiendo á que se podrán recorrer al trote algunos trayectos, en caso de necesidad puede suponerse que, teniendo en cuenta los descansos, la artillería montada llega á velocidades de marcha de 5 kilómetros por hora, lo que supone 50 kilómetros en una jornada de diez horas, y 30 en una de seis. Cuando se trata de pequeñas jornadas, puede la artillería montada, alternando el paso con el trote, alcanzar velocidades de 6 kilómetros por hora, lo que le permitirá andar en ocho horas 40 kilómetros. Esta velocidad debe reputarse excepcional y de poca aplicación en las marchas que nos ocupan. Cuando los caminos se hallan en mal estado, las marchas han de ser de menor duración, sobre todo para la artillería de posición y de línea, cuyo ganado ha de ejercer mayores esfuerzos. En este caso podrá suceder que sólo se efectúen diariamente 12 ó 15 kilómetros.

En cuanto á la formación de marcha, hay que tener en cuenta la necesidad de que las columnas no sean muy largas, y, por otra parte, que no deben ocupar toda la anchura de la carretera. La infantería debe dejar suficiente paso para que los carruajes puedan cruzarse, y por esta razón debe marchar de á cuatro. La marcha en frentes mayores, además de interrumpir la circulación, se haría fatigosa para los soldados, pues andarían con menos libertad. Por las mismas razones, la caballería no debe tampoco marchar con mayor frente. Ambas avanzan por los costados del camino, dos hombres por lado, dejando expedito el centro.

En cuanto á la artillería, siempre y cuando pueda marchar con dos carruajes de frente, debe de hacerse así, pues con esto se disminuye considerablemente la longitud de las columnas; pero la mayor parte de los caminos no lo permitirían, y será preciso marchar con sólo el frente de un carruaje. Entre cada dos debè de haber 1 metro de distancia. En la artillería montada los sirvientes van á derecha é izquierda de las piezas, y en la de á caballo detrás, entre ellas y el carro de municiones correspondiente. Los carros de sección y forraje van á la cola de la batería. Las marchas de noche deben proscribirse por completo durante este período, pues nada hay que las justifique. Si se necesita acelerar la concentración, se recurrirá á los procedimientos ya dichos, y en época de los grandes calores á dividir la jornada. Esto es preferible á marchar de noche. La naturaleza ha destinado las horas nocturnas al descanso, y todo aquello que la contraría es perjudicial á la salud del hombre. Cuando las necesidades de la guerra lo exijan, no hay más remedio que sacrificarla, como se sacrifica la vida en los campos de batalla; pero cuando no suceda esto, es preciso cuidar de la salud del soldado. El coronel Pierrón dice muy acertadamente: *«La chal ur la plus grande, fatigue moins qu'une marche de toute une nuit car l'insomnie abat les forces. L'expérience nous prouve que pendant la nuit tout devient obstacle: faute de tien voir où on pose le pied, on marche toujours moins vite que de jour.»*

\*  
\*  
\*

Á reserva de tratar especialmente de la conveniencia de un *tren de transportes*, reanudamos aquí *las marchas por líneas férreas* para hacer una cita de nuestro distinguido compañero el ilustrado oficial de Administración Militar D. Eusebio Pascual Bouzá.

Dice el citado escritor con acertada crítica: «.....llevaban los ferrocarriles entre nosotros largos años de explotación comercial, y apenas si eran utilizados militarmente en transportes aislados y tímidas concentraciones primero, hasta llegar, andando el tiempo, á considerarse precisos en los cambios de guarnición, en las operaciones estratégicas, y aun en las maniobras militares.»

Y más adelante, haciendo justicia á la utilidad de esos medios de comunicación, dice:

«Su adopción en todas las campañas ha sido siempre un hecho, estuviera ó no reglamentado el servicio. Ofrecemos elocuente ejemplo de ello y de cuanta participación les cupo en el desarrollo y feliz término de determinadas operaciones trazadas por los generales en jefe, como en la obtención de señaladas victorias: en la Italia en 1859; en la guerra civil de los Estados Unidos del Norte de América (1861-66); en la invasión de Sajonia (1866); en la de Chile y Perú; en la reciente campaña inglesa en Egipto; en la guerra franco-prusiana de 1870, donde, en el espacio de tres días, se transportó de Berlín á Buigen, distantes más de 500 kilómetros, un cuerpo de ejército de 45.000 hombres; y en nuestra pasada guerra carlista, utilizados no sólo por las fuerzas leales, sino hasta por las enemigas, no obstante su carencia de dotes de instrucción y disciplina, pudiendo citar, en prueba, el hecho de ocuparse en 1872 un tren en la estación de Hospitalet (Tarragona), que en poco tiempo las condujo á Salou, desde donde, forzando la marcha á Reus, penetraron en la ciudad sorprendiendo á sus voluntarios y habitantes.»

Siempre han sido los ferrocarriles en la guerra un poderoso auxiliar de los generales en jefe, y en la paz un medio regular y ordinario para los transportes de personal y material.

«En este asunto, como en otros muchos de organización militar—sigue diciendo nuestro distinguido é ilustrado compañero—Alemania, la nación de la idea nueva, de la idea moderna, como la apellidó hace más de treinta años el más elocuente orador de nuestra época, marcha á la cabeza de las naciones europeas. Ya antes de la guerra con Francia, en 1870, todo estaba dispuesto, previsto y calculado; véase lo que en una extensa memoria de su estado mayor, se exponía dos años antes de romperse las hostilidades: «Nuestra movilización está preparada hasta en sus últimos detalles. Disponemos de seis líneas férreas para transportarnos á la región comprendida entre el Rhin y el Mosela; los cuadros de transportes están prontos y permiten á cada cuerpo conocer el día y hora de su embarque y de su llegada. Desde el décimo día los primeros destacamentos pueden embarcar cerca de la frontera francesa; el décimotercio se encontrarán allí reunidos dos cuerpos de ejército. El décimotercio las cifras de nuestras fuerzas se elevarán á 300.000 hombres, etc.» Y en efecto, los resultados todos demostraron cuán acertados fueron aquellos cálculos, hijos del genio creador de la trinidad Guillermo, Molke, Bismark, secundados por sus cuerpos de estado mayor é intendencia.»

«Terminada la guerra, no durmióse la nación alemana sobre sus laureles, y al efecto, basado en la experiencia de 1866 y 1870-91, fué la primera que asentó sobre nuevas bases la reglamentación del servicio de ferrocarriles desde el punto de vista militar, consignándolas en la instrucción de 20 de julio de 1872.»

También Francia, cuya imprevisión en aquella campaña y cuyo descuido en la preparación llevó á sus ejércitos á sufrir fatigas y desastres antes de empezarla; y al fin desastroso de todos conocidos, escribiendo junto á páginas impregnadas de gloria, entre las de Austerlitz y Marengo, otras sombrías y llenas de amargura, como las de Sedán y Metz, ha encaminado sus esfuerzos á remediar tan palmarios defectos, dictando en 1.º de julio de 1874 un reglamento de transportes militares por ferrocarril.

Lo propio han hecho las demás naciones. Italia en 1883, cuyo reglamento anuló por el de 1890; Austria-Hungría en 2 de enero de 1877; y por último, la nuestra, que por primera vez condensa aquellas prescripciones en el de 1891, al que tal vez no sean ajenos los estudios del capitán de Estado Mayor D. Joaquín Sánchez de Ocaña, y con mayor extensión los de los del propio empleo y cuerpo D. José Muratori y D. Joaquín Casás (1).

El actual reglamento publicado bajo el mando del actual Ministro de la Guerra implanta la regulación de los *transportes estratégicos* (2).

De una parte las constantes iniciativas desarrolladas por el Excelentísimo Sr. Teniente general D. Marcelo de Azcárraga en el Ministerio de la Guerra, y de otra su constante atención y estudio á todo aquello que podía producir un señalado adelantamiento al modo de ser de nuestro ejército, á su organización, y la asombrosa movilización llevada á cabo en las últimas campañas, han dado lugar á una brillante reputación en el extranjero, del ramo de Guerra. Entre las ventajas obtenidas no ya hoy, sino algunos años atrás, se encuentra el reglamento que hemos mencionado, que demuestra un verdadero estudio técnico, y está inspirado en las bases de una perfecta y ordenada movilización, si bien no sea este el lugar de hacer su análisis y crítica.

Muchos años pasaron en que la nación permaneció indiferente al progreso que las demás con afán cultivaban, y las consecuencias se hubieran

---

(1) *Revista Militar Española*, 1883 y 1886.

(2) Tercera parte, cap. VII.

hecho sentir fatalmente para España en una guerra internacional, cuando en nuestras mismas luchas intestinas hubimos de lamentar nuestra imprevisión y culpable indolencia.

Sólo un caso citaremos, ocurrido en la última campaña carlista:

Todos recordamos lo estrechamente bloqueada que se hallaba la villa de Bilbao en 1874, tanto que no se sabía en el resto del país lo que dentro pasaba; con razón se daba gran importancia á que los carlistas ocuparan la plaza, é indudablemente hubiera sido para ellos una fortuna apoderarse de Bilbao, pues les iba en ello la adquisición de fuertes sumas que bien habrían menester.

Era, pues, preciso evitar á toda costa que tal cosa sucediera, y como el ejército del Norte, que mandaba el general Moriones, no se consideraba bastante fuerte para atacar al enemigo en sus posiciones, trató el general en jefe de atraer el ejército carlista hacia Estella, simulando un movimiento de avance de su ejército todo sobre Navarra, y una vez conseguido esto, trasladarlo por ferrocarril á Santander, y desde allí, á pie, llegar antes que los carlistas á Somorrostro y ocupar sus posiciones.

Todo al principio marchó perfectamente; el enemigo cayó en el lazo y había grandes esperanzas de que saliera bien la operación, pues el ejército contrario necesitaba cuatro marchas forzadas para volver al sitio de donde partió. Pero al hacer uso del ferrocarril para trasladar las tropas desde la ribera del Ebro á Boó, estación inmediata á Santander, las esperanzas concebidas se fueron disipando como el humo.

La división Primo de Rivera marchó delante, y con más ó menos dificultades llegó á Castro-Urdiales (pueblo de la provincia de Santander, situado sobre la carretera de este punto á Bilbao é inmediato á Somorrostro), ocupando en seguida el carro de la Concepción, pero sin inspirar grandes temores á los carlistas, porque su fuerza era pequeña y el grueso del ejército permanecía en las orillas del Ebro. Llegó el momento de mover este ejército, y la brigada Blanco, que salió la primera de Alcanadre, llegó á Miranda de Ebro felizmente, aunque con algún retraso originado en la salida. Una vez en Miranda, el retraso aumentó, porque como la línea á partir de ese punto es mucho más accidentada y los trenes iban cargados al máximo ó poco menos, fué preciso proceder á dividir los trenes para que las locomotoras pudieran arrastrarlos. Todavía, si no hubiera habido más dificultades, pudiera haberse conseguido lo que se deseaba; pero nuevos retrasos se originaron en el camino, porque no estaba la línea

enteramente libre hasta la estación de llegada. Y esto le sucedió á la primera brigada, que después las dificultades aumentaron, pues llegó el caso de faltar material móvil y faltar todo. En fin, el general Moriones pensó efectuar el movimiento hasta Santander en 24 horas, que no era mucho pedir, y duró cerca de cuatro días; las tropas, es claro, llegaron tarde y las consecuencias fueron terribles.

\*  
\* \*

De un tratadista militar español tomamos las siguientes aplicaciones de los ferrocarriles (1):

Los usos á que se pueden destinar los ferrocarriles en tiempo de guerra son numerosos.

En el período preliminar sirven para la movilización y concentración. Si las reservas están bien organizadas, no hay inconveniente ninguno en que la movilización se haga por los caminos ordinarios. Si cada recluta es avisado inmediatamente, y cada uno de ellos sabe el punto preciso á que debe dirigirse, bien pronto estarán las unidades orgánicas reunidas, y este tiempo corto, de muy pocos días, será el suficiente de que las compañías de ferrocarriles, avisadas por el Ministerio de la Guerra, se hayan preparado para empezar enseguida la concentración.

Ésta se hará rápidamente y en muy buenas condiciones, si á cada empresa se le han fijado los puntos donde debe concentrar el material, para embarcar en cada uno una determinada cantidad de hombres, ganado, etc., y á las unidades orgánicas se les ha marcado una línea para ser conducidas al punto de su destino, y hasta la estación y hora de embarque y desembarque. Sólo de esta manera se puede sacar buen partido de las vías férreas para la concentración; si no todo será desorden, detenciones y hasta pueden ocurrir desgracias, traduciéndose esto en una pérdida de tiempo que en semejantes ocasiones es precioso.

Otro empleo de los ferrocarriles es el refuerzo de puntos aislados; hoy los ejércitos en campaña ocupan una extensión enorme, y algunos puntos de los que ocupe necesitarán por su importancia gran refuerzo en cierto período de la guerra; pues bien, todos esos hombres que han de reforzarlos pueden estar en otros sitios donde sean necesarios, y no

(1) Taylor, 1885.

acudir á los otros hasta el último momento, siempre que haya una línea férrea que permita este retraso.

Sirven también los ferrocarriles para cambiar los ataques de frente con los de flanco y por retaguardia, dada la rapidez con que se pueden mover las fuerzas á quienes se encomienden estas operaciones.

Hasta principios de este siglo era preciso abastecer las plazas fuertes más próximas al enemigo al empezar la guerra, lo que no es conveniente, porque necesitando almacenar grandes cantidades, era difícil se conservara todo en perfecto estado; hoy, hasta el momento crítico no hay que hacer esta operación, gracias á la rapidez con que se puede llevar á cabo.

Cuando un país tiene una extensión considerable de costa que defender, los ferrocarriles pueden economizar muchísimos hombres y gran cantidad de dinero. En esa costa habrá muchos puntos de desembarco, y si en lugar de fortificarlos todos, gastando en ellos millones sobre millones, se tiene una línea férrea paralela á ella y un ejército dispuesto á acudir inmediatamente al punto amenazado, la defensa se hará con facilidad y economía.

Hemos indicado antes el empleo de las vías férreas para transportar material de guerra. Los ejércitos modernos han menester una cantidad inmensa de víveres, municiones, herramientas, ambulancias, etc., y si todo esto se hubiera de llevar por caminos ordinarios, el ganado necesario para ello sería mucho. Sitiada una plaza, establecer un ferrocarril que transporte el material de sitio representa una gran economía de tiempo y hasta de material, aparte de las comodidades que ofrece. Si este transporte se quisiera hacer con ganado, sería necesario poseer una cantidad muy crecida. En el sitio de París poseían los alemanes un camino de hierro que les sirvió para llevar hasta muy cerca de la plaza los materiales necesarios.

Disponiendo de un ferrocarril á propósito, se pueden retirar del campo de batalla los heridos cuyo estado lo permita; haciéndolo así, se evita la aglomeración de enfermos en un mismo sitio, que es muy poco higiénico, y á la ventaja de poderlos diseminar, hay que añadir el alivio que experimenta el que se ve en su país y tal vez al lado de su familia. Esto puede hacerse con una buena organización de vías férreas; alejar los heridos es evitar un conflicto si el ejército á que pertenecen tiene que retirarse; y transportarlos por caminos ordinarios, además

de ser lento, es muy poco higiénico y humanitario, dado que no se podrá disponer de un carro perfectamente acondicionado por cada hombre ó dos inútiles.

Sirven también para establecer comunicación rápida entre la capital del país y la base de operaciones, lo que es una gran ventaja, como es fácil comprender; el general en jefe tendrá que comunicarse con el jefe del Estado para tener en cuenta ciertas condiciones políticas que éste ha de decidir, y una rápida comunicación del Gobierno con el general, da á aquél la facilidad de poder enviar un comisionado de su absoluta confianza para conferenciar, porque tal vez sea el asunto de tanta importancia que expuesto fuera tratarlo por telegrama, aun siendo cifrado.

Expuestas las ventajas generales de las vías férreas, veamos á quiénes son más útiles, si á la ofensiva ó á la defensiva.

En el período de concentración, el ofensor puede en muy poco tiempo reunir en la frontera un crecido número de hombres para empezar inmediatamente la invasión; el defensor puede, á su vez, concentrar grandes fuerzas donde lo juzgue conveniente para oponerse con energía á que el enemigo pase adelante; tan útiles son, pues, al uno como al otro en este período de la campaña.

Pero una vez que el ofensor puso el pie en país enemigo, si quiere continuar sin dejar de utilizar los ferrocarriles del contrario, ha de distraer fuerzas de su ejército si no quiere perderlas, dado lo fácilmente que pueden inutilizarse las del país invadido; mientras que el que se defiende no tiene que ocuparse para nada del cuidado de las líneas férreas, que le permiten comunicarse con la base, puesto que están en su mismo país y á retaguardia.

Expusimos en otro lugar que el transporte de tropas por ferrocarril no siempre era más rápido que haciendo las marchas á pie. La ventaja de su empleo es directamente proporcional á la distancia, puesto que si se tratara de trasladar 120.000 hombres de Madrid á Ávila, por ejemplo, que hay 100 y pico kilómetros; teniendo que perder mucho tiempo en embarques y desembarques y en esperar tal vez la vuelta de los trenes, sería más breve mandarlos á pie, é inversamente proporcional al número de tropas por razones análogas.

De esto se desprende que el ferrocarril es más útil á las naciones grandes que á las pequeñas.

#### EMPLEO TÁCTICO DE LOS FERROCARRILES.

Examinado el empleo estratégico, cumple examinar el táctico; pero como dice el autor antes indicado (1), dentro del campo de batalla el empleo de los ferrocarriles tiene muchos inconvenientes fáciles de comprender.

Acabamos de decir que para pequeñas distancias es inconveniente emplearlos, y las que hayan de recorrer las tropas en los movimientos tácticos serán relativamente muy pequeñas.

Además, dada la facilidad con que una vía férrea se puede destruir, sería muy difícil conservarla en perfecto estado tan cerca del enemigo, que hará cuanto pueda por inutilizarla si le perjudica mucho que se emplee.

Los embarques y desembarques se dificultan bajo la acción del fuego enemigo; un ataque á un tren conduciendo tropas es un grave compromiso para éstas, porque están en muy malas condiciones para defenderse.

Tienen utilidad en el sitio de una plaza, construyendo ramales desde la última estación que exista hasta la línea del cerco.

Los ferrocarriles dan muy buenos resultados fuera del alcance del fuego enemigo, es decir, empleándolos estratégicamente.

#### SU INFLUENCIA EN EL ARTE MILITAR.

En primer lugar, los ferrocarriles aumentan la extensión de los teatros de operaciones, puesto que acortan las distancias, y por esta razón también aumentan la fuerza numérica del ejército; ya dijimos antes de ahora que se pueden desatender ciertos puntos de importancia, siempre que haya una vía férrea que permita llevar á ellos rápidamente las fuerzas necesarias para defenderlos en el momento preciso.

Las plazas fuertes por donde pasan vías férreas que sirvan de líneas de operaciones adquieren una gran importancia en una guerra, puesto que el ofensor tratará de hacerse dueño de ellas, y el defensor de impedir á toda costa que las tome.

La caballería ha ganado también en importancia; á ella se encomendará generalmente la destrucción de un trozo de vía cuando no ha de ser completa, puesto que estas operaciones han de hacerse por sorpresa, y la caballería, por su rapidez, se presta á ello.

(1) Taylor.

La ofensiva ha ganado mucho con la introducción del ferrocarril en la guerra. Si sus reservas están bien organizadas y las vías bien trazadas, puede poner en la frontera una gran cantidad de fuerzas en brevísimo tiempo y empezar inmediatamente la campaña.

La defensiva, en igualdad de circunstancias, puede oponer, por las mismas razones, grandes fuerzas al enemigo, variar con facilidad la base de operaciones, y acumular en un punto dado y con rapidez todos los recursos del país.

#### CONDICIONES TÉCNICO-MILITARES QUE HA DE CUMPLIR UNA RED DE FERROCARRILES.

Una vía férrea trazada atendiendo exclusivamente á las condiciones militares, tal vez fuera de poca ó ninguna utilidad al comercio, y en este caso sería inútil esta línea por improductiva, durante años y años. Al contrario, una vía en cuyo trazado no se tuvieran en cuenta más condiciones que las comerciales, pudiera muy bien ocurrir que no prestara utilidad en caso de guerra, y hasta que fuera altamente perjudicial para las operaciones militares.

Sacrificar el comercio por miras militares, fuera absurdo de todo punto, y desatender absolutamente las condiciones técnico-militares para satisfacer tan sólo las comerciales no lo sería menos. Si el comercio da vida á un país y le hace crecer en riqueza é importancia, el ejército la protege, impidiendo que otra nación, envidiosa de su desarrollo y preponderancia, le arrebatase en un día lo que adquirió en tantos años de asiduo trabajo.

Hay, pues, que combinar estas necesidades cediendo de un lado y otro para que el trazado satisfaga lo mejor posible, tanto á las condiciones comerciales, como á las militares. Una nación que comprenda sus intereses no debe jamás permitir la ejecución de una vía férrea sin que el elemento militar intervenga en su trazado. Vamos á tratar de demostrar que no es indiferente la dirección y demás condiciones técnicas de un camino de hierro (y menos de una red de ferrocarriles), si se ha de atender á la buena defensa del país. Para esto vamos á estudiar las condiciones técnico-militares que ha de satisfacer una red de vías férreas.

Éstas, según su dirección, son: radiales ó transversales. En la primera agrupación se comprenden las que, partiendo de la capital de la

nación ó centro de importancia, van á morir en las fronteras, considerando como tales, no sólo las líneas divisorias que la separan de los países vecinos, sino también las costas. Ejemplos de estas líneas son las que, partiendo de Madrid, van: á Irún, por Ávila, Valladolid, Burgos, Miranda da Ebro y Vitoria; á Barcelona, por Guadalajara, Zaragoza y Lérida, continuando luego hasta Francia; á Valencia, por Albacete; á Cádiz, por Córdoba; á Coruña, por Palencia, León y Lugo; á Portugal, etcétera. Las transversales son las que unen dos puntos de las radiales, como sucede con la de Miranda de Ebro á Zaragoza. Estudiaremos primero las condiciones particulares que el trazado de cada una de estas clases de líneas ha de satisfacer, y luego las generales de una cualquiera.

1.º *Líneas radiales.* Sirven para la concentración en la base de operaciones de los hombres y material; son, pues, verdaderas líneas de operaciones y, por consiguiente, deben estar trazadas de tal manera, que conduzcan lo más rápidamente posible á la base; el ideal sería la línea recta recorrida con gran velocidad. La vía férrea de Madrid á Irún no cumple muy bien que digamos esta condición; para ir á Burgos da un rodeo enorme por Ávila, Valladolid y Venta de Baños.

La condición de velocidad está en gran parte supeditada al país que atraviesa la línea. Si es montañoso, como el nuestro en general, los desniveles serán grandes y las curvas de radio relativamente pequeñas.

Debe haber por frontera una línea radial lo menos; cuantas más haya, con mayor rapidez y facilidad se llevarán á cabo la concentración, abastecimiento, etc., del ejército.

Hay quien opina que estas líneas radiales que se internan en el país vecino, son inconvenientes, porque dicen son otras tantas puertas abiertas para poder entrar en el país propio; esto, en nuestro concepto, no es del todo exacto por varias razones: en primer lugar, es muy fácil destruir una vía férrea ó hacerla inútil retirando el material si es de anchura diferente, como sucede con la vía española respecto á la francesa; además, si la abertura se reduce á la explanación hecha para asentar la vía, difícil será á un ejército entrar por ella sin hacer un afirmado como el de una carretera; la infantería, aunque con mucha molestia, pudiera avanzar, pero la caballería y artillería de ninguna manera. Tan practicable ó más que este camino serán los pasos ordinarios, carreteras tal vez que haya próximas. Aun suponiendo que se pudiera entrar por esta angostura, no será difícil defender el paso con fortificaciones conve-

nientemente dispuestas, si se tuvieran en cuenta ciertas condiciones al hacer el trazado. Por otra parte, las desventajas que pudiera tener esta entrada están compensadas con lo que gana el comercio del país durante la paz, y las operaciones militares en tiempo de guerra. Aún hay más; si ventajosa fuera esa comunicación para una nación vecina, en caso de ser ella la invasora, con esas ventajas se encontraría la otra si tomara la ofensiva.

Es preciso que estas líneas estén perfectamente apoyadas por la gran importancia que tienen durante la guerra; si al hacer su trazado teniendo en cuenta los intereses militares y comerciales, no es posible hacerlas pasar por puntos fortificados que puedan defenderla, preciso será fortificar aquellos que tal papel puedan desempeñar, porque en estas líneas hay depósitos de material conteniendo traviesas, carriles, máquinas, etc., que es necesario poder retirar para que no caiga todo en poder del enemigo, que sacaría gran utilidad de ello. Con el apoyo de una fortificación se pueden conservar intactos hasta el último momento los túneles y puentes de una parte determinada de la vía, lo que es muy ventajoso, porque una precipitación en este asunto puede traer graves consecuencias.

2.º *Líneas transversales.* Ya hemos dicho que son las que unen las radiales. Pueden por su situación prestar grandes servicios, si están en la base de operaciones ó si forman parte de la línea de defensa. La de Miranda de Ebro á Zaragoza sería muy útil si en una guerra con Francia tuviéramos que retirarnos detrás del Ebro, tomando este río como línea de defensa.

Sirven también como líneas de maniobras de gran utilidad en caso de efectuar un cambio de base de operaciones ó de línea de operaciones. Si habiendo, por ejemplo, tomado la de Madrid á Irún como línea de operaciones, se quisiera cambiarla por la de Madrid á Zaragoza, la de este último punto á Miranda de Ebro prestaría grandes servicios para trasladar fuerzas á Zaragoza, pues de no existir, ó se les mandaba á pie ó tendrían que dar la vuelta por Madrid.

Las líneas transversales pueden ser fronterizas, interiores ó litorales.

Las fronterizas, su nombre indica que son aquellas cuyo trazado es próximamente paralelo á la frontera, y no lejos de ella. Una línea que fuera desde Pamplona á Huesca y Gerona, estaría en este caso.

Al hacer el trazado de estas líneas hay que tener en cuenta que, si

se colocan demasiado cerca de la frontera, pueden ser fácilmente destruidas por la caballería enemiga que se retirará terminada su comisión, y este deterioro puede ser de muy malas consecuencias para el país; porque perdida esta comunicación, tal vez no se pueda impedir al enemigo la entrada, por no tener un ferrocarril que concentre fuerzas en el punto preciso. Claro es que si el terreno es muy quebrado, se podrá aproximar mucho más que si es completamente llano.

Las interiores pueden desempeñar el papel de base de operaciones y también el de líneas de defensa, unidas á un obstáculo natural. Ya dijimos que la de Miranda de Ebro á Zaragoza, serviría, en unión del río Ebro, de línea de defensa, una vez perdido todo el terreno desde este río hasta los Pirineos.

Pero hay que colocarlas de cierta manera para que su utilidad sea un hecho cuando haya que echar mano de ellas. Si la citada línea estuviera del otro lado del río, no serviría para nada; al contrario, sería muy útil al enemigo. Si estando del lado que está trazada, se aproximara demasiado al Ebro sin estar protegida por el terreno, le sería fácil al invasor impedir con sus fuegos la circulación de trenes, y entonces de nada serviría este ferrocarril.

Las litorales son las paralelas á las costas, cuya utilidad ya hemos hecho constar diciendo que permiten defenderlas con pocos hombres y fortificaciones. Deben también estar protegidas por el terreno, á fin de que no puedan los buques enemigos bombardearlas, ó hacer un desembarco y destruirlas.

Es indispensable proteger los puntos en que las líneas transversales se unen á las radiales, que suelen ser poblaciones importantes política y militarmente; de no hacerlo así, una vez apoderado el enemigo de una línea transversal, podría correrse hasta un punto de estos, y tal vez continuar por la radial con gran perjuicio para la defensa.

Una vez que hemos hecho ver la diferencia entre las líneas radiales y las transversales, así como su uso y condiciones especiales de su trazado, estudiemos ahora las generales que hay que tener en cuenta al proyectar una vía férrea cualquiera, si se ha de atender á las necesidades militares.

Toda vía férrea es preciso hacerla pasar por los centros productores para tener á mano víveres, municiones, etc., cuya condición no estará en general reñida con las comerciales, puesto que las compañías tendrán

interés en que pasen sus líneas por estos puntos, á fin de hacer producir el mayor interés posible al capital invertido en su construcción.

Al tener que atravesar un desfiladero, sería disponer mal la vía si se la asienta en el fondo del valle, porque habrá dificultad en defenderla desde las alturas, donde será probable haya que colocar las fortificaciones. Lo más conveniente será trazarla á media ladera, y entonces se defenderá bien con las obras que se dispongan en la otra vertiente del valle y fuegos de enfilada.

En la proximidad de las plazas fuertes no debe haber desmontes y terraplenes, porque el enemigo puede servirse de ellos como parapetos y hacen gran daño á la plaza. Si inevitables fueran estas obras, hay que orientarlas de tal manera que desde el recinto puedan ser enfiladas para evitar de este modo todo peligro. La entrada en la plaza no debe nunca hacerse por un ángulo saliente á causa de su debilidad, sino por uno entrante, para poder impedir el avance de los trenes si llega á ser preciso.

En cuanto su trazado, diremos que debe ser lo más corto posible, con desniveles pequeños y curvas de radio muy grande, para que la velocidad sea la máxima que se pueda obtener. Ya hablamos de esto al tratar de las líneas radiales, y excusado es decir que hay que estudiar mucho el asunto, para que no salgan perjudicados, ni los intereses de las compañías que hacen las líneas, ni los militares.

La anchura de la vía es digna de tenerse en cuenta; en Rusia y en España tenemos, de las mayores, 1<sup>m</sup>,670; la de Francia es más estrecha. Haber hecho la vía de diferente anchura, ha sido con objeto de que el material del enemigo no sirva para circular por las vías de su contrario si no se toma el trabajo de modificarlas; y esto, que es una ventaja cuando se está á la defensiva, es inconveniente grave cuando se toma la ofensiva; ejemplo reciente de esto es lo que les pasó á los rusos en la campaña de 1877 á 1878: al penetrar en Rumanía tuvieron que empezar por ensanchar las vías para poder utilizarlas con su material, y esto retrasó mucho sus operaciones.

La diferencia de vía que de nación á nación puede ser ventajosa, no lo es nada dentro de una misma, á condición de no abandonar al enemigo algo de material móvil; pero, aun así y todo, es preferible que todas sean de igual anchura exactamente, con objeto de que el material de una compañía pueda circular por todas las demás. Así, si en una

línea no hay bastantes máquinas y carruajes para efectuar un rápido transporte de tropas, se recurre al material móvil de la línea más próxima en que no haga falta.

Las vías pueden ser dobles, sencillas ó mixtas. Las dobles, tanto desde el punto de vista comercial como el militar, son más convenientes que las sencillas, si sólo se atiende á la rapidez del transporte; pero cuestan mucho más y no siempre se podrán tener. Las mixtas son un término medio; en los trozos más importantes se hace doble la vía, y sencilla en los de menor importancia, conciliando así la economía con la facilidad y rapidez del servicio. Si el tráfico no es suficientemente grande para que las compañías hagan doble la vía, poco, relativamente, costará hacer la explanación y obras de fábrica, como puentes y túneles de la anchura necesaria para el asiento de dos vías. Así, cuando el comercio aumente, el gasto de colocar otra vía será mucho menor que si no se hubiera tomado aquella precaución, pues entonces hubiera sido necesario ensanchar los puentes, túneles y demás obras. Desde el punto de vista militar, también conviene mucho tomar esta precaución, puesto que en tiempo de guerra pudiera en poco tiempo establecerse otra vía donde fuera posible, si las circunstancias obligaran á hacerlo.

Las estaciones también merecen un estudio detenido, porque en ellas han de verificarse el embarque y desembarque de tropas, ganado y material de guerra. Es preciso que una estación tenga suficiente número de vías para que un tren que esté descargando no impida la carga de otro, y ninguno de ellos la entrada y salida de los demás; que tenga los bastantes embarcaderos para la tropa y ganado que la corresponda, así como los aparatos de fuerza para que no haya obstáculo en el embarque, de la artillería por ejemplo; que estos embarcaderos no sólo sean los suficientes, sino que estén, además, bien situados para que la operación de embarcar pueda efectuarse fácilmente, con orden y sin estorbar el desembarque de heridos ó material inútil; que haya, además de los muelles permanentes, rampas y escalones para subir á los coches desde el terreno natural; que haya separación conveniente entre el embarque de las tropas, ganado y material; que, como en tiempo de guerra, los trenes diarios que pasen por una estación excederán al número de los ordinarios en tiempo de paz; que haya lugar para depósitos extraordinarios de agua y carbón; que tenga locales suficientemente grandes para contener el material que en ella haya de depositarse; y, por último, dada la impor-

tancia de una estación, que esté perfectamente defendida, no sea que el enemigo llegue hasta ella inesperadamente é inutilice cuanto contenga.

En cuanto al material móvil, debe haber el necesario y suficiente para que nada falte al echar mano de él; mas como esto sería obligar á las compañías á tener, tal vez, un capital muerto durante la paz, preferible es, sin duda, que todas las líneas tengan igual anchura de vía, y así el de una determinada podrá circular por todas las demás.

#### CAPACIDAD DEL SERVICIO.

Vamos á ver cómo se puede calcular el número de trenes que se podrán expedir de una estación en 24 horas.

Este número es función evidentemente del trazado de la vía y su naturaleza, según que sea sencilla ó doble; del material móvil apto para el servicio; del personal que haya disponible, y hasta del estado de la atmósfera.

Desde luego influye el trazado de la vía, porque si ésta siguiera la línea recta y no tuviera rampas ni pendientes, el viaje se haría con mucha rapidez y con poco material habría bastante, sobre todo locomotoras, que es gran retraso tener que echar mano de las de mercancías para arrastrar trenes de tropas.

Si la vía es doble, los de ida no tienen que esperar la llegada de los de vuelta, así es que pueden partir con un intervalo de 30 minutos, por ejemplo, si este es el tiempo que se tarda en recorrer el espacio que separa las dos estaciones más distantes; porque es muy conveniente evitar que salga un tren de una estación hasta que el que le precedió haya llegado á la próxima, con objeto de evitar una desgracia si el primero tiene que detenerse por cualquiera causa en el camino. Esta precaución no se toma desde el momento en que las circunstancias exijan imperiosamente olvidarla; pero á condición de tomar otras suplementarias.

Si la vía fuera sencilla, y también de 30 minutos el tiempo preciso para recorrer el espacio comprendido entre las dos estaciones más distantes, no podrían partir los trenes más que de hora en hora, porque no solamente tendría uno de ellos que esperar la llegada á la próxima estación del que le precedió, sino, además, á que el de vuelta recorriera el mismo camino, para cruzarse con él en la estación. Si urge el envío de tropas y éstas son muchas, tal vez haya que recurrir á tender otra vía en todos los puntos en que sea posible, para ganar tiempo.

Pero para esto es preciso que haya material suficiente, pues si no ese intervalo de 60 minutos que hemos supuesto en el ejemplo anterior, seaumentará mucho. En efecto, supongamos que en ir y volver al punto de desembarque emplea un tren tres días, y que no hay disponibles más que 360 carruajes; si cada tren ha de llevar 30 coches, por ejemplo, se podrán formar 12; dividiendo setenta y dos horas por este número nos da un cociente 6, es decir, que cada seis horas puede salir un tren.

Suponiendo que haya material suficiente y aun sobrante, si la estación no tiene el personal necesario para atender á todas las necesidades, ó teniéndolo no está suficientemente instruído, se originarán considerables retrasos en la marcha de los trenes.

Aún hay más; si la estación no tiene vías, embarcaderos y aparatos necesarios, de nada sirve que haya material y personal sobrante si se quiere.

Si sólo se dispone del indispensable personal encargado de la tracción para las necesidades ordinarias, al llegar un caso de estos han de trabajar muchas más horas que de ordinario para que no haya retraso alguno por su causa, mas, como hombres que son, necesitarán descanso.

También hay que tener en cuenta el estado de la atmósfera, porque ya sabemos que las nieblas son causa de que la adherencia disminuya, y por lo tanto de que la velocidad decrezca; la nieve puede caer en tal cantidad, que interrumpa la circulación, y el viento ya hicimos ver que era otra causa resistente no pequeña en ciertas circunstancias.

Para determinar la capacidad del servicio, es preciso, pues, haber estudiado el asunto muy detenidamente, teniendo en cuenta todas las circunstancias que dejamos apuntadas.

En cuanto al material, se puede contar con el de otras líneas, introduciendo á lo más ligeras modificaciones, como cortar las chimeneas de las locomotoras, y los estribos de los coches, si los túneles son de menor sección y los puentes más estrechos que los de la línea de que proceden. Hay que tener conocimiento del material que haya en reparación que, por término medio, será un 30 % de locomotoras y un 20 % de carruajes; y como de éste una parte podrá utilizarse con una ligera reparación, es preciso saber á qué atenerse en el momento oportuno.

El personal puede dividirse en tres grupos: servicio de explotación, de estación y de tracción. Al tener que aumentarlo, es posible hacerlo con el del primer grupo, difícil con el del segundo é imposible improvisar el del tercero, como sabemos.

ORGANIZACIÓN MILITAR DE LOS CAMINOS DE HIERRO.

Vamos primeramente á hacer ver la precisión de que el Estado cuente con personal militar perfectamente instruído, para que, en el caso de tener que transportar tropas con apremio, no haya obstáculo ninguno que se pueda oponer si cuenta con material móvil suficiente y buena disposición de estaciones.

La creencia de que es inútil que haya secciones de ferrocarriles en el ejército, alegando que se pueden cubrir las necesidades del momento con empleados civiles, no es del todo exacta en nuestro concepto.

En primer lugar, el número de empleados ha de sufrir un aumento considerable, y, además, no sirve cualquiera para el caso; pero aun suponiendo que el personal de explotación y hasta el de estación pueda aumentarse sin perjudicar al buen servicio, el de tracción no es posible traerle de otras compañías, pues ya hemos hecho constar en otro lugar que no basta conocer la máquina para conducir un tren, sino que es preciso haber recorrido aquel camino muchas veces en unión de un maquinista práctico. Ahora bien, no se puede exigir á las empresas que tengan maquinistas de reserva para atender al servicio en estas circunstancias anormales.

En segundo lugar, suponiendo que el personal fuera suficiente ¿quién garantiza su fidelidad en caso de una revolución ó guerra civil? ¿es lógico exponerse á que por una pasión política ó indiferencia por su parte, se retrase el envío de tropas al lugar donde su presencia es indispensable para mantener la paz del país? Si en estas circunstancias el personal se cruza de brazos, es inútil pedir al ejército hombres que les sustituyan en todas sus funciones, porque, por mucha voluntad que tengan, faltándoles la instrucción lo harán todo tarde y mal. Y entre todo el personal civil el más peligroso es el de tracción; ponerse á ciegas en sus manos es absurdo de todo punto.

Concedamos más; supongamos que todos sean fieles hasta la exageración, circunstancia más ó menos probable en una guerra con otra nación; en este caso, al avanzar el ejército, ó internarse en país enemigo, el servicio del tren presenta peligros serios y no hay que exigir al empleado civil que los arrostre, porque le falta el espíritu militar, ese algo que hace al hombre despreciar la vida con tal de cumplir con su deber. Militarizar el elemento civil de repente, es absurdo; porque el senti-

miento de la obediencia y el tacto en el mando se adquieren como resultado de una larga educación especial que el militar recibe.

Bueno que el empleado civil, si es de confianza y sabe lo que ha de hacer, se utilice dentro del país propio, donde el servicio difiere del ordinario en su aumento; pero donde el peligro comience debe terminar su misión.

Varias naciones, convencidas de la necesidad de organizar este servicio, han hecho detenidos estudios en tiempo de paz, con objeto de que al llegar la guerra no haya nada imprevisto. Digamos dos palabras acerca del resultado de estos estudios que tan interesantes deben ser para nuestro país. Empezaremos por la Francia.

El gobierno francés se ocupó, por los años de 1850 y tantos, del asunto en cuestión, pero de una manera tan deficiente, que hasta que el mariscal Niel dispuso que se estudiaran todas las cuestiones referentes al servicio de ferrocarriles en la guerra, puede decirse que no se hizo nada de provecho. Nombró, al efecto, una comisión compuesta de oficiales generales de Estado Mayor, Artillería é Ingenieros, de un jefe superior de Administración Militar y representantes de las empresas. Pero los trabajos de esta comisión, aunque muy bien llevados y de gran utilidad, no se terminaron ni llegaron á constituir una completa organización del servicio militar de ferrocarriles. Y en tal estado se quedó el estudio, sin que nadie se volviera á ocupar en tal cosa, hasta que los desastres de la guerra de 1870-71 vinieron á castigar tan imponderable descuido. Terminada la campaña, el gobierno francés creó una comisión, por decreto de 4 de noviembre de 1872, compuesta de un general, presidente, jefes de Estado Mayor, Artillería é Ingenieros, Administración Militar é ingenieros de las empresas, que formó un reglamento, aprobado en 1.º de junio de 1874 y modificado después en 27 de enero de 1877. Uniendo á este reglamento el de secciones técnicas de diciembre de 1876 y varias otras disposiciones referentes al servicio militar que tienen relación con el de ferrocarriles, se tiene el conjunto de todo lo reglamentado en Francia á propósito del asunto que nos ocupa.

En el reglamento aludido se dividen los transportes en ordinarios y estratégicos. En los primeros, se determina qué autoridades pueden disponerlos, se detalla las condiciones con que ha de efectuarse la marcha de militares aislados ó en cuerpo y del material de guerra; se dan reglas técnicas concernientes al material de transporte, formación de los tre-

nes, medidas de seguridad, embarque y desembarque, velocidad, etc. En los transportes estratégicos se mueven grandes masas de hombres y material de guerra; se dividen en transportes hasta la base de operaciones y transportes más allá de dicho límite, ejecutándose los primeros por las empresas, bajo la dirección y responsabilidad de la *Comisión superior* ayudada por las *Comisiones de la línea y etapa*, y los segundos por un personal organizado militarmente bajo la dirección de las *Comisiones militares de caminos de hierro y Comandancias militares de etapa*. Se ocupa además el reglamento de los transportes de movilización y concentración, de la alimentación de hombres y ganado, etc., y, aparte de todo esto, da las disposiciones necesarias para las ambulancias, comprendiendo el empleo del material para el transporte de enfermos y heridos, velocidad de estos trenes, etc., etc.

En cuanto al personal, existe en tiempo de paz una *Comisión superior*, que se compone: de un general, presidente; de otro de Ingenieros, vicepresidente, de jefes de Ingenieros, Estado Mayor, Administración Militar y un ingeniero de cada empresa. En cada cuerpo de ejército hay un oficial de Estado Mayor encargado de las relaciones entre la autoridad militar y las empresas, y al lado de cada una de éstas existe una *Comisión de estudio*. Además, se ordena sea nombrado todo el personal que ha de trabajar en tiempo de guerra, á fin de que se instruya, y anualmente se haga una revisión de las listas del mismo para cubrir las vacantes que hayan ocurrido.

En tiempo de guerra, la Comisión superior delega todas sus funciones, ó parte de ellas, en una *Comisión ejecutiva*, que se compone del presidente ó vicepresidente y un individuo facultativo que la Comisión superior elige por votación. Las Comisiones de estudio son reemplazadas por las *Comisiones de línea*, aumentando su personal y hasta su número si fuera preciso. Además, en tiempo de guerra se crean las *Comisiones de etapa*. Esto hasta la base de operaciones; más allá se establece una *Dirección de campaña*, *Comisiones militares de caminos de hierro y Comandancias militares de etapa*, cuyo personal se nombra al empezar la guerra, á excepción del de tres Comisiones militares y dos Comandancias de etapa, que se manda esté constantemente completo en tiempo de paz, para estudiar durante cierta época de cada año una parte de la red francesa, según un programa que da la Comisión superior. Veamos qué papel desempeña cada una de estas dependencias.

La Comisión superior tiene amplios poderes para la organización de los transportes, según las indicaciones del ministro; es el intermedio entre las autoridades militares y el Ministerio, y entre éste y las empresas. Determina la extensión de las funciones de la Comisión ejecutiva y el momento en que ésta debe empezar á obrar, así como el oportuno para que las Comisiones de línea empiecen sus servicios. Á la Comisión superior compete advertir á las empresas la cantidad de material que debe reunirse, las condiciones de marcha de los trenes, con arreglo á los estudios hechos en tiempo de paz; es, en una palabra, la que garantiza que todo esté pronto para la ejecución en el momento oportuno.

Las Comisiones de estudio se ocupan (con arreglo á instrucciones de la Comisión superior) de la elección de itinerarios, del número de trenes diarios, del de máquinas y vehículos disponibles, de la organización de las estaciones de llegada y partida, de las marchas que deben hacerse por carretera, etcétera, etc.; todo con arreglo á una hipótesis que hace la Comisión superior.

Las Comisiones de línea vienen á ser agentes de inspección de la superior, á la que dan parte diario. Deben asegurarse de si los jefes de las tropas que se concentran han recibido las órdenes de marcha; si el material de transporte se ha reunido con oportunidad; si los medios de embarque y carga, así como los aparatos telegráficos y de iluminación, existen en número suficiente en las estaciones; en caso de accidente, deben tomar las disposiciones convenientes para que las operaciones no se interrumpen, y avisar á las autoridades militares competentes las alteraciones que se hayan introducido en la salida, marcha y llegada de las fuerzas.

La acción de las Comisiones de etapa es puramente local, y el funcionario militar tiene en la estación el carácter de gobernador militar de una plaza, debiendo obedecer los jefes de las fuerzas todas las disposiciones que dicte para el mantenimiento del orden: instala las guardias que convenga; da dirección á los individuos sueltos que vienen á embarcarse; cuida, á la llegada de las tropas, de que el desembarque y salida se haga con orden, y las indica, según las noticias recibidas de la superioridad, el punto á que deben dirigirse. Las Comisiones de etapa reciben instrucciones de las de línea ó, en casos urgentes, de la central directamente; deben atender á la distribución de víveres y á los cuidados que deban tenerse con los enfermos y heridos, y ocuparse del alojamiento de las tropas que se detengan.

La Dirección de campaña de ferrocarriles se compone de un jefe, un ingeniero de caminos de hierro, un jefe de Ingenieros (comandante de las tropas especiales de ferrocarriles), otro de Artillería, un funcionario de Administración Militar y varios oficiales de diferentes armas y empleados de las empresas. Se entiende directamente con la Comisión superior al objeto de poder pedir personal y material, y poder comunicarse los cuadros de marcha de trenes á un lado y otro de la base de operaciones. Deben tener conocimiento ambas dependencias de los puntos en que existan desperfectos, de los trenes preparados para eventualidades, así como de las modificaciones que se hagan en la explotación. También se comunica constantemente con las Comisiones de etapa de las estaciones de transición, es decir, de las estaciones en que termina la explotación por las empresas y empieza la militar; y aunque las Comisiones de etapa reciben instrucciones de las de línea, deben, sin embargo, obedecer las órdenes que bajo su responsabilidad dicte la Dirección de campaña.

Compónense las Comisiones militares de caminos de hierro de un jefe, presidente; un oficial de Ingenieros, comandante de las tropas de ferrocarriles; otro de Administración Militar, y un ingeniero de caminos de hierro; además hay un destacamento de las tropas antes citadas, otro de personal de las empresas afecto al servicio militar y otro de gendarmería. El jefe de la Comisión militar tiene á sus órdenes fuerzas suficientes para la protección de la vía y trenes. Estas dependencias, que reciben órdenes de la Dirección de campaña, están encargadas de la explotación militar de la red y, por consiguiente, cuidan de todo lo relativo á muelles, apartaderos, almacenes, etc., vigilan el movimiento de los trenes regulares y de los extraordinarios en las secciones que tienen á su cargo. Son de su incumbencia los trabajos de construcción, reparación y destrucción de la vía y obras de fábrica, así como de proteger, con las fuerzas de que dispone la vía, edificios y trenes.

El personal que compone las Comandancias militares de etapa es el siguiente: un oficial, comandante militar; un jefe de estación elegido entre el personal de las tropas de ferrocarriles; un individuo de Administración Militar; los escribientes necesarios, y un destacamento de tropas y gendarmería á las órdenes del jefe. La misión de las Comandancias de etapa es puramente local, y está bajo las inmediatas órdenes de la Comisión militar de caminos de hierro.

En el año 1876 se formó el reglamento de las secciones técnicas, de donde sale el personal que ha de ejecutar lo antes expuesto.

Con los ingenieros, empleados y obreros de las seis grandes compañías de ferrocarriles franceses, se han formado ocho secciones técnicas, cada una de mil y pico hombres, organizados militarmente desde el tiempo de paz, á las órdenes del ingeniero jefe del servicio, y bajo la dirección superior del ingeniero jefe de la explotación. El reglamento de estas secciones, aprobado según dijimos en 1876, se ocupa en las cuestiones de administración interior, jerarquías, subordinación y disciplina, sin olvidarse del uniforme que en tiempo de guerra deben usar, que será el mismo que el de los ingenieros militares. Á pesar de la creación de estas secciones técnicas, no han podido prescindir del cuerpo de Ingenieros militares y se les da entrada en las Comisiones de campaña.

Nuestra misión de exponer la organización de los ferrocarriles en Francia, desde el punto de vista militar, ya está terminada, y era cuanto nos propñíamos hacer. La crítica la han hecho ya hombres de gran valer y profundos conocimientos en el asunto. Sólo nos permitiremos repetir lo que el reglamento francés confiesa: que falta mucho que hacer, como así es en efecto.

En Alemania existía, antes de la guerra con Francia, una organización militar de ferrocarriles tan buena como la que al cabo de muchos años de aquella campaña tenían los franceses.

El primer reglamento de transportes se publicó en mayo de 1861, apareciendo al mismo tiempo instrucciones para el transporte de enfermos y heridos, embarque y desembarque de tropas y material de guerra, etc. Se ocuparon en todo lo esencial, y no han cesado de trabajar en el asunto para corregir los defectos que notaron durante la última campaña en que tomaron parte. Sin detenernos á estudiar las modificaciones sucesivas, vamos á dar una idea de cómo está organizado en Alemania el servicio de ferrocarriles para el caso de una campaña, según el reglamento puesto en vigor el 20 de julio de 1872.

La *Inspección general del servicio de etapas y caminos de hierro*, está encargada de atender á las necesidades de la guerra, es decir, administrar militarmente el territorio enemigo conquistado; instalar y proveer los almacenes, los lazaretos, los depósitos; crear los caminos de etapa y atender á su seguridad; vigilar el país con ayuda de las guarniciones y columnas volantes; organizar y reglamentar el servicio de transportes,

etcétera. Al frente de esta dependencia se coloca un *Inspector general*, que sigue al cuartel general y tiene la dirección de los servicios siguientes: servicio de etapas, servicio de caminos de hierro, administración militar, servicio sanitario, de campaña y el de telégrafos y correos. Ejerce esta dirección con arreglo á las instrucciones que recibe del jefe de Estado Mayor del ejército, y para atender á las necesidades de los servicios que dirige, existe para cada uno el personal necesario y suficiente á las órdenes de un jefe director, que es responsable de la buena ejecución de la especialidad de que está encargado.

Prescindiendo de todos los demás servicios, sólo nos ocuparemos del de caminos de hierro, que es el único que cabe en estos apuntes.

En tiempo de guerra, la autoridad responsable del servicio de ferrocarriles es el *jefe de servicio de caminos de hierro* que depende del inspector general ya nombrado más arriba. Es un oficial general ó superior que pone en práctica las medidas que toma el Estado Mayor general para los transportes de movilización y concentración. En el teatro de la guerra se ocupa en el empleo de las líneas, atendiendo á su entretenimiento y á la construcción de nuevos trozos, si fuera necesario; asegura la explotación de estas líneas, y atiende á los transportes militares que hayan de efectuarse por los caminos de la nación; dispone del material de las líneas nacionales y extranjeras que hayan sido ocupadas, así como de las tropas de ferrocarriles. Tiene á su lado un estado mayor compuesto del personal necesario, y bajo sus órdenes directas las dependencias siguientes:

1.<sup>a</sup> Las *direcciones militares de caminos de hierro* que se crean en tiempo de guerra (una ó varias). Su misión principal es organizar y dirigir la explotación de las líneas ocupadas al enemigo, así como la de aquellas líneas del teatro de la guerra que pidan auxilio al elemento militar con este objeto. Cada director militar de caminos de hierro dispone de los siguientes elementos: su estado mayor particular, una intendencia con servicio de subsistencias y caja de guerra, una sección de transportes, otra de explotación, un cierto número de inspecciones de explotación y tropas de ferrocarriles. Cada una de estas dependencias cuenta, por supuesto, con el personal necesario para la buena ejecución del servicio que se les encomienda.

2.<sup>a</sup> La *sección de caminos de hierro del Estado Mayor general*, cuyo jefe depende directamente del jefe de servicio, y al cual reemplaza cuando las circunstancias lo exigen. Constituye una autoridad central, encargada

de arreglar, por el intermedio de los *comandantes de línea*, los transportes militares por las líneas que no se encuentran en el teatro de la guerra y que son explotadas por su propia administración, es decir, por las líneas no dependientes de una dirección militar de caminos de hierro.

3.<sup>a</sup> Las *comandancias de línea*, que permanecen en el interior del país y que dependen directamente del jefe de la sección central de caminos de hierro del Estado Mayor general, toman, desde el principio, las medidas necesarias para los transportes de movilización y concentración, de acuerdo con los delegados de las líneas férreas comprendidas en su red. Tienen, además, la misión de diseminar los enfermos y heridos que les envía la comisión del transporte de enfermos, y para ello deben estar enterados los jefes de las comandancias del número de plazas disponibles en los hospitales del país.

4.<sup>a</sup> Las *comandancias de estación*, cuya misión es prescribir las medidas militares y de policía para mantener el orden dentro de la estación y en las inmediaciones, á fin de que el servicio de explotación no sufra alteración alguna, y atender á las necesidades de los pasajeros, sean hombres, sea ganado, según las instrucciones que reciba de la superioridad, pero sin intervenir para nada en el servicio técnico, reservado al jefe de la estación.

Durante la campaña de 1870-71 se reconoció la necesidad de introducir modificaciones en la organización de las secciones técnicas, constituyéndolas bajo un pie más militar, y en 1871 se creó ya un batallón de ferrocarriles compuesto de cuatro compañías. Más tarde ha ido Alemania aumentando el número de tropas considerablemente, aprovechando los recursos que ofrece el servicio obligatorio, hasta contar algún autor 15 compañías entre las de construcción y explotación, y afirmar algún otro que, en caso de una campaña, puede disponer aún de más fuerza. Sea de ello lo que quiera, el papel en campaña de las compañías de construcción es reparar las destrucciones causadas por el enemigo que se retira, construir líneas nuevas y destruir las que se hayan de abandonar. El de las de explotación substituir al personal civil para explotar las líneas próximas al ejército de operaciones.

Durante cierta época del año tienen estas compañías clases teóricas, para las que se han publicado textos especiales. Pero no considerando esto suficiente, se destacan las compañías para tomar parte en los trabajos emprendidos por las administraciones de caminos de hierro, sobre todo

cuando hay un desperfecto ocasionado por inundación, descarrilamiento, etc, y de este modo los ingenieros de las empresas ven palpablemente la utilidad de estas fuerzas y se hace reinar la armonía entre el personal militar y civil de ferrocarriles. Cuando no se emplean en esta clase de operaciones, tienen escuela práctica, en la que hacen trabajos de día y de noche, procurando ponerse en los casos particulares que puedan ocurrir en campaña.

Aún hay más; se ha construído por las tropas de ferrocarriles una línea desde Berlín al polígono de artillería del bosque de Hummersdorf, de 46 kilómetros de longitud, servida única y exclusivamente por individuos de ferrocarriles militares, desde el cargo de director hasta el del último factor, y para que la práctica sea completa se ha abierto al público esta línea. En el servicio de ella se relevan periódicamente bajo la base de que una compañía ha de servir por completo la línea toda.

Los soldados se eligen entre aquellos cuya ocupación haya sido la de ferrocarriles, ó cualquiera otra que pueda ser de utilidad para el caso.

Estas compañías sirven de mucho á las reservas, que no carecerán de personal idóneo tal cual están organizadas, porque en ellas existirán los que hayan pertenecido á este instituto en otro tiempo.

El fin práctico de estos servicios, tan bien entendido por los alemanes, hace esa organización inferior á la francesa, donde predomina por excelencia la teoría.

(1) Los ferrocarriles pueden prestar y prestan grandes servicios durante la movilización y la concentración: en este período preparatorio de las operaciones, cuando se trata de grandes ejércitos que deben moverse en extensos territorios, el buen empleo de una red de ferrocarriles convenientemente dispuesta puede dar por sí solo la ventaja de la iniciativa. Por esto, las grandes potencias miran con especial predilección el desarrollo de las comunicaciones férreas, que si en la paz favorece el comercio, la industria y la agricultura, en la guerra puede contribuir poderosamente á la victoria. Pero cuando se comprenden las verdaderas operaciones estratégicas y el enemigo se halla próximo, el empleo de los ferrocarriles debe hacerse entre ciertos límites. La marcha de tropas por vía férrea no es conveniente por lo general en este caso; en primer lugar, porque conviene que se hallen siempre en disposición de combatir, y las tropas que van

---

(1) Banús y Comas.

en un tren no satisfacen á esta condición; en segundo lugar, porque no pueden llevarse las fuerzas concentradas; finalmente, como tales vías de comunicación son fáciles de destruir, puede acontecer que los trenes se vean detenidos y las tropas no puedan continuar la marcha. En país enemigo, y aun en país amigo, cuando el adversario esté próximo, no hay más remedio que ejecutar las marchas á pie, con todas las prevenciones que en otro lugar exponremos. Unicamente en casos excepcionales, cuando convenga reforzar con algunas tropas un punto lejano é inopinadamente atacado, será cuando puede usarse el ferrocarril para el transporte de las tropas, pero siempre exponiéndose á hallar la línea cortada y á tener que terminar la marcha á pie. Bajo este concepto, los ferrocarriles en nada han cambiado el aspecto de las operaciones estratégicas, que se ejecutarán como siempre. Si se creyere que los caminos de hierro pueden servir para concentrar las tropas en los campos de batalla, se caerá en gravísimo error. Su acción, como dice Rustow, es intermitente, y cuando se trata de que en poco tiempo se concentren muchas tropas en una pequeña extensión de terreno, no se podrá obtener por medio de ellos, tanto más cuanto que siendo dicho terreno de escasa superficie, sólo se podrá disponer para desembocar en él de una vía férrea. Además, cuando las tropas se aproximan al enemigo las jornadas son cortas, los movimientos con frecuencia indecisos y siempre cautelosos, y para andar 20 kilómetros en un día no hay necesidad de emplear el ferrocarril. Finalmente, las tropas que llegaran á un campo de batalla en vía férrea, es muy posible que fueran sorprendidas por el enemigo en el acto del desembarco, es decir, cuando se hallan en mala situación para contener el choque. Todas estas razones, que como puede verse no son pocas ni de escaso valor, impiden el empleo de las vías férreas para el transporte de grandes masas de tropa en el teatro de operaciones.

Respecto á los pequeños destacamentos la cuestión es muy distinta, siempre y cuando éstos sean de tal fuerza que puedan ser conducidos por dos ó tres trenes formando convoy. Entonces desaparece el inconveniente debido á la intermitencia y á la diseminación de fuerzas. Este empleo de los ferrocarriles puede facilitar muchísimo la ejecución de las operaciones, relativas á la guerra en pequeño, como son sorpresas, emboscadas, ataques imprevistos, refuerzo de puntos lejanos, y substituirán algunas veces á las marchas rápidas ejecutadas en carros. Pero tales operaciones, fáciles de ejecutar en país propio y á retaguardia del núcleo de las fuer-

zas, tendrán ya mayores dificultades en país enemigo, en que á cada momento pueden las líneas ser cortadas por partidas de pequeña fuerza, difíciles de batir.

Si los caminos de hierro situados en el mismo teatro de operaciones no facilitan por lo común el transporte del personal, no sucede lo mismo cuando se trata del material de guerra y aun de cierta clase de personal, enfermos y heridos. Antes, reunir en las plazas situadas en las bases de operaciones, víveres, vestuario, municiones y en general todo el material necesario para la marcha de los ejércitos, era problema difícil; retirarlo, poco menos que imposible, resultando que en caso de derrota era casi todo él presa del adversario. Hoy las condiciones son muy distintas, las vías férreas permiten transportar fácilmente grandes cantidades de material de todas clases. Este material, reunido en puntos convenientes y á poca distancia del grueso del ejército, facilita las operaciones y muchas veces es el único medio de alimentarlo en países pobres. Así, pues, la gran ventaja de los caminos de hierro consiste principalmente en que constituyen un medio fácil para proveer al ejército de todo cuanto necesite, sin que sea necesario acumular previamente en unos cuantos puntos gran cantidad de material de guerra. Un ejército español que invadiese el país vecino, tan fácilmente recibiría el material depositado en Barcelona como el de Cádiz. Fuera, sin embargo, grave error creer que con los caminos de hierro podían suprimirse por completo los demás medios de transporte y que los trones de transporte resultaban innecesarios. Las estaciones en que se desembarca el material destinado á un ejército, no pueden estar muy próximas al enemigo, pues correría aquél grave peligro, sobre todo en caso de retirada. Por otra parte, cuanto más próximo está el adversario, menos puede contarse con el empleo de las vías férreas, porque corren más peligro de ser destruídas; finalmente, no es posible que haya una vía férrea para cada columna del ejército; de aquí la necesidad de carruajes que sigan siempre al ejército y constituyan el tren permanente de transportes, y otros, generalmente obtenidos por requisiciones, que ligen el tren permanente con las estaciones depósitos de material.

Si las vías férreas sirven para facilitar el avituallamiento de los ejércitos, también les prestan grande utilidad para desembarazarles de los elementos que les estorban, heridos, enfermos, prisioneros. Desde el punto de vista higiénico y humanitario, el empleo de las líneas férreas para transportar enfermos y heridos, es, sin duda, un progreso considerable;

antes se acumulaban estos desdichados en hospitales mal preparados, en donde no era posible que se hallaran bien asistidos y en cambio se desarrollaban enfermedades que contribuían tanto ó más que las mismas heridas á las defunciones. Cuando para evitar tales inconvenientes, los heridos se transportaban á distancias, este transporte se hacía en condiciones detestables, ya por el mal estado de los caminos, ya por la mala disposición de los carruajes. El empleo de las vías férreas, al mismo tiempo que permite diseminar á los enfermos, facilita y hace más cómodo el transporte. En cuanto á los prisioneros no hay tampoco que insistir en las grandes ventajas que encuentra el ejército desembarazándose de ellos y los mismos prisioneros en efectuar la marcha en camino de hierro.

Cuando se sitia una plaza, también dan los caminos de hierro grandes facilidades, permitiendo el rápido transporte hasta cerca de ella, de los elementos que forman el tren de sitio y de la inmensa cantidad de municiones necesarias para esta operación de guerra.

En resumen, la gran ventaja que los ferrocarriles proporcionan es la fácil y rápida comunicación entre el ejército y el país; un ejército situado á 200 kilómetros de la frontera distaba antes de la madre patria ocho jornadas por lo menos; hoy sólo dista de ella doce horas á lo más. Esta circunstancia, que á primera vista parece no tener más que valor material, es, desde el punto de vista moral, de gran valía, porque el hombre no mide las distancias solamente por su longitud, sino por el tiempo necesario para recorrerlas; en la guerra, cuando los peligros y las privaciones son grandes, es para el militar altamente consolador tener fáciles y rápidas comunicaciones con las personas á quienes le ligan vínculos estrechos, y aun aquellos que sólo dejan en la patria amigos ó parientes lejanos, se complacen en poderse comunicar con ellos fácilmente. Por esto, el ánimo de los que se hallan encerrados en una plaza, padece considerablemente, y esto produce el desaliento moral que más ó menos tarde se apodera de las tropas sitiadas.

El movimiento expansivo que anima á las sociedades modernas, hace más necesarias que nunca las comunicaciones, y como en tiempo de paz se acostumbran los individuos á estar en relación con las personas que más distan de ellos, durante la guerra estas comunicaciones son más necesarias que en otros tiempos. Por otra parte, la constitución de los ejércitos modernos, íntimamente unidos al país de que forman parte, establece entre el militar y la patria fuertes vínculos, y si el ejército ansía á cada

momento recibir noticias de la madre patria, ésta no siente por su parte menor necesidad de ello. Finalmente, las entrevistas entre los jefes del ejército y los del gobierno se facilitan por medio de las vías férreas, y en casos extraordinarios pueden tener ambas autoridades conferencias verbales, en las que los graves y delicados asuntos que la guerra origina, se tratan así en mejores condiciones que por escrito.

Son, pues, muchas las ventajas morales y materiales que el empleo de las vías férreas proporciona á los ejércitos. Pero estas ventajas no se obtienen sino á costa de algunos inconvenientes. En primer lugar, la explotación de las vías férreas en tiempo de guerra exige que se cuente con multitud de personal técnico cuya organización no deja de presentar dificultades; los jefes y oficiales que han de hacer uso de estas vías de comunicación necesitan conocimientos, por lo menos elementales, para sacar de ellas partido. La esfera de acción de los ejércitos, ya de por sí dilatada, se extiende más y más con la entrada de este nuevo elemento, cuyo manejo, así por los elementos técnicos que en él intervienen como por su fragilidad, presenta no pequeñas dificultades.

Por otra parte, dada la utilidad que las vías férreas proporcionan, es evidente que el adversario procurará destruirlas é impedir su uso, y de aquí la necesidad de estudiar detenidamente el mejor sistema para protegerlas y la de destinar tropas no escasas con el mismo objeto. Este problema, íntimamente ligado con la organización de las líneas de etapa, encontrará en otro lugar detenido examen; pero desde luego puede comprenderse que la necesidad de guardar las vías férreas y explotarlas metódicamente, da lugar á no pequeñas dificultades. La necesidad de conservar en buen estado las vías férreas que atraviesan el territorio enemigo, obliga con frecuencia á tomar, con respecto á los habitantes, medidas de extraordinario rigor, y puede imprimir á la guerra un carácter feroz. Así y todo, no siempre será posible valerse de ellos, y buen ejemplo es lo que sucedió durante la última guerra civil, si bien es cierto que los carlistas, para obtener el fin deseado, cometieron incalificables atropellos.

En cuanto á los inconvenientes á que pueda dar lugar el mal empleo de los caminos de hierro, claro es que no deben imputárseles, porque todos los elementos que el hombre emplea, ya en paz ya en guerra, dan buenos resultados cuando se los emplea convenientemente, y malos cuando se los usa torpemente. Racionalmente, nunca debe hacerse responsables á los elementos inmateriales de las faltas cometidas por el elemento racional: el

hombre. El general que, basado en la rapidez de marcha de los trenes, la utiliza para mover constantemente sus tropas sin sujeción á plan alguno, comete una gravísima falta; pero el que así obrara, es de suponer que también cometería errores, aun cuando las tropas marcharan á pie. En la guerra de 1866 la infantería sajona emprendió desde Theresienstadt la marcha en ferrocarril para ser conducida á Przelauetz; pero cuando habían partido ya nueve trenes, el príncipe de Sajonia recibió orden de reunir sus tropas al cuerpo de ejército de Clam-Galles, situado en la línea del Iser. Las tropas sajonas, que aún no se habían embarcado, marcharon directamente hacia dicha línea; pero las restantes tuvieron que efectuar en ferrocarril una marcha retrógrada, originándose de aquí pérdida de tiempo debida á la indecisión que reinaba en el cuartel general austriaco. Los elementos que en la guerra se emplean exigen tanta más atención cuanto más complicados son en sí; y á la manera que el hombre puede ser más perjudicial á sus semejantes cuanto más talento pone, si lo emplea en el mal, así también cuanto más perfeccionado es un medio de acción, puede producir mayores trastornos si se emplea indirectamente.

El vapor tiene todavía en la guerra otra aplicación importante, y es la que se hace á los transportes marítimos. Cuando las escuadras necesitaban el concurso del viento para moverse, toda combinación entre ellas y el ejército era difícil y expuesta á un fracaso. No podía calcularse de antemano, ni aun con aproximación, el momento de la partida ni la duración del viaje. De aquí que fuera difícil ejecutar desembarcos en países enemigos, abastecer los ejércitos próximos á las costas y burlar la vigilancia de las escuadras contrarias. Hoy las circunstancias han cambiado por completo. Para poder efectuar expediciones marítimas no es indispensable tener superioridad numérica en buques, porque puede burlarse fácilmente la vigilancia del contrario, toda vez que las rutas que suelen seguirse no estando íntimamente ligadas á la dirección de los vientos, son más numerosas. Por la misma razón, las comunicaciones entre el ejército expedicionario y la madre patria se facilitan. Si á fines del siglo pasado la marina de vapor hubiera sido conocida, quizá la expedición francesa á Egipto hubiera producido mejores resultados.

El empleo del vapor facilita las sorpresas de las costas enemigas, y obliga, por tanto, á tomar mayores precauciones para guardarlas, facilita las demostraciones á puntos lejanos del teatro de la guerra y los ataques á las colonias. Todas estas cuestiones están íntimamente ligadas con la de-

fensa de costas y en general las operaciones combinadas entre el ejército y la escuadra. En estas operaciones pensamos ocuparnos más detenidamente en otro lugar.

Aunque no tan importante como las anteriores, tiene el vapor otra aplicación valiosa, cual es el empleo que de él se hace en las locomotoras para caminos ordinarios, locomotoras que acortan los convoyes y reducen su número; doble ventaja que permite economizar el ganado necesario para el transporte de los carruajes, el personal destinado á conducir dicho ganado y disminuir las fuerzas destinadas á la protección de los convoyes. Estas ventajas, que á primera vista parecen triviales, no lo son, sin embargo. Una de las mayores dificultades que en la guerra se presentan, es la adquisición de ganado para los transportes. Aparte de esta dificultad hay otra todavía: la de mantenerlo, cuidarlo y reemplazar las numerosas bajas que experimenta. Aun en los países en que el ganado abunda, no se evita el inconveniente del gasto que su compra y manutención exigen, así como la necesidad de transportar alimento para el mismo, pues no siempre podrá el país proporcionarlo, y más si se atiende á que marchando los carruajes á retaguardia, es de presumir que las tropas hayan agotado sus recursos. Aparte de estas dificultades, existe la longitud que adquieren los convoyes, pues aun suponiendo que sólo se trate de transportar 100 toneladas y que cada carruaje con seis caballerías puede conducir 1'5, máximo que casi nunca se conseguirá, serán necesarios 70 carruajes, cada uno de los cuales ocupará una longitud de 15 metros próximamente, y atendiendo á los intervalos que deben existir entre los carros, resultará un convoy de 2 kilómetros, pues raras veces podrán marchar dos de frente y dejar anchura para los carruajes y tropas que vayan en sentido contrario; tal convoy exige por lo menos 210 conductores.

Ahora bien; suponiendo que se empleen para el transporte con locomotora carros de igual longitud que para los transportes ordinarios, como se suprime el ganado, cada carro sólo ocupará próximamente  $\frac{1}{3}$  de la longitud.

Para conducir cada una de las partes en que se divida el convoy, se necesitarán tan sólo un maquinista, un fogonero y á lo más 10 hombres para las maniobras. Un convoy conducido por ganado sólo puede andar al día diez ó doce horas á lo más, mientras que los conducidos por locomotoras pueden caminar constantemente. Cierto es que estos convoyes necesitan agua y combustible, pero los de ganado necesitan en cambio alimen-

to y alojamientos para las caballerías (1). Tales convoyes no están exentos de inconvenientes, como el estar parados si la máquina se descompona, y la necesidad de tener personal instruido para su manejo; pero tales inconvenientes son de poca monta comparados con sus ventajas, y desaparecen por completo, teniendo en cuenta que su uso no excluye el de los convoyes ordinarios. Para el transporte de los parques de sitio y de las municiones, víveres y vestuario que forman los parques de reserva, pueden ser estos convoyes de grande utilidad. Su principal ventaja consiste en que, lo mismo que las vías férreas, facilitan los movimientos de los ejércitos y evitan la acumulación de materiales próximos al enemigo.

\*  
\* \*

La defensa de un Estado exige una buena red de comunicaciones, en particular de vías férreas, en cuyo trazado no basta atender á condiciones puramente industriales y comerciales, hay que dar cabida y en no pequeña escala á las políticas y militares. Las vías férreas que hoy tienen en la guerra capital importancia, pueden clasificarse en dos grandes grupos: las radiales, es decir, las que se dirigen desde el centro del país (en general la capital) á las fronteras, y las transversales, que sirven de lazo de unión á las anteriores.

Encarecer la importancia de las vías férreas, no es en modo alguno necesario, toda vez que la concentración de fuerzas es el principal elemento de victoria, y dichas vías facilitan los movimientos.

El general Pierrón dice: «los caminos de hierro constituyen el instrumento de defensa más poderoso. Tienen sobre las plazas fuertes la inmensa ventaja de favorecer la concentración de fuerzas, mientras que las fortalezas las diseminan y las inmovilizan en puntos inertes, situados frecuentemente fuera de la zona de operaciones decisivas, y sus guarniciones no pueden ser llamadas hacia cualquier punto, pues carecen de medios de transporte por carreteras, de ambulancias, de parques móviles, etc. Los caminos de hierro contribuyen, además, á desarrollar la riqueza del país

---

(1) No necesitan más detenciones que las necesarias para proveer la locomotora de agua y combustible y limpiarla. Lo que exige relevos es el personal.

en tiempo de paz, mientras que las plazas fuertes son costosas, tanto por lo que se refiere á su construcción, como á su entretenimiento.»

Claro está que la comparación anterior no puede admitirse en absoluto, y en nuestro concepto lo mejor es atenerse á una prudente combinación de las vías férreas con las plazas fuertes ó fuertes aislados. Ambos elementos se auxilian mutuamente, y así como el empleo de las vías férreas permite el fácil abastecimiento de las plazas fuertes, así también éstas vedan al enemigo la posesión, ó por lo menos la explotación de aquéllas. Ciertamente es que esto último puede conseguirse sin necesidad de la fortificación y con sólo destruir obras de fábrica de importancia. A esta solución parecen inclinarse el general francés ya citado y el teniente coronel de ingenieros prusianos Heyde. Este último dice: «Después de la guerra de 1870-71, cuando fué preciso examinar si era conveniente una modificación en el sistema defensivo, se adquirió en Alemania el convencimiento de que era inútil construir fuertes barreras *sólo con el objeto de interceptar las vías férreas*, pues puede llegarse al mismo resultado destruyendo las obras de fábrica; este procedimiento, igualmente eficaz, tiene, además, la ventaja de no debilitar el ejército de campaña, y además la de no dificultar el desarrollo de las vías férreas.»

Es preciso tener en cuenta, sin embargo, que no siempre convendrá destruir las obras de fábrica, ya porque convenga conservarlas para el caso de poder tomar la ofensiva, ya porque su reparación puede ser á veces costosísima. Por otra parte, no cabe duda de que si las obras de fábrica, por lo menos las más importantes, se hallan defendidas, el enemigo no podrá destruirlas, lo cual, por las razones ya expuestas, puede ser muy ventajoso. Además pueden establecerse las fortificaciones que defiendan las vías férreas de modo que cumplan otros cometidos; y como estas fortificaciones se hallarán casi siempre en puntos de importancia geográfica ó topográfica, que la mayor parte de las veces serán pasos obligados para los caminos de hierro, no habrá que violentar el trazado de éstos. Finalmente, puede acontecer que haya ciertos puntos que convenga vedar á la explotación enemiga, y no existiendo en ellos obras de fábrica, habrá que recurrir á la fortificación.

Es, pues, necesario combinar entre sí estos dos elementos de defensa de las vías férreas, que son: destrucción de las obras de fábrica y fortificaciones, atendiendo, por un lado, á la economía de dinero y fuerzas, y por otro, á proporcionar al ejército propio las mayores facilidades para conser-

var la línea, y oponer al enemigo las más grandes dificultades para explotarla, no perdiendo jamás de vista la idea de que las fortificaciones destinadas á la defensa de las vías férreas, conviene que cumplan con otro cometido importante, dado el sistema defensivo de la nación, y atemporándose además al principio de que *el exceso de fortificaciones es nocivo*.

Desde luego, como condición ineludible para toda la red de las vías férreas (prescindiendo de los caminos de hierro económicos ó de interés local), está la unidad de vías, es decir, la igualdad en la anchura, sin cuya condición no es posible que el material móvil sirva indiferentemente para todas las líneas, consideración de gran importancia, pues en las zonas próximas al teatro de operaciones la circulación será mayor que de ordinario y menor en las otras; es posible, pues, que unas líneas se hallen faltas de material móvil y otras no empleen todo el que tengan. En cuanto á si conviene que la anchura de vía sea ó no igual á la de los países fronterizos, hay razones que abonan uno ú otro procedimiento. En la ofensiva es ventajoso tener vías de igual anchura que los países fronterizos, pues de este modo puede aprovecharse el material móvil del país propio. En cambio, en la defensiva sucede lo contrario. Los rusos se vieron por esta circunstancia muy contrariados en la campaña de 1877-78, al tener que aprovechar las líneas rumanas, cuya anchura de vía, igual á la del centro de Europa, es distinta de la anchura de vía rusa. Si se atiende á que la destrucción de una obra de fábrica de importancia basta para impedir por mucho tiempo la circulación por una vía férrea, á que con los transbordos en la frontera se perjudica el tráfico y se dificultan las relaciones entre países próximos, y á que es difícil saber de antemano si convendrá tomar la ofensiva ó la defensiva, se comprende que, después de bien pesadas todas las circunstancias, quizás no resulte tan ventajoso como á primera vista pudiera creerse tener vías de distinta anchura que los países vecinos.

El trazado de las vías férreas radiales debe hacerse de modo que lleven á la frontera con la mayor rapidez, buscando el trayecto más corto compatible con las condiciones topográficas de la comarca y con las necesidades del comercio y de la industria, que no son siempre incompatibles con las militares; muchas veces se aunán. Así, por ejemplo, conviene que una vía férrea pase por poblaciones ricas é importantes, en donde fácilmente puedan concentrarse toda clase de recursos para las tropas que han de pasar por ellas, y, además, para enviarlos á la base de operaciones. Por otra parte, la necesidad de encontrar durante el trayecto agua en abundancia

para las locomotoras, obliga con frecuencia á desviar el trazado de la línea más corta, pues la deficiencia de agua obligará á disminuir la velocidad de los trenes y producirá, por consiguiente, el mismo efecto que un aumento de longitud en el trazado. Además, tratándose de líneas de una sola vía, la distancia entre las estaciones influye, según ya sabemos, en la capacidad del servicio, de modo que no conviene llevar las líneas por comarcas despobladas. Precisamente, la población de Rusia y la gran distancia entre las estaciones de sus vías férreas, fueron causa de la lentitud con que esta potencia procedió á los preparativos de la última campaña, é impedirán en las guerras sucesivas una rápida concentración. Si á las condiciones anteriores se agrega la de que las pendientes no pasen de 10 á 12 metros, y los radios de las curvas no sean menores de 500 metros, se tendrán las principales que deben reunir las vías radiales. Pero á estas condiciones principalmente técnicas, hay que agregar la de que se pueda privar fácilmente al enemigo el uso de ellas, condición no difícil de cumplir por poco quebrada que sea la comarca que recorran. En los túneles y puentes próximos á la frontera, deben tomarse principalmente las precauciones para volarlos, prefiriendo la destrucción de obras situadas en sitios en que no sea fácil construir un ramal que las rodee y barreando por medio de fuertes aquellos puntos que interese conservar. En las vías férreas tienen interés capital los túneles y puentes y los puntos en donde se crucen varias ó de donde se desprendan ramales. Debe procurarse que los caminos de hierro atraviesen los desfiladeros y los ríos cerca de las carreteras, pues de este modo una sola obra basta para defender ambos medios de comunicación. Así, por ejemplo, el fuerte de Pancorbo basta para barrear el ferrocarril y carretera de Burgos á Miranda, así como la cabeza de puente establecida en esta población bastaría para la defensa de la carretera y ferrocarril á Vitoria. En cambio, para defender los pasos sobre el Ebro de la carretera y ferrocarril de Zaragoza á Pamplona, harían falta dos cabezas de puente, una en Tudela y otra en Castejón. Los empalmes debe procurarse que se hallen dentro de una región fortificada ó campo atrincherado; así, por ejemplo, el ramal que parte de Casetas para Pamplona, sería más conveniente que partiera de Zaragoza.

Las vías transversales han de cumplir con las mismas condiciones técnicas que las radiales, y en cuanto á las condiciones militares lo principal es que corran á lo largo de los diferentes obstáculos naturales que puedan servir de líneas de defensa y situadas de modo que el enemigo no pueda

impedir la circulación ni apoderarse antes de dicho obstáculo. El Ebro, por ejemplo, debería tener en su orilla derecha una línea que le fuera paralela y se prolongara hasta Tortosa, uniendo así Miranda con esta última población. La vía férrea que sigue el valle del Guadalquivir, estaría en mejores condiciones si marchara siempre por la orilla izquierda, pues tal como se halla trazada, un ejército procedente del N. de España puede interceptarla, sin necesidad de pasar el río. Las líneas litorales son indispensables para la defensa de las costas; en este concepto estamos en muy malas condiciones: en la costa del Cantábrico no existe línea litoral, ni tampoco hay ninguna que vaya desde Cartagena á Almería, Málaga y Cádiz. En cambio, parte de la línea litoral del Mediterráneo, puede ser destruida muy fácilmente, tal le sucede á la sección comprendida entre Barcelona y Calella: basta que una escuadra enemiga mande unas cuantas embarcaciones que atraquen en la playa para destruir trozos de vía en cuantos puntos quieran.

Si la unidad de vía es necesaria para las operaciones militares, juzgamos que sin ser tan indispensable, es muy conveniente la unificación del material móvil, pues tales podrían ser las diferencias entre los tipos de locomotoras y carruajes, que la unificación resultara ilusoria. Hay que tener en cuenta, además, que dicha unificación facilita considerablemente el servicio, pues no cabe duda de que la divergencia en los tipos empleados, es motivo de complicación. Así lo han comprendido Alemania é Italia y así también se comprendió en una conferencia que varios delegados de estas tres naciones, Suiza, Austria-Hungría y Francia, celebraron en Berna en 1882. En esta conferencia se hizo constar la necesidad de uniformar las condiciones técnicas del material móvil destinado al tránsito internacional, fijando las dimensiones (máxima y mínima) á que debe sujetarse el material que se construya de nuevo y las que puedan tolerarse en el existente hasta tanto que pueda reformarse (1).

En España, en donde la mayor parte de las líneas están ya en poder de dos grandes empresas (Norte y Mediodía), creemos que no habría de ser difícil esta modificación, para lo cual podría formarse una junta en que tuviera representación cada una de las empresas de caminos de hierro, el cuerpo de ingenieros de caminos, y el de ingenieros militares en represen-

---

(1) *Proyecto de unificación del material móvil de los caminos de hierro de la Península Ibérica*, por D. P. Rivera.

tación del Ministerio de la Guerra. Esta junta podría encargarse de estudiar los tipos de locomotora y carruajes que deberían emplearse, y ver si los existentes necesitan algunas modificaciones para poderlos emplear en todas las líneas.

Adoptados estos tipos, no cabe duda que cuando se llegara á realizar la unificación, para lo cual claro es que habría de transcurrir mucho tiempo, se obtendría gran economía y facilidad en el servicio, lo cual redundaría en tiempo de paz en bien del comercio y en tiempo de guerra en bien del ejército, y siempre en beneficio de la nación.

La adquisición de las líneas férreas por el Estado, sería quizás ventajosa desde el punto de vista militar, pues no cabe duda que con ello se podría conseguir que el transporte de tropas fuera más atendido de lo que lo es hoy día, por más que, como ya hemos dicho en otro lugar, la omnipotencia de las empresas consiste en que no siempre el Estado cumple religiosamente sus compromisos, y, además, á la composición que suelen dar á los consejos de administración, en donde jamás dejan de entrar personajes políticos importantes. En Alemania, en donde se atiende principalmente á los asuntos militares, hay tendencia por parte del Estado á adquirir las vías férreas; en otros países la cuestión está aún sin resolver. En nuestro país, transcurridos 99 años, el Estado ha de incautarse por completo de la explotación de las líneas, á las que ha otorgado subvención; pero para que el país encuentre realmente ventaja en este traspaso, es preciso que el Gobierno se ocupe con anticipación del modo de llevarlo á cabo, á fin de que en el momento en que se ejecute no haya trastorno; es de temer, dada la administración que nos caracteriza, y si no se organiza el servicio de vías férreas mejor que el de correos y telégrafos, que el público pierda en el cambio.

Si, por el contrario, el Estado supiera dar al servicio de ferrocarriles buena organización, no cabe duda de que éste ganaría, y entre otras ventajas se adquiriría desde luego la de mayor uniformidad, evitándose así al público el perjuicio que pueden irrogarle las rencillas entre empresas distintas.

Es de creer, sin embargo, dada nuestra proverbial imprevisión, que este problema no se estudie hasta que llegue el momento de resolverlo.

Pero si la adquisición de las vías férreas no es hoy posible, ni siquiera conveniente, por lo menos en un plazo corto, es necesario que se obligue á las empresas á que tengan hechos todos los preparativos necesarios para

efectuar con rapidez los transportes de concentración, y que el Ministerio de la Guerra tenga siempre los datos necesarios para saber la capacidad del servicio de cada línea. Por otra parte, es preciso que al trazar nuevas líneas se consulte y atienda al ramo de guerra, y no suceda que por intrigas de localidad ó de personajes más ó menos influyentes, se cambie un trazado ventajoso desde el punto de vista militar, y quizá desde el comercial, por otro que no cumpla con ninguna de estas condiciones.

\*  
\* \* \*

Si bien hemos aceptado la nomenclatura estratégica de los maestros, reservamos cuanto se refiere á descanso y alimentación para un tratado especial, por ser materia que no encaja completamente en los altos vuelos de la estrategia, y sólo anticiparemos que el cuerpo administrativo del ejército tiene aquí su lugar determinado, y en tal concepto, estamos de acuerdo con los primeros tratadistas en la materia: Trochu y Moraud extranjeros, y muchos nacionales (1), que están conformes en que la misión principal del cuerpo está comprendida principalmente en los siguientes servicios:

- 1.º Tener á su cargo el material de guerra.
- 2.º Repartir los caudales entre las tropas.
- 3.º Verificar el transporte de unos y otros, así como los víveres y municiones.

Los servicios administrativos, dice Bantús, deben estar dirigidos por un intendente general, cuyo cometido consistirá en recoger todos los da-

---

(1) Alfaraz, Amorós, Arranz, Agar, Aurrecochea, Avilés Romero, Barbaza y Lardón, Barrasa, Beltrán del Campo, Brondo, Casenave, Corona y Serrano, Díaz Reinés, Chapele, Cunha, Fajardo, Farifia, Ferris, Fontanilles, Gazapo, Gálvez, García Porcel, González Aupetit, Fernández Hidalgo, González Carbajal, Gonzalo, Gutiérrez, Hurtado de Zaldívar, Truegas, Lafuente, Lagunas, Laullé, Manzanos, López Lacabra, Lezcano y Montes, Marcos, Mérriz y Ródenas, Mira Mezguriz, Mijares, Miranda, Molina, Muñoz y Aramburn, Moradillo, Odier, Pascual, Moreno Salamanca, Martínez, Ortiz de Pinedo, Perceval, Contreras, Reguera, Pérez, Salviejo, Sánchez de Urraca, Sánchez de Fuentes, Rodríguez, Suárez, Tamarit, Socías, Tarifa, Vera, Vicenti, Vicente Garcés y algunos otros tratados oficiales, reglamentos, guías, etc.

tos estadísticos de las comarcas que el ejército atraviere, dirigir las requisiciones de víveres, la marcha de los convoyes en connivencia con el jefe de E. M. y el comandante general del servicio de etapas, y el servicio de tesorería, procurando que existan siempre caudales para satisfacer las necesidades del ejército. Cuidará también de que los víveres se reunan en el sitio y hora en que el general disponga, siendo muy recomendable para un intendente el hecho de no haberse jamás malogrado operación alguna por faltas en el servicio de subsistencias. Para auxiliar al intendente, deben existir en el cuartel general: un subintendente encargado especialmente del servicio de víveres, un comisario secretario de aquél, otro comisario encargado de los caudales, á cuyas órdenes habrá un pagador, y dos oficiales de la clase de encargados de efectos, puestos á las inmediatas órdenes del subintendente.

El cuerpo administrativo del ejército debe estar organizado para llevar á cabo su importante cometido en los ejércitos, evitando así las naturales dificultades que surgen en el momento de utilizar tan valiosos elementos cuando no está bien organizado el servicio.

El general Almirante, á pesar del rigor con que trata estas cuestiones, opina que el cuerpo administrativo es de considerable importancia, y al juzgar el que tenemos en España, dice que puede competir con los mejores de Europa.



## TÍTULO II

### CAPITULO PRIMERO

#### Organización y composición de un ejército

Llody define así el ejército:

«La máquina destinada á operar los movimientos militares se compone, como las otras máquinas, de partes diferentes; de su buena composición y conveniente arreglo depende su perfección: su objeto común debe ser reunir, como propiedades esenciales, la agilidad y la fuerza.»

«*Organizar* un ejército—dice Almirante—en general, es formar de los varios elementos que lo constituyen un todo perfecto, cuyos miembros obedezcan súbita y ordenadamente á los movimientos que se les quieran imprimir y, jugando con cierta holgura y suma precisión, hagan sin violencia los servicios que se les exijan.»

*Reemplazos y reservas*: hé aquí las dos leyes capitales en que se funda la organización de los ejércitos. La primera los prepara, los hace, los presenta en la guerra; la segunda los nutre en la guerra misma; es la savia que renueva paulatina ó rápida, pero constantemente, las pérdidas sufridas.

La *organización militar* requiere un conocimiento completo de «las propiedades y efectos»; es la ordenada agrupación de todos los elementos que constituyen la *guerra pública*.

Si para organizar un ejército permanente, es preciso realizar cuanto dejamos dicho, en cambio para *componer* un ejército de operaciones no es preciso emplear este largo trabajo.

«La mejor organización militar—dice el general Calonje—es aquella que más bien satisfaga las condiciones siguientes: 1.º Mantener en tiempo de paz y con el menor gasto el mayor número de cuadros y material posi-

ble. 2.º Permitir el tránsito del pie de paz al de guerra, con rapidez y condiciones capaces de satisfacer en este último caso las exigencias de todas clases que las diversas circunstancias del país pueden crear y prudentemente preverse.»

«Es la organización militar de un país—dice en otro lugar el general Calonje—un problema resuelto ó que puede resolverse por reglas fijas, generales y constantes? El detenido estudio de las milicias de todas las naciones antiguas y modernas resuelve de un modo negativo esta cuestión, y prueba evidentemente que, según las costumbres de los pueblos, el grado de civilización propia y extraña y las necesidades peculiares á cada nación, la forma, el número, la composición y la organización moral y material de los ejércitos ha de sujetarse á todas aquellas consideraciones, tan distintas y á veces tan contradictorias; debiendo tener muy en cuenta, hoy más que antes, lo que se llamaba el nervio de la guerra, y ahora, no sabemos si por fortuna ó por desgracia, debe llamarse. . . . . ¡Ibamos á decir el alma! . . . . . la vida de las naciones, el dinero» (1).

Hé aquí la opinión de otro notable escritor, al tratar de esta materia. (2)

Se suele decir, y es exacto, que para pasar con rapidez del pie de paz al de guerra hacen falta buenos cuadros, y bueno y abundante material; pero estas condiciones, realmente necesarias, no son suficientes, hay que añadir algo más. Prescindiendo de un buen sistema de reserva, instrucción, administración, etc., es preciso á esto agregar suficiente número de soldados para que los cuadros puedan instruirse. Porque los cuadros, como dice el Sr. Almirante, son todo el ejército menos el soldado raso, y bien se comprende que para que estos cuadros adquieran práctica en el mando y manejo de las tropas, es preciso que tengan tropas á quienes mandar y manejar, y para que cumplan con cierto entusiasmo y satisfacción sus deberes, es necesario, además, que estas tropas sean algo numerosas. ¿Qué capitán podrá mandar con entusiasmo una compañía de 20 ó 30 soldados? Evidentemente ninguno. Es, pues, error, y error grave, creer que un ejército muy pequeño baste para la instrucción, y es bien seguro que el que se halle acostumbrado á manejar en paz 50 hombres, con dificultad dirigirá en la guerra 200.

---

(1) Estudios sobre la organización del ejército español, 1861.

(2) Banús, 1884.

Además de las cualidades «puramente tácticas» que adquiere un ejército, como son la *agilidad*, la *movilidad* y la *fuerza*, y las «físicas» de *cohesión*, *consistencia* y *solidez* necesita otras puramente morales y de las que ya nos ocupamos ligeramente al hablar de la *confianza* y fuerza moral de las tropas.

El general Marmont, en este punto tan importante, se expresa así:

Un ejército se compone de personal y material. Entre estos elementos hay proporciones naturales y determinadas que varían, sin embargo, según las circunstancias y el objeto. Sus proporciones no dependen del capricho sino de la naturaleza de las cosas.

Un tercer elemento entra en el valor del ejército y es el *elemento moral*. Con frecuencia es superior en importancia á todos los demás; aunque estos tengan por su parte valor respectivo, pues preciso es que el cuerpo exista para que el espíritu pueda animarlo.

Así, pasados ciertos límites, la *fuerza* real de un ejército no crece en razón del número de los soldados y de los medios materiales, sino en razón del *espíritu* que le anima.

Desarrollar el espíritu del ejército, aumentar su *confianza*, hablar á su imaginación, exaltar el alma del soldado; tal debe ser el objeto constante de los cuidados y de los esfuerzos del general.

Esta base fundamental, que llamamos *confianza*, no es posible en tropas bisoñas, sino en veteranas ya probadas. Y aquí se manifiesta lo absurdo del sistema de una guardia nacional destinada á reemplazar á las tropas de línea. Las guardias nacionales, aun imponiéndolas compuestas de todo lo que haya de más bravo sobre la tierra, nunca valdrán nada, al menos en su principio; pues, no pudiendo ser apreciados por los demás el valor y la capacidad de cada uno, sino después de la experiencia, resultará que las primeras tentativas serán hechas sin el socorro de la *confianza* y atraerán, probablemente, grandes é irreparables desgracias.

(1) La importancia numérica de los ejércitos que hoy se arman en pie de guerra ocasiona que la diferencia de algunas horas en la concentración de las fuerzas que deban ponerse en acción puede decidir el éxito de la campaña, en razón á que cualquiera de los beligerantes que movilice antes sus tropas podrá impedir que el otro complete su organización, y en este caso, la situación del último que lo verifique será muy crítica, á me-

---

(1) Mr. N. Adts, mayor del ejército belga. Td. Tobar, 1881.

nos que un genio militar de primer orden pueda atenuar los efectos de semejante desventaja.

Para comprender la atención que merece la movilización rápida, es necesario leer la obra publicada recientemente por el general Lewal, del ejército francés, en la que se establece una comparación entre Alemania y Francia con relación á esta cuestión. El autor supone el caso de que la Francia trate de invadir á Alemania, y al efecto determina el tiempo necesario que deben emplear los trenes—al partir de todos los ámbitos de país—en transportar las tropas destinadas á formar el ejército invasor, bajo la base de que en los puntos de residencia de los individuos de la reserva se lleve un registro en el que se anote á cada uno de aquéllos el tiempo preciso para incorporarse á su regimiento ó brigada, en el momento que por telégrafo se comunique al país la orden de movilización.

Los alemanes en esta parte se encuentran convenientemente preparados para el caso de una invasión en la Francia, hallándose establecidas de Este á Oeste ocho líneas férreas. La Rusia, Italia y Austria no han descuidado tampoco este importante detalle en sus preparativos militares.

Además de las ventajas estratégicas que proporciona un sistema de movilización bien organizado con relación á la ofensiva, son todavía mayores respecto á la cuestión de subsistencias, en razón á que la alimentación de los grandes ejércitos de operaciones no es asunto fácil, y es indudable que si por efecto de un golpe decisivo la guerra puede terminar en un corto plazo, el aprovisionamiento no ofrecerá tantas dificultades, mientras que éstas aumentarán de día en día si la campaña se prolonga.

Los ejércitos no se improvisan, los ejércitos han de tener el carácter de permanentes para garantía de la nación cuyo territorio han de defender (1). «Para los choques de los partidos entre sí, ó de éstos contra el Estado, que son más frecuentes, es indispensable una fuerza de consideración, que, á disposición del principio de autoridad, guarde y haga guardar la constitución del país.»

Hay quien encuentra muy cómodo y barato no tener ejército que pagar, y no falta quien aduce como argumento serio, que en caso de guerra la nación entera irá á combatir; pero por cierto, no es el número lo que influye en el combate; es la calidad.

El ejército de Xerjes V, rey de Persia, fuerte de cinco millones de hom-

---

(1) Emilio Prieto Villarreal.

bres según la historia, en los que iban 2.600.000 combatientes y más de 800.000 caballos, fué vencido por Temístocles, quemandaba un número infinitamente menor, sufriendo aquél vergonzosa derrota en cuantas batallas sostuvo con los griegos.

Atila (479 a de J. C.), perdió en los campos Cataláunicos la tercera parte de su ejército, fuerte de 600.000 hombres.

Estos ejércitos, en vez de tales, fueron grandes masas expuestas siempre á la saña de un enemigo mejor organizado.

Un pueblo sólo es fuerte y se le respeta cuando permanece armado. De la organización militar de un pueblo depende su mayor importancia en el concierto de las naciones. La Francia de hoy no es la Francia de 1870; entonces fué fácilmente vencida; hoy busca Alemania el apoyo en la alianza con otras naciones. La misma Prusia, cuando vencida por Napoleón I, le fué impuesta la condición de movilizar sólo 42.000 hombres, se ingenió licenciando á sus soldados así que recibían la necesaria instrucción, renovando de este modo la fuerza que constituía el ejército, con lo que pudo contar con una soberbia organización militar que le proporcionó la ambicionada represalia contra su vecina y antes vencedora Francia.

La opinión de notables tratadistas vienen en apoyo de nuestra exposición y doctrina.

El general Preval dice:

Sin organización, un ejército no sería más que una mezcla confusa en perpetuo desacuerdo. Importa que todo ejército, para ser relativamente poderoso tenga, como el cuerpo humano, órganos que le sean propios y estén bien combinados: de aquí la organización militar.

Blan, dice, que un ejército es una sociedad perpetua, excepto la familia, por lo cual es más difícil dirigir sus operaciones.....

El reunir hombres—sigue diciendo Blan—para organizarlos de un modo adecuado á un fin propuesto, supone, desde luego, la necesidad de satisfacer todas las que se dejan sentir en una sociedad cualquiera; esta reunión de hombres no solamente necesita gobierno, sino medios que le sostengan y conserven, castigos y recompensas propias para la conservación y el orden enunciados.....

El general Thiebault (1) dice axiomáticamente: El que en el momento de una acción y delante del enemigo cuenta los hombres que manda, es

---

(1) *Manuel des états majors.*

un cobarde; pero el que antes del combate no hace todo lo posible por librarle con el mayor número de fuerzas y medios posibles, es un insensato.

Nuestro gran tratadista (1) en sus estudios de arte militar dice: Un país donde no hay durante la paz una base estable y fuerte donde sustentar la pronta creación de un ejército en campaña; un país donde no hay hábitos de guerra, costumbres y leyes militares siempre conocidas y siempre en vigor, hombres que hayan consagrado á las armas su vida y su inteligencia, si se vé precisado á levantar un ejército..., se halla con elementos eterogéneos y extraños á la milicia, único con que ha de crear las fuerzas públicas.

Y en otro lugar dice: Ni bajo el análisis filosófico, ni ante el estudio práctico de los hechos, podemos titubear un momento en resolver la cuestión. Si á un enfermo que con frecuencia padece ciertos accesos, para los que no hay más que un solo remedio, le viéramos todos los días romper las redomas del medicamento al sentirse aliviado, para tener al día siguiente, á toda prisa, que recoger las hierbas esparcidas y secas, extraer su ya perdido jugo y confeccionar mal y precipitadamente la medicina, diríamos que estaba loco. Y, sin embargo, no es otra cosa lo que hacen los pueblos que fían su salvación á ejércitos temporales.

Bouret (2) uno de los más entusiastas defensores del *Congreso internacional de la paz*, dice, con la convicción de lo imposible de ese ideal; se dice: ¡suprimamos los ejércitos! Esto es una exageración, no se suprimen los elementos sociales que tienen su raíz y su savia en la creación universal. Los Ejércitos no se extinguirán, porque el hacerlo sería una verdadera castración del cuerpo social.

Trochu da idea de la necesaria organización del ejército en el siguiente párrafo (3): Los ejércitos, como todas las máquinas destinadas á producir grandes efectos, ofrecen un complicado conjunto que funciona por medio de un *motor* y un *mecanismo*. El *motor* es una fuerza puramente moral. Lo constituyen los grandes sentimientos de los pueblos, el orgullo nacional, el amor á la patria, la viva solicitud por sus intereses y su honor, y también los grandes principios de los ejércitos: el espíritu de abnegación y sacrificio, la disciplina y el orden. El *mecanismo* es una fuerza puramente

---

(1) Villamartín. Estudio I.

(2) *La guerre et la civilisation*.

(3) *L'armée française en 1867*, 18.<sup>a</sup> edic.

material. Se compone de ruedas múltiples y diversas, cuya principal condición es funcionar con armonía. La fuerza principal de ciertos ejércitos reside en la potencia del motor; la de otros en la perfección del mecanismo. Un ejército que reuniese en grado igual estos dos elementos de superioridad, sería temible y pudiera decirse casi invencible en la guerra. Para su país y para el gobierno de su país, sería un punto de apoyo de inquebrantable solidez.

Esta fluida, elocuente y hermosa idea que acerca del ejército y su organización emite el sabio general, hace resultar la de Llody falta de grandeza y no tan explícita y acabada.

Después de las vaguedades que, á manera de suficiente doctrina, expone Cristóbal Rojas en el siglo XVI, y posteriormente multitud de autores y pretendidos tratadistas incluso Blume, sólo el general Lawal hace un verdadero estudio de la *organización y composición de los ejércitos*.

Ante todo es preciso fijar la fuerza aproximada que puede constituir un ejército y, al efecto, llamemos en nuestro auxilio la historia y su experiencia, y una y otra podrán aducir en beneficio de nuestro objeto datos interesantes que ilustren nuestro criterio, preparen nuestra labor y hagan que nuestro trabajo, con la ayuda de Dios, proporcione los beneficios que nos proponemos para conocimiento de la época y bien de la patria.

A partir de Xerjes y Cresos, que mandaron los mayores ejércitos de persas y medos, respectivamente, los cuales pasaron de cuatro millones cada uno, si bien no todos eran combatientes, ya no vuelven á presentarse ejércitos de más de 200.000 hombres hasta el año 1877 en la guerra ruso-turca, en que la primera de estas naciones presentó 237.000 combatientes, y actualmente España en su guerra de la gran Antilla con un ejército de más de 200.000, excepción hecha de la misma campaña de Napoleón de 1812 con 500.000 hombres y de Austria con 247.000 á la que siguió la *debacle* de Francia con un gran ejército de 270.000 en 1870.

Ciro, Darío; persas: Mitrídates en Asia y César en Roma; mandan ejércitos de 196.000 y 100.000 combatientes los dos primeros y 90.000 cada uno de los últimos enunciados.

Napoleón en 1805, 1806 y 1809, entre 150.000 y 200.000 hombres.

Schwartzemberg, Blucher y Wellington en 1814, no pasaron de 150.000.

Y, si apreciamos ejércitos más pequeños con mayores éxitos, buenos ejemplos nos ofrecen Alejandro, Aníbal y Bonaparte para la conquista

de Asia el primero, la invasión de Roma el segundo, y la conquista de Italia y del Egipto el tercero, con ejércitos de 50, 60 y 40.000 hombres respectivamente.

Milciades mandaba 10.000 griegos en la batalla de Maratón; 15.000 romanos Sila, en Orhomena; 9.000 Gonzalo de Córdoba, en su expedición á Italia; 8.000 catalanes y aragoneses, Roger de Flor, en su expedición á Grecia; 6.400 tebanos Epaminondas en la batalla de Lextres, y por último, 600 españoles llevó Hernán Cortés á Méjico para la conquista y dominación de aquel imperio.

Los ejércitos numerosos no fueron de buenos resultados, ni en la práctica es posible que los obtengan jamás, por ser poco prácticos, y su peor enemigo el número inmenso de soldados que los forman. Constituyen el principal enemigo el número exagerado de soldados porque en primer lugar la alimentación y haberes, es decir, su sostenimiento y al propio tiempo las innumerables bajas que una enorme multitud ocasiona por conceptos tan varios, el transporte de estas bajas, el socorro del Estado, las estancias en los hospitales contando el número de éstas que es preciso sostener; y, los premios de reservistas, las pensiones de cruces y las bajas que es preciso reponer por licencias, pase á reserva, fallecimientos, retiros, inútiles é inválidos, es la ruina de la nación que lo sostenga.

Que es nuestra opinión acertada demostrando las razones en que se funda, lo comprobamos por las autorizadas opiniones que siguen:

(1) En resumen puede admitirse que cuatro cuerpos de ejército (120.000 hombres) constituyen una buena composición normal para un ejército destinado á operar en primera línea; y por otra parte, raras veces habrá interés en emplear más de ocho en una batalla.

(2) Es casi imposible dirigir con unidad de miras una masa compacta de más de cinco cuerpos de ejército con sus correspondientes divisiones de caballería independientes.

(3) Las fuerzas de los grandes estados no pueden hoy día reunirse en una sola masa por las dificultades del terreno y de la alimentación. Es, pues, necesario dividir las en varios ejércitos, aun cuando no existan diferentes teatros de operaciones, disponiendo estos ejércitos de manera que

---

(1) Guichar.

(2) Blume.

(3) Meckel

con facilidad puedan reunirse para una unión común. Cada uno de estos ejércitos debe contener aproximadamente 150.000 hombres.

(1) 150.000 representan una cifra muy suficiente para un ejército; y en algunos casos bueno será no alcanzarla y atenerse á 120.000.

Fijada, pues, la cifra que, en armonía con la experiencia y la historia debe contar un ejército, hemos de examinar, teniendo por base las unidades fundamentales, cuál será su división y qué cifra ha de limitar los cuerpos de ejército divisionarios.

La división más apropiada en la quinaria, es decir, tres cuerpos que constituyen el centro y las alas; un cuerpo de reserva y otro destinado á operaciones eventuales que no escasean, ni tampoco ha de escasear la provisión para sostenerlas y alimentarlas.

Nunca excedió de 50.000 ni bajó de 15.000, salvo rarísima excepción (Melas en 1800) la fuerza de un cuerpo de ejército, siendo el término medio de 30 á 32.000 hombres, y á esto puede añadirse que las grandes naciones presentarán hoy para una campaña las siguientes cifras en un cuerpo de ejército: Austria, 42.000; Rusia, 36.000; Alemania y Francia, 28.000; Italia, 25.000; dando como complemento á estas cifras la frase del gran táctico y estratégico moderno (2) «treinta mil hombres, pueden marchar por un mismo camino».

Otra opinión que puede ayudar nuestra tarea es la siguiente:

(3) Si el efectivo fuera muy inferior á 30.000 hombres, será necesario dividirlo y hacerlo marchar por dos caminos. Cada una de estas fracciones exigiría un mando especial. Fuera, pues, preferible dejar subsistente este fraccionamiento y, por tanto, disminuir el efectivo. Si fuera inferior á la cifra indicada, no se obtendría de cada camino el mayor provecho posible, inconveniente grave, dada la fuerza de los ejércitos modernos, y, aun cuando parece que podría llegarse al mismo resultado empleando dos cuerpos, ó el tren de transportes del primero seguiría al segundo, y por lo tanto, se hallaría separado de aquél, ó tendría que intercalarse entre ambos.

La subdivisión de los cuerpos más racional, teniendo presente la unidad de mando y la más fácil manera de mover y manejar las tropas, debe de ser en dos divisiones y éstas en dos brigadas cada una, con lo que resul-

---

(1) Lewal.

(2) Napoleón I.

(3) Barón Goltz.

tarán 16 batallones en cada cuerpo, que es la respetable opinión de nuestro general Dabán, que prefiere para la división territorial de España ocho cuerpos, y el resto de la fuerza tres brigadas independientes (1). El general Coello también opina que sean ocho los cuerpos formados por 2 divisiones de ocho batallones y agregar uno más por división, con lo que resultaría 18 batallones por cuerpo. De este modo le corresponde á cada cuerpo 61.500 kilómetros cuadrados de superficie.

Después de hablar de la organización que dió á su ejército el cónsul Bonaparte y las dificultades que más tarde encontró el mismo Napoleón I en su sistema de organización, dice así el general Admirante:

«.....De todos modos, no parece conveniente, por la rutina de imitar lo que es inimitable, fraccionar un ejército que no pase de 70 á 80.000 hombres en *cuerpos de ejército*. A estas medidas orgánicas, no sólo ha de presidir el *arte* en su acepción puramente *técnica*, sino elevadas miras *políticas* con relación á la extensión del territorio, á sus recursos, á las miras de engrandecimiento y de ofensiva, ó á los fundentes cálculos de recogimiento y defensiva.»

«El principio *divisionario, fraccionado y suelto*, si bien daña al vigor y á la unidad, permite más amplitud al mando, más independencia y más honroso estímulo á los generales jóvenes para acreditar sus altas dotes militares.»

«En España, pues, parece que basta una *organización divisionaria* bien entendida, sin necesidad de copiar á la letra los *cuerpos de ejército*. Sobre ello hay un reglamento de antigua fecha, 26 de septiembre de 1815, á raíz de la guerra de la Independencia. No es verosímil que en toda la Península pueda tener lugar una batalla como la de Moscowa, y lo probable es que nunca se reúnan en combate arriba de cuatro ó cinco divisiones. Nuestra caballería, por desgracia, nunca será muy numerosa; y tenemos forzosamente que renunciar á las grandes *reservas* exclusivas de esta arma, subordinando á la infantería todo fundamento de *organización*.»

«Por lo demás, en esto hay mucho de cuestión de nombre. Todo se reduce á llamar cuerpo de ejército á la simple división, división á la brigada y brigada al regimiento, pero como el nombre no hace la cosa, es algo expuesto al ridículo que una *brigada* conste de 1.000 hombres

---

(1) Banús.

(cuatro batallones de 250), una *división* de 2.500 ó 3.000 y un *cuervo* de ejército no llegue á 9.000 hombres.»

«El promedio hoy admitido para la fuerza de una *división* oscila entre 8 y 10.000 hombres, y se funda en razones aceptables de conveniencia, de movilidad y de fácil manejo para el general comandante. La especie de guerra, el espíritu del país y otras consideraciones determinarán el número de divisiones y su respectiva *composición*, pero debe predominar la idea (que vuelve á estar en boga) (1) de que la *división* se aproxime á ser un ejército en miniatura y se pueda bastar á sí misma. Al talento estratégico y táctico del general en jefe es al que compete manejarlas continuo y saber reunir las como *unidades*, á la manera que el general divisionario y el de brigada manejan los batallones y escuadrones sueltos, unidades suyas.»

«El ministro de la Guerra y el general en jefe con su E. M. G., designadas las tropas del *ejército permanente* que han de componer el *de operaciones*, las distribuyen en el número conveniente de *brigadas*, y por la agregación de dos ó tres, constituyen las *divisiones*, cuyo mando se entrega á un oficial general que, por lógico que sea, en Francia solamente es donde ha tomado el nombre de *general de división*.»

Pero esta *organización divisionaria*, si no se ha de caer en nuevos extravíos, tiene que ser perfectamente elástica flexible, y no prescribe en modo alguno que todas las divisiones sean exactamente idénticas en *fuerza* y *composición*; ni moldeadas, por decirlo así, en su estructura; ni con absoluta prescripción de alguna brigada ó *agregación suelta* que el general en jefe, al constituir la guerra, juzgue oportuno organizar.»

«Desde que hay memoria de ejércitos en la remota antigüedad, el *orden* inicial, normal, instintivo *de batalla*, ha envuelto siempre la idea de un *centro grueso* ó *dos alas* y un trozo especial de reserva y á retaguardia, bajo la mano del general en jefe que, según las circunstancias, le convenga.»

«Bajo este punto de vista, las *divisiones* toman un número de orden que las distingue, pero que no por eso les da «puesto fijo en línea», y que en rigor casi es inútil, puesto que el uso, verdadero legislador, siempre designa á las divisiones con el apellido del general que respectivamente las manda.»

«Organizado y compuesto sobre el papel el *ejército de operaciones*, las

---

(1) 1868.

tropas marchan á verificar su *concentración*, ó como dice la Ordenanza en su tratado VII, al *paraje de asamblea del ejército prevenido.*»

«Desde este punto, *el ejército* depende enteramente de un general en jefe, rompe, por decirlo así, sus lazos con el resto del *estado militar*, y hasta con su misma patria si pasa las fronteras. Ya su *servicio* es exclusivamente de campaña; todos los tornillos de la «máquina» se aprietan; todos sus resortes se templan, y en virtud del principio inmutable de la *unidad de mando*, consagrado por la práctica, por la razón y por la ordenanza, todo el juego viene á concentrarse en la mano del *general en jefe* al *romper las hostilidades.*»

«Dejando al general en jefe abrir por el capítulo que le corresponde el *arte de la guerra*, con el cual y su propio talento conducirá su ejército á la victoria, bueno será descender aquí á ciertos pormenores que también interesan al oficial de fila, como parte integrante, aunque mínima, de ese *todo* que se llama ejército, y cuyo destino y condiciones generales forzosamente debe conocer, si ha de comprender y cumplir con inteligencia su servicio personal.»

«Este ejército deberá ser adecuado, como «instrumento» que es de guerra, á la índole, *clase ó especie* de la que se trata de emprender. Las diferentes calificaciones que el ejército toma, dan, sin necesidad de larga explicación, idea de su *carácter y destino*. Por ejemplo: se llamará *expedicionario* cuando la guerra tenga esta índole de expedición. Será de *invasión* cuando, salvando su propia frontera, esté destinado á operar fuera y lejos quizá del país, con objeto de castigar, sojuzgar, dominar, conquistar, intervenir. Una vez entrará en campaña como *aliado*, otra como *auxiliar*, si por desgracia tiene que aceptar la tutela y el subsidio de otra nación más poderosa; otras obrará *combinado ó coligado* con ejércitos extranjeros. La distinción que algunos establecen entre *alianza* y *coalición* quizá peca de sutil: el fondo en ambas es lo mismo, á menos que quiera verse en la *coalición* algo más duro y más odioso que en la *confederación* y *alianza*; algo de superioridad que abruma, de poca generosidad en reunirse muchos contra uno, como al caer el Norte de Europa sobre Napoleón I. También parece que al decir ejército *combinado*, se expresa tácticamente cierto carácter de más incorporación de mayor unidad, que al decir ejército aliado. El ejército inglés que mandó Wellington en la guerra de la Independencia, fué al principio *aliado*; un *ejército de operaciones* ó partes suyas toman nombres, generalmente mudables en el curso de la

guerra, por la *base* y *objeto de las operaciones* que emprenda. Su ejército *sitiador* ó de *sitio* es el destinado exclusivamente, en todo ó en parte, á apoderarse de una plaza ó punto fuerte de importancia. Ejército *de socorro*, por el contrario, es el que quiere salvar esa plaza ó librarla del sitio proyectado. Pero el ejército *sitiador*, á su vez, si tiene mucha fuerza, destina sólo una parte al *sitio* de la plaza, y su *grueso* ó un *destacamento* constituye el ejército *de observación*, que así se llama al que quiere medirse con *el de socorro*. Otras veces también es ejército *de observación* el que toma actitud meramente preventiva, dentro de su propio territorio, pero cerca de la frontera. »

En la organización de un ejército precisa tener en cuenta los elementos que le forman, y serán, en primer término, las armas principales: Infantería, Caballería y Artillería; la de Ingenieros como especial, debe de estar concretada á su misión, que es bien terminante y clara. El cuerpo de E. M. debe de ser el sistema nervioso del Ejército. Como auxiliares contaremos el cuerpo Administrativo del Ejército, los de Sanidad y de Veterinaria, el Jurídico, el Castrense y el Tren.

Consignemos aquí autorizada opinión acerca de la Infantería:

(1) La Infantería es el arma más fácil de organizar y entretener: la que en todos tiempos, climas y terrenos está dispuesta á marchar, campar y combatir; tiene en sí misma medios para luchar con las demás armas, y en caso necesario, puede pasar sin ellas.

Efectivamente: como exige pocas cualidades á sus soldados, los encuentra con facilidad, los instruye pronto, y con ser su instrucción más sencilla, puede ser más constante, esmerada y sólida.

Como cada soldado conduce su armamento, vestuario, y hasta muchas veces su alimento para algunos días; como no tiene caballos, máquinas de guerra, ni trenes que la embaracen en sus movimientos, exige pocos sacrificios del Estado y se halla siempre pronta para obrar; resiste las fatigas mejor que la Caballería, y vence cual ninguna otra arma cuantos obstáculos se oponen á su marcha. Tan pronto se la ve maniobrar en los llanos, como trepar por las laderas de altas montañas; con la misma facilidad que explora, reconoce y ocupa un bosque, se precipita en un foso y escala un parapeto; últimamente, adonde quiera que puede llegar la planta del hombre, allí se encuentra el infante dispuesto á combatir.

---

(1) Montesinos y Bringas.

La Caballería, á pesar de la velocidad de sus movimientos, quebrantada por un fuego mortífero, no podrá forzar el muro de acero de sus bayonetas, si no se halla protegido su ataque con fuegos de artillería.

La acción de esta última arma será destructora cuando se intente atacar en masa sus baterías; pero la Infantería puede evadir, ó al menos atenuar los efectos de ellas, ya aprovechando para cubrirse los accidentes del terreno, ya diseminándose durante la marcha para reunirse sobre los cañones.

Al poner de manifiesto la superioridad de la Infantería, y las circunstancias ventajosas peculiares á ella, es preciso no desconocer la importancia de las otras armas, que son su complemento y sus poderosas auxiliares.

La Caballería, con sus movimientos rápidos, vanguardias y flanqueadores, es el centinela constante en que reposa la seguridad de un ejército. Muchas veces decide las batallas, y siempre se encarga de recoger el fruto, que sería de poca importancia sin ella. Además, en una acción cualquiera, sobre todo en retirada, la más pequeña imprudencia podría producir una derrota careciendo de su ayuda.

La Artillería envía con sus proyectiles á largas distancias el terror y la muerte, trastorna muchos proyectos del enemigo, obliga á sus columnas á dar grandes rodeos, introduce el desorden en sus filas y prepara los ataques.

Los Ingenieros modifican convenientemente el terreno que ha de servir de campo de batalla, construyendo obras para cubrir la Infantería y detener al enemigo bajo sus fuegos: con ellas puede suplirse la inferioridad numérica y evitar pérdidas demasiado dolorosas. Todo esto aun sin contar el papel importante que estas dos últimas armas desempeñan en todo lo que concierne á la construcción, ataque y defensa de plazas.

Pero esto no destruye cuanto, relativamente á la Infantería, se ha dicho anteriormente. Aunque con trabajo y dificultades, es lo cierto que ninguna arma puede operar sola sino ella, y que no combinándose en su contra, tampoco puede ninguna quebrantarla ni resistirla.

Aun antes de conocerse las armas de fuego, que tanto aumentaron la importancia de la Infantería moderna, los griegos, macedonios y romanos, sólo debieron sus gloriosos triunfos á la organización y disciplina de sus falanges y legiones.

Los suizos, en las guerras que sostuvieron contra el Austria y contra

Carlos el Temerario, Duque de Borgoña, elevaron hasta tal punto en el siglo XV el crédito de su valerosa infantería, que muchos soberanos de Europa contrataron para su servicio, y aun conservaron por mucho tiempo, algunos de aquellos excelentes batallones.

La gloriosa preponderancia de las armas españolas en los siglos XV y XVI, coincidió también con la de los famosos tercios que inmortalizaron las campañas de Flandes y de Italia.

Ultimamente, á medida que el arte de la guerra se encaminaba á la perfección, las naciones han aumentado su infantería. Hoy se la ve formando el fondo de los ejércitos de todos los pueblos civilizados, como base y tipo, por el cual se gradúa la fuerza de las otras armas; y puede asegurarse que la importancia militar de un estado se encuentra en razón del aprecio que haga de su infantería.

De aquí se sigue naturalmente que todo militar, cualquiera que sea el arma en que sirva, que aspirando á ser útil á su patria se proponga conocer bien la guerra, debe empezar por estudiar el primer elemento de ella: el arma de Infantería.

A la verdad, se presentan en dicho estudio algunas cuestiones en que no es fácil formar un juicio decisivo. Que siendo de suyo controvertibles, cada uno de los escritores que pueden consultarse ha manifestado su opinión, opiniones muy respetables, pero muchas veces contradictorias. Esto es en teoría; y si pasamos á la práctica, hay ejemplos que las favorecen todas, porque la pericia de los jefes, el valor y confianza de las tropas, el terreno, la clase de guerra y otras mil circunstancias, modifican y varían de tal modo el resultado de los casos prácticos, que no se presentan dos iguales.

Esto quiere decir que deben leerse los mejores autores de historia militar; no estudiar solamente en ellos los movimientos físicos de las tropas, sino el movimiento del corazón humano, los medios de producir la confianza y el entusiasmo, precursores siempre de la victoria, y después de todo formar cada uno su opinión sobre aquellas partes en que hay variedad; pero no una opinión fija, invariable, para aplicarse á todos los casos de una misma especie, que pueden sin embargo ser muy diferentes. Téngase presente que en la guerra, tanto como en otras cosas, y acaso más, el espíritu de sistema es la fuente de muchos errores.

Cuando los ejércitos son pobres y no pueden tener gran cantidad de artillería y caballería, habrá que aumentar la cantidad de infantería. To-

das estas circunstancias deben tenerse, pues, en cuenta. Además, en diferentes épocas la proporción de infantería ha variado. En la falange y en la legión la caballería fué poco numerosa; en épocas más modernas la proporción ha variado de  $\frac{3}{4}$  á  $\frac{4}{5}$  de la fuerza total; este último valor es el que tuvo durante las guerras de la revolución; en 1805 fué de  $\frac{5}{6}$ , en 1870 estaba comprendido entre  $\frac{3}{4}$  y  $\frac{5}{6}$ . Actualmente, Austria tiene por cada 131 hombres, 100 infantes; Alemania 100 por cada 138; Italia 100 por cada 140; Rusia 100 por cada 154; Francia 100 por cada 153. Todas estas cantidades son inferiores á  $\frac{4}{5}$ , pero hay que tener en cuenta que estas cifras se refieren al ejército con sus reservas y depósitos, y que la proporción sería mayor y alcanzaría dicha cantidad y quizá la sobrepujaría si no se tuviera en cuenta más que el de primera línea (1).

Rüstow dice que la infantería debe formar los  $\frac{4}{5}$  del ejército, y la comisión francesa encargada de elaborar la ley de cuadros adoptó los  $\frac{2}{3}$ . En España, si se admite que podemos poner en pie de guerra, con las reservas inclusive, 400,000 hombres, de ellos 240,000 de infantería, resulta una proporción de  $\frac{3}{5}$ ; pero como creemos que la caballería y la artillería, como más costosas, nunca llegarán á adquirir en sus reservas un desarrollo igual á las de infantería, bien puede admitirse que la proporción indicada se aproximará á los  $\frac{4}{5}$ . Además, atendiendo á que nuestro país es en su mayor parte montañoso, y nuestro presupuesto no anda muy lucido, nos parece que conviene aproximarse á esta última fracción, ya confirmada por los resultados de la experiencia.

(2) *Clasificación de la infantería.* ¿Deben seguir existiendo las dos infanterías pesada y ligera, ó sea de línea y cazadores? Sin ambajes ni rodeos contestamos que nó. Ya lo hemos dicho antes, todo problema de organización se reduce á otro de táctica y, por tanto, la cuestión está aquí reducida á examinar si la moderna exige ó no esta clasificación. En todo combate, hay un periodo de preparación y otro decisivo. Se trata sencillamente de abrir una brecha en la línea enemiga; se empieza, pues, por debilitarla,

---

(1) Guichar, *Tactique*.

(2) Banús.

por quebrantarla, por hacerle perder su cohesión. Hé aquí el objeto del período. Se ha logrado esto, pues ha llegado el momento de aplicar al punto quebrantado, al trozo de línea cuya cohesión ha desaparecido, una fuerza mayor que acabe de desquiciarle; más claro si se quiere, se ha debilitado un lienzo de muralla, para que caiga falta empujarle: hé aquí el objeto que ha de lograrse en el segundo período. Desde las guerras de la revolución francesa, una línea de tiradores era la que ejecutaba la primera parte, y una columna profunda era la que llevaba á cabo el desenlace. Los soldados que componían aquella necesitaban principalmente iniciativa, acción individual, agilidad, excelente vista, práctica en el tiro; los que formaban la columna, inquebrantable disciplina, imperturbable sangre fría para no desanimarse ante las continuas bajas producidas por los proyectiles que barrían aquellas profundas masas; gran estatura, si se quiere, para imponer más fácilmente al enemigo.

Entre los soldados ágiles, ligeros tiradores que debían obrar diseminados, á veces entregados á sí mismos, aprovechando el menor obstáculo del terreno para cubrirse, y los que marchando sin perder nunca el tacto de codos, siempre bajo la mano de sus oficiales, obrando por descargas, generalmente hechas á la voz, y luego por choque, había marcada, visible, profunda diferencia. Había dos modos de obrar distintos, casi opuestos, era lógico que hubiese dos clases de infantería.

No sucede lo mismo en los combates modernos; la línea de tiradores, la guerrilla, prepara también la apertura de la brecha, quebranta, desliga, descompone al enemigo, pero cuando ha llegado el momento decisivo crítico, en esta guerrilla todo se funde, esta tropa no se retira sino que se refuerza, y nutrida, densa, haciendo fuego rápido y mortífero, concluye por lanzarse contra el enemigo, á quien debe haber ya vencido por la acción de los proyectiles. Hoy, lo mismo que antes, los combates no se deciden por medio de un tiroteo; ahora, como entonces, es preciso llegar á la posición enemiga, abalanzarse á ella con ardor, con ímpetu, con ciega confianza; pero hoy no basta con que un batallón despliegue una compañía en tiradores, no es suficiente que una brigada forme en guerrilla un batallón: todo soldado debe de ser ante todo un buen tirador, ha de tener como primera condición la iniciativa, debe saber aprovechar el arma y el terreno. Las columnas profundas sólo conducen á hecatombes; díganlo si no el combate de Saint-Privat y los ataques rusos contra Plewna. Si, pues, la diferencia en el modo de obrar ha desaparecido, si la infantería no tiene

hoy más que un medio de acción ¿á qué obedece que aún existan en todos los países cuerpos de línea y cazadores? Vamos á decirlo á la ruina, ni más ni menos. La cuestión es tan evidente, la no necesidad de la división de la infantería en de línea y ligera salta tan á la vista por pocos conocimientos tácticos que se tengan, que nos parece inútil insistir. Pero siguiendo nuestra costumbre y careciendo de autoridad para imponer nuestras ideas, vamos á robustecerlas con ajenas opiniones, por más de que en el siglo actual no tenga gran fuerza el *magister dixit*. Napoleón I ha dicho muy explícitamente «*Il n'y a et ne peut y avoir qu'une seule espèce d'infanterie, parce que le fusil est la meilleure machine de guerre qui ait été inventée par les hommes*» (1). La comisión francesa encargada de redactar el proyecto de reorganización del ejército se dividió en la cuestión que nos ocupa, y lo notable es que muchos de sus miembros, partidarios de la conservación de los cazadores, sólo daban razones tan peregrinas como estas: «*le grand éclat que les chasseurs à pied ont jeté sur l'histoire militaire de la France et le danger de porter atteinte á l'esprit d'emulation qui est un grand es puissant stimulant*». «*Parce qu'il est indispensable d'entretenir dans l'armée l'esprit d'emulation, et que rien n'est plus propre à cela que de conserver des corps d'élite, qui ont la noble ambition de servir de modèle et qui la justifient pleinement*».

En suma, todo se redujo á variaciones sobre el mismo tema. En cambio los enemigos de los cazadores decían: «*Votre commission s'est demandée, si aujourd'hui que les chasseurs à pied ont le même armement, la même instruction que l'infanterie de ligne, et qu'ils n'en diffèrent que par l'uniforme et par leur recrutement, il ne conviendrait pas d'en arriver à fin par leur suppression au principe désirable de l'unification de l'infanterie*».

Otra autoridad, el general Lewal: «*On à beaucoup écrit sur l'emploi des chasseurs à pied et jusqu'à présent je n'ai pas encore vu formuler un programme raisonné du rôle tactique à leur assigné*». Se quiere la prueba completa de que sólo la rutina ha podido conservar los batallones de cazadores, pues véase lo que decía la comisión francesa de que hemos hablado: «*Si les chasseurs á pied n'existaient pas, votre commission ne vous proposerait pas de les créer, mais ils existent et ils ont rendu de brillants services*». No es la primera vez que la rutina se muestra como barrera que ataja el paso á la marcha progresiva; léase el artículo del general Brialmont «*Necesité*

---

(1) *Mémoires de Napoléon, notes et melanges.*

*de remplacer les bataillons de chasseurs ou de carabiniers, etc.* » (1), de donde hemos extraído alguna de estas citas, y fácil será convencerse de ello. Por de pronto recuérdese que á mediados del siglo pasado aún hubo quien se empeñó en demostrar que debía conservarse la pica. Pero lo que aún parece más admirable, es que en 1875 el Consejo superior de guerra francés opinara que era necesario por cuerpo de ejército un batallón de cazadores como reserva. Verdaderamente no se podía dar á los cazadores un empleo táctico más opuesto á su modo de ser, y por otra parte tampoco se le podía dar al cuerpo de ejército más exigua reserva.

No hay para qué insistir que para semejante uso no es necesario tener infantería ligera, á la cual en todos los casos en que exista lo natural es encomendarle los puestos avanzados, el servicio de vanguardia y flanqueadores; en una palabra, todos aquellos cometidos que, dándole mayor independencia y movilidad, le permitan el empleo de su cualidad especial: la ligereza.

Para algunos será un gran argumento en favor de los batallones de cazadores el conservarlos el ejército prusiano, pero allí sólo existe para ello la razón ya indicada, la rutina, que poco ó mucho influye en todos los países, y además otra que luego expondremos. Pero hay que advertir que ya la opinión se va manifestando en aquel país contraria á dicha infantería, como lo indican las siguientes palabras del artículo *«Ein wort über die Jäger von rein taktischen Gesichtspunkte aus*, publicado por el *Jarbücher für die deutsche Armee und Marine*, tomo VIII: «Si con lo que antecede hemos logrado demostrar que la infantería puede realizar los cometidos que le impone la táctica actual, que los cazadores no bastan por sí solos para llenar las obligaciones que se les imponen, y que la historia de las últimas guerras conduce á análoga conclusión, podemos convenir en que nuestros cazadores constituyen tropas especiales, pero no exigidas por las necesidades tácticas.»

«En la campaña de 1866 el ejército del Mein, que alcanzó gloriosos y difíciles triunfos, contaba con 42 batallones, 29 escuadrones y 121 piezas, y sólo tuvo un batallón de cazadores que no se le incorporó hasta el 22 de julio.»

El barón de Kaulbars, en su estudio ya otras veces citado, se expresa como sigue: *«Mais on doit dir qu'en général la institution des chas-*

---

(1) *Revista militar belga*, tomo II, año 1878.

*seurs à pied ne jouit pas d'une grande sympathie dans l'armée prussienne. On y est d'avis que toute l'infanterie devrait recevoir une instruction de tir uniforme. Et l'existence des bataillons de chasseurs s'explique surtout par les facilités qu'ils donnent au gouvernement pour recruter un personnel forestier. C'est en somme, une organisation tout à fait original qui d'une part fournie à l'armée d'habiles tireurs de profession, et de l'autre procure à l'Etat des chasseurs et des agents sûrs et doués pour les services de forêts (1).*

La Artillería y los Ingenieros necesitan desde luego artifices que formen el núcleo de su fuerza, y justo es concedérselos; pero en cambio los soldados de estas armas, en particular los de la primera, nunca tendrán que obrar aisladamente sino bajo la inmediata dirección de sus superiores; de aquí que descartando los obreros, los meros soldados de estas armas si bien necesitan instrucción material algo más difícil de adquirir que la del infante, en cambio no han de tener tanta iniciativa.

La Caballería necesita lo mismo que la Infantería soldados inteligentes, más aún si cabe, por la naturaleza del servicio de exploración que tiene á su cargo; pero no hay razón para que deseche las pequeñas tallas y queden éstas solamente para la infantería, pues la caballería ligera y dotada de caballos de poca alzada bien puede reclutar su personal entre individuos de poca estatura. Creemos, pues, que sin perjudicar á las demás armas, fácilmente se podría dotar á la infantería de soldados inteligentes y robustos y aún aumentaría la facilidad estableciendo el servicio obligatorio, pues la mayor parte de los reclutas pertenecientes á las familias acomodadas serían más aptos para la infantería que para las armas especiales, por cuanto éstas exigen obreros ú hombres dotados de gran fuerza.

La Caballería con respecto á la Infantería, ha sido en los siglos XVIII y XIX, de  $\frac{1}{4}$  á  $\frac{1}{6}$ , variando según las épocas: de 1735 á 1793 (2) ha guardado la proporción de  $\frac{1}{5}$ ; desde 1793 á 1814,  $\frac{1}{6}$ ; desde 1814 á 1848,  $\frac{1}{4}$ ; y, á partir de 1848,  $\frac{1}{5}$  otra vez.

En sus estudios de guerra, el general ya citado (3) dice: «Qu'on lui en donne quatre regiments sans divisions de reserve d'armée ou qu'on lui

---

(1) Téngase en cuenta que los cuerpos de cazadores se reclutan en Alemania entre los agentes forestales.

(2) (3) Lewal.

en affecte trois seulement, en donnant à l'armée une réserve de cavalerie, la quantité totale de cavalerie sera en définitive à peu près la même dans les deux combinaisons.»

Y en otro libro, publicado con posterioridad, presenta esta opinión: «Par conséquent, un corps d'armée d'infanterie qui opère isolément, devrait posséder au moins trois régiments de cavalerie pour effectuer son exploration dans des conditions satisfaisantes.

C'est la proportion desirable, et cependant dans certains cas on peut faire, non pas de l'exploration, mais de la surveillance avec une force de cavalerie minime.»

No considera, pues, el citado tratadista de todo punto indispensable la presencia de cuatro regimientos; y del mismo modo opinamos, pudiendo muy bien tres regimientos componer cuerpo aparte, que puede ser de grandes resultados aplicándole el fraccionamiento ternario.

Decimos que formen esos tres regimientos unidad independiente porque en la práctica así ha demostrado que conviene disponer de la caballería; y entre las opiniones de notables tratadistas—las de una gran mayoría (1) están á favor de esta idea—á pesar de haber alguno encariñado con la mezcla de las armas (2), que en nuestro humilde concepto cuadra oportunamente mejor entre artillería y caballería.

La clasificación de la Caballería está hecha en este concepto:

(3) La cavalerie est indispensable à la guerre.

1.º Pour éclairer au loin et donner des nouvelles de l'ennemi: c'est le rôle de la cavalerie légère;

2.º Pour combattre les troupes ébranlées, et pour recueillir tous les fruits de la victoire; tel es le rôle de la cavalerie de ligne:

Más acerca de la Caballería.

(4) Or, dans la guerre moderne sur tout le combat de la cavalerie est un incident, tandis que l'exploration et la sécurité sont des nécessités de tous les instants. Bien qu'une division de cavalerie doit toujours former une masse d'action capable d'attaquer l'adversaire, elle trouvera tres ra-

---

(1) Von Scherff, Von Schemidt, coronel Köhler.

(2) Verdy du Vernois.

(3) General Marmont.

(4) Actas de las sesiones celebradas en Tours, bajo la presidencia del general Gallifet.

rement l'occasion d'un choc. Il ne s'agit donc pas tant pour elle d'avoir des masses puissantes pour le choc, mais faibles en tout autre inconstance, que des éléments mobiles et résistans qui lui permettent de satisfaire aux obligations si variées de sa mission.

Y, en otro lugar:

La cavalerie anra desormais d'une part, un rôle trop important et trop soutenu, d'autre part son recrutement est trop difficile et trop coûteux pour qu'elle comprenne des éléments qui ne soient en état de servir que dans de très rares occasions. La legerete des cavaliers etant devenue une des conditions indispensables de son action, tous les elements qui ne reunissent pas cette condition doivent être formellement éliminés de ses rangs.

La Caballería debe de tener la misma fuerza en pie de paz que en pie de guerra (1).

A la Caballería debe conservarse la misma organización en los tiempos normales y en las guarniciones en tiempo de paz que en el *teatro de la guerra* y de operaciones cuando llega el período de la lucha.

La Artillería, justamente considerada hoy como una de las tres armas principales del combate; de las que toman verdadera y principalísima acción en la lucha; de las que forman el núcleo de *efectivos combatientes*, auna sus esfuerzos á la Infantería para la defensa y guarnición de las plazas fuertes, para el ataque combinado con las otras dos armas, y á veces es compañera inseparable de la Caballería, en unión de la que contribuye poderosamente á resolver una batalla, á quebrantar un enemigo demasiado entero, demasiado crecido; ayuda y completa la acción de las otras dos armas para que, según las circunstancias, puedan decidir el ataque y lanzarse sobre el adversario. La Artillería prepara el momento de arrojarse una Infantería valerosa sobre la brecha abierta por la acción acertada del fuego de cañón. La metralla desconcierta y desmoraliza la Infantería más disciplinada, y el terror cunde en las filas del contrario cuando los lejanos disparos aciertan, con bien calculada puntería, á hacer llegar los modernos proyectiles al seno de las masas que forma un ejército en expectación de despliegue ó de ataque, de avance ó de apoyo como reserva. En cualquier caso, el efecto de la Artillería es de profundo pánico como influencia moral, independientemente de sus efectos materiales, que desastrosamente llevan

---

(1) General Martiniano Moreno.

consigo proyectiles de las proporciones, peso y velocidad que pueden lanzar las máquinas que el ejército, en esa arma poderosa, tiene á su servicio y puede utilizar con enorme superioridad sobre el adversario que no disponga de tan poderosos elementos, ó no sepa utilizarlos con la oportunidad que el caso exige, con el talento y aptitud necesarias, y considere la verdadera importancia que aquéllos reúnen.

La Artillería, como la Caballería, es costosa y aún lo es más que ésta; para mantenerla en buenas condiciones de combate exige buen ganado y buen material. También es preciso, al igual que la Caballería, contarla siempre preparada para el combate, porque su organización no se improvisa ni es fácil acumular el material preciso para organizarla, ni instruir suficientemente su personal de tropa para un momento decisivo, sin preparación y tiempo, sin los mil detalles que constituyen la buena organización.

Que la Artillería hace gravar mucho el presupuesto de Guerra, es cierto; pero también lo es que su aprovechamiento es considerable; que es garantía para las otras dos armas hermanas que con ella se emplean principalmente en el combate y se disputan lo más rudo de la lucha; que son el núcleo de la resistencia; que pesan con carácter propio en el triunfo ó en la derrota; que son la salvaguardia de la nación y constituyen la más activa y decisiva acción en la defensa del territorio y seguridad del Estado.

La Artillería no debe escasearse, de la misma manera que de una numerosa Caballería no debe prescindirse.

En el cálculo y determinación del número, es preciso tener en cuenta las condiciones del terreno, las del enemigo y los fondos del Estado, pues son éstos factores imprescindibles para la proporción de la Artillería.

Es conveniente que sea muy numerosa, porque su presencia anima al soldado, y su acción combinada en el ejército tiende á un resultado que es preciso no perder jamás de vista; economiza sangre y tiempo.

(1) Le principe est sans aucun doute, d'avoir autant d'artillerie qu'ou peut utiliser fructueusement; autant il serait nuisible de dépasser ce maximum, autant il est regrettable de rester en dessous, puisque ce serait une perte gratuite de forces.

Llody califica el cañón como alma de los ejércitos.

---

(1) Lewal.

(1) Hé aquí la proporción que con el resto del ejército guarda la Artillería de las potencias de primer orden:

	Piezas por 1.000 hombres del ejército de 1. <sup>a</sup> línea.	Piezas por 1.000 de los ejércitos de 1. <sup>a</sup> y 2. <sup>a</sup> línea.
Alemania . . . . .	3,6	2,5
Austria . . . . .	3	1,7
Francia . . . . .	3,5 á 4	3
Rusia . . . . .	3	2
Italia . . . . .	3,5	3

El capitán Mas relaciona la proporción al número de unidades de Infantería y Caballería que constituyen un cuerpo de ejército, en esta forma:

	Batallones.	Escuadrones.	Piezas.	Piezas por batallón.
Alemania . . . . .	25	variable	114	4,5
Austria . . . . .	42	15	96	2,4
Italia . . . . .	26	12	80	3
Francia . . . . .	25	8	102	4

Desde las campañas de Turena, en que existió la proporción de 1,5 piezas por mil hombres, hasta Napoleón, en cuya época llegó á 4 por cada mil, hemos tenido ocasión de observar en el ejército de Federico 3 ó 4; en Zorndof, 5; en Austerlitz, 3 por cada mil jinetes y 2,5 por cada mil infantes; en Eylán, los aliados 5,6 y los franceses 3,7; Wellington, en 1815, tan solamente 1,9, y durante las guerras del imperio (2) 2,8. En Sadowa, así los austriacos como los prusianos, presentaron 3,3, y en Custozza, los primeros 4,8 y los italianos 2,1. En la guerra franco-germana, los franceses 2,8 y los alemanes presentaron 3,8. Nosotros, en Bailén, 2,8; en Africa, 1,5; en el Norte, 1,6 y en la actualidad, 3, en lo que seguimos una de las más respetables y autorizadas opiniones (3).

Que la Artillería es una de las armas principales lo demuestra el que por sí sola puede sostenerse á conveniente distancia del enemigo y causar la ruina de éste sin el auxilio de las demás, y cuando no sea su ruina y completa derrota, por lo menos puede causarle un daño que de ella no puede recibir, como demuestra el siguiente ejemplo:

(1) Meckel.  
 (2) 1859.  
 (3) Jomini.

(1) Acaba de verificarse en Rusia una experiencia de tiro comparativo entre una compañía y una batería.

La compañía, compuesta de 100 hombres, recibió orden de tirar sobre unos blancos que representaban dos baterías completas, con sus tres escalones, y situadas una á 1.700 metros y la otra á 1.000.

Las distancias eran desconocidas por la compañía y no podía durar el fuego más que tres minutos en cada una de las distancias.

En el fuego desde la primera posición ejecutó la compañía 12 descargas, arrojando sobre la batería 1.296 proyectiles; de tan considerable número de balas sólo 10 hicieron blanco en seis de los lienzos, que representaban sirvientes de las piezas.

Al tirar desde la segunda distancia ejecutó la compañía 10 descargas, en las que lanzó 1.080 proyectiles, resultando 10 bajas en los supuestos sirvientes, por 20 balas.

Después de esta primera parte, se encargó á una batería tirase á las mismas distancias sobre 100 blancos que, colocados en fila á un paso de intervalo, representaban una compañía.

A la primera distancia lanzó la batería durante tres minutos 46 proyectiles, con los que causó 90 bajas en los blancos, sobre los cuales se veían 335 impactos.

A la segunda distancia, en el mismo tiempo que en los ejercicios anteriores, lanzó 64 proyectiles, destruyendo 97 blancos, que tenían 718 impactos.

Se deduce, por lo que dichas experiencias demuestran: 1.º, que en la Infantería situada á gran distancia del enemigo, es preferible el avance al fuego; 2.º, que la Artillería, á 1.000 metros de una Infantería, no sólo no puede considerarse indefensa, sino que si la Infantería no cambia mucho de posición, puede en poco tiempo ocasionarla pérdidas muy sensibles; 3.º, que la Infantería debe esperar el mayor efecto de su fuego en distancias inferiores á 700 metros, porque á estas distancias las trayectorias muy rasantes que dan las armas portátiles modernas, corregirán los defectos de puntería, en que fácilmente se incurrirá por la tensión de ánimo en que coloca el combate.

El cañón de tiro rápido es hoy objeto de detenido estudio. En Inglaterra se ensaya en la actualidad un cañón de muy pequeño calibre, del

---

(1) *La France militaire*,

tipo Hotchkiss, que puede hacer 600 disparos por minuto. En el espacio de 30 segundos, tirando sobre árboles de gran diámetro, á distancia de uno á dos kilómetros, el árbol que servía de blanco caía como si hubiese sido serrado. La pólvora que se emplea para estos cañones es sin humo y de gran potencia (1).

Que la Artillería es una de las tres armas principales del combate, lo prueba el interés con que todas las naciones tratan de aumentar su artillería y en estudiar la manera de perfeccionar la de sus respectivos ejércitos, dedicándole una preferente atención en la conveniencia cierta de que con la Caballería y la Infantería componen el verdadero núcleo para la batalla. Hé aquí algunas referencias en apoyo de nuestro aserto:

En las maniobras rusas de Krasnoïe-Selo se ha dado mucha importancia á los ejercicios de tiro de Infantería y Artillería, y se ha puesto especial cuidado en que los soldados de Infantería sepan el manejo del cañón para que en caso de guerra nunca falten sirvientes en las baterías (2).

La Artillería rusa está en el período de reorganización. Se han creado setenta nuevas baterías, distribuidas en la forma siguiente: cuatro brigadas á seis baterías en Wilne y Kieff. Las diez y seis brigadas de Varsovia, Wilne, Kieff y Obesa tendrán dos más cada una.

La Artillería de la guardia aumentará también sus baterías con ocho más, y la nueva brigada que se destina de servicio al Cáucaso tendrá seis baterías.

También se crea un batallón de sitio, y se reforzará la guarnición de Artillería en Kars.

Todas estas mejoras tienen que estar terminadas antes de finalizar el año corriente (3).

Recientemente se han verificado experiencias en los Estados Unidos con proyectiles cargados de explosivos como la jöveita, que han dado mejores resultados, respecto al efecto útil, que los proyectiles cargados con algodón pólvora, por lo que es casi seguro se adopte la referida jöveita como reglamentaria. (4)

El ministro de la Guerra del Japón ha resuelto se dote en breve plazo

---

(1) *L'Avenir militaire.*

(2) *L'Echo de l'armée.*

(3) *The Army and Navy Gazette.*

(4) *Revista do exercito e da armada.*

á la Artillería de nuevos cañones que construyen en la actualidad casas de Francia, Alemania é Inglaterra.

Una comisión oficial nombrada al efecto, se dedica en estos momentos al ensayo de los diferentes modelos que han presentado las citadas casas de Europa, y una vez aprobado el informe de la referida comisión, se procederá, por el establecimiento industrial á quien se haya otorgado el contrato, á la construcción de gran número de piezas de Artillería (1).

Francia sigue aumentando su Artillería de plaza.

La ley de 25 de julio de 1893 creó dos nuevos batallones de Artillería á pie; el 18 de febrero de 1896 se aprobó la formación de tres baterías más sobre las doce que formaban dichos dos batallones (2).

El material de Artillería del reino de Dinamarca ha sufrido grandes modificaciones.

El de la Artillería de plaza se aumentó hace poco tiempo con un cañón de tiro rápido de 7 centímetros y medio, montado sobre afuste de campaña con escudo-coraza. Esta pieza se destinará á la defensa de las posiciones avanzadas. Además continúa la fabricación de los obuses de 12 centímetros, para la que figura en el presupuesto de este año económico un crédito de 50.000 francos.

En el armamento de las baterías de costa se han hecho los siguientes aumentos:

1.º Cañones de 30<sup>cm</sup>,5 de calibre, que disparan proyectiles de 455 kilogramos, y con una velocidad inicial de 620 metros.

2.º Cañones de 17 centímetros de calibre, con proyectil de 280 kilogramos y 625 metros de velocidad inicial.

Ambas piezas son de retrocarga, montadas en afuste de giro central y con escudo protector.

3.º Cañones de tiro rápido de 12 centímetros de calibre, que disparan proyectiles de 20 kilogramos, con una carga de 4<sup>kg</sup>,200 de pólvora sin humo, dando una velocidad inicial de 750 metros.

Ambas piezas, con cierre de cuña, están montadas sobre un afuste á elipse con escudo.

4.º Cañones de tiro rápido de 7<sup>cm</sup>,5 sobre afuste de campaña; estas piezas están destinadas á la defensa móvil.

5.º Cañones de tiro rápido automático de 37 milímetros, disparando un

---

(1) (2) *La France militaire.*

proyectil de 750 gramos. La pólvora es sin humo, y la velocidad inicial es de 550 metros.

La Artillería de campaña ha adoptado un nuevo shrapnel de acero, con carga posterior, para la pieza de 8<sup>cm</sup>,7, que contiene 70 gramos de pólvora y 200 balas de plomo endurecido de 11 gramos de peso, y va provisto de una espoleta á doble efecto, cuya duración de combustión total es de 24"8.

Para la fabricación de este proyectil figura en presupuesto la cantidad de 28.000 francos.

Además, se ha adoptado para la Artillería de campaña una escala-observatorio, cuya altura es de 3<sup>m</sup>,2 y el peso 31 kilogramos (1).

El Parlamento portugués ha aprobado los siguientes proyectos:

La creación de dos nuevas baterías de montaña.

Tales baterías, unidas á las cuatro que en la actualidad existen, formarán el 6.º regimiento de Artillería (2).

Ahora, la importancia dada en Alemania á la Caballería y Artillería á caballo, y la experiencia de las últimas maniobras, que han demostrado lo difícil que será, en caso de guerra, cargar sobre la Infantería sin que con anterioridad la Artillería á caballo quebrante su fuego, han demostrado la necesidad del mencionado aumento (3).

(4) Para la organización de la Artillería de plaza hay que empezar por estudiar cuál es la que debe darse á un tren de sitio.

Las piezas que le constituyan deben unir, á la potencia necesaria para los efectos que de ellas se espera, la ligereza suficiente para no exigir tiros que excedan de 8 caballerías, sin cuya condición el transporte tropezaría con grandes dificultades. Con este último objeto, el tren formado por la pieza y carruajes que sirven para su arrastre no debe pasar de 4.000 kilogramos, lo que da para aquélla un peso de unos 3.000 kilogramos próximamente. Pero esta circunstancia no basta para determinar las condiciones de las piezas de sitio, que han de variar según los resultados que deban producir.

Un estudio publicado en el *Mittheilungen über Gegenstände des artille-*

- 
- (1) *Revue de l'armée belge.*
  - (2) *Revista do exercito e da armada.*
  - (3) *L'Avenir militaire.*
  - (4) Banús

*rie und Genie Wesens*, titulado *Festungsgeschütz-Frage* (la cuestión de las piezas de sitio), resume perfectamente el papel de la Artillería en los sitios modernos, y llega á las siguientes conclusiones:

1.º La mayor extensión dada á las actuales plazas y el alejamiento de los fuertes exteriores con relación al recinto, exige el empleo de piezas de grande alcance, si se quiere molestar á aquél desde las primeras posiciones de la Artillería.

2.º La dificultad de obtener con el tiro de enfilada buenos resultados en terraplenes de organización conveniente, obliga á recurrir al tiro de *desmonte*; pero como la Artillería de la plaza tira á barbata, en cañoneras poco profundas ó en casamatas y cúpulas con cañoneras mínimas, los blancos verticales son muy pequeños y de aquí la necesidad de emplear piezas de mucha precisión.

3.º La organización de los terraplenes exigen que las piezas destinadas á enfilarlos empleen el tiro curvo, único que puede dar por resultado la desorganización de aquéllos, sobre todo cuando se combina con el de *desmonte*.

4.º Las escarpas han de ser batidas por fuegos de sumersión, dado el gran cuidado con que hoy se las protege contra el tiro directo.

5.º La profusión con que se emplean los alojamientos á prueba y la resistencia que puede darse á los blindajes, obliga á emplear trayectorias con grandes ángulos de elevación, ó sea fuegos verticales.

A esto hay que añadir la necesidad de contar con piezas de potencia suficiente para destruir las corazas y cúpulas.

Resulta, por tanto, que es necesario emplear piezas para el tiro directo, para el tiro curvo y para el tiro vertical; á las primeras se les denomina *cañones largos*, ó simplemente *cañones*; á las segundas, *obuses* ó *cañones cortos*; á las terceras, *morteros*. No se crea, sin embargo, que el deslinde entre estas piezas sea tan fácil como á primera vista parece. El tiro se llama directo cuando se hace con la carga máxima ordinaria, é indirecto el que se verifica con cargas menores que la ordinaria y generalmente variables. Los cañones se emplean, como ya hemos dicho, para el tiro directo, y en algunos casos para el indirecto, pero con pequeños ángulos de elevación; los *obuses* para el indirecto con ángulos variables, pero que, en general, no pasan de 45º; para mayores ángulos de elevación se emplean los morteros. El *obús* francés, sin embargo, puede disparar con un ángulo de elevación de 60º. Algunos proponen hacer la clasificación basándose

en la relación entre el proyectil y la carga; pero así son aún mayores las dificultades; así, por ejemplo, en el *obús* austriaco de 15 centímetros, es de  $\frac{1}{18}$ , y en el mortero de 21 centímetros del mismo país, de  $\frac{1}{15}$ ; en el *obús* francés de 15'5 centímetros, y en el mortero de 22 centímetros del mismo país, de  $\frac{1}{15}$  próximamente. Es, pues, preferible atenerse á la primera clasificación, pues en realidad los ángulos de elevación y los montajes son los elementos que diferencian el *obús* del mortero.

Los cañones, cuyo objeto es disparar á grandes distancias ó á distancias medias contra blancos muy resistentes, necesitan arrojar proyectiles animados de gran fuerza viva y, por tanto, de mucho peso, lo cual dificulta el municionamiento y aumenta el gasto de los disparos. Por esta causa, estas piezas deben reducirse á lo puramente indispensable, y emplear además de ellas otras que eviten los anteriores inconvenientes. Finalmente, para defenderse contra las salidas, para batir blancos de poca resistencia y para tirar á distancias relativamente pequeñas, hay que emplear piezas todavía más ligeras que las anteriores y que puedan moverse con facilidad á fin de aminorar las dificultades que se presentan en el armamento de las baterías más próximas á la plaza. Ha de haber, por tanto, tres clases de cañones, cuyos calibres son, por lo general, 15 centímetros y 12 centímetros los dos primeros, y en cuanto al tercero, está indicada la pieza de posición que reúne las condiciones apetecidas. En España, en vez de las piezas de á 12 se emplean las de 14; pero esto sólo puede admitirse como medida de economía, pues están en condiciones desfavorables con respecto á las extranjeras de 12 centímetros. Su peso es excesivo para una pieza de calibre medio, y mucho mayor que el de las piezas de 12 centímetros usadas en las demás potencias, diferenciándose, por consiguiente, bajo este aspecto, menos de lo que debería de la pieza de gran calibre (1).

Partiendo de la base de la organización divisionaria, y por consiguiente de la existencia de cuerpos de ejército, la Artillería debe formar parte de estos cuerpos en proporción de 14 baterías para cada uno, y corresponderán 4 baterías á cada división y 6 para el Cuerpo de ejército, quedando de esta manera dos baterías para cada brigada, cuyo contingente pudiera aumentarse en caso necesario con una más, con lo que resultaría un aumento para el Cuerpo de ejército, de 4 baterías, y en total 18 baterías.

---

(1) *Banús*.

En el primer caso, contaría el Cuerpo de ejército con 84 piezas, y en el segundo con 108, números que, respectivamente, corresponden á 1.300 y 1.800 metros de frente, contando las piezas el intervalo de 16 metros.

Estas cifras están en perfecta relación con la parte que la Artillería ocupa con respecto al frente de un Cuerpo de ejército en su primera línea:  $\frac{1}{3}$  de dicho frente, estimativo en cuatro á seis kilómetros como término medio, pues hay quien le asigna  $3\frac{1}{2}$  á 5 (1), quien  $4\frac{1}{2}$  á  $7\frac{1}{2}$  (2), alguien  $4\frac{2}{3}$  (3), y otros  $5\frac{1}{3}$  (4).

\* \*

El cuerpo de Ingenieros reviste una verdadera y capital importancia y tiene sus funciones especiales en el *teatro de la guerra*.

Sus unidades de zapadores, minadores, pontoneros, de ferrocarriles y de telégrafos, deben estar perfectamente organizadas, agrupándose cada cuatro compañías en una unidad que corresponda á las tropas de una división, y cada dos de estas unidades al Cuerpo de ejército.

Dichas unidades deberán estar formadas de una compañía de cada clase de las enunciadas, y además puede asignarse al Cuerpo de ejército una compañía compuesta de dos secciones de zapadores-minadores y telégrafos, respectivamente, ó las que en su caso fueran más necesarias; esto en cuanto á las tropas vivas del cuerpo, amén de una comisión ó junta técnica que debe ser adjudicada igualmente á cada Cuerpo de ejército.

Mucho ha prosperado el cuerpo en cuanto á su organización, pero no creemos que ha llegado al verdadero estado de perfección, contando en la forma en que ha sido organizado, algunos capitales defectos que entorpecen su verdadero y legítimo desarrollo por falta de precisión en sus propias y esenciales aplicaciones.

\* \*

El cuerpo de Tren comprende el parque de municiones; el de Ingenieros, el parque sanitario, el convoy de víveres y el de caudales, documentación y equipajes.

- 
- (1) Verdy du Vernois.
  - (2) Von Scherff.
  - (3) Berthaut.
  - (4) Brialmont, Guichard.

Estas distintas misiones deben estar á cargo del batallón de Tren, que se compondrá de seis á ocho compañías, las que entre sí tendrán repartidos aquellos servicios, adjudicándose cada batallón á un Cuerpo de ejército.

Dichos servicios, precisamente bajo la dirección del cuerpo Administrativo del Ejército, han de estar organizados en tiempo de paz, y así lo defiende en el siguiente párrafo uno de los maestros en el arte de la guerra que tan altas muestras de aptitud ha dado sobre el campo de batalla.

(1) Nadie está más convencido que yo de la absoluta necesidad de tener un cuerpo de transportes militarmente organizado. Reconozco todos los esfuerzos y gastos que se han hecho para completar este cuerpo durante la última guerra. La inutilidad de unos y otros demuestra que no se puede improvisar este servicio en el momento necesario, y que es preciso organizar en tiempo de paz un cuerpo tan indispensable durante la guerra.

\*  
\*  
\*

Como ya adelantamos algunas ideas respecto al cuerpo Administrativo del Ejército (2), nos limitaremos aquí tan sólo á designar la unidad con respecto á la que deben prestar servicio los individuos de ese cuerpo especial. Según conviene al mejor servicio del Ejército, y en armonía con las tropas que componen las grandes unidades, debe adjudicarse un intendente de ejército á cada uno de los grandes cuerpos, que tendrá las funciones de director del servicio administrativo.

Cada división tendrá un intendente de esta clase, como jefe administrativo de dicha unidad, y cada brigada un subintendente, correspondiendo á los demás organismos de las tres armas principales y al cuerpo especial de Ingenieros la distribución del personal de comisarios y oficiales en las distintas funciones que por su carrera administrativa les corresponda dentro de la organización del Ejército, y para la mayor armonía y perfecta relación de funciones análogas y bien del servicio.

El cuerpo interventor que, en opinión de algunos autores, daría un resultado excelente, podría nutrir un tribunal superior de cuentas con los

---

(1) El duque de Wellington; cartas al conde de Bathurst.

(2) Páginas 207 y 208.

interventores generales, y en menor categoría ejercer su acción fiscal en todas las oficinas del cuerpo Administrativo.

El cuerpo de Sanidad Militar en tiempo de guerra ha de ser numeroso, en armonía con los mayores medios de destrucción hoy en aumento, y por consiguiente, el mayor número de heridos en un espacio de tiempo cada vez más corto, con el progreso de las armas de repetición.

Sus servicios por Cuerpo de ejército, comprenderán:

Las secciones sanitarias de los regimientos.

La compañía de ambulancia.

La compañía de hospitales provisionales.

Para cada ambulancia divisionaria (600 heridos), puede adjudicársele 15 médicos, 15 practicantes y 30 enfermeros.

Para la ambulancia de cada Cuerpo de ejército (800 heridos), corresponderán 20 médicos, 20 practicantes y 40 enfermeros.

En total, contando los médicos de la Plana Mayor, 7, los de las ambulancias y 30 de 10 hospitales provisionales, resultará la Brigada sanitaria, uniendo á los enumerados los médicos de los regimientos, con un contingente que arrojará una proporción de algo más de tres por cada 1.000 hombres.

Los farmacéuticos militares forman parte del cuerpo de Sanidad del Ejército, y tienen á su cargo el material de medicamentos que corresponden á las ambulancias, los institutos anatómo-patológicos y toda clase de análisis y preparación de medicamentos; rigen las farmacias militares, y su número ha de ser, en una pequeña proporción, el del cuerpo de Sanidad, en armonía con la misión que les está confiada.

El cuerpo de Veterinaria militar, que en Alemania se le tiene en tanta consideración por lo que significan sus servicios para la adquisición y conservación del ganado, debe dársele la organización que le corresponde por su carácter especial, no limitándose su aplicación á la asistencia en los regimientos, y proporcionarle la legítima intervención que es consiguiente en las remontas y comisiones de adquisición de ganado, en el fomento de la cría caballar y en cuanto se refiere á la requisa y adquisición de caballos con destino al Ejército, para lo que deben instituirse y fun-

cionar juntas técnicas del cuerpo, pues de tal carácter especial carecen las formadas por individuos del Ejército y ganaderos, los cuales tendrán mucha práctica en la cría de sus potros, mayor interés en darles salida, pero ningún carácter técnico ni concepto científico en cuanto á la especialidad de la profesión.

En cuanto á la asimilación militar de este cuerpo, como de todos los no combatientes, creemos innecesaria su adopción, pues sobre el ridículo que trae consigo dar categorías que no tienen el carácter militar que representan, nada se eleva ni favor alcanza el que por su competencia profesional no funda su mérito y valer en sus aptitudes y ciencia y sí en imitaciones y jerarquías cuya parodia no le es necesaria para prestar su servicio y demostrar sus conocimientos, que han de constituir su respetabilidad y consideración tributada á su mérito.

\*  
\* \* \*

El Cuerpo Jurídico militar, para hacer honor á su nombre y para llenar cumplidamente la importante misión que le está confiada, debería tener una organización más amplia de la que hoy cuenta, sobre todo en el personal subalterno; pues el mejor desempeño de las funciones judiciales, ó por lo menos más lógico, parece debe corresponder á individuos de ese cuerpo especial con más títulos que á oficiales del Ejército, como sucede en Austria.

En cuanto á los tribunales superiores véase en qué forma están organizados en algunas naciones:

*Austria.*—Existe un tribunal supremo, compuesto de dos oficiales generales y cinco auditores superiores.

*Alemania.*—Tiene un auditoriato general, compuesto de un auditor general y seis consejeros superiores.

*Bélgica.*—Un tribunal militar de apelación, pero dependiente de la llamada sala de casación de Bruselas.

*Dinamarca.*—El llamado Consejo de Guerra Superior, que lo constituyen: el auditor general, cuatro individuos del cuerpo jurídico y dos asesores civiles.

*Francia.*—Existe un consejo de revisión, que lo componen un general presidente y cuatro oficiales superiores del cuerpo jurídico.

*Finlandia.*—Un consejo de guerra superior, compuesto de cuatro oficiales y un jurisconsulto.

*Grecia.*—Un consejo de revisión, compuesto de un general presidente y cuatro oficiales superiores del cuerpo jurídico.

*Holanda.*—El alto tribunal de justicia, compuesto de cuatro oficiales y tres jurisconsultos.

*Inglaterra.*—No existe apelación contra los fallos del Consejo de Guerra.

*Portugal.*—Hay un Tribunal Supremo de Guerra y Marina, compuesto de cuatro oficiales generales del ejército, tres de la marina y dos jurisconsultos.

*Rusia.*—Un tribunal supremo militar, constituido por siete miembros de los cuales uno es el general presidente, otro del cuerpo jurídico y lo cinco restantes oficiales superiores.

*Suecia y Noruega.*—Un tribunal supremo civil, al cual están agregados dos oficiales generales.

*Servia.*—Un tribunal de casación militar, constituido por cinco oficiales superiores.

\*  
\* \*

El clero castrense debe de tener una organización más uniforme; pues siendo la parroquia legítima del militar el cuerpo donde sirve, como tal ha de estimarse en absoluto, para que sea considerada dicha parroquia en cada regimiento como lo es en las fábricas y fortalezas y antes lo era en los hospitales.

La jefatura y representación del clero castrense debe radicar, como hoy sucede, en el Vicario General, que en tiempo de paz se dedicará á las funciones propias de la dirección del cuerpo, y en tiempo de guerra debe precisamente formar parte del cuartel general del ejército de operaciones, delegando su cometido, para la dirección de los asuntos de su cargo, en el que por categoría corresponda, quien deberá desempeñar dicho cometido en su ausencia.

\*  
\* \*

La organización del cuerpo de Estado Mayor, tan deficiente y mal entendida hasta nuestros días, ha recibido en los últimos tiempos algo de carácter propio y único que deben tener los individuos dedicados á esa clase de servicios.

Hoy ya son varias las naciones donde establecida la Escuela Superior de Guerra, pasan por dicho establecimiento los oficiales de las distintas armas del Ejército, donde cursan algunos estudios de preparación necesarios para desempeñar el servicio á que han de ser dedicados.

Aún no completa este regimen los necesarios elementos que pueden y deben utilizarse para reclutar los verdaderos intermediarios entre el general y las tropas; entre el jefe superior y las unidades ó fracciones, instrumentos necesarios para mantener la unidad de mando y la constante inteligencia en la dirección de los ejércitos.

Aún quedan elementos de verdadero valer, de gran aptitud, que no han sido comprendidos en esa rudimentaria organización. Para tales elementos, que un general en jefe no debe abandonar, existe otra manera de reclutamiento, otra forma de completar esos importantes servicios; tal es la entrada por oposición ó por concurso, bien demostrando ante tribunales formados por los mismos jefes superiores del cuerpo hoy, los conocimientos y vocación necesarios; bien sujetando al examen de una comisión superior de dicho cuerpo, los méritos especiales, las condiciones extraordinarias que puedan convenir para algunos de los especiales servicios que en aquellas circunstancias son tan difíciles de improvisar ó suplir cuando no se tienen adquiridas previamente.

De esta forma el cuerpo recibe más amplia organización, como realmente lo merece, y se dá más extensión á sus escalas sin proporcionar gravamen al presupuesto, siendo equitativo el procedimiento que dá considerable prestigio y no perjudica á los que cursan sus estudios en la Escuela, porque los que pueden optar al concurso han de ser de mayor empleo y de mayor edad que los aspirantes á ingreso, que entran muy jóvenes en en los empleos inferiores.

Y sí cual es lógico, para la más perfecta y completa organización, nos fijamos, ya en el hecho de existir en las principales potencias militares un Estado Mayor abierto á todas las capacidades, ya por la opinión de respetables tratadistas (1), habráse de convenir en que la organización que se

(1) Andréossy, D'Arcón, Berthier, Chasseloup-Laubat, Fay, Haxo, Mériage, Lamarque, de Preval, Rogniat, Thiebault, Lewal, Müffing, Kreusseneck, Reyher, Moltke, Von Goltz.

adopte en el sentido que queda expuesto será más perfecta, y al nutrirse los empleos de comandante y capitán en aquella forma sin prescindir de la Escuela de guerra para la entrada de los subalternos, responderá más lógicamente el número de jefes superiores al que hoy cuenta ese especial servicio.

Las siguientes líneas sintetizan las ideas que preceden:

«... ces officiers ne doivent pas être choisis parmi les élèves d'une Ecole, mais être pris parmi les officiers le plus capables de toute l'armée et les plus aptes à ce service par leur constitution physique» (1).

\*  
\* \* \*

Al tratar de los cuerpos auxiliares del Ejército no hemos hecho mención del de Oficinas por reservar su lugar para enumerarle á continuación del de Estado Mayor, pues es su complemento necesario y sobre el cual pesa el trabajo material de las órdenes que se despachan y asuntos que por aquél se tramitan. Es el cuerpo de amanuenses; en él radican todos esos servicios anexos al despacho y tramitación de las órdenes, pasaportes, expedientes de toda clase de personal y material y cuanto se refiera á correspondencia oficial, imprenta de campaña, etc., etc.

Este cuerpo, que debe tener su límite de carrera en un sueldo equiparado á la categoría de capitán, pero sobre el que pueden otorgarse premios como recompensa que mejoren la situación de retiro cuando se adquiriera, llenará cumplidamente el objeto á que se destina y en tal sentido debe tener personal suficiente para no privar, bajo pretexto alguno, á las armas combatientes de sus jefes y oficiales cuyo puesto es al frente de sus tropas y en el constante mando del empleo que disfruten, á menos que su falta de aptitud les aleje de este preferente, único que en otro caso deben ocupar.

\*  
\* \* \*

En resumen, los ejércitos en su organización deben atender á dos fines principales:

---

(1) Le fonctionnement des services logistiques dans l'armée italienne.—*Spectateur militaire*.

1.º Al principio técnico de sus proporciones, debiéndose cumplir cuantas se informan en el conocimiento de la ciencia de la guerra.

2.º A la aplicación que ha de dárseles, teniendo en cuenta la guerra á que es provocada la nación que se apresta á la lucha ó la que ella misma ha de iniciar.

Así, los ejércitos de las metrópolis no serán organizados lo mismo que el de las colonias.

Así, las fuerzas destinadas á guarnecer el Indostán forman un efectivo mixto de 525.000 hombres, que se puede descomponer en la siguiente forma:

Un ejército europeo de.....	75.000
Oficiales agregados al servicio del gobierno de la India, según contrato.....	900
Un ejército indígena reclutado en el país y mandado por oficiales europeos.....	149.000
Cuerpos de voluntarios y ejércitos de los príncipes feudatarios.....	300.100

Todas estas tropas divididas en tres ejércitos y tres contingentes separados.

Ejército de Bengala, el de Madrás y el de Bombay. Contingente de la frontera de Punjab, el de la India central y el de Heiderabad.

En los tiempos actuales se dedica una atención preferente á la organización de los ejércitos, porque esto es, si no absoluta garantía de paz, por lo menos elemento pederoso de respeto para el exterior.

Turquía, cuando los acontecimientos de Bulgaria (1), organizó en pocos días en la península de los Balkanes 300.000 hombres.

La falta de cumplida organización en el ejército griego, de instrucción necesaria en sus tropas, ha ocasionado el desastre que ha sufrido enfrente de Turquía en los últimos meses (2).

Hoy, el territorio del imperio otomano está dividido en siete distritos militares (ordus), que tienen sus cuarteles generales: el 1.º, en Constantinopla; el 2.º, en Andrianópolis; el 3.º, en Salónica; el 4.º, en Ermidjan; el 5.º, en Damasco; el 6.º, en Bagdad; el 7.º, en Sana (Arabia).

---

(1) 1886.

(2) 1897.

Existen además, entre otras varias, dos divisiones independientes, al del Hédjarz (La Meca) y la de Trípoli, en Africa.

En los seis primeros distritos hay tropas activas (nizam), tropas de reserva (rédif) y tropas territoriales (mustahfiz) (1).

Ningún país del mundo puede rivalizar con Turquía, desde el punto de vista de alojamientos militares.

Parece ser que en Constantinopla es donde existen los mejores cuarteles del mundo.

Son verdaderos palacios; casi todos admirablemente situados y perfectamente dispuestos por sus condiciones de higiene y comodidad.

El efectivo del ejército suizo ha adquirido este año la respetable cifra de 495.931 hombres (2).

Lo que influye una buena preparación en los ejércitos, lo demuestra otro ejemplo reciente (3): la guerra entre el Japón y la China.

Hé aquí algunas conclusiones:

1.º Los japoneses supieron elegir el momento más favorable para la guerra, puesto que estaba militarmente preparada y sin temor de que Rusia interviniera por no tener terminado aún el ferrocarril transiberiano. 2.º Supieron aprovechar la desorganización de los adversarios en los primeros momentos, haciendo grandes desembarcos admirablemente dirigidos, y marchando sin perder un instante sobre el adversario. 3.º Practicaron mucho las marchas de noche que, acercándoles sin resistencia al adversario, les permitía atacar al amanecer. 4.º Se demostró los buenos resultados del fusil de repetición y la conveniencia de organizar muy bien el servicio sanitario.

Los chinos, seguramente se habrán convencido en esta guerra de lo conveniente que es dar, en tiempo de paz, gran prestigio á la clase militar y organizar su ejército con arreglo á los modernos adelantos (4).

El Japón cuenta en la actualidad con un ejército activo de 145.000 hombres y 375.000 de reserva (5).

(6) Las siete divisiones que actualmente existen, serán aumentadas con

---

(1) General, barón Von der Goltz.

(2) *Militär-Zeitung de Viena.*

(3) 1895.

(4) *Revue du Cercle militaire.*

(5) *Militär-Wochenblatt.*

(6) *La France militaire.*

cinco de nueva creación, y el ejército se dividirá entonces en tres cuerpos.

Hasta hoy, el Ministro de la Guerra había sido al mismo tiempo general en jefe; en adelante, el ejército estará á las órdenes de los comandantes de los tres cuerpos, y el Ministro de la Guerra tendrá especialmente bajo su inspección inmediata, la administración militar, en su más amplio concepto.

El I cuerpo de ejército, con su cuartel general en Tokio, se compondrá de las antiguas divisiones 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup>, así como de la 7.<sup>a</sup>, que entra ahora á formar parte de ese cuerpo, y de la 8.<sup>a</sup>, que ha de crearse. El mando de este cuerpo será confiado al comandante en jefe del ejército japonés en Mandchuria.

El II cuerpo tendrá el cuartel general en Osaka, y constará de las divisiones 3.<sup>a</sup>, 4.<sup>a</sup>, 9.<sup>a</sup> y 10.<sup>a</sup>

Por último, el III cuerpo, cuyo cuartel general será Kokoura, se compondrá de las divisiones 5.<sup>a</sup>, 6.<sup>a</sup>, 11.<sup>a</sup> y 12.<sup>a</sup>, de las cuales, las dos primeras ya existen, y las últimas han de ser creadas.

Los comandantes en jefe de los cuerpos I y III, serán los tenientes generales vizeconde Iamassi y vizeconde Iakouma.

La reforma del ejército japonés se extenderá también al armamento. La última guerra ha puesto de relieve la superioridad del fusil de repetición sobre los no repetidores. La guardia del mikado y los regimientos de la 1.<sup>a</sup> y de la 4.<sup>a</sup> división, han recibido ya los nuevos fusiles, modelo Mourata-Reapafaon-Sia. Las divisiones 5.<sup>a</sup> y 6.<sup>a</sup> recibirán también muy pronto el nuevo armamento.

Las tropas del imperio chino comprenden dos grandes divisiones: el ejército de las veinticuatro banderas y el ejército de la bandera verde.

La primera división constituye el verdadero ejército activo, compuesto de los manchoux, conquistadores de China.

La segunda es la milicia nacional, compuesta exclusivamente de chinos que sirven en los límites de sus provincias respectivas.

Según datos ingleses, se valúa la fuerza de la primera en 230.000 hombres, y la de la segunda en 600.000.

La insurrección de los mahometanos en el Turkestán chino, proporcionó al gobierno la ocasión de formar un cuerpo á la europea. Desde entonces, una parte de estas tropas, próximamente 50.000 hombres, quedó escalonada á lo largo de la frontera rusa.

Un segundo ejército, organizado por Li-Hung-Tchang, virrey del Pet-

chili, fué creado después para la defensa de las líneas de Pei-Ho y de la frontera china del lado de la Mandchuria. Dicho ejército se formó bajo la base de las tropas licenciadas por Gordón, y cuyo efectivo no pasó nunca de 50.000 hombres en la lucha contra los Taípings. La fuerza actual de este ejército no ha podido ser valuada; se supone es considerable y las opiniones varían, creyéndole de 50.000 á 100.000 hombres.

Existe también otra fuerza armada á la europea, que se forma de lo más escogido de las tropas activas, y ha sido organizada para la defensa de Pekín.

Francia, la nación que tanto ha sabido aprovechar las tristes enseñanzas de la guerra de 1870, cuenta hoy con un poderoso ejército en la siguiente forma:

603.000 hombres del ejército permanente; 140.000 dispuestos para acudir al primer aviso, y que han recibido instrucción de un año; 1.887.000 hombres de la reserva activa, calculando 10 reemplazos de 212.000 hombres cada uno, disminuidos en un 2 por 100 anual; 957.000 del ejército territorial; 847.000 de la reserva territorial; lo que da un total de 4.434.000.

Añadiendo á esta cifra:

230.000 hombres del reemplazo del año en que se verifique la movilización, que pueden ser llamados antes de la fecha reglamentaria y 723.000 hombres encargados de los servicios accesorios, se forma un total general de 5.387.000 hombres (1).

La prensa francesa elogia el proyecto de creación de nuevas baterías á caballo, del que con anterioridad se ha hablado, y recomienda al Ministro abandone la rutina y dé organización independiente á cada grupo de tres baterías, que debe quedar afecto á las divisiones de Caballería, pues conviene á todas luces no tengan la menor traba administrativa que les entorpezca acompañar á las divisiones á que están afectas (2).

El general Billot propone fijar el efectivo del ejército para el próximo año en 615.413 hombres.

El ejército activo sufrirá un aumento de 12.793 hombres, ocasionado por la creación de los cuartos batallones en 40 regimientos subdivisionarios de Infantería.

(3) Los ferrocarriles de hierro franceses están sujetos á una organiza-

---

(1) *L'Italia militare e marina.*

(2) *La France militaire.*

(3) *L'Avenir militaire.*

ción militar en virtud de la ley de 28 de diciembre de 1888, quedando en tiempo de guerra el servicio de las líneas férreas, por completo, bajo la autoridad militar.

El Ministro de la Guerra dispone de los caminos de hierro en toda la extensión del territorio nacional, no ocupado por los ejércitos en operaciones. El jefe de cada cuerpo de ejército ó parte del mismo que opere aisladamente, dispone de los ferrocarriles de la parte de territorio asignado á sus operaciones.

Los comandantes en jefe de los ejércitos, tienen bajo sus ordenes un personal especial, que comprende:

1.º Secciones de caminos de hierro de campaña, organizadas en todo tiempo con el personal de las grandes compañías de ferrocarriles y de la red del Estado.

2.º Tropas de zapadores minadores de caminos de hierro.

Cada administración de ferrocarriles está representada en todo tiempo, cerca del Ministro de la Guerra, por un agente agregado á él y encargado:

1.º En tiempo de paz, de asegurar, según las instrucciones del Ministro, la preparación completa de transportes en tiempo de guerra.

2.º En tiempo de guerra, de recibir las órdenes del Ministro y de asegurar su ejecución.

Además, se crea la comisión superior militar de caminos de hierro, nombrada por decreto, y que está formada por representantes del Ministro de la Guerra, del de Marina, de Obras Públicas y de las compañías de caminos de hierro.

Tales son las bases fundamentales de la organización militar de los caminos de hierro, que los decretos de 5 de febrero de 1889 acabaron de completar con la creación de comisiones de líneas férreas, cuyos trabajos están centralizados en la 4.ª oficina del Estado Mayor General, y la organización de las secciones de caminos de hierro de campaña, que serán establecidas en tiempo de guerra, bajo las órdenes de los comandantes en jefe de los ejércitos de operaciones.

Dichas secciones, en número de nueve, son las siguientes:

- 1.ª y 2.ª, formadas por la Compañía de París, Lyon, Mediterráneo.
- 3.ª Compañía de París á Orleans.
- 4.ª Compañía del Oeste.
- 5.ª Compañía del Norte.
- 6.ª Compañía del Este.

7.<sup>a</sup> Compañía del Mediodía.

8.<sup>a</sup> Compañía del Este, Compañía del Oeste, Compañía del Norte.

9.<sup>a</sup> Compañía de hierro del Estado.

En tiempo de guerra el Ministro puede, si lo juzga necesario, crear nuevas secciones con el personal indispensable de los caminos de hierro.

En tiempo de paz, estas secciones están sometidas á las inspecciones, revistas y períodos de instrucción que ordene el Ministro de la Guerra, variando el efectivo de cada una de ellas de 1.000 á 1.300 hombres (1).

(2) Alemania dedica hoy su mayor atención á reorganizar su poderosa Caballería y á hacer mejoras en el material de Artillería.

Los depósitos de remonta están distribuídos en el imperio alemán en la siguiente forma:

16 están establecidos en Prusia; 8 en las provincias del Este, instalados en Jurgaitschen, Neuhof-Raguit, Kattenau, Brakuponen, Pr-Mark, Sperling, Liesken y Weeskenhof; 1 en el ducado de Brandebourg, establecido en Barenthal; 2 en la Pomerania, en Neuhof-Trepou y Ferdinands-hof; 1 en la Silesia, en Wehrse; 1 en Sajonia, instalado en Arendsee, y por último, 2 en el Hanover, establecidos en Hundsrück y Mecklenhorst.

La transformación del material de Artillería no se reducirá probablemente tan sólo á la adopción del cañón de tiro rápido modelo 1896.

Comprendiendo los artilleros alemanes que la disminución del calibre de las piezas haría sentir la necesidad de un material capaz de destruir los obstáculos que el enemigo pueda presentar con proyectiles potentes, hacen en la actualidad ensayos en los campos de tiro con unos obuses de campaña, y según buenos informes, la Artillería de cuerpo tendrá en plazo breve dos baterías de obuses además de las seis de cañones de 7<sup>cm</sup>,5, 7<sup>cm</sup>,7 de tiro rápido.

El año próximo, el cuerpo de ejército alemán de dos divisiones tendrá por lo tanto 18 baterías montadas, una á caballo, de tiro rápido, y dos baterías de obuses de campaña; y el cuerpo de ejército de tres divisiones movilizará 24 baterías montadas.

(3) También á Inglaterra preocupa mucho la reforma de su material de Artillería. En Aldershot se han hecho experiencias con el nuevo afuste

---

(1) *L'Avenir militaire.*

(2) *L'Avenir militaire.*

(3) *The Broad Arrow.*

de acero Dundonald con bastante éxito, comprobándose que con este afuste puede conducir sin fatiga el caballo un cañón Maxim, y esta reforma y estudio comprende el material de la Artillería de campaña, de plaza y de los buques, según lo demuestra el hecho de que por orden del Ministro de Marina han verificado prácticas de tiro 102 buques de guerra para comparar su efecto útil. Los resultados han sido los que siguen:

El crucero de primera clase *Imperieuse*, que tiene su destino en el Pacífico, es el que ha dado mejores resultados, pues en 27 disparos hizo 22 blancos; las prácticas las ejecutó con cañones de retrocarga de 9,2 pulgadas de calibre y 22 toneladas de peso.

Sigue á dicho crucero en resultados el de tercera clase *Porpoise*, de estación en China, que disparó con cañones de retrocarga de 6 pulgadas é hizo 31 blancos en 46 disparos.

Corresponde el tercer puesto al crucero de tercera clase *Blonde*, de estación en el Cabo de Buena Esperanza, que con cañones de tiro rápido de 4,7 pulgadas, hizo 37 blancos en 55 disparos. Ocupó el cuarto lugar el cañonero de primera clase *Karrakatta*, de estación en Australia, que en 18 disparos hizo 12 blancos con sus cañones de tiro rápido de 4,7 pulgadas.

Los siete acorazados de primera clase *Anson*, *Hood*, *Howe*, *Camperdown*, *Nile*, *Ramilies* y *Rodney*, también hicieron experiencias con cañones de 67 toneladas, y de ellos alcanzó la mayor proporción el *Camperdown*, que hizo 6 blancos en 15 disparos.

Los resultados de los demás fueron los siguientes: *Hanson*, 16 disparos, 5 blancos; *Hood*, 23 disparos, 7 blancos; *Howe*, 16 disparos, 3 blancos; *Nile*, 22 disparos, 7 blancos; *Ramilies*, 25 disparos, 8 blancos; *Rodney* 16 disparos, ningún blanco.

Según la relación general anual del ejército inglés para 1896, las fuerzas efectivas de dicha nación constaban en 1.º de julio último, de 220.869 hombres, de los cuales 100.641 servían en la metrópoli, 4.711 en Egipto, 38.522 en las colonias y 76.995 en la India. En el último año, alcanzó la cifra de 220.742, de los cuales, 19.300 eran de Caballería; 37.307, de Artillería; 7.829, Ingenieros; 5.851, guardias de Infantería; 136.965, Infantería de línea; 5.331, cuerpos coloniales; 3.581, del Cuerpo de servicios del Ejército; 1.306, del Cuerpo de ordenanzas; 2.699, del de Sanidad, y 573, del de Pagos. El número total de reclutas obtenidos, fué de 27.794, de los cuales, 27.670 fueron destinados al ejército del Reino-Unido, 22.104 fueron reclutados en Inglaterra, 2.825 en Escocia y 2.865 en Irlanda.

Portugal ha fijado, por real decreto, con aprobación de las Cortes, las fuerzas de su ejército en 30.000 hombres de todas armas.

Italia cuenta en la actualidad con un efectivo en su ejército de 3.364.383 hombres, incluyendo 38.617 oficiales y 25.219 sargentos (1).

(2) La reorganización del ejército italiano se está haciendo por decretos, según ley de 28 de junio de 1897, en la forma siguiente:

*Circunscripción territorial militar para el servicio general.*—La distribución y situación de los cuerpos de ejército queda determinada en la forma siguiente:

1.<sup>er</sup> *Cuerpo de ejército.*—Capital, Turín.—1.<sup>a</sup> división, Turín; distritos, Turín y Pignerol.—2.<sup>a</sup> división, Novara; distritos, Novara, Verceil é Ivrea.

2.<sup>o</sup> *Cuerpo de ejército.*—Capital, Alejandría.—3.<sup>a</sup> división, Alejandría; distritos, Alejandría, Casala, Voghera y Pavía.—4.<sup>a</sup> división, Coni; distritos, Coni y Mondovi.

3.<sup>er</sup> *Cuerpo de ejército.*—Capital, Milán.—5.<sup>a</sup> división, Milán; distritos, Milán, Monza, Como, Lodi y Varese.—6.<sup>a</sup> división, Brescia; distritos, Brescia, Læcco y Bérgamo.

4.<sup>o</sup> *Cuerpo de ejército.*—Capital, Plasencia.—7.<sup>a</sup> división, Plasencia; distritos, Plasencia, Cremona, Parma y Reggio-Emilia.—8.<sup>a</sup> división, Génova; distritos, Génova y Savona.

5.<sup>o</sup> *Cuerpo de ejército.*—Capital, Verona.—9.<sup>a</sup> división, Verona; distritos, Verona, Vicencio y Mantua.—10.<sup>a</sup> división, Padua; distritos, Padua, Rovigo, Venecia, Bellune, Trevisa y Udina.

6.<sup>o</sup> *Cuerpo de ejército.*—Capital, Bolonia.—11.<sup>a</sup> división, Bolonia; distritos, Bolonia, Módena y Ferrara.—12.<sup>a</sup> división, Rávena; distritos, Rávena y Forli.

7.<sup>o</sup> *Cuerpo de ejército.*—Capital, Ancona.—13.<sup>a</sup> división, Ancona; distritos, Ancona, Pesaro y Macerata.—14.<sup>a</sup> división, Chieti; distritos, Chieti, Teramo, Ascoli Piceno, Aguila, Solmona, Campobasso y Foggia.

8.<sup>o</sup> *Cuerpo de ejército.*—Capital, Florencia.—15.<sup>a</sup> división, Florencia; distritos, Florencia, Arezzo y Pistoia.—16.<sup>a</sup> división, Liorna; distritos Liorna, Siena, Luques y Masa.

9.<sup>o</sup> *Cuerpo de ejército.*—Capital, Roma.—17.<sup>a</sup> división, Roma; distri-

---

(1) *Relazione sulla Leva.*

(2) *Revue du Cercle militaire.*

tos, Roma y Frosinona.—18.<sup>a</sup> división, Perugia; distritos, Perugia, Spoleto y Orvieto.—25.<sup>a</sup> división, Cagliari; distritos, Cagliari y Sassari.

10.<sup>o</sup> *Cuerpo de ejército*.—Capital, Nápoles.—19.<sup>a</sup> división, Nápoles; distritos, Nápoles, Caserta, Gaeta y Benevento.—20.<sup>a</sup> división, Salerno; distritos, Salerno, Campagna, Avelino y Nola.

11.<sup>o</sup> *Cuerpo de ejército*.—Capital, Bari.—21.<sup>a</sup> división, Bari; distritos, Bari, Saleta, Lezo, Tarento y Potenza.—22.<sup>a</sup> división, Catanzaro; distritos, Catanzaro, Reggio Calabria, Cosenza y Castrovillari.

12.<sup>o</sup> *Cuerpo de ejército*.—Capital, Palermo.—23.<sup>a</sup> división, Palermo; distritos, Palermo, Girgenti, Trápani y Cefalu.—24.<sup>a</sup> división, Messina; distritos, Messina, Siracusa, Caltanisseta y Catana.

*Circunscripción territorial para el servicio de la Artillería*.—Para el servicio de la Artillería, está dividido el territorio en ocho comandancias, que comprenden á su vez 14 direcciones, á saber:

1.<sup>er</sup> cuerpo de ejército, una comandancia y una dirección en Turín.—2.<sup>o</sup> cuerpo, una comandancia y una dirección en Alejandría.—4.<sup>o</sup> cuerpo, una comandancia y una dirección en Plasencia y una dirección en Génova.—3.<sup>o</sup> y 5.<sup>o</sup> cuerpos reunidos, una comandancia y una dirección en Verona, una dirección en Mantua y otra en Venecia.—6.<sup>o</sup> y 8.<sup>o</sup> cuerpos, una comandancia en Bolonia y una dirección en Spezia.—7.<sup>o</sup> y 9.<sup>o</sup> cuerpos, una comandancia y una dirección en Roma, una dirección en Ancona y otra en Magdalena.—10.<sup>o</sup> cuerpo, una comandancia y una dirección en Nápoles.—11.<sup>o</sup> y 12.<sup>o</sup> cuerpos, una comandancia y una dirección en Messina, con otra dirección en Tarento.

*Circunscripción territorial para el servicio de Ingenieros*.—El servicio de ingenieros consta de seis comandancias, que comprenden 15 direcciones.

La residencia de dichas comandancias es la siguiente:

1.<sup>o</sup> y 2.<sup>o</sup> cuerpos, Turín.—3.<sup>o</sup> y 5.<sup>o</sup>, Venecia.—4.<sup>o</sup>, Genova.—6.<sup>o</sup> y 8.<sup>o</sup>, Spezia.—7.<sup>o</sup> y 9.<sup>o</sup>, Roma.—10.<sup>o</sup>, 11.<sup>o</sup> y 12, Nápoles.

*Circunscripción territorial para el servicio de Sanidad Militar*.—Existen 12 direcciones de sanidad y 12 de comisariato, que funcionan en las 12 capitales de los cuerpos de ejército, y se cuentan además 25 direcciones de hospitales principales, una en cada cabeza de división.

(1) En Rusia el contingente de tropas tiende á aumentar á medida que

---

(1) *L'Avenir militaire*.

las leyes van dulcificando el rigor de los destierros y de las penas afflictivas. Estos progresos se tocan de día en día.

No comprendiendo el Cáucaso y los territorios de Terek y del Kouban, la Transcaucasia y la Finlandia, el contingente del reemplazo de 1897 se elevará á 282.000 reclutas, es decir, 8.000 más que el año anterior. Si se añade á esta cifra los contingentes indígenas de algunas provincias, así como los 7.000 á 8.000 voluntarios, se alcanza la cifra de 290.000 á 300.000 hombres, pues los indígenas de Terek, de Kouban y de la Transcaucasia concurren con 4.500.

Como consecuencia del aumento de unidades hecho en Rusia en las armas de Artillería y Caballería, y el mayor número de reclutas que han dado este año las diferentes provincias, se piensa en la creación de dos nuevos cuerpos de ejército.

El ejército ruso está siendo objeto de importantes reformas, especialmente en la parte concerniente al arma de Artillería.

Según una orden del 16 de enero, los batallones de las fortalezas de Warsovia-Nowogeorgiewsk, Segesch, Kowno, Iwangerod y Kars se han transformado en regimientos de dos batallones.

En la fortaleza de Wilna hay 17 batallones en vez de uno que tenía anteriormente.

El efectivo de tiempo de paz de las tropas de reserva se ha aumentado, elevándose á la cifra de 78.000 hombres. Tan pronto como sea posible, se dará á toda la Artillería el cañón modelo 1893, que puede hacer 3 ó 4 disparos por minuto.

En otoño se crearán las brigadas de Artillería á pie de campaña números 43, 45, 46 y 47, con 6 baterías de 8 piezas; quedando dos de estas baterías afectas á los distritos de Wilna y Kiew.

En 1898 se crearán las brigadas de Artillería de línea núms. 43, 44, 48 y 49; y todas las brigadas de Artillería de la guardia y del cuerpo de granaderos, que en tiempo de paz tienen 3 divisiones, recibirán 3 grupos de 3 baterías cada uno.

Contando todos los aumentos y las creaciones de baterías de morteros, tendrá Rusia el año próximo, 696 cañones más que al principio del año 1895; es decir, la cuarta parte de los que Alemania tiene en tiempo de paz.

Han sufrido una gran reorganización las fuerzas de los guardas de frontera: éstos, como su nombre indica, están encargados de vigilar las fronteras de Rusia, y forman un cuerpo de escala cerrada, que consta de 29

brigadas y dos destacamentos independientes. Su principal prenda de uniforme es un gabán ancho y largo, verde obscuro, con galones y charreteras verdes claras; como cubre cabeza usan la gorra de plato con los mismos galones que el traje, y el armamento y el resto del vestuario es igual á los usados por la Infantería y Caballería.

Existen guardas de frontera de Infantería y de Caballería.

Catorce brigadas están en la frontera alemana, 7 en la frontera austriaca, el resto sobre las fronteras de la Rumanía, Turquía y Persia.

Cada brigada se compone de 2 á 3 destacamentos, formados cada uno por 4 ó 5 subdivisiones, que á su vez forman 4 ó 5 cordones, con el efectivo de 20 á 50 hombres cada uno.

Cada uno de esos cordones forman dos líneas, estando la primera situada cerca de la frontera, con los hombres colocados á mayor ó menor intervalo, según los accidentes del país; y la segunda, situada á 5 km. de la 1.<sup>a</sup>; ambas líneas están en comunicación constante por medio de patrullas á pie y á caballo.

La primera línea está guarnecida por Infantería y la segunda por Caballería.

El servicio dura seis horas; y los hombres que no están de servicio se alojan en blockhaus de madera.

El total de dichas fuerzas es de 28.000 hombres, de los cuales 13.000 son montados.

(1) En Suiza el efectivo total del ejército de la confederación asciende á 495.931 hombres.

El ejército de los Estados Unidos tiene en la actualidad un efectivo de 28.216 hombres, y se compone, además del Estado Mayor y los diversos servicios, de los cuerpos siguientes:

Un regimiento de Ingenieros, 10 de Caballería, 5 de Artillería, 25 de Infantería, la Academia de guerra y las tropas indias.

El territorio está dividido en ocho departamentos militares:

1.º Departamento del Este, cuya capital es Nueva York, y comprende los estados de Nueva Inglaterra, Nueva York, Nueva Jersey, Pensylvania, Delaware, Maryland, Virginia, Virginia Occidental, Carolina del Norte, Carolina del Sur, Georgia, Florida, Luisiana, Misisipi, Alabama, Kentucky, Tennessee y el distrito de Columbia.

---

(1) *La France militaire.*

2.º Departamento del Colorado, con la capital en Denver, y formado por los estados de Colorado, Arizona, Nuevo Méjico y el territorio de Utah.

3.º Departamento del Missouri, cuya capitalidad radica en Chicago, constituido por los estados de Michigán, Viscousin, Indiana, Illinois, Missouri, Kansas, Arkansas y los territorios de Ohaklama.

4.º Departamento de Dakota, con la capital en San Pablo, y formado por los estados de Minesota, Dakota del Norte, Dakota del Sur y Montaña.

5.º Departamento del Platte, cuya capital es Omaha, y sus estados Jowa, Nebraska y Wyoming.

6.º Departamento de Tejas, con la capital en San Antonio, y constituido por el estado de Tejas.

7.º Departamento de Columbia, con la capital en Vancouver, y que consta de los estados de Oregón, Washington é Idaho, y el territorio de Alaska.

Y 8.º Departamento de California, cuya capital es San Francisco, siendo los estados que le componen, California y Nevada.

A principios del año actual, la fuerza máxima de milicias en toda la extensión del territorio era de 191.302 hombres, de los cuales 112.082 constituían el efectivo, inmediatamente dispuestos para tomar las armas.

La distribución del fusil Spingfield á la milicia de los estados, á cambio de las armas de otro tipo que hoy poseen, aprobada recientemente por el Congreso, se hará tan pronto reciban en el departamento de Artillería los pedidos necesarios.

A mediados de junio se hizo el cambio en Arkansas, Connecticut, Wiscousin, Virginia y Tenessée. En Yowa, Nebraska, Luisiana, Ohío, Nevada, Georgia y Carolina del Sur se efectuará el referido cambio á la mayor brevedad posible.

Atendiendo á la constitución del Estado, en caso de peligro nacional, el efectivo total de los habitantes de la república norteamericana obligados á prestar servicio militar, es de 10.037.576, que carecen de la necesaria instrucción, excepción hecha de los que forman el ejército permanente.

El contingente de las milicias territoriales está hoy distribuido entre los distintos estados en la siguiente forma:

Alabama, 2.960 hombres; Arizona, 470; Arkansas, 981; California, 4.944; Carolina del Norte, 1,782; Carolina del Sur, 5.440; Colorado, 827;

distrito de Columbia, 1.563; Connecticut, 2.771; Dakota del Norte, 479; Dakota del Sur, 779; Delaware, 330; Florida, 1.011; Georgia, 3.525; Idaho, 232; Illinois, 4.777; Indiana, 2.633; Kansas, 1.666; Kentucky, 1.331; Luisiana, 1.249; Maine, 1.164; Mariland, 2 118; Massachussets, 5.566; Michigán, 2.801; Minessota, 1.801; Misisipí, 1.705; Missouri, 2.415; Montana, 526; Nebraska, 1.086; Nevada, 493; Nueva Jersey, 3.915; Nueva York, 12.810; Nuevo Hampshire, 1.255; Nuevo Méjico, 469; Ohío, 6.125; Oregón, 1.575; Pensylvania, 8.614; Rhode Island, 1.476; Tejas, 2.784; Tennesée, 1.794; Vermont, 784; Virginia, 3.221; Virginia del Oeste, 900; Washington, 1.702; Wiscousin, 2.721; Wyoming, 415; Yowa, 2.315.



## CAPÍTULO II

---

### Influencia de las condiciones psicológicas.—Cualidades del general en jefe.

Los hombres, las armas y el terreno, son los elementos á que es preciso atender en el combate: de la bondad de estos dos últimos factores resultan ventajas indudables; pero el primero es el que ofrece mayor estudio, el que más influye en la suerte de la lucha, y en él hemos de considerar, así el carácter del que manda como el espíritu de los que obedecen; mas conviene tener en cuenta que este espíritu generalmente le imprime y determina el jefe, y sobre todos el supremo á todos, es decir, el comandante ó general en jefe del ejército.

Muy de estimar son las condiciones físicas, pero aun sobre las intelectuales, tan necesarias, se encuentran las condiciones morales, que deben ser preferidas absolutamente. Ellas son las que impiden que los hombres sean iguales, por ellas se diferencian en parte ó en todo los unos de los otros y de ellas depende principalmente el éxito.

Esas cualidades que tanto son de apreciar en el soldado, han de distinguir más al jefe, y á veces el poseerlas en alto grado y con mayor energía el general en jefe, determina el triunfo, resulta la victoria á que son arrastrados millares de hombres por uno solo.

Lo que vale un ejército depende primordialmente del general en jefe, y así lo prueba la Historia; pues sin los genios de Alejandro, César, Gonzalo de Córdoba, Hernán-Cortés, Carlos I de España, Bonaparte, Méndez Núñez, no se hubieran realizado los hechos asombrosos que tuvieron lugar por la iniciativa de esos hombres que á sus talentos unían sus virtudes y á sus atrevidos pensamientos la firmeza de la resolución; pero no hay que olvidar que á esos mismos hombres como á Pelayo, Colón y Doña Isabel I

les guió la fé, la fé que extendía su hermoso manto sobre las Navas de Tolosa y Clavijo y amparó las cruzadas.

A una clara imaginación que permite recorrer el espacio y salvar el tiempo, es preciso unir la cualidad indispensable de la memoria; y, aún no cumple las condiciones necesarias para constituir el carácter si no van acompañadas aquéllas de una invariable firmeza en las resoluciones.

Tres cosas son necesarias para dar valor á las tropas: amor al orden, costumbre de obediencia, confianza en sí mismo y en los demás.

El héroe ilustre y erudito escritor Marqués de Santa Cruz de Marcedano, dice en el párrafo 54, libro I de sus obras:

DIFERENTES ADVERTENCIAS Y REPAROS SOBRE EL AGRADO QUE EL GENERAL DEBE MOSTRAR Á SUS TROPAS.—«Creo dejarte dicho bastante en los capítulos del presente libro pertenecientes á la máxima de hacerte querer, sobre el agrado que debes mostrar á tus tropas; pero porque este punto se trató en diferentes interpolados lugares como accidental de otros asuntos, discurriré de él, procurando no repetir cosa de lo ya escrito; digo, pues, que no pares tan de raya en la afabilidad, que adquieras desprecio en lugar de benevolencia.

De Proseno, capitán griego, en las tropas de Ciro el menor, refiere Jenofonte que deslucía otras buenas prendas de comandante con la sobrada ambición de agradar á sus soldados; pues á trueque de que no le aborreciesen, se dejaba desobedecer y tener en poco respeto de ellos.

Cornelio Nepote escribe del pretor romano Pomponio Atico: Su mansedumbre no era sin severidad, ni su gravedad sin agrado.

Es verdad que si tus costumbres y modo de vivir son como deben, rectas y honestas, ningún exceso de tu agrado bastará á disminuir tu estimación: de tal dictamen es Mister Francisco Sansovino: y Ludocrico Domenichi, hablando de Exógoras, príncipe de Salamina, dice: No con el encrestal de la frente ni con estar sobre el grave; sino con las buenas costumbres, se adquiriría la reverencia de todos.

Foresti muestra bien que el agrado del jefe no impide la veneración del súbdito cuando al tratar de Arsaces I, rey de los partos, escribe: Fué benigno y hermoso con todos, pero igualmente querido que reverenciado.

El mismo Foresti refiere de Demócrito, duodécimo príncipe de Polonia, que los suyos le tenían tanto respeto como cariño; y que trataba á los soldados con la propia familiaridad que si fuese uno de ellos.

A más de la integridad ó justificación de tu vida, concurrirá también

á hacerte respetado el castigo que debes dar á los que desobedecieren tus órdenes ó faltasen á la justa disciplina; así lo cree Vegecio; y de Hernán Cortés dice D. Antonio Solís: Sabía volver al rigor, si la moderación del castigo se hiciese tibieza del escarmiento.

Del ejemplar que sigue de Agrícola parece se puede formar la regla de que al paso que trates con dulzura mandes con imperio, pero sin torpeza; pues los súbditos que de ordinario te logren compañero, deberán á veces admitirte superior; siendo evidente que ni el comando requiere ceremonias, ni al cotidiano trato son de esencia las severidades.

Tácito refiere que cuando Agrícola estaba en su tribunal, demostraba entereza; pero que fuera de allí, despojado de la persona de autoridad, todo era cortesía y agrado.

En los capítulos 55, 56, 57, 58 y 60 del mismo libro, hace el profundo tratadista las siguientes reflexiones ilustradas con las citas correspondientes:

No te deben ensorbecer las felicidades ni abatirte los infortunios. De lo primero te resultaría negligencia en el empleo, relajación en las costumbres, y tal vez aborrecimiento en los amigos. En lo segundo mostrarías un pequeño corazón indigno de tu carácter.»

(1) Entendemos por conocimiento del corazón humano, el poder de ejercer influencia sobre los hombres, sacando partido de sus temores, de sus esperanzas, de sus pasiones, de sus intereses ó de sus preocupaciones; el talento de ganarse el amor ó la confianza de las tropas, la serenidad y la presencia de ánimo en las circunstancias críticas.

.....  
«La primera cualidad del general en jefe—dice Napoleón,—es tener una cabeza bastante serena para no recibir de los objetos otra impresión que la que deben producir. Es preciso que no se deje deslumbrar por las noticias buenas ó malas. Las sensaciones recibidas sucesivas ó simultáneas durante el día, deben quedar clasificadas en su memoria, de modo que cada cual no ocupe sino el lugar que le conviene; porque la razón y el juicio no son otra cosa que el resultado de la justa comparación que hace de emociones diversas. Hombres hay que á consecuencia de su constitución moral y física, se representan todos los sucesos de la misma manera; y á tales hombres, sea cual fuere por otra parte su instrucción, ingenio,

---

(1) Mr. H. C. Fix.

y demás cualidades, no les ha llamado la naturaleza al mundo de los ejércitos á la dirección de las grandes operaciones militares.

.....  
»El general en jefe es la cabeza; es el todo para el ejército.

»No fué, no, el ejército romano quien conquistó la Galia, sino César; no fué el ejército cartaginés quien á los fuertes de Roma hizo temblar la Ciudad Eterna, sino Aníbal; no fué el ejército de Macedonio quien llegó hasta el indosino Alejandro; no fué el ejército prusiano quien defendió la Prusia, durante siete años, contra los tres más poderosos Estados de Europa, sino Federico» (1).

«Las funciones de un general en jefe—dice el coronel Vial—son á la vez *políticas, administrativas y militares*.

»Bajo el aspecto *político*, puede verse llamado á negociar un armisticio, y aun á entablar negociaciones más serias.

»Bajo el *administrativo*, puede verse llamado á organizar un país conquistado, á vigilar á todas las ruedas de la administración, de la justicia, de la hacienda y del culto.

»Por último, bajo el militar, él es quien dirige los movimientos de un ejército, lo cual constituye precisamente la parte principal de su misión.

»En un gran ejército, la acción militar del general en jefe se deja sentir á distancia; es sobre todo una acción estratégica y un trabajo de gabinete. Además de las cualidades indicadas anteriormente para con los generales con mando de tropas, el general en jefe debe poseer también, y de una manera muy especial, el golpe de vista estratégico, es decir, la facultad de abarcar el conjunto de un teatro de operaciones, de penetrar la obscuridad que envuelve las posiciones y los movimientos del enemigo, á fin de adivinar el punto decisivo del camino que á ellas gufe. Una vez que el general en jefe ha formado un proyecto, debe ejecutarlo con resolución, son las dos cualidades necesarias en el mando de un ejército.

»Nadie, en los tiempos modernos, los ha poseído en igual grado que Napoleón. Su golpe de vista abarcaba fácilmente la totalidad de un teatro de operaciones; penetraba á través de las avanzadas y de las líneas enemigas, reconocía inmediatamente el punto decisivo, y el camino que convenía seguir para llegar á él. Formaba entonces sus combinaciones es-

---

(1) Napoleón.—*Memorias*.

tratégicas, y sabido es con qué vigor y que resolución las llevaba á cabo.»

En los siguientes párrafos cita varios ejemplos D. Alvaro de Navia Osorio:

Bello elogio hace su historiador á Roberto I de Escocia: Probó la una y la otra fortuna, y en ambas fué igualmente superior su virtud, no abatido en la contraria; en la próspera no soberbio: y á Jacobo II de aquel gran reino, fué en él igual la constancia en los adversos casos y la moderación en los felices. El mismo escritor aplaude en Eugenio II, también de Escocia, el no haberse envanecido en la felicidad de sus armas, ni perdido por ellas sus honestas costumbres. No menos modesto describe el Cuicciardini al emperador Carlos V, cuando tuvo la noticia de la victoria de Pavía y de la prisión del rey Francisco.

El propio Cuicciardini refiere que los franceses de los Carlos VIII, vueltos insolentes y descuidados en el reino de Nápoles por la suma prosperidad lograda en la conquista del aquel país, manejaban confusa y negligentemente los negocios más importantes; y que el haberse tanto ensoberbecido, les ocasionó el odio y la guerra de los venecianos.

Caro costó á los Fabios la excesiva confianza que apoyaron sobre la continuación de victorias contra los reyentanon, quienes afectando temor, hicieron crecer en los Fabios la presunción, hasta que llevándolos á un mal paso, exterminaron el glorioso ejército de aquella gloriosa familia.

En la Historia Sagrada verás á muchísimos reyes empezar su gobierno con modestia, con religión y con acierto, y después de victoriosos, hacerse impíos, negligentes y tan desordenados, que en pocos días se hallaron desposeídos de sus dominios, sus familias extinguidas y su memoria infame, como también repara Santo Tomás en su tratado de *Requinine Principum*.

En cuanto á que la fortuna infeliz no te abata, no puedo traerte más heroico ejemplar que el de Felipe II de España, quien al recibir la noticia de que la grande armada expedida por S. M. á la conquista de Inglaterra, había sido derrotada por el temporal, respondió con tranquilo y firme rostro: Yo no la equipé contra los vientos.

Juan Federico de Sajonia, no sólo sufrió constantemente la pérdida de sus Estados y la prisión de su persona; sino que siéndole por orden de Carlos V intimada la sentencia de muerte, sin mostrar novedad en el semblante, pidió al duque de Brunswick que prosiguiese una partida de ajedrez que los dos tenían comenzada.

(1) LVI.—*Consideraciones que deben mover al general á modestia en la felicidad, y á constancia en las desgracias.*—Considera en la fragilidad de la fortuna, la vencidad de la desgracia, y que el orgullo en la primera, es apresurar la llegada de la segunda; pero siendo Dios quien envía las fuertes, se ofenderá de que atribuyas la gloria de un suceso que su divina bondad te dispensó..... feliz.

Dejo probado en el capítulo antecedente, ser una partida de la heroicidad el no rendirse á las desgracias, y añadido que el sufrirlas con modestia, es un testimonio de la religión.

¿Qué resulta de una continuada fortuna, sino arrogancia; negligencia y tal vez impiedad? con que podemos decir ser la fortuna como la engañosa bebida que mintiendo á los labios dulzuras de gustoso néctar, infunde al corazón estragos de pestífero veneno. Al contrario de la felicidad, hacen las desgracias..... Razón tuvo Isócrates en llamar á las desgracias *eficaz maestro*; porque enseñan á conocer el yerro que las causó y á moderar la presunción que las fortunas causan; así, por el opuesto de éstas diremos que la infelicidad goza calidades de salutífera medicina; pues hace más beneficio con lo que aprovecha, que daño con lo que amarga.

Suele Dios permitir las adversidades, para despertar el conocimiento de los beneficios, escribe D. Antonio Solís.

Dirásme que tal vez no habrás dado motivo á la desgracia, y que, por consiguiente, su amastreamiento será inútil y que por todas partes desaparece su venida. Respondo con Guerno, que cuando no tengas culpa en el infortunio, no hay por qué afligirte de él.

LVII.—*Prosíguen las razones para no abatirte de ánimo en la mala fortuna, y se hace una advertencia para no recaer en ella por tu culpa.*—Aun con los enemigos sacarás ventaja de mostrarte constante con las desgracias, porque como la gloria del vencedor se rinde por el valor del vencido, se irritará el primero de que por un vil abatimiento le disminuya el honor de su triunfo el segundo

Llegando Porus al fin de una desesperada resistencia, cubierto de heridas, á la presencia de Alejandro, y preguntándole éste qué tratamiento le parecía deber hacerle al vencedor, respondió Porus sin mostrar decaimiento: El que te aconsejará el día de hoy, que te ha hecho ver cuanto sea una cosa frágil la felicidad de los hombres; de cuyo generoso tesón ena-

---

(1) Marqués de Santa Cruz de Marcenado.

morado Alejandro, le hizo cuidar con gran cuidado; le recibió en el número de sus amigos, le dió mayores tierras que las que le había quitado: y contaba haber adquirido más fama en la reducción de semejante enemigo que en la toma de su reino.

Deberás también considerar en la mala fortuna, que ésta como todas las cosas del mundo, tendrán su fin y dejará lugar á la buena.

Por último, te acordarás de que Biante, uno de los siete sabios de Grecia, creía que sólo era feliz el que no toleraba con paciencia la infelicidad, y efectivamente, las diligencias se han de hacer para que no venga; pero venida, sólo hay que poner en obra la conformidad.

Otro peligro de evitar en las desgracias, es el irritante de forma contra ellas, que por buscar intempestivo el desquite, pierdas más de lo ya perdido: por ejemplo, si derrotado en una batalla, ó rechazado un asalto, volviesses inmediatamente al mismo empeño sin las tropas ó necesarias prevenciones para salir bien de él, lo que sería indiscutible yerro; pues para el desengaño no te bastó el escarmiento; y de ordinario vemos que quien atropelladamente quiere de una caída recobrase, dá con más precipitación la segunda.

—*General, déjese ver siempre que haya quien le solicite hablar.*— Quien acepta el comando de un ejército ó país, se constituye en la obligación de escuchar á los súbditos, siempre que soliciten hablarle para tener algún alivio en sus dependencias.

Del emperador Publio Helulio Pertinar, escribe Ludorico Dolce: En mi palacio jamás negó audiencia á persona alguna, en cualquiera tiempo que viniese.

El rey Demetrio Poliorcetes era, según Pentarco, aborrecido de los suyos por la dificultad con que les oía cuando necesitaban hablarle; hasta que rehusando un día escuchar á cierta pobre viejecilla, le dijo ésta: Si no quieres oír, no prosigas en gobernar; cuyas palabras fueron bastantes para que Demetrio desde allí adelante fuese apacible, y con mucha frecuencia se dejase comerciar.

Bien creo que hallando en tu audiencia la franqueza que aconsejo, habrá muchísimos que te vengan á colmar con vagatelas, que no merecen la pena de escucharlas, pero se puede ofrecer que de entre todos, el que menos pienses, tenga que comunicarte algún importante aviso, que llegaría tarde á tu noticia si hubiese dificultad en tu comercio. Esta consideración y las del párrafo antecedente, refiere el Duque de Guisa haberle mo-

vido á una continua abierta audiencia, mientras estuvo en Nápoles á defender contra Felipe IV de España aquella causa, que tomó con más resolución que justicia.

Enviando Hugo de Pelípoli á pedir á Mr. de Lautrech socorro para embarazar á Próspero Colonna el pasaje del Adda, un camarero de Lautrech no quiso despertar á su amo tan presto; con que perdiendo el enviado de Hugo tiempo de referir su comisión, logró Próspero Colonna pasar francamente el río.

(1) —*Procura saber cómo es recibida tu conducta, sin hacer chisme para la venganza, de la advertencia para la enmienda.*—Habiéndote aconsejado en el capítulo diez y ocho que aprendas de los yerros de tu antecesor, no será malo que te instruyan los tuyos; pero se hace preciso que tengas en el ejército y en las plazas, prevenidos algunos oficiales y paisanos, que sin nombrar sujetos, observen y te digan todo lo que se murmurare de tu conducta; mas sean tales que no conviertan en acusación el aviso, por eso convendría escogerlos virtuosos, y también porque éstos alcanzan regularmente con mayor perfección el don del consejo.

La noticia que te dieren dichos confidentes, servirán para corregirte en lo que llevaren razón los que hablen mal de tí, ó para desengañarlos en alguna ocasión, que se ofrezca, si su indicación fuere injusta.

Acusaba Saúl de traidor á David, quien para mostrar la distancia que había entre la verdad y la calumnia, cortó á Saúl un poco de ropa en la cueva donde pudo sin peligro matarle, y otra vez tomó al mismo príncipe la lanza en la tienda ó alojamiento en que se hallaba dormido.

El vizconde de Turena, estando sobre Monson, oyó en cierto corrillo de soldados, que decía uno: falta sólo al vizconde para ser buen general la bravura del príncipe de Condé. Otro día se tomó el vizconde con cierto pretexto á aquel soldado, se fué paseando con él hasta donde las balas de los sitiados pasaban, y viendo que el soldado se atemorizaba, le dijo haberle llevado allí para que viese que no hacía falta el valor del príncipe de Condé, y que en otra ocasión se excusase de hablar mal de sus generales; conque salió bien al Turena la curiosidad de ir ocultamente sabiendo lo que de él se discurría, pero tuvo motivo de dar una evidente prueba de su valor, por el peligro á que se expuso, y de su magnanimidad por el desprecio que hizo de la murmuración del soldado.

---

(1) Marqués de Santa Cruz de Marcenado.

No hagas reflexión en lo que de tí censurare quien no pueda formar dictamen en la materia sobre que recae su murmuración; pues ni ella será capaz de dañarte, ni tú de contener al que no entendiendo el cargo, no entenderá tampoco la satisfacción.

No fiándose Apeles de la excelencia de sus pinturas, las ponía á su puerta y oculto detrás de los cuadros, escuchaba el parecer de quien los veía. Cierta zapatero que pasó por la calle, dijo que estaba mal pintado un zapato; conoció Apeles que tenía razón, retiró el cuadro y enmendó el yerro; expuso al día siguiente la pintura, y volviendo á pasar el mismo zapatero, ya que no tuvo que decir del zapato, tachó de mal pintada la piedad: no pudo sufrir Apeles que el zapatero censurase lo que no entendía, y tomando la murmuración como desprecio y no por advertencia, salió de detrás de su cuadro, y le dijo que no tenía voto sino en zapatos.

Aun de los hombres capaces habrá muchos que te murmuren, no obstante que sea acertadísima tu conducta, ó porque la envidia les ciegue el conocimiento, ó porque en su manera de entender estás errado, ó porque algunos tienen hecho el ánimo á censurar cuanto los otros ejecutan. Acusaban unos á San Juan de endemoniado porque vivió muchos días sin comer ni beber, y tachaban otros á Cristo el que comiese y bebiese.

De cualquiera que sea la murmuración, debes no hacer caso de ella para la venganza, pues dejándote persuadido en el capítulo VII, que no te rindas á la lisonja, falta ahora que no seas invencible á la calumnia.

No gozarás instante de tranquilidad si abres los oídos al chisme: el remedio será declarar que aborreces á los que pretextando celo por tu reputación, sean seductores de tu quietud.

Felipe II de España, no obstante su grande entereza, mostró bien el desprecio que se debía hacer en los chismes, cuando avisado de que un forastero, cuyo expediente se retardaba, había dicho que maldecía á Felipe II y á todos los Felipes; respondió que no podía por sí sólo refuir una pendencia que tocaba á tantos Felipes; y que así, se pusiese luego en libertad al hombre que había murmurado de ellos.

Igual bondad, aunque no con tanta gracia, nos dice Josefo haber practicado Agripa el Grande, rey de la Traconita, con cierto sujeto que había proferido mil injurias contra aquel príncipe; y si hemos de creer á los escritores, no tuvieron los poetas otro motivo para pintar á Midas sobrado fácil á creer las calumnias, y propenso á escuchar los delatores de los cuales mantenía y premiaba gran número.

Supongo no ignores que como cristiano jamás te será lícita la venganza de quien te ofendió con la murmuración; y como caballero, tanto resultará más glorioso el no vengarte de tu émulo, cuanto menor dificultad habría en ejecutarlo, siendo la restricción del desear el más hermoso borde de la amplitud del poder.

Preguntado Luis XII de Francia, cómo favorecía tanto á los que se le habían demostrado enemigos cuando era duque de Orleans, respondió: Porque no toca al rey vengar las ofensas del duque.

Un sujeto de quien Adriano había estado ofendido antes de ser emperador, fué temblando á excusarse cuando Adriano poseía ya el imperio; de que se mostró digno, aunque no tuviese otro mérito que el de la siguiente respuesta: Perecerías si contendiésemos de igual á igual; pero ahora que me hallo superior no ostento mi poder sino con los beneficios.

Reflexiones tan sabias y profundas no son hechas sólo para el general que manda un ejército; son para todo el que tenga la fortuna de leer al Vizconde del Puerto: él las escribió para el jefe de un ejército, pero hay que convenir que máximas, á la vez tan prácticas y filosóficas, no resultaron sólo para generales, sino para todos los humanos seres; máximas provechosas para muchas situaciones de la vida.

Y lo que aquí se admira, lo que en estos capítulos podemos aplaudir sin lisonja, siendo, por el contrario, débil nuestro aplauso para su mérito, eso mismo se desprende de todas las obras del insigne hórroe del *Barranco de la sangre*. Además de la parte puramente doctrinal, además de los vastos conocimientos que se adquieren en la *ciencia de la guerra*, brota constantemente de esa misma doctrina una profunda filosofía, detenido estudio psicológico, conocimiento del corazón humano, es decir, una pequeña parte de los vastísimos estudios que comprende la ciencia de la guerra.

En los capítulos LV y LVI, donde fija el militar ilustre los preceptos para conservar siempre el espíritu firme y severo, aparece que sus palabras emiten los rayos de luz vivísima de ese sol esplendente que siempre guió al genio en las empresas más inauditas, sol que alimenta el corazón y el pensamiento del que se inspira en la constancia, sol que tiene escrito en caracteres de fuego el nombre de esa soberana del mundo que todo lo domina y lo vence, guiada por la fe, con el calor de ésta y para la mayor gloria de Dios, la voluntad.

Esa es cualidad imprescindible en el mundo; pues si la inteligencia en el hombre es el poder legislativo, la voluntad es el ejecutivo.

En la guerra hay que vencer grandes resistencias, para lo cual no basta una voluntad mediana, sino el propósito firme é invariable de obtener el fin que se desea y obtenerlo cuanto antes. Tomada, pues, una resolución, es de llevar á cabo con decidido empeño.

(1) Pero tomar una resolución cuando al hacerlo se arrostra responsabilidad tan inmensa como la que pesa sobre el general en jefe, no es fácil. El que no confía en su inteligencia, suele pedir auxilio á opiniones ajenas que casi nunca se hallan conformes y con frecuencia se contradicen. Entre ellas hay que elegir una. ¿Cuál?

El espíritu flota indeciso entre los contrarios pareceres; ve las ventajas é inconvenientes que cada partido ofrece, y con frecuencia se inclina á términos medios que no satisfacen. Una inteligencia privilegiada no basta tampoco por sí sola para resolver la cuestión. La misma claridad de ideas que al hombre superior distinguen, le hace ver fácilmente el pró y el contra de las cosas; se arguye á sí mismo y descontento de lo bueno, busca lo mejor. Y como es difícil hallar en la guerra un plan desprovisto de inconvenientes, fluctúa entre multitud de ideas, y si á la claridad del talento no le acompaña la firmeza de carácter, le es difícil adoptar un plan y seguirlo con resolución inquebrantable. Lo primero que debe tener, pues, todo general en jefe, es resolución para adoptar un plan, energía para realizarlo.

La manera más segura para llegar á un buen plan de campaña es preguntarse cuál es la situación del enemigo y qué es lo que más puede perjudicarle; realizándolo, no hay duda de que el objeto de la campaña se habrá logrado. En la guerra luchan dos voluntades: el agresor quiere llegar á un fin determinado; el defensor quiere que aquél no lo consiga; el que imponga su voluntad al contrario es el vencedor. El mejor plan de campaña es, pues, el que conduce á realizar lo que se quiere.

Hay una circunstancia que dificulta en la guerra tomar resoluciones: ésta es la responsabilidad inmensa que pesa sobre el general en jefe de un ejército. El peligro á que expone á cada momento las fuerzas de que dispone y la probabilidad de perder en un momento los elementos que la nación le ha confiado, para lograr la victoria, pueden hacer pusilánime al hombre cuyo espíritu se halle mejor templado. Esta responsabilidad pesa, á veces, de tal modo sobre el general en jefe, que puede conducirle á tomar las más inconcebibles disposiciones. Al temor producido por la res

---

(1) Banús.

ponsabilidad, hay que oponer la confianza en sí mismo; si el general no confía en sus fuerzas, el ejército está perdido, porque quien no cree en sí propio, es difícil que logre este resultado en los demás. En cambio, la confianza, aun cuando sea injustificada, produce con frecuencia el resultado apetecido. «Fiad en vos mismo y presto todos en vos confiarán.» Consejo de gran valor que pone Göthe en boca de Mefistófeles.

Si en todos los actos de la vida *audaces fortuna juvat*, en la guerra esta máxima debe tener el carácter de axioma; no se concibe un general en jefe sin audacia para conseguir el triunfo y sin audacia para aprovecharlo. La audacia ha sido la cualidad predominante de todos los grandes generales. Sin ella, Aníbal no hubiera atravesado los Pirineos y los Alpes para herir á Roma en el corazón; sin audacia, César no hubiera jamás traspasado el Rubicón; audaz fué Carlos V, cuando desoyendo los consejos de sus generales mantuvo su campo frente al de los protestantes; las bellísimas operaciones de Napoleón para impedir el socorro de Mantua, sólo con audacia pueden concebirse y ejecutarse. En cambio, la indecisión, la prudencia excesiva, han producido funestas consecuencias. Daun, durante la guerra de los siete años, pudo haber destrozado en mil ocasiones al ejército de Federico. Felipe II, desoyendo los consejos de sus generales y negándose á marchar hacia París, dejó de recoger el fruto que de la batalla de San Quintín podía esperarse. Si Massena hubiese atacado las líneas de Torres Vedras en cuanto llegó á ellas, quizás las hubiese forzado. En la guerra la timidez es más perjudicial que la audacia: el que es audaz demuestra confianza en sí mismo; el tímido indica que no la tiene por completo. No hay que confundir, sin embargo, la *prudente audacia* con la desenfadada temeridad que se lanza á los riesgos sin medirlos. Exponer un ejército á un grave peligro, sin necesidad de ello, ya no es audacia, es locura. Las campañas más audaces de Napoleón son las que mejor dispuso. En 1800 no avanzó hacia Melas hasta tener aseguradas sus comunicaciones. En 1812 tomó las mayores precauciones para no perder nunca sus líneas de etapa, logrando que ni siquiera un convoy fuera interceptado. Por lo común, las campañas de los grandes generales que á primera vista parecen más audaces, son las mejor preparadas. La audacia basada en la *nada* no se concibe más que en una inteligencia desordenada; en cambio, cuando se han tomado de antemano todas las disposiciones necesarias para llegar á un fin determinado, la audacia es la mejor condición para conseguirlo.

La audacia es una cualidad que se propaga desde el general en jefe hasta los últimos soldados; un general capaz de concebir y ejecutar grandes empresas, arrastrará consigo al soldado más fácilmente que el que se limite á operaciones de poca importancia. El hombre ha sido siempre aficionado á lo maravilloso y aun hoy día esta afición domina al hombre rudo. Tras un general cuya fama de emprendedor esté bien sentada, el soldado marcha siempre con la confianza de la victoria. El valor es en la guerra una cualidad de primer orden, ya que al fin y al cabo en ella se expone la existencia; la audacia no es más que el valor moral necesario para sostener el peso de la responsabilidad, y para ello se necesita más sangre fría que para exponerse una y mil veces á perder la existencia entre los azares del combate, que siempre exaltan la imaginación. El general en jefe verdaderamente audaz es el único de concebir y ejecutar grandes planes, porque la audacia, como dice Clausewitz, es verdaderamente creadora.

Pero si la audacia es necesaria en la guerra, no lo es menos la perseverancia; la audacia fugaz podrá conducir á un resultado brillante en un momento determinado; pero no basta para llevar á buen término una campaña. En la guerra las contrariedades se suceden continuamente, ninguna operación puede ejecutarse tal y como se concibe, porque el enemigo, el terreno y á veces las circunstancias atmosféricas, introducen obstáculos, con los cuales humanamente es imposible contar. Por más que las operaciones se estudien y calculen, siempre queda algo al azar. La voluntad del general en jefe es, durante la campaña, un resorte que está continuamente en acción; para que no se rompa, necesita hallarse bien templado; y este temple sólo puede obtenerse por medio de la perseverancia. La audacia es cualidad que se encuentra con frecuencia en el militar avezado á los peligros; la costumbre de arrostrarlos llega á familiarizarse con ellos. Pero sucede á menudo que estos hombres audaces y aun temerarios, en momentos supremos, se abaten luego y son fácil presa al desaliento. La facultad de perseverar en el plan propuesto es menos común de lo que parece, y aun entre los generales más sobresalientes, algunos han carecido de ella. La constancia se necesita muy especialmente en la defensiva, porque en este caso es cuando más fácilmente se cae en el desaliento. La misma pasividad que la defensiva lleva consigo y la inferioridad que revela, dan lugar á que los ánimos se abaten más pronto y pierdan el vigor que es en la guerra tan necesario. Gonzalo de Córdoba en sus

campañas de Italia dió ejemplo inolvidable de perseverancia y aun de tenacidad. Y á propósito de esta última cualidad hay que hacer una observación, y es que cuando se exagera, puede convertirse y se convierte por lo general en defecto. Si el modificar las opiniones y los procedimientos sin motivo alguno para ello, es altamente censurable en un general, el empeño decidido de llevar á cabo una idea preconcebida, cueste lo que cueste, puede producir resultados desastrosos. La temeridad exagerada, llámese terquedad si se quiere, no es defecto de la inteligencia, sino del carácter. Hay quien ve perfectamente los inconvenientes que tiene tal ó cual plan, pero como ya lo ha concebido, no quiere dejar de ejecutarlo. Hay en la temeridad exagerada mucho de vanidad ó, si se quiere, de amor propio exagerado. La inteligencia comprende perfectamente que debe ceder; pero la voluntad se niega. Este defecto que al fin y al cabo es una manifestación del egoísmo, lo han poseído, por desgracia, muchos de los grandes capitanes. Napoleón, á quien en 1813 y 1814 se le presentaron ocasiones de firmar la paz, no quiso hacerlo, pretextando que lo que se quería era la humillación de la Francia. Pero en puridad lo que había de cierto, era que, avezado siempre á vencer y á imponer su voluntad, no quiso someterse á condiciones ciertamente duras para el dominador de Europa. Esta temeridad, tan perjudicial á los Estados, es sólo el fruto natural de la soberbia creada á consecuencia de multitud de victorias obtenidas después de vencer toda clase de obstáculos.

Tal defecto, muy común en los grandes capitanes, es, sin embargo, preferible á la vacilación, á la debilidad de carácter. El que se obstine en llegar á su fin contra viento y marea, puede alcanzarlo; el que vacile y varíe de opinión á cada instante, jamás llegará á resultado alguno. Entre la obstinación y la indecisión es preferible lo primero, porque, por lo menos, es una cualidad positiva que indica energía de espíritu; mientras que lo segundo es una cualidad negativa que manifiesta debilidad.

En la guerra uno de los medios que produce mejores resultados es la sorpresa: bien entendido, que sorprender al enemigo no quiere decir atacarle en donde tenga fuerzas, sino acumular los propios medios de acción, donde el enemigo no los espere. Lo mismo en la guerra que en la vida ordinaria el primer efecto de la sorpresa es la atonía, la parálisis, á ello contribuyen primero, lo imprevisto de la acción, el peligro que por lo mismo que se nos viene encima, cuando nada habíamos hecho para conjurarlo, aparece más amenazador. Un enemigo sorprendido se entrega, con frecuen-

cia, atado de pies y manos. En estrategia toda sorpresa da por resultado inmediato obligar al enemigo á que cambie de plan: ahora bien, el período de transición entre el plan antiguo y el moderno, es un período de dudas y vacilaciones en que se cometen muchas faltas, que un general enemigo sagaz debe aprovechar. El segundo resultado que puede proporcionar toda sorpresa, es el de batir al enemigo en detall, concentrando muchas fuerzas donde aquél tiene pocas. Pero la sorpresa no puede en manera alguna conseguirse sin la astucia, sin el arte de saber engañar al adversario y aun al ejército propio.

Todo drama estratégico tiene un desenlace, al cual sólo se llega después de una serie de actos, para cuyo desarrollo se necesita espacio y tiempo. Si el drama ha de tener interés, es preciso que el desenlace, sin ser inverosímil, sea imprevisto. Es preciso llamar la atención del enemigo hacia un punto que no sea el verdaderamente interesante. No se crea que en la estrategia sea posible sorprender por completo al adversario. Por poco avisado y activo que sea, llegará á convencerse del engaño antes de que la acción haya terminado por completo; pero, al fin y al cabo, se habrá logrado que pierda tiempo mientras el ejército propio lo gana. Si el enemigo, por ejemplo, necesita tres días para concentrar sus fuerzas en un punto determinado y se puede ocultar la dirección del ataque hasta que sólo hayan de transcurrir veinticuatro horas antes de verificarlo, se habrá logrado el objeto apetecido. Engañar al adversario no es tan fácil como á primera vista aparece, si aquél tiene un buen servicio de exploración y sabe discurrir; con frecuencia, hay que empezar por engañar al ejército propio, esparciendo noticias falsas, dando órdenes que hagan presumir movimientos distintos y aun contrarios á los que realmente se ejecutan. La buena disposición de las tropas y la amenaza de puntos que realmente serán de interés para el adversario, son los medios más usados para inducirle á error. Este es uno de los casos en que convendrá recurrir á los destacamentos; pero estos destacamentos han de ser de escasa fuerza. Las estratagemas y las demostraciones que tienen por objeto engañar al enemigo, no son, sin embargo, siempre aplicables á las guerras en grande escala, porque exigen frecuentemente disminución de fuerzas, destacamentos numerosos, y, por tanto, contrarios al principio de la concentración. En algunos casos han dado muy buenos resultados. Napoleón en 1800, sorprendió á los austriacos, que no creían ni aun en la existencia del ejército de reserva, ni mucho menos en que penetrase en Italia por el valle de Aosta.

Si la astucia no es una cualidad indispensable para el hombre de guerra, el disimulo y el secreto, muy próximos á aquélla, le son muy útiles.

En suma, el general en jefe, aparte de las condiciones expuestas en otro lugar, necesita: *inteligencia* para concebir un plan; *resolución* para adoptarlo; *audacia y perseverancia* para ejecutarlo y *astucia* para ocultar sus designios al enemigo (1).

El modo de mandar con éxito es mostrarse siempre más hábil que los que obedecen (2).

El conocimiento del corazón humano será siempre el secreto poderoso del mando. Para dirigir un ejército no basta sólo reunir las condiciones de valor de un buen soldado y la ilustración consiguiente al alto puesto que se ejerce; precisa tener la aptitud que da la vocación.

Si difícil es la *ciencia de la guerra*, llamada hasta hoy modestamente *arte*, consiste principalmente su dificultad, en la manera más apropiada de guiar el ejército al combate; en esto estriba la diferencia esencial que existe entre la *ciencia de la guerra* y el *arte militar*. El venerable escritor español citado algunas veces en nuestro libro, trata así esta materia (3).

\*  
\* \*

El *arte militar*, en toda su extensión, es la base eterna en que apoyan los pueblos su existencia social, su independencia y su gloria. Este arte inmenso abraza cuanto concierne á la organización, al mecanismo, al entretenimiento, al fomento, á la dirección, en fin, de cuantos medios y recursos emplean las naciones para mantener con las armas su derecho y su nombre.

El *arte militar* tiene larga historia, profunda filosofía y controvertidos dogmas. Obra de los siglos es el resultado de descubrimientos, de experiencias, de observaciones que vienen alternativamente eslabonándose desde la infancia de la humanidad.

El *arte militar* absorbe en sí todo el saber repartido en los múltiples ramos del servicio del Estado con relación á la *guerra*; sigue atento la marcha social (evitando muchos tropiezos) no sólo del país propio, sino de los extraños; calcula y rinde por la estadística las fuerzas de unos y otros;

---

(1) Banús.

(2) Xenofonte.

(3) Almirante.

se apropia apresurado las invenciones y mejoras; se anticipa y asocia con la diplomacia para prevenir los sucesos; se amolda al progreso de las leyes sociales vigentes, dando á su código especial militar el carácter y condiciones á que aquéllas y las costumbres le obligan.

El *arte militar*, por su perpetuidad, conserva en su historia archivos de datos, cuya oportunidad nunca pasa y cuya consulta y confrontación es provechosa. Los recuerdos de Grecia y Roma formarán siempre el fondo de estos preciosos archivos en cuantos países admitan la máxima fecunda de que «el hombre es el primer elemento de guerra». Por eso el *arte militar* entiende en entresacar de la masa social, adiestrar, educar, guiar, animar, mantener y sobre todo conservar al hombre. Cediendo á los principios de humanidad, compatibles con su sangriento objeto, remunera al que inutiliza, le rodea de precauciones médicas, estimula su instrucción como ciudadano y le devuelve á la masa común de donde salió, con las ideas fuertemente impresas de patria, de honor y de gloria.

A todo el de fé ardiente que quiere seguir con honra la áspera carrera, le ofrece el *arte militar*, como árbol frondoso, variedad de ramas siempre florecientes: el arte subalterno de cualquiera de las armas generales, como infantería ó caballería; ó el de la artillería ó fortificación; ó el de la justicia y administración; ó el de la geografía y topografía; ó el de la táctica y estrategia; y puesto que la organización humana no tiene bastante capacidad ni alcance para el estudio completo y profundo de todos los ramos, escoge uno de predilección, abarcando al mismo tiempo en cuanto puede, el conjunto de los otros por el tronco, por el *arte militar*. Como fruto de sus progresos, los países ostentan *sistemas, instituciones y constituciones* militares más ó menos perfectas, y para resultados de tal cuantía, preciso es que el *arte militar* se funde y gire sobre la base común del Estado, sobre su gobierno, administración y presupuesto.

Considerado el *arte militar* desde este elevado punto de vista, se ve que el *arte de la guerra* es sólo la parte exclusiva del *arte militar* que concierne al *mando y gobierno*, á la *dirección* de las *operaciones* de un *ejército activo en campaña abierta*. La expresión *arte de la guerra* era desconocida hasta hace poco: los clásicos de nuestros buenos tiempos nunca la usan; hé aquí uno de tantos nombres nuevos para cosas viejas como el mundo. El *arte militar* tuvo nacimiento en el punto en que los pueblos primitivos, cansados de chocar en masa y sin concierto, encargaron del arreglo de sus diferencias por vía de las armas á un número delegado de sus miembros,

mientras el resto atendía á su mantenimiento. Por eso, aunque parezca extraño, el *arte de la guerra* es muy anterior en existencia al *arte militar*, como la inspiración precede á la regla, como el poema precede siempre á la historia, como el hecho precede á la precaución.

Por las revoluciones y evoluciones de la sociedad, la *guerra*, que era el estado habitual, la industria, la manera de ser primitiva de los pueblos, ha venido á reducirse á una conmoción, un desarreglo pasajero de la máquina social; y el *arte* único, confundido entonces, *militar ó de la guerra*, ha tenido que dividirse, quedando el último como accidental y transitorio, porque accidental y hasta accesoria se considera hoy la guerra en la vida más tranquila de las naciones modernas.

El *arte militar*, el que entiende en crear, educar, mantener y fomentar la *milicia*, esto es, el *estado militar* de un país, bien se ve que es tan propio del tiempo de paz como del de guerra; es universal y necesario para cuantos ciñen espada; se gradúa y amolda á cada individuo según su posición, su grado y sus aficiones particulares de estudio; al paso que el *arte de la guerra*, es decir, el de *llevar un ejército activo al combate*, no puede desplegarse sino en *guerra abierta*, y concierne en su parte más elevada y preferente al general en jefe. Puesto que la índole de la *milicia* admite y consagra la unidad absoluta en el mando, el general sabe por el *arte de la guerra*, la dirección, combinaciones y formas que ha de dar á la fuerza armada que rige. Por el arte y según el arte, escogerá y sentará su base y línea de operaciones, calificará los puntos, utilizará el terreno, aplicará la estrategia y usará de la táctica. Pero este arte concreto de la guerra práctica, por la eventualidad de sus aplicaciones, por lo imprevisto de sus lances, por lo indefinido de sus casos, no puede someterse al rigorismo y precisión de principios que rigen en la hipótesis, ejercicios y simulacros, sobre los cuales se estudia el *arte militar*.

Un escritor francés dice: «que el verdadero *arte de la guerra* se cierne sobre los sistemas y se sirve de todos sin abusar de ninguno», y el verdadero *arte militar* forzosamente ha de ser producido por un *sistema*. El *arte de la guerra* es al *arte militar* lo que el desenlace á la previsión; en tiempo de paz «el objeto» y en tiempo de guerra «el resultado» del *arte militar*; pero no es su consecuencia precisa, así como el duelo no es consecuencia de la esgrima, ni la epidemia proviene de la ciencia médica.

Cuanto tiene de positivo y hasta de matemático el *arte militar*, otro tanto tiene de vago y hasta de poético el *arte de la guerra*.

«Reclutar hombres y adiestrarlos; fortificar fronteras y puntos estratégicos; fundir cañones, adquirir caballos, crear recursos, organizar ejércitos, reservas y marinas; prevenir reveses, avivar el espíritu militar con recuerdos gloriosos, con leyes de ascensos, recompensas y retiros, excitar el patriotismo..... todo esto, bien se alcanza que ejecutado en calma, llevará siempre el sello de la previsión, de la utilidad y del acierto, por poco versados que en el arte militar estén el jefe de un gobierno y los hombres que le aconsejen.

¡Cuán diferente y escabroso camino ofrece el *arte de la guerra al general* y al *ejército* que han de practicarlo en el campo y al frente del enemigo! La victoria, objeto de sus afanes, no puede encadenarse con principios ni reglas abstractas. «Oficio de bárbaros, exclamó Napoleón I volviendo de Moscow, en que todo el arte consiste en ser el más fuerte sobre el punto decisivo.» Y en efecto, descubrir ese punto *decisivo*, y sobre él ser el más fuerte, es la condensación de la doctrina de millares de volúmenes.

Sobre esa aparente trivialidad, como en pedestal eterno, se abrazan ante todas las generaciones los nombres de Alejandro, César, Gonzalo de Córdoba, Gustavo Adolfo, Turena, Federico y Napoleón.

¡Pero cuánto genio, cuánta energía de alma y de cuerpo, cuánta voluntad, cuánta fortuna requiere la aplicación de ese principio encerrado en tan pocas palabras! ¡Estudiar *los hombres, las armas, el terreno*! Este es el verdadero estudio del *arte de la guerra*; estudio que en la paz difícilmente se prepara y en la guerra viva parece casi imposible.—¿Quién se atreverá á escribir el manual del general en jefe?—exclamaba el duque de San Miguel—¿Quién en efecto puede jactarse de conocer al hombre? ¿Quién, sin haberlo probado, pretende saber conmovérle, inflamarle, subyugarle?

Pero, dejando aparte el «corazón humano», principal elemento en la guerra, tan poderoso ó tan débil según las pasiones que le agitan, sólo en el estudio de los otros dos elementos, *las armas* y *el terreno*, por independientes que quieran suponerse de la voluntad y de la influencia del hombre, se hace por demás complicado é indefinible el *arte de la guerra*.

Al abrir una campaña el general con todos sus recuerdos de estadística, geografía y diplomacia histórica, tiene que conocer el ejército y el país contrarios con tanta certeza casi como los suyos propios; tiene que adivinar y proveer y satisfacer las necesidades de su ejército, arreglar en

consecuencia sus marchas y sus víveres, alimentar la guerra con la guerra, escoger el teatro favorable, conservar sus líneas, amenazar las contrarias, utilizar el terreno, acomodar á él sus fuerzas, organizar y conservar lo que se conquiste, inquietar constantemente al enemigo, haciendo imposible la ofensiva é insoportable la defensiva. Si se viene á las manos, reconocer de una ojeada el campo de batalla, ver en él anticipadamente desenvuelto el juego de las distintas armas, determinar el punto vulnerable, sorprender el secreto del contrario, adivinar sus maniobras, prevenir las que han de oponérsele, desbaratarle, dispersarle, perseguirle..... Si la fortuna vuelve el rostro, si el número hay que suplirlo con la energía y el tesón, si la victoria no puede alcanzarle de un golpe, aquí del «no importa» de nuestros padres en la guerra de la Independencia; aquí del espíritu romano que premia al general vencido por no haber desesperado de la salvación de la patria: apelar á estratagemas, emboscadas y sorpresas; buscar ríos, desfiladeros y montañas; multiplicarse, desaparecer; caer como el rayo sobre convoyes, forrajes y puestos, sobre comunicaciones y retaguardia; provocar combates parciales, evitar batallas, repetir algaradas, fingir dispersiones, desorientar, marear al enemigo, y llegar á vencerle, ó mejor dicho, á exterminarle sin combatir.....

Tan rápidos y desordenados como en esta enumeración, suelen presentarse los hechos en la *práctica del arte de la guerra*. Con más calma y mesura puede procederse en el *arte militar*. Este tiene pacíficos lugares de estudio en las bibliotecas, en los colegios y academias especiales, en los salones de ministerios y consejos, en los campos de maniobras y asambleas, donde se figuran peligros después de haber escogido el modo de vencerlos. El *arte de la guerra* se practica sobre campos de batalla en mar y tierra, donde se siente el golpe antes muchas veces que el amago.

No es fácil, pues, elegir entre las varias definiciones de los autores, una que sobresalga por su precisión y exactitud. Unos dicen, con Guibert, que el *arte de la guerra* es «vencer y hacerse daño con el mayor éxito posible». Otros, con Rocquancourt, «vencer una fuerza mayor con una menor». Desde principios del siglo actual se acepta generalmente que es «reunir y emplear en el instante favorable un número superior de tropas sobre el punto decisivo». El resultado siempre es el mismo: *vencer* (1).

---

(1) Almirante.

(1) El soldado debe ser, desde el punto de vista físico, vigoroso, ágil y sobrio, y desde el punto de vista moral, valiente, sufrido y honrado, siendo la posesión en grado más ó menos alto de todas estas cualidades lo que constituye la fisonomía de un ejército, que ha de ser tenida muy en cuenta por los que lo han de manejar, así como también por los que han de instruirlo previamente dándole lo que con razón puede llamarse una buena educación militar, que si no puede modificar en absoluto las condiciones físicas y morales de un hombre, puede al menos mejorarlas adormeciendo las malas y sacando todo el partido posible de las buenas: habiendo de ingresar en el ejército todos los ciudadanos debe también tratarse de emplear á cada uno en el destino más adecuado á sus condiciones. Proceden éstas, consideradas colectivamente, de las condiciones etnográficas y geográficas del país de que se reclutan y de la habitual ocupación á que se dedican y á ellos debe subordinarse la disciplina, la táctica y si se quiere hasta la estrategia, que no se sacará partido tratando del mismo modo, ni será el mismo el modo de operar con cachazudos ingleses que con impetuosos franceses ó con calmosos y tenaces alemanes. Dentro de un mismo país hay gran diferencia entre los habitantes de los campos y los de las ciudades; más sóbrios y disciplinados los primeros y generalmente con mejores condiciones físicas, son en cambio menos inteligentes pero siempre más aptos para la vida activa de campaña; mas todos son útiles, pues si el ejército se ha de bastar á sí mismo, necesita elementos industriales de todos géneros y en buen número.

El soldado español, famoso en la Historia Militar y envidiado en todos los tiempos por nuestras naciones rivales, en nada ha degenerado, y contamos por consiguiente para llegar al rango militar que por nuestra importancia nos corresponde, con una primera materia como nadie. Es nuestro soldado robusto, andador, apto para soportar fatigas, resiste todos los climas y es sobrio en alto grado; moralmente, es inteligente, de rica y fecunda imaginación, dócil cuando reconoce superioridad, de indomable valor y gran tenacidad. Dotado de un gran espíritu aventurero, en los trances más difíciles conserva su alegría y buen humor, y no apocándole los reveses está siempre dispuesto á andar y á pelear. Para el español no hay especialidades, la guerra de montañas como la defensa de posiciones y su

---

(1) Artola, *Instrucción Militar*.

ataque, á todo se amolda perfectamente, y guerrillero por naturaleza, en el orden disperso ha de estar en su elemento.

La altivez y la indolencia son los defectos de nuestro carácter, pero pueden ser fácilmente vencidos por una buena disciplina no reducida á la severa aplicación de un código por sabio que sea, como pretenden algunos militares que creen que el soldado sólo debe conocer las leyes penales, y reducen todas las dotes de mando á no perdonar al inferior la más pequeña falta y tratarlo siempre con dureza y haciéndole comprender la diferencia de empleo. Lejos de mi ánimo pedir lo que en período funesto se llamó la fraternización, pero no son incompatibles la finura y buen trato con cierta dignidad que conserva al superior en su puesto, y si bien debe castigarse al que de otro modo no responda á lo que se le puede y debe exigir, también debe haber premios que, inteligentemente aplicados, no exciten rivalidad y alienten al buen cumplimiento del deber. Tanto los premios como los castigos han de estar en armonía con el carácter del que los recibe y espíritu general (claro está que no hablo de grandes hechos ni de faltas graves, pues es evidente que por colgarse la laureada de San Fernando diera su sangre cualquier militar, y para un delito de insubordinación ó cobardía al frente del enemigo no hay otra pena que la de muerte inmediatamente aplicada), y su oportuna aplicación exige desde luego un gran conocimiento y experiencia.

Debe estar basada la disciplina en la superioridad de instrucción del que manda, y esto es natural y fácil de conseguir en un ejército bien organizado, pues si bien el servicio general obligatorio llevando á las filas á todos los jóvenes de las clases ilustradas de la sociedad, contribuirá á elevar el nivel intelectual del soldado por el ejemplo y por el roce entre todos, ha de tenerse en cuenta que el recluta llevado al servicio en cumplimiento de sus deberes de ciudadano, ha de permanecer en él solamente por el tiempo de su empeño, y aun cuando puede estar muy adelantado en el cultivo de uno de los ramos del saber humano, reconocerá superioridad de instrucción militar, á la vez que de experiencia por su edad, en el oficial que hace de la profesión de las armas su carrera, en la que estriba su porvenir y consume su vida, dedicándose al continuo estudio de las ciencias que ha de aplicar. Dentro ya de la escala, como los ascensos han de darse por haber ejercido los empleos anteriores cumplidamente el tiempo necesario, ó por haber hallado en ellos grandes ocasiones de distinguirse, es evidente que el empleo superior representa más experiencia y por con-

siguiente más conocimientos, que éstos van perfeccionándose paulatinamente. Es pues tan natural, repito, el respeto á los superiores y tan fácil á éstos obtenerlos ¡Yo no sé cómo hay hombre civil que nos compadezca por estar sujetos á un yugo severo y por carecer de voluntad propia! No puede haber nada más grato que ser mandado, es decir, que ser guiado (palabra más dulce) por quien en saber y en experiencia nos es superior al sérnoslo en graduación.

Si el manejo de los hombres como elemento de guerra exige en todos los oficiales un gran conocimiento de ellos, tanto mayor habrá de ser cuanto más elevado sea su empleo, pues crece la dificultad con el número, y el oficial superior á quien le están otros subordinados, tiene además que contar con las pasiones de éstos: que hombres como los soldados tendrán como ellos vicios y virtudes que son disimulados por la superior educación, serán sin embargo de más influencia por lo elevado de sus funciones. Entre los paisanos que guían al hombre que se dedica á la carrera de las armas, es la de importancia más capital la ambición, que si con el adjetivo de honradez lo recomienda la ordenanza y ha dado lugar á multitud de hechos heroicos, puede también, perniciosamente dirigida, convertirse en el vicio mayor.

El general en jefe, en cuyas manos se coloca un ejército y con su suerte se le encomienda el destino de una nación, al que el gobierno se confía por completo, dejándole, como debe, en completa y absoluta libertad desde el momento en que se encargue del mando de sus fuerzas, necesita tal cúmulo de condiciones, que para su enumeración se han escrito volúmenes enteros: ni mi edad, ni mi falta de experiencia, ni mi escasa graduación, ni el objeto de esta conferencia me permiten entrar en este asunto, y sólo diré, porque importa á mi propósito, que en mi opinión, el general nace y se hace, y que si el genio no se puede adquirir, un oficial cualquiera de buen talento, que dedica su vida al estudio de su profesión, que hace algunas campañas no rutinariamente y limitándose al estricto cumplimiento de su deber, sino como hombre observador, instruído é inteligente y que llega á tan elevada jerarquía por sus pasos contados, después de demostrar en todos los empleos que ha ejercido que posee dotes de mando y mucho carácter, puede ser un excelente general.

El terreno, las armas y los hombres considerados como elemento de guerra, su conocimiento, el del fin de la guerra y el empleo de los medios, constituyen las ciencias militares: geología, geografía, física y topografía

para el conocimiento del terreno; la artillería para el de las armas, y la Historia Militar filosóficamente considerada, constituyen los elementos principales.

El general en jefe necesita el concurso del Estado Mayor para estudiar durante la paz el país enemigo futuro y el que puede ser *teatro de operaciones*; los recursos con que cuenta su suelo, plazas fuertes, organización de un ejército, medios de comunicación, tiempo necesario para concentrar y movilizarle; pues de todos es sabido que en Berlín no se ignoraba ningún detalle de éstos antes de comenzar la guerra franco-germana.

Conforme el Estado Mayor tiene ese importante cometido, el de Ingenieros estudiará las condiciones geográficas, y especialmente las geológicas y topográficas del suelo en que el ejército ha de operar y los obstáculos así naturales como artificiales que habrán de oponerse á su paso. Al de Artillería, para el emplazamiento de sus baterías y para determinar las piezas que han de componer sus parques, precisa igual conocimiento. El de Administración Militar, encargado de avituallar al ejército, no puede cumplir su cometido sin malgastar tiempo, dinero y medios de transporte que podían utilizarse de otro modo con más provecho, si no conoce detalladamente la topografía del país en que ha de operar el ejército, su riqueza, población, producciones, industria, comercio, etc.; en una palabra, su estadística. Si de antemano no sabe lo que en un país ha de exigir, no ha de contar con que de buena fé se le presente, y habrá de traerlo del propio, exponiéndose á que el retraso de un convoy produzca un conflicto de entidad. El oficial de Caballería, llamado á practicar los reconocimientos, encargado de descubiertas y flanqueos á distancia; empleado en servir de enlace á diferentes columnas y quizás destinado también á establecer las comunicaciones, cuya conservación debe desde luego ser de su exclusivo dominio, y el oficial de Infantería, que por modesta que sea su graduación, puede verse de comandante de una partida, tampoco puede desconocer la topografía del país en que se encuentra.

(1) Aconseja, pues, la experiencia que durante la paz el Gobierno sostenga numerosas comisiones, casi permanentes, de todos los cuerpos en las diferentes naciones y principalmente en aquellas con quienes más fácilmente podemos vernos en guerra. Las referidas comisiones, que como he dicho debieran ser largas, muy largas, permitirían que cada cuerpo es-

---

(1) Artola.

tudiara todos los adelantos referentes á su especialidad, con lo cual el nivel de nuestra nación no podría ser inferior en ningún ramo al de las demás, y cada instituto tendría, por una acertada renovación de comisionados en el extranjero, un núcleo de oficiales más aptos para la guerra en aquel país; no siendo de ninguna manera inútiles sus servicios durante el período que estuviesen en extraña tierra, sino por el contrario, de más provecho que los que hoy pueden prestar en una guarnición.

Si de la preparación de la guerra pasamos á la guerra propiamente dicha, veremos que el arte de la guerra se reduce á combinar del modo más perfecto los tres elementos que influyen en las operaciones militares, á saber: el terreno, las armas y los hombres; ocupémonos de cada uno de ellos.

La estrategia, como todos sabéis, abraza los movimientos que un ejército ejecuta hasta dar vista al enemigo, y su objeto primordial es la acumulación del mayor número posible de fuerzas en un momento dado para un fin táctico; casi puede por lo tanto definirse diciendo que es el arte de aprovechar del modo más conveniente las vías de comunicación, y como quiera que para un ejército no son solamente vías de comunicación los ferrocarriles y carreteras, ni se limitará tampoco al uso de los caminos de herradura y veredas, sino que utilizará todo paraje por donde le sea posible la marcha, es evidente que para ello necesitará el conocimiento perfecto y completo del terreno, tanto para la buena elección de lo que se llama la llave estratégica, de cuya feliz ó mala determinación puede depender el éxito de una campaña, como para la rápida y oportuna ejecución de las marchas.

Si el fin de la estrategia es la paz, el de la táctica lo es la victoria, así como su medio es el combate, y siendo mucho más limitado su campo, puede afirmarse que si en la primera el genio del general es el principal factor, en la segunda, sin que deje de intervenir en alto grado, la acción total es la suma de las acciones colectivas de las unidades que componen el ejército, así como la acción de una unidad depende de los esfuerzos individuales tanto como de la acertada dirección de los jefes. El combate, si no está reducido como en otra época á un choque de masas en movimiento, termina siempre por este choque, y por consiguiente, se reduce á una cuestión de cantidad de movimiento; es decir, de masa y de velocidad.

(1) Influye en el hombre, en el español sobre todo, el calor del solar

---

(1) General Gómez de Arteche.

nativo; le mueven y agitan el espectáculo y la intervención de la familia; le inflama y le perturba la vida de república; observadle fuera de su patria, metido en las apretadas filas de su escuadrón, la pica ó el arcabuz al hombro, con el orgullo de verdadero soldado y la noble ambición de vencer al enemigo á la sombra gloriosa de sus banderas. Desaparece el personalismo de la manera de ser y de la manera de pensar en el español, desde que se aleja de su tierra natal; modificándose su carácter belicoso para apropiarse el verdaderamente militar que crea la unión, que es la fuerza, y se reduce á disciplina, sin la que no es posible hacer eficaz el valor. El esfuerzo individual y el instinto guerrero que le han hecho temible al enemigo en el combate cuerpo á cuerpo y en las montañas patrias, por su vigor, su astucia y el desprecio á la vida que su pobreza le llega también á inspirar, se hacen acción colectiva, impuesta por la distancia de todo refugio en los reveses, y talento y genio con que asimilarse las doctrinas del arte y las lecciones de la historia; la algara se transforma en escuadrón y la turba en ejército; el guerrillero, por fin, se convierte en soldado y su caudillo en general.

Las guerras exteriores han hecho manifiesto el genio militar de la nación española al despojarla de ese privilegio defensivo que únicamente la concedían nuestros émulos de Europa; pues que desde las primeras de Italia hubieron de confesar, y así nos lo dice Maquiavelo, que nuestra infantería era superior á la suiza, que hasta entonces pasaba por la mejor, y que nuestros jinetes arrostraban con ventaja la furia de la famosa gendarmería francesa. Lo he dicho en otra parte: «Dénle á nuestro soldado aventuras que correr en su propio servicio ó el de la patria, y ocasiones en que herir el orgullo de los demás para así disculpar el suyo; pónganle delante la perspectiva de las encaminadas y asaltos; y, diciéndole algo de *Yo os conduciré á las llanuras más fértiles del mundo, donde hallaréis ciudades populosas y provincias ricas, honor, gloria y recursos*, estad seguros de que los riesgos aumentarán su incentivo, tomará á juego las empresas más temerarias y arrostrará los huracanes de Marte con la misma alegría con que se ríe de los hinchados carrillos del impetuoso Eolo. Si le entregáis á un descanso inmotivado; si le hacéis dar un golpe en vago donde él descubra impremeditación ó torpeza, os hará lo que el pachón prestado á quien no matéis las piezas que diligente os pare: os despreciará ó abandonará. Que vea el coraje y habilidad en sus jefes, elevación de pensamientos y grandeza de alma, y los seguirá contento á todas partes aun

»cuando á veces los deje de su mano la veleidosa fortuna, ó los vea bajo  
»el peso abrumador del número ó de las circunstancias. He ahí el soldado  
»del Gran Capitán; del de Alba, de Cortés, de D. Juan de Austria, de  
»Farnesio, de Gáges y Ricardos».

¿Y el general? Pues ya tenéis los que acabo de nombraros para, como á Pescara y Navarro, al de Fuentes y el Cardenal Infante, compararlos con los *Matamoros* de Calatañazor, las Navas y el Salado, tan diferentes militarmente unos de otros, como de los rudos montañeses de la Carpetania antigua y del Idúbeda, los vencedores de Cerinola, Pavía, Gemmingen y el Chatelet. No: ya no veréis á los españoles destrozándose entre sí y «repartiendo sus guerras por muchos tiempos», como decía Estrabón, para así dejarse vencer y encadenar; á las envidias y rivalidades de vecinos, al caciquismo de Campanario, substituye la unión y á las raquíticas proporciones del guerrilleo suceden los grandes éxitos de la táctica y la estrategia. Hay más, para que todo corresponda al genio de una gran nación, cuyos hijos, al abandonar el suelo patrio, dejan también en él sus malas costumbres de desorden é indisciplina, surge de entre las filas de su incomparable milicia un estado de cultura intelectual desconocido hasta entonces. Y á la manera que la griega tuvo un Thucidides y un Jenofonte, y la romana un Polibio y un Salustio para, como actores ó testigos, contar sus campañas y proezas, los héroes de América y Africa, de Italia y Flandes tuvieron á los Bernal Díaz y Oviedos, los Verdugos, Mendozas, Colomas y Villalobos, y otros y otros que se mostraron escritores tan insignes como intrépidos soldados y hábiles capitanes. A nuestros historiadores militares, que con los poetas y dramaturgos de su tiempo, no pocos también soldados, compartieron las glorias del siglo de oro de la literatura patria, sólo les falta, para rivalizar con los clásicos griegos y latinos, el perfume de antigüedad que ya decía Tácito echaban de menos sus contemporáneos en los hechos y las historias de aquella época, hoy remotísima.

(1) Con tropas animadas de espíritu militar nada es imposible; ellas favorecen toda clase de combinaciones estratégicas, porque se prestan á las marchas rápidas y largas que tienen por objeto concentrarlas en aquellos puntos en que el enemigo no las espera; ellas permiten efectuar con orden una retirada; el espíritu militar las hace aptas para sufrir toda clase de privaciones y fatigas, para atacar al adversario después de una larga

---

(1) Banús.

jornada, para perseguirle después de una sangrienta batalla. El espíritu humano, que por lo menos en las circunstancias excepcionales domina á la materia y la impulsa, haciéndola olvidar sus fatigas, puede en estos casos obtener resultados que rayen en lo inverosímil; y á la manera que las personas encargadas de cuidar un enfermo querido, hallan en estos momentos fuerzas para resistir días y días toda clase de privaciones y fatigas, así las tropas animadas de verdadero espíritu militar, llevan, en los momentos decisivos, la abnegación y el sufrimiento hasta donde pueden desear los generales más exigentes. Y esto diferencia al soldado animado de verdadero espíritu militar del que carece de él; aquél da tanto más de sí cuanto más se le exige; éste, por el contrario, desmaya en cuanto las fatigas y las privaciones traspasan los límites ordinarios. Por esto, todo general al adoptar un plan estratégico, debe tener en cuenta el espíritu militar que al ejército anima, porque tal plan, que en un caso fuera de aplicación imposible, en otro dará excelentes resultados. Lo repetimos, mover las tropas en un teatro de operaciones, no es mover peones sobre un tablero de ajedrez. Las combinaciones más bellas, las que mejor satisfagan á los principios estratégicos conducirán á un desastre, si no se cuenta en ellas con el valor militar de los encargados de ejecutarlas. Las últimas campañas de Napoleón se resintieron mucho de la intervención en ellas de soldados faltos del espíritu militar que animaba á los veteranos del imperio que dejaron sus vidas en las heladas llanuras de la Rusia; del cansancio moral de los generales y jefes que llevaban ya más de veinte años de guerra, que comprendían que nada iban á ganar con nuevas campañas y que veían desaparecer uno tras otro, en los campos de batalla, á sus compañeros de armas, víctimas de la desmesurada ambición napoleónica. Las bellísimas combinaciones que ejecutó Napoleón para apoderarse de Mantua, hubieran dado el más desastroso resultado si en vez de marchar al frente de aquellas aguerridas tropas que tantas campañas sostuvieron en Italia, hubiese tenido á sus órdenes las desdichadas tropas napolitanas que tan tristísimo papel han desempeñado en la historia contemporánea. Si la soberbia napoleónica pudo creer que bastaba ser excelente general para obtener victorias, sus últimas campañas debieron desengañarle. En cambio los que opinan que sólo con buenas tropas puede hacerse una guerra afortunada, no olviden que los soldados españoles que tantos desastres sufrieron en el siglo XVII, en nada desmerecían de los que tantos laureles conquistaron con el Gran Capitán, Alba, Requeséns y Farnesio. Pero cuales-

quiera que sean las condiciones de los soldados con que se pelee, hay que tener en cuenta que para vencer influye considerablemente la firme voluntad de conseguirlo; que la inteligencia de la mayor parte de los soldados baste para comprender lo que de ellos se exige, y que, por consiguiente, lo que en ellos hay que desarrollar es la *voluntad*, la *energía*; porque éstas son las únicas fuerzas del espíritu capaces de *crear*.

Al tratar de las condiciones psicológicas no podemos prescindir de reproducir los siguientes párrafos, en que un ilustre escritor militar (1) trata este asunto con verdadera elocuencia.

Si en todas las clases hay, como he dicho, un cúmulo prodigioso de virtudes, que quizás no llaman la atención por lo vulgarizadas que se encuentran, en ninguna se ostentan más numerosas, constantes y esplendentes que en la militar, plantel frondosísimo donde brotan á millares las más preciosas flores, cuyo moral perfume llena la pura atmósfera de la patria.

Y que esto es una verdad, por más que no esté al alcance del vulgo, que no juzga sino por exterioridades, engañosas siempre, cuando no se sabe darles su verdadero valor, lo sabéis todos vosotros, que habéis tenido multiplicadísimas ocasiones de observar en vuestros compañeros de armas virtudes permanentes y rasgos de nobleza dignos del aplauso público.

Pues aunque la vida militar lleva consigo cierto desenfado y cierto desprecio de la severidad en las reglas de la moral, en algunos casos, pronto se ve con el estudio que esa especie de menosprecio y despreocupación no llega nunca al fondo del alma, ni afecta sus movimientos hacia el bien, no siendo otra cosa que una apariencia inspirada por la falsa idea de que el militar debe ser siempre arrogante y despreocupado, idea que desgraciadamente todavía predomina más de lo que fuera de desear. Pero apartemos la vista, señores, de esos pequeñísimos lunares que, muchas veces, cual los físicos del rostro, más agracian que afean, y volvámosla á las situaciones importantes en que frecuentemente se encuentran los militares, como tales y como hombres, y en ellas les encontraremos siempre rindiendo á la virtud el más fervoroso y sincero de los cultos.

¿Queréis ver la virtud del orden resplandecer en los hijos de Marte más que en ninguna otra de las clases sociales? Pues miradles durante el largo período que pasan en los grados subalternos, período el más precioso

---

(1) Coronel Rosado.

de la vida, porque es el de la juventud, y el más propicio, por la poca madurez de la edad y por la ilusión que exalta la fantasía, á los desórdenes, desarreglos y despilfarros de todo género; y allí, á pesar de los encantos y seducciones que brinda la vida opulenta á las imaginaciones juveniles, á pesar de los ensueños trastornadores y embriagantes de esa edad que las leyes sociales predestinan á la modestia, los veréis sujetarse satisfechos al escaso recurso de su exiguo sueldo, y remedar la opulencia, ostentando el mayor decoro por medio de los poderosos resortes de la economía y del orden. Contempladles detenidamente y les observaréis, entre mil rasgos de probidad, soportar resignados las incomodidades de la escasez, sin otro lenitivo que la sonrisa de la ventura en un porvenir que no todos alcanzan. Y no creáis que esas virtudes pueden llamarse frívolas, y no acentuadas en la clase militar más que en ninguna otra, no; porque si bien es cierto que la sociedad cediendo á necesidades imperiosas de la despótica práctica, condena á la juventud en todas las carreras á carencias sin cuento, propias de los puestos inferiores, concediendo la abundancia y el rango sólo á la edad en que la desilusión despoja estos galardones de su valor y precio, como burlándose de las ansias humanas, también lo es que en ninguna clase como en la militar es más difícil por la constitución que la rige, alcanzar á los pocos años esos altos favores que, vistos á través de clarísimos prismas, constituyen la felicidad en las primeras etapas de la vida y solamente el orgullo de las últimas, cuando el cansancio y los desengaños han destruído los cristales de la fantasía y sus encantadores espejismos.

¿Queréis ver la virtud del pundonor, germen y causa de otras muchas, tan alta y tan pura como pueda abrigarse en el pecho humano? Pues buscadla en el militar, y la encontraréis constante é inflexible; ella es la dueña de su vida, la savia de su alma y se alberga aun en el corazón de aquellos que, arrastrados por una pasión irresistible, parece que debían olvidarla para seguir los extraviados senderos de la corrupción.

Pero ¿á qué seguir, señores, cuando me he propuesto ser sobrio en cuanto no sea mi principal objeto? Para probar que las clases militares se han salvado, casi siempre, de los naufragios de la moral, basta ver las distinciones con que las han honrado, desde que fueron la primera de las aristocracias hasta nuestros días; porque cuando todos los tiempos y todas las situaciones les han concedido ese mismo honor, éste no puede ser inmerecido. Y si el militar ha sido virtuoso en todos los tiempos anteriores

á nuestro siglo, en los que la inteligencia estaba muy distante de hallarse á la altura en que hoy se encuentra, porque las preocupaciones rutinarias así lo querían, inculcando el error de que al militar le bastaba para su gloria y la de la patria ser valiente y conocer los reglamentos tácticos, ¿qué no ha de ser ahora en que la ciencia, antes divorciada de la milicia, es hoy su patrimonio, y en que la ilustración militar abraza los extensísimos horizontes de los modernos conocimientos?

Pero entre todas esas virtudes, y obscureciéndolas cual el sol eclipsa á los demás astros de su sistema, resplandece con vivísima lumbre la virtud, cuyo elogio es hoy mi objetivo y cuya apoteosis hacen las sociedades ilustradas, admirando su excelencia y su santidad: la virtud de la obediencia, base firmísima de la disciplina y sostén de las naciones en los más ruidosos cataclismos.

Si la virtud es la fuerza poderosa por la cual el hombre triunfa de sus malos instintos y transforma la tierra de su cuerpo en el espíritu inmortal de los seres divinos, es evidente que esa virtud debe ser tanto más alta cuanto más potente y arrogante sea el instinto especial que tenga que vencer. Pues bien, señores; si algún instinto poderoso y casi incontrastable existe en el hombre, es el instinto de independencia, ese instinto que, auxiliado por el orgullo que le inspiran la alteza de origen y los rayos de su inteligencia, le incita á no acatar ni obedecer otros mandatos que los de su conciencia y de su razón preclara. Ese instinto es el que la virtud de la obediencia, en el militar, sujeta á su dominio y domeña á su antojo, hasta dejarlo completamente vencido; y no por un instante, por una hora ó por un día, no; sino por todos los días de su carrera, desde que el sonido vibrante de la corneta le convoca por primera vez, hasta que, envuelto en su honroso uniforme y exornado con las insignias que alcanzara, descende al sepulcro de cristiano cementerio, ó baja á la noble fosa cavada por el compañero en el campo de batalla.

¡Ah! señores, si yo fuera á ceder en estos momentos á los impulsos de mi alma, que me llevan en alas de mi admiración á prodigar torrentes de alabanzas á los héroes eternos de la obediencia, mi cerebro, agitado por el entusiasmo, me impediría cumplir con mi objeto en esta conferencia; preciso es, pues, que me contenga y que deje esos elogios para después de que, habiendo realzado, con algunos cuadros verídicos de la vida militar, esa virtud que venero, y de que me haya esforzado por daros una idea de su valor, os unáis á mi para tejer con mí palabra y con los acentos de

vuestra alma, la corona de laurel inmarcesible que los poseedores de tan brillante cualidad merecen.

Muchos de vosotros, señores, habréis observado, en una ó más ocasiones, en la pintoresca plaza de una aldea, la reunión de algunos jóvenes que allí moran, y que, habiéndoles tocado la suerte de ser soldados, se aprestan, obedientes á un mandato, para ausentarse á cumplir un deber sagrado que la ley y la patria les imponen. Pero aunque conozcáis todos los detalles de ese acto, quizás no habréis meditado en la filosofía que de él se desprende y en el mérito incontrovertible que, según ella, contraen los que le llevan á cabo. Los que hayáis estudiado el asunto, seréis jueces imparciales de la verdad de mis deducciones, y el buen juicio de los que no, se convencerá de ella por el peso de las razones que en su favor militan.

Cada uno de aquellos seres que, con lágrimas en los ojos y el pecho preñado de sollozos, dice adiós á la modesta casa ó á la pobre choza en que viera la primera luz, ha vivido hasta entonces libre como la alondra de los campos ó como el ciervo que recorre las selvas de los grandes continentes, sin otro yugo que el dulce y suave de la voluntad paterna, templado aún por el cariño de una madre amante, para la cual un solo deseo del hijo amado es una orden del corazón, de cumplimiento imprescindible. Allí, en aquel hogar que abandona y en aquellos pintorescos recintos donde ha jugado niño y donde ha sentido las primeras impresiones del amor que lleva en su alma, continuaría con la preciosa omnimoda libertad que disfrutaba, gozando de los puros placeres con que Dios compensa á los pobres las carencias de la escasez; allí, más tarde, los hijos de su cariño vendrían á jugar sobre sus pienes, robustecidas por el trabajo; allí podría templar las penas de la vejez de los autores de sus días y recibir sus últimas bendiciones con sus últimos suspiros y con sus últimos besos. Todos estos panoramas poéticos los columbra el conscripto, porque la rusticidad no excluye la imaginación, antes bien la seduce y fascina. ¿Y qué es, señores, lo que impide que ese porvenir se realice? Una ley que no comprende bien y cuya razón de existencia profundísima no es capaz de iluminar su mente, lo cual, si sucediera, atenuaría el sacrificio por la reflexión de su necesidad. Mas á pesar de que no se presenta sino vagamente á su cerebro la obligación que tiene de obedecer aquella ley; á pesar de que sus instintos de libertad, contrariados por la primera vez, se revelan con la potencia de los sentimientos vírgenes; á pesar de la voz del amor que le

llama; á pesar de la familia que le atrae; á pesar del temor que le inspira la vida desconocida en que va á entrar; á pesar de que sabe que es muy posible que no vuelva á oír la campana que le llamaba á la oración y le alegraba en las fiestas; y á pesar de que también presume que se separa para siempre de todo lo que le es más querido, inclina la cerviz y obedece humildemente, enviando á su pueblo un postrer beso de amor y de despedida.

¿Puede haber, señores, más grande sacrificio? ¡Ah! no. ¡Pobre soldado! ¡Pobre! ser desprovisto entonces de los consuelos de la filosofía; en la obediencia primera luce con vívido fuego el más puro y hermoso esplendor de la virtud militar más preciada. No faltará alguna voz, afecta á contradecir las virtudes más claras, que grite, por espíritu de controversia, contra el mérito del acto que acaba de esbozar, diciendo que disminuye aquél la falta de espontaneidad: pero esa voz no podría encontrar eco en los espíritus razonables, porque, en primer lugar, no he hablado de la valía del sacrificio en sí, sino de la que toma por la imposición del mandato, y en segundo, esa obediencia, aunque forzada, tiene el inmenso mérito de la resignación probada con el acatamiento al deber impuesto, sin la más pequeña señal de rebelión contra él.

Ese cuadro, señores, que acabo de bosquejar imperfectamente, y que haría inmortales al pintor ó al poeta que lo diseñaran con los vivos rasgos que le son propios, sólo muestra el más leve, quizás, de los actos dolorosos que la virtud militar de la obediencia impone á los defensores de la sociedad y de la patria.

Yo siento seguir en mi tarea; siento continuar presentando á vuestra consideración otros cuadros en que ese dolor se acentúa y acerba hasta un grado tal, que los físicos que conocemos en la vida, aun los más agudos, aparecen débiles y soportables comparados con su insondable intensidad; y lo siento, porque la existencia está sembrada de dolores y el alma fatigada tiende á huir de ellos y de todo lo que propenda á recordárselos; pero en este momento mi lenguaje es el de la filosofía, y ésta, como la medicina, tienen que endurecer el corazón y herir, la una el alma y la otra el cuerpo, para buscar valientemente y enseñar la verdad, única que puede dar la dicha y la salud.

Pasaré por alto, en obsequio de vuestra sensibilidad, de esa sensibilidad noble que tan alta brilla en las clases militares, á pesar de que los antiguos errores de que aún quedan vestigios, pretendían ahogarla, su-

poniéndola incompatible con el valor y con la entereza; pasará por alto, repito, la abnegación continua del militar, cuya voluntad se considera suprimida durante toda su existencia, y sólo me detendré en otros actos de obediencia, impuestos por altos intereses sociales y, algunas veces, por razones un tanto caprichosas. Dejaré á un lado los constantes sacrificios de todos los sentimientos más caros, que el militar realiza ante el ara santa de los deberes de su obediencia, desde el que hace al abandonar su familia, carente de recursos, para volar á su puesto de honor ó, á veces, tan sólo para cambiar de provincia ó de país, hasta el de separarse de su esposa ó de sus hijos, postrados en el lecho del dolor y próximos, en ocasiones, á exhalar el último suspiro. Mas si renuncio á levantar la cortina del hogar, en que esas escenas pudieran presentarse fielmente ante vuestras miradas, quiero al menos que meditéis un instante siquiera sobre las horribles torturas de que es presa el militar que en esos cuadros se destaca como figura más prominente. Si pudiéramos penetrar dentro de su pecho, veríamos las luchas que sostiene su espíritu, las contradicciones que asaltan su mente, las razones que con carácter de fuego abrasador, brotan en su cerebro, las horrendas dudas que le combaten, y conoceríamos, en fin, uno de los más grandes suplicios que puede experimentar un hombre en este mundo, en el que la naturaleza y la sociedad, lo moral y lo físico, parece que se han complacido en inventarlos á cual más crueles. Pero ¿á qué pintar esta clase de tormentos, cuando basta un solo ejemplo para dar de ellos la idea más exacta? ¿No brilla todavía ante nosotros el puñal de Guzmán el Bueno, arrojado desde los muros de Tarifa para segar en flor la vida de su hijo? ¿No conserva la historia en sus páginas indelebles el terrible dolor de aquel padre que, en cumplimiento de la ley de obediencia y de fidelidad á sus deberes militares, se convertía en parricida y destrozaba su corazón con más rigor que el que pudiera demostrar el más sañudo de sus enemigos?

Es verdad que de aquella inocente sangre derramada brota la luz de una gloria inextinguible; pero esa gloria que, á través de los siglos, se difunde para llegar hasta nosotros, no pudo templar en lo más mínimo la pena de aquel héroe sin segundo.

Y no obstante, señores, todavía hay, en mi concepto, situaciones para el militar que, aunque de otro género, revisten tan terrible carácter como la mencionada; y esas situaciones son las en que tiene que abdicar, ante el deber de la obediencia, con su voluntad, sus convicciones y su intelligen-

cia, tan queridas para el hombre como sus propios hijos; abdicación que trae consigo, en ciertos casos, la humillación que anonada y mata los arranques del genio, convirtiendo á los hombres en máquinas, pero en máquinas sensibles y capaces de conocer el daño que, con tal conversión, se les ocasiona. Esta humillación resulta cuando la razón, con sugerencias de evidencia, indica el camino que se debe seguir para alcanzar un objeto, y el mandato recibido impone otro que se está seguro ha de conducir al error y al precipicio; humillación que no tiene, para atenuar el dolor que causa, la poesía y la idealidad del patriotismo ó del noble fin, supuesto que al aceptarla, se tiene conciencia de que va á ser dañosa á la patria y á la causa que se defiende y de que va á envolver el nombre del que la acepta, á pesar de cumplir con un deber legal, en el descrédito con que la historia castiga los errores ¿Queréis un ejemplo? Pues fijad la atención. Cuántas veces, al recibir un mandato, la razón del que debe obedecerlo concibe que, con su cumplimiento, se van á comprometer intereses sagrados ó van á perecer infinidad de seres sacrificados al error de buena intención, que no por eso deja de ser tan perjudicial como todos los errores. Y sin embargo, el obediente avanza, tal vez en busca de una muerte cierta, y va escuchando en el camino de la amargura que conduce el estéril sacrificio, la voz potente de la censura de la posteridad y de la historia que, á pesar de su abnegación heroica, que nadie tal vez conoce, le condenará á eterna obscuridad ó á eterno oprobio. ¿Queréis, señores, una prueba más robusta de la virtud que existe en la obediencia militar? Yo creo que no puede haberla.

¿Y no encontráis algo defectuoso, á la vez que terrible, en esta legalidad que yo respeto como todos, pero que incita á buscar algún antídoto para lo sucesivo? Yo, francamente hablando, lo encuentro, y creo remediable el mal algún tanto, porque, á pesar de la rigurosidad de la práctica, el pensamiento humano, guiado por la Providencia, siempre encuentra soluciones para salvar la justicia á través de los escollos de que se halla rodeada.

Ahora bien; ¿envuelven estas frases una crítica contra lo instituido, que pueda traer siquiera la más ligera sombra de ofensa á la gloriosa institución de las armas, que tantos laureles ha conquistado siempre? De ningún modo, señores. Yo no tengo la culpa de que, al enaltecer la virtud militar más grande y más meritoria, resalten ante la razón los inconvenientes que la acompañan, inconvenientes que, estoy seguro, todos los que figuran en los ejércitos de la patria querrían que desapareciesen. Yo no

inculpo á nadie de esos defectos, porque á todas las instituciones humanas á la altura de nuestra civilización le son peculiares; defectos que son y han sido ocasionados por la incompatibilidad de las necesidades intransigentes de la práctica con las aspiraciones y el derecho de la dignidad que Dios imprimió sobre la frente de los hombres, pero que no por eso dejan de poder ser discutidos con la veneración que se debe al pasado y al presente, para que si es posible no existan en el porvenir. Yo se que con esa obediencia ciega se han evitado grandes conflictos; yo se que con ella se ha cubierto de gloria el nombre augusto de nuestra amada patria; yo se que ante los intereses del mundo deben desaparecer los del individuo y los de las clases, y se que hoy por hoy, y aun tal vez siempre, sin esa obediencia ciega no podrían existir las colectividades militares; pero también me pregunto, como deben preguntarse todos los hombres pensadores, ¿será indispensable que eternamente se sacrifique el individuo á la colectividad? ¿será posible que siempre, para que los intereses sociales hayan de prosperar, tengan que anularse las facultades más nobles del alma? Ya se ve, con las luces que alumbran nuestros días, que la dicha común originada por el concurso y el sacrificio de muchos, es una dicha ficticia y parecida sólo á las espléndidas decoraciones de los teatros, supuesto que casi siempre, cuando las sociedades entran en lo que se llama el apogeo de su ventura, los que han contribuído á formarla yacen sumidos en el dolor y en la desdicha.

En medio de esta contradicción tan radical y absoluta ¿puede la ilustración permanecer tranquila sin rebuscar hasta lo último, como he dicho, una solución que hermane ambas felicidades? ¡Ah! no señores, yo no lo creo; la aquiescencia sería punible; yo presumo que la verdadera dicha de las colectividades no existe sino cuando son dichosos los individuos que las forman y cuando el cumplimiento del deber deja de ser doloroso. Dios no puede querer que las entidades morales que no sienten, sean salvadas á costa de las torturas de los hombres, que son los únicos dotados de sensibilidad, en la verdadera acepción de la palabra, para este asunto.

La armonía tiene que surgir de la ilustración, y los tiempos venideros no han de ser como los tiempos pasados y los presentes. Para las enfermedades más terribles en lo físico, la medicina va encontrando remedio y la mortalidad disminuye, y para las enfermedades morales, más grandes y más transcendentales que sus hermanas, no puede faltar un medicamento. Ya es tiempo de que la ciencia militar no sea, como acaba de decir Cam-

poamor en su moderna obra *El ideismo*, la de batir á pocos con muchos, y cuando se tienen pocos, buscar al enemigo en un punto dado donde tenga menos. Busquemos, pues, dentro de lo posible y de las condiciones de la milicia, el remedio para conjurar los males que deploramos, y es muy seguro que, si buscamos con fé, lo encontraremos.

Yo, el más humilde de todos los pensadores, concibo uno, y si no lo hubiese concebido de antemano, no me hubiera atrevido á bosquejar el mal, porque juzgo un acto de crueldad ó de ignorancia revelar los pesares del alma, si no se ha de comunicar inmediatamente su antídoto ó la esperanza de encontrarlo. Este antídoto, si se aplica, que se aplicará, ú otro parecido, porque los tiempos no corren en vano, hará también desaparecer muchos de los defectos de las instituciones militares, cuya erradicación hoy se busca. Y no os figuréis, señores, que ese remedio es muy difícil, no, señores; está en la conciencia de todos y á todos satisface sin gravar á nadie; ese remedio no es más que la práctica de la justicia. Ella lo puede hacer casi todo, para evitar las humillaciones de la obediencia, obrando en armonía con los sentimientos y con las propensiones humanas y ligando indisolublemente el mando con la inteligencia, reina absoluta de todo lo creado y que debe ser la más sólida base de todos nuestros actos, de todas nuestras aspiraciones; el alma, en fin, de todo nuestro organismo. Es inconcuso, señores, que cuando á la subordinación, más ó menos imperfecta, creada por los hombres, se aune la subordinación divina de la inteligencia, no habrá jamás humillación ni violencia para el que obedezca, porque al imponerla Dios, ha dado al alma el instinto de someterse á ella dulcemente.

¿Llegará ese día, señores? ¿llegará ese momento que anhelamos, en que la cohesión preciosa de los ejércitos pierda todo carácter de violencia y en que la virtud que tanto encomio, deje de serlo, porque la obediencia sea el acto más placentero y al cual nos incline nuestro corazón y nuestra mente? Yo creo que sí; yo lo espero; y ya la aurora de esa era de dicha empieza á difundir sus rosados resplandores. ¿No lo véis en la ilustración? (1)

\*  
\* \*

Materia abstracta y difícil es sin duda cuanto se refiere á las condiciones psicológicas; pero tanto en las líneas precedentes como en las que

---

(1) Rendimos un merecido homenaje reproduciendo los inspirados párrafos del profundo pensador, que denuncia el espíritu culto del verdadero filósofo, nuestro querido maestro el coronel de Infantería y Licenciado en Derecho D. Rafael Rosado y Brincáu.

siguen, la claridad de la exposición da mucha luz sobre tan contrincadas cuestiones y ofrecen la novedad del contraste; pues poca es la atención que se dedica á un asunto que merece indiscutiblemente una preferencia legítima.

(1) *El hombre* participa de la naturaleza de todo cuanto compone el Universo: su organismo es una combinación química análoga en el fondo á la que da origen á los cuerpos inorgánicos; además, nace de un germen, se desarrolla como todos los vegetales y tiene instintos como las bestias; así es que se rige en totalidad por las mismas leyes que regularizan todo cuanto existe en el mundo material.

Mas aun cuando se halle afecto á las leyes generales á que obedece la materia, imposible es desconocer que, entre todo lo creado, *el hombre* ocupa el sitio más notable y superior; figura á la cabeza del orden de los cuerpos vivos; sobrepuja por sus facultades corpóreas al resto de los animales; posee un organismo que, por su estructura y armonía funcional, excede al de las plantas más delicadas, y goza además de una fuerza inteligente, poderosa, atributiva sólo *al género hombre*, que es la que le dió el poderío que ejerce sobre cuanto se halla en su esfera de acción.

No obstante, tan privilegiado ser nace débil por su constitución física: inerme ante los ataques de las fieras; impotente para librarse del rigor de las inclemencias atmosféricas, y colocado tan en medio de la nociva acción de los elementos naturales que, siendo el blanco de todas sus furias, parecería indudablemente si no existiera en él esa fuerza intelectual, sublime don del espíritu, que le protege de todos cuantos males le amenazan y le sobrepone á la debilidad natural de su estado primitivo.

En efecto: la *inteligencia* y la *libertad* son las facultades que distinguen al *hombre* sobre todo lo creado; por *éllas* es un individuo eminentemente social; por *éllas* sigue con perseverancia hercúleos trabajos que modifican la superficie de la tierra en que habita para amoldarla á sus necesidades corpóreas y á los sublimes afectos de su corazón; por *éllas* establece su dominio sobre los elementos naturales, y los combina y dispone tan en su favor que, aun cuando se halla impotente para variar los principios de la ley natural por la que aquéllos se rigen, logra con todo subordinarlos hasta tal punto que le sirven para la realización de sus proyectos y para colmar sus más nobles aspiraciones, que reduce: *á su imperio sobre la mate-*

---

(1) *Antropología físico-militar*, Doctor Navarra.—Barcelona, 1893.

ria, á la conservación del individuo y de la especie, y al establecimiento de su bienestar, tanto por lo que así propio corresponde como en favor de las generaciones venideras.

Si de tales privilegios goza este notable ser; si tan nobles y levantadas son sus aspiraciones, nada hay tan importante para el hombre ni que deba llamar tanto su atención como el estudio de sí mismo; nada, en verdad, tan curioso para él como la aclaración de los misterios que envuelven á ese *microcosmos* ó mundo en miniatura que, siendo un insignificante átomo del *macrocosmos* ó gran mundo en que habita, lo transforma, lo amolda, lo ciñe á sus necesidades y elude hasta cierto punto las leyes de la inercia que le rigen, no obstante la pequeñez y la aparente insignificancia de ese microscópico átomo en relación con la majestuosa grandiosidad del Universo.

No á otra causa que á la apremiante necesidad que el hombre experimenta de conocerse á sí mismo, se debe el nacimiento y formación de la llamada *ciencia del hombre*; de ese conjunto de conocimientos aportados al terreno científico merced á la observación y á la experiencia, y el que con el nombre de *antropología*, atesora lo que sabe, lo que se refiere y lo que de un modo directo interesa á un ser que, sin duda, es lo más notable de cuanto en el mundo físico se conoce.

Por desgracia, lo abstracto del asunto del objeto de la *antropología*, esto es, el *concepto del hombre* (considerando á éste, bien individualmente y como á tal según todos sus elementos físicos y morales, bien bajo el punto de vista colectivo formando la especie humana, y por consiguiente, atendiendo á todos los datos étnicos, sociales é históricos que integran la humanidad), constituye un estudio por demás arduo y complejo que á duras penas podrá ser abarcado en todas sus ramificaciones por una regular inteligencia. Sólo al talento, que es el don sublimado del espíritu, le es dable apreciar de una mirada la significación del conjunto, las resoluciones teóricas y la concepción sintética que á tal estudio corresponde; pero para el común de las inteligencias ó para el que, labrando el terreno científico, sólo aspira á recolectar los productos á propósito para la satisfacción de sus más imperiosas necesidades orgánicas ó psíquicas, bástele la adquisición de una parte de los conocimientos contenidos en la *antropología*; esto es, la de aquella que se refiere á las aficiones, á las necesidades ó á los preferentes estudios de cada cual, para cumplir los deberes que se impone dentro de la sociedad.

Por ello, al compás que la ciencia antropológica unificaba su inmenso contenido, acrecía también la necesidad de especializar, por la división del trabajo, el cultivo empírico ó de investigación de todas las cuestiones humanas; y, cumpliéndose tal necesidad, la *antropología* que, desde la de Aristóteles hasta la de Kant y desde la de éste hasta la contemporánea, ha abrazado todas las variantes, atendiendo á las más principales de éstas, pudo quedar dividida en cinco tratados, que son:

- 1.º *Antropología psíquica*, que sólo trata de las facultades del espíritu.
- 2.º *Antropología física*, que se concreta al estudio orgánico-funcional de la economía humana.
- 3.º *Antropología étnica*, que se refiere á las razas naturales.
- 4.º *Antropología histórica y prehistórica*, que investiga los orígenes de la humanidad; y
- 5.º *Antropología integral*, que viene á ser como la enciclopedia del asunto.

Grupos son éstos tan naturalmente formados dentro de la ciencia antropológica, que ofrecen gran uniformidad en las cuestiones que respectivamente engloban; por manera que constituyen verdaderas fuentes y fecundo manantial, donde se puede satisfacer el naturalísimo deseo que tiene el hombre de conocerse á sí mismo lo bastante para solidar su modo de ser y de existir según las condiciones de vida más á propósito con las circunstancias que le rodean.

Con todo, quizás comprenda cada uno de dichos grupos antropológicos cuestiones aún demasiado generales para deducir de ellas conclusiones prácticas; acaso convendría especializar algo más alguna de aquéllas, formando subdivisiones, que no serían menos naturales dentro del grupo en que figuraren, y que reportarían la ventaja de sintetizar más, en determinado sentido, *el concepto del hombre* individual ó colectivamente considerado.

Así, por ejemplo: en la gran familia humana se destaca una entidad notable por su preclaro destino y por los nobles deberes que le atañen; *el hombre de guerra*, el importante elemento social encargado de mantener enhiesto el pabellón de la patria; el que debe sostener en ella el orden y velar por el respeto y cumplimiento de sus leyes; el que ha de ser eficaz garantía de la independencia é integridad nacional; *el soldado*, en fin, merece sin duda un sitio preferente dentro de los estudios antropológicos.

En efecto: en la fuerza material del soldado descansa el derecho que á

toda nación incumbe de declarar la guerra cuando agotó ya los recursos de la diplomacia para defender sus más preciados intereses; en el perfecto estado psíquico de aquél se apoya la patria para oponerse al desmoronamiento social; en las cualidades de vigor, lozanía y robustez que deben concurrir en tan valioso elemento de guerra se escuda el honor patrio, la libre aplicación de las leyes y el pleno ejercicio de los derechos nacionales. Pues bien; siendo el soldado una rueda tan importante del mecanismo social, sobran motivos *para especificar cuantas cuestiones se refieren al hombre de guerra y para dar á conocer todo cuanto con él se relaciona.*

*La antropología* se presta indudablemente á tan interesante empeño: de cada grupo en que ha quedado dividida pueden extraerse múltiples conocimientos aplicables al hombre que desempeña el noble oficio de soldado; así, con los psíquicos, los étnicos, los históricos y los prehistóricos puede formarse un tratado completo de *antropología militar*, cuyo estudio facilite el establecimiento de un núcleo de fuerzas inteligente, compacto y uniforme que conduzca de victoria en victoria la sacrosanta enseña á cuya sombra combate. Pero, antes de proceder á esta organización de conjunto, basada en la *antropología general*, conviene preocuparse del individuo aislado, de las dotes que le dan aptitud para el ingreso en el organismo militar, ó sea de las condiciones físicas, sin las que, el hombre, no es útil para cumplir los deberes que la defensa y la gloria de la patria imponen.

El soldado es sólo una máquina inteligente de guerra cuyos rendimientos dependen de la cantidad de masa susceptible de desarrollar fuerza en cantidad oportuna al objeto que se le destina; esto es, á la destrucción de los enemigos de la patria. Si dichos rendimientos son escasos ó nulos por defecto de masa orgánica, lejos de cumplir ésta, ó sea el soldado, con los deberes que le impone su destino, será sólo una carga harto gravosa para el ejército; por consiguiente, á la patria interesa por demás que en tan valioso elemento social concurren las cualidades de aptitud física que dan los medios para resistir los más rudos incidentes de la vida militar.

Por tanto, el estudio y conocimiento de estas condiciones físicas individuales, debe proceder á toda organización del grupo armado, si se quiere que responda á los fines para que la sociedad lo crea y lo sostiene; dicho estudio atañe á la parte de la *antropología* que trata de la constitución orgánico-funcional de la economía humana, ó sea á la *antropología física*; pero como de ésta se extraen cuantos conocimientos se relacionan con el hombre de guerra, con ellos puede especializar aún más este grupo, de los cinco

que comprende la ciencia antropológica, y formarse un subgrupo muy importante, natural y de indispensable conocimiento en la milicia: *el de la antropología físico-militar*, cuyo primordial objeto es *dar á conocer las condiciones de aptitud física que son indispensables para el exacto cumplimiento de los deberes que atañen al oficio de soldado*.

Sin mediar esta aptitud física en los individuos llamados al servicio de las armas, nunca será el ejército la expresión de la fuerza y robustez de la patria que la han de permitir moverse con independencia en el campo de la administración y de la política; por el contrario, exigiendo con rigor dicha aptitud á cuantos por su edad corresponda el ingreso en las filas, *el grupo militar* ha de ser un elemento susceptible de recibir una organización tan vigorosa, una enseñanza tan sólida y una vida tan exuberante, que en todas ocasiones y en los más azarosos incidentes, sentará sin esfuerzo el pabellón de la patria en un trono de inmarcesibles laureles.

El estudio del hombre de guerra, bajo todos conceptos considerado, se impone, pues, por su mucha importancia en el grupo social; pero á este estudio de *antropología*, genuinamente militar, debe preceder un conocimiento científico de las dotes físicas y de las condiciones orgánico-funcionales que dan al hombre aptitud para el servicio de las armas, porque sólo con ella es dado poseer un ejército sobrio en dotes apropiadas á su destino; la especificación de cuanto con la misma se relaciona, constituye por tanto una *imperiosa necesidad*; y ésta excusa salga á luz, aunque sin méritos suficientes, este humilde trabajo de *antropología físico-militar* (1).

(2) La primera máquina de guerra que debe estar bajo la mano del jefe, como lo está su espada, es la imaginación del soldado; es decir, que no se deben tomar los hombres tales como son, sino formarles tales como deben ser. Educando, modificando, conduciendo su valor, excitando su entusiasmo, fomentando el espíritu de su cuerpo, desarrollando la buena disciplina, creando hábitos y costumbres de guerra, corrigiendo y celando las faltas ligeras para precaver los delitos, se consigue tener sobre las tropas una inmensa fuerza moral, y se influye de tal modo en momentos dados sobre el corazón del hombre, que se hace un héroe del último de los soldados.

Que la atención de los gobiernos debe estar dedicada á una perfecta

---

(1) La división antropológica y párrafos que siguen, constituyen el prólogo de la obra citada.

(2) Villamartin.